

MICHAEL CLYNES

**EL CÁLIZ
ENVENENADO**



Lectulandia

En 1521 es asesinado un alto dignatario de la embajada inglesa en París. Benjamin Daubey y el díscolo Roger Shallot deberán trasladarse a París e investigar el asunto siguiendo las órdenes del cardenal Wolsey y cumplir una misión muy particular del rey Enrique VIII en la que deberán recuperar un anillo y un libro que bajo ningún concepto debe caer en manos de los franceses.

Lectulandia

Michael Clynnes

El cáliz envenenado

Es éste el segundo diario de sir Roger Shallot referente a ciertas malvadas conjuras y horribos crímenes perpetrados durante el reinado de Enrique VIII de Inglaterra.

ePub r1.0

orhi 06.11.13

Título original: *The Poisoned Chalice*

Michael Clynnes, 1992

Traducción: Joaquín Vidal

Editor digital: orhi

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*A mi primogénito, Hugh Francis,
y a las risas que nos causó Shallot*

Personajes históricos citados en este texto

RICARDO III: Último monarca de la casa de York, llamado el Usurpador o el Farsante. Fue derrotado por Enrique Tudor en Market Bosworth en agosto de 1485. Fue el portador de la Rosa Blanca; su emblema personal era el Jabalí Blanco.

ENRIQUE TUDOR: El Galés. El Gran Roñica, el triunfador en Bosworth, fundador de la dinastía de los Tudor y padre de Enrique VIII y Margarita de Escocia. Falleció en 1509.

ARTURO: Primogénito de Enrique Tudor. Muerto en plena juventud, la corona pasó a su hermano Enrique.

ENRIQUE VIII: El Baladren, el Gran Homicida, la Gran Bestia, Obeso Harry. Tuvo seis esposas y una ristra de queridas. Es el Topo o el Oscuro, como profetizó Merlín.

CATALINA DE ARAGÓN: Princesa española. Primera esposa de Enrique VIII y madre de María Tudor.

ANA BOLENA: Hija de sir Tomás Bolena. Segunda esposa de Enrique VIII y madre de Isabel Tudor.

BESSIE BLOUNT: Una de las más deslumbrantes queridas de Enrique VIII.

MARÍA TUDOR: Hija de Catalina de Aragón y Enrique VIII, apodada la Sanguinaria por acosar a los protestantes.

ISABEL I: Reina de Inglaterra, hija de Enrique VIII y Ana Bolena, apodada la Reina Virgen, aunque Shallot asegura haber tenido un hijo con ella.

CATALINA HOWARD: Quinta esposa de Enrique VIII. Ejecutada por sus relaciones extramatrimoniales.

FRANCISCO I: Rey de Francia, brillante, deslumbrador y maníaco sexual.

WILLIAM SHAKESPEARE: Comediógrafo inglés.

CHRISTOPHER MARLOWE: Comediógrafo inglés y espía, muerto en una reyerta tabernaria.

TOMÁS WOLSEY: Hijo de un carnicero de Ipswich. Estudió en Oxford y realizó una brillante carrera. Fue nombrado cardenal, arzobispo y primer ministro de Enrique VIII.

SOLEIMÁN EL MAGNÍFICO: Sultán de Turquía.

MARTA, REINA DE ESCOCIA: Nieta de Margarita Tudor y madre de Jacobo I de Inglaterra y Escocia.

TOMÁS MORO: Humanista, letrado. Ministro de Enrique VIII, ejecutado por oponerse al divorcio de Enrique de Catalina de Aragón.

EDUARDO VI: Hijo de Enrique VIII y Jane Seymour, muchacho enfermizo que falleció a temprana edad.

CATALINA DE MÉDICIS: Princesa italiana esposa de Enrique II, hijo del rey Francisco I. Dominó el poder en Francia tras la muerte de su esposo Enrique II, intrigante sutil, apodada Madame Serpiente.

CLAUDIA: La Malparecida, alicaída y complaciente esposa de Francisco I, rey de Francia.

CARLOS VIII: Soberano de Francia durante la década de 1490. Marido de Ana de Bretaña cuyo ducado se anexiona. Hombrecillo feúcho. Se supone que murió por accidente después de golpearse la cabeza con un aparador.

LUIS XII: Sucesor de Carlos VIII. Se considera que falleció por agotamiento tras casarse con la hermana de Enrique VIII, la princesa María.

MIGUEL NOSTRADAMUS: Vidente y nigromante cuyos servicios utilizó a menudo Catalina de Médicis.

Prólogo

Si el crimen es el primogénito de Satán, el veneno, soberano nocturno, es su vástago predilecto. ¿Por qué digo esto? Porque soñé con él anoche, cuando mi mansión se había sumido en el silencio y los ventanales contemplaban, como ojos invisibles a lo largo de la oscuridad, la jugosa campiña de mi propiedad. Me deslicé de la cama, dejé a Margot la lavandera y a su hermana Phoebe en la suavidad de sus ronquidos (duermen cada una a mi lado para conservarme el calor) y me escurrí escalera abajo a mi cámara secreta, sita tras la mesa principal de la gran sala. Sólo yo conozco el entrepaño de madera labrada que he de presionar para revelar el mecanismo que me permite adentrarme en el santuario de mi pasado. Todo se halla ahí dentro. En ocasiones no hago sino alumbrar las velas y acuclillarme, examinando detenidamente uno u otro cofre. Bien, anoche, elegí uno en particular. Abrí sus tres cerraduras, extraje los pétalos mustios de una flor envueltos en piel aceitosa, así como también todas las cartas y documentos de aquel nefasto verano de 1520. Los leí y lloré al retrotraerme a un tiempo ya pasado, a lo largo de las interminables callejuelas ensangrentadas de los últimos setenta y cinco años.

Sentí que me volvía sensiblero al entregarme a la bebida del añejo clarete en mayor medida de lo que mi capellán pudiera imaginarse. Tararéé una breve melodía aun sabiendo que los espíritus se estaban congregando en torno a mí, silentes y amenazadores. No me importaba. Al viejo Shallot suele importarle un rábano. Me apoyé contra el muro de gélidos ladrillos, acunando los mustios pétalos de flor entre mis manos arrastrado por una pesadilla de encantamiento demoníaco.

Me encontraba de nuevo en París, de pie en los campos oscuros circundantes al castillo de Maubisson. Por encima de mí, una luna extraña, de blancor níveo, disminuida tras unas nubes purpúreas. Paradójicamente, lucía también el sol, si bien fue adquiriendo un tinte polvoriento de color rojizo, empañado por las sombrías alas de los buitres. Un terrible torbellino de viento me iba desgarrando mis cabellos y vestimentas mientras aparecían despiadados demonios en todas las direcciones, con los rostros retorcidos de furia, mostrando los dientes entre sus labios enmarañados, los ojos relucientes como astros mientras estallaban llamas de sus bocas. Detrás de ellos, en la mayor de las negruras, cabalgaba el Gran Satán (oh, por supuesto, me he cruzado con la maldita bestia bastantes veces) sobre su oscuro corcel alado. Avanzó con rapidez hacia mí como el viento que levanta una tormenta mientras unas águilas que se encumbraban iban levantando una polvareda. Cuando se detuvo ante mí, las herraduras de acero de su caballo de guerra echaron chispas del suelo. Miré hacia arriba pero su espantoso rostro se hallaba oculto por la sombra de su yelmo.

De pronto apareció un demonio a mi lado: las manos y los pies rojos, calvo como la cabeza de un cerdo. Atormentador, alzó una trompa anillada de oro y emitió un

bronco y terrible sonido. Me quedé inmóvil preguntándome qué podría ocurrir. (Incluso en mis sueños llevo a cabo uno de los principios básicos de la filosofía del viejo Shallot: ante el peligro pon siempre pies en polvorosa y, ¡si no pudieras, abstente!). Dirigí la mirada hacia la entrada del castillo y vi la soberana veneno, tremebunda como un ejército en formación de batalla, avanzar hacia mí a través del puente levadizo que no estaba izado, con los brazos extendidos como si quisiera apretarme contra su decepcionante seno. Clavé la mirada en su hermoso rostro blanco, de labios color carmesí en demanda de un beso; mis rodillas se desmoronaron ante esta muy temida encarnación de los abismos.

Desperté rígido como un atizador. Me dolía la espalda, tenía el trasero lastimado y la boca pastosa por el fuerte sabor a vino. Volví tambaleándome a la cama ya fría puesto que Margot y Phoebe ya la habían abandonado. Suelen hacerlo siempre, esas mujerucas con desparpajo, les divierte excitarme y que les ruegue para que vuelvan. Pero me sentía demasiado agotado. Dormí el sueño de los justos hasta que las campanas de la capilla me espabilaron muy avanzada la tarde. En este momento ya me siento recobrado. Me zampé un pastel de venado, una jarra de cerveza y dos copas de clarete, y regresé al centro de mi laberinto para seguir dictando mis memorias. Os explicaré lo que aconteció durante aquel temible verano de 1520, puesto que de eso trataba la pesadilla de mi sueño.

Me siento a mis anchas en mi laberinto, que ha sido trazado como lo fue el de Hampton Court por el primer ministro del Gran Homicida, el cardenal Tomás Wolsey. Mi asiento, de alto respaldo y recias ruedas de hierro, se halla en correcta posición para recibir el sol. Junto a mí tengo una jarra de vino, dos copas de plata y fiambres sobre una bandeja engastada de joyeles. También mi escribano está a punto. Mi pequeño Mefistófeles, mi estimado capellán. ¡El muy trocito de mierda!

Suele siempre tomarse su tiempo: sacar el tintero, alisar el pergamino, sacar punta a su pluma de ave, y asegurarse de que su pequeño fondillo esté cómodo en el más blando de los cojines que mi mansión pueda proveer. Dice entonces que está preparado para recoger mis memorias. ¡El pequeño hipócrita! Ya advierto cómo se dibuja, en su oronda y adiposa cara, su boba sonrisa. Piensa que soy un embustero. ¡Un embustero yo!, sir Roger Shallot, señor de la mansión de Burpham en Guildford, Surrey, comisario de Array, juez de paz, poseedor de muchas distinciones y condecoraciones, miembro del Consejo Privado (creedme, una justa designación), miembro del Parlamento (pronto os contaré una jocosa historia sobre esta cuestión). Oh, sí, sir Roger Shallot, en la actualidad ya más que cumplidos los noventa años, el querido y más leal súbdito de la gran Isabel, hija de Ana Bolena (poseedora de los más preciosos pechos) y, al parecer, del mismo Gran Homicida, Enrique VIII ¡el bastardo gordinflón sifilítico!, y dije «al parecer» porque conozco otra verdad. Oh, ya os la diré en otra ocasión siendo ésta otra historia.

Sea lo que sea, volvamos a mi capellán. Empuño mi caña con determinación y observo desaparecer su sonrisa. ¡El viejo Shallot no es un mentiroso! Ciertamente, la memoria en ocasiones me traiciona, entremezclo las cosas levemente, pero no digo embustes. Bien, incluso si los dijera, al menos no soy un hipócrita como él. Sí, él es un hipócrita, y puedo probarlo. Hace dos semanas en la iglesia, el mocoso pequeño bastardo subió al púlpito y nos dijo que no nos atemorizara la muerte. Sentado en mi banco le oí perorar por lo menos durante una hora y media. Generalmente, no me importa. Llevo siempre conmigo una botella de clarete y un pastel de carne para que me ayuden a lo largo del servicio y, cuando he terminado con ellos, miro alrededor para sorprender la mirada de alguna hermosa muchacha. Cuando lo logro le guiño un ojo y le sonrío. Ella, naturalmente, se agita, ¡y es tan agradable contemplar unos senos plenamente maduros subiendo y bajando!

Oh, aquel domingo en particular mi capellán no cerraba el pico y a mí me estaba entrando hambre. Zumbaba una y otra vez de cómo no debíamos temer a la muerte, sino dar por bienvenidos los gozos del paraíso, por lo que cogí las pistolas que siempre llevo en el arzón y propiné al marica sendas descargas con mis armas. Aún podréis ver los agujeros a cada lado del púlpito. Me reí sin poderme contener. El capellán se quedó blanco como la nieve y cayó en redondo sobre el púlpito. No fue mi intención matarle. Tan sólo deseaba ver si ponía en práctica lo que predicaba. Concluí, por lo visto, que estaba tan atemorizado por la muerte como lo estaba yo entonces ¿por qué, en nombre de Dios Santo, se levantó para dejarnos muertos de aburrimiento diciéndonos lo que no sentía?

Ignoraba que siempre llevo conmigo, bajo la capa, aquellas pistolas, y podría desde luego preguntarse el porqué. Por el mismo motivo que dicto mis memorias en el centro de mi laberinto. Veréis, el viejo Shallot tiene muchos enemigos y la memoria tarda en desvanecerse. La orden secreta de los templarios tiene aún precio puesto a mi cabeza. A los luciferinos de Francia (no tardaré en referirme a ellos) les gustaría ver mi cabeza clavada en un poste. El Consejo de los Diez de Venecia mandó contra mí a tres asesinos sólo porque tomé en préstamo algo de su oro que olvidé devolver. Los benditos idiotas nunca se me llegaron a aproximar. Los enormes perros lobos irlandeses que deambulan por mi propiedad los despedazaron. ¡Maravillosos animales! Tendidos se encuentran ahora en torno a mi asiento, clavando la vista sobre mi capellán y lamiéndose el morro.

Huelga decirlo, no es imposible que vuelvan otros asesinos. ¿No sabéis que en cierta ocasión jugué una partida de ajedrez humano contra el sultán otomano Soleimán el Magnífico? En lugar de piezas fue una partida con seres humanos sobre una explanada cuadrículada en blanco y negro. Cuando perdíamos una «pieza», los «jardineros», mudos verdugos del otomano, estrangulaban de inmediato a la pobre víctima. Ahora bien, yo gané esa partida perdiendo tan sólo dos «piezas», pero

solamente después de que me hubiese largado con la más hermosa de todas las «piezas», una de las mujeres del harén imperial, fue cuando Soleimán descubrió que le había estafado y me condenó públicamente a muerte. Tal vez sus «jardineros» se acerquen hasta aquí, pero no me asustan. Tengo mi laberinto, mi cámara secreta, mis propios guardianes, los perros lobos y mis queridas pistolas. Además, lo he vivido todo. El cuchillo, la espada, la cuerda, el garrote: carezco de estremecimientos de corazón.

El veneno, sin embargo, ya es otra cuestión. Razón por la que hago catar a mi capellán todo lo que como y bebo. Todo, es decir, excepto el mejor de mis claretos. ¡Ya lo dice la Biblia, que no debemos echar nuestras perlas a los cerdos! El veneno... Cuestión que me retrotrae a mi pesadilla. En verdad me crucé con envenenadores, sombríos, sutiles espíritus que pueden dar el golpe en cualquier momento y de infinitas maneras. Nombradme a uno que envenene y os diré todo acerca de él o ella. Por cierto, ¿habéis caído en la cuenta sobre esta cuestión? ¿Cómo los mejores envenenadores son mujeres? Quiero decir, mirad a Agripina, mujer del emperador Claudio. Si habéis sido lectores, no dejaréis de saber que los romanos solían tener también catadores y eran voraces hasta tal punto que se provocaban el vómito tras cada servicio introduciéndose una pluma de ave por la garganta. ¿Sabéis lo que hizo Agripina? No envenenó la comida. No, la astuta perra envenenó la pluma y se sacó de encima al marido.

Me recuerda a Catalina de Médicis, reina de Francia, Madame Serpiente como solía llamarla. Nunca acepté nada de Catalina, porque lo que no supiera de venenos carecía de valor conocerlo. Estaba yo hablando de ella la semana pasada cuando vino a visitarme nuestra reina, Isabel, con la cara pintada de blanco, los dientes negros y la peluca pelirroja. La gran Reina Virgen (¡no os lo creáis!). Bien, me trajo tristes nuevas. De cómo nuestro entrañable hijo, Robin, había sido apresado en alta mar por los españoles y llevado a Madrid. Le dije que no se preocupara. Si Robin era realmente nuestro hijo, los endemoniados españoles no le retendrían mucho tiempo, y si no, entonces no merecería ser de nuestra sangre. Hice que se riera y me recordó cómo Robin había sido concebido. ¿Queréis saberlo? Os lo diré. Fui, en cierta ocasión, miembro del Parlamento, y un día, en la cámara de Westminster, un puritano, un obtuso de santificada humildad, levantó su trasero y se puso a vociferarme porque le había tildado de mojón ennegrecido.

—Shallot —berreó—, ¡moriréis en la horca o de dolencia venérea!

—Eso, señor —repliqué fríamente—, dependerá de si abrazo vuestros principios o bien a vuestra esposa.

Bueno, en la cámara se formó un alboroto. Me negué a prestar mis excusas al presidente, de modo que el macero me llevó a empellones a la Torre. Isabel (pues había estado defendiéndola a ella) fue a visitarme. Insistió en verme a solas, ¡y ya

sabéis cómo es Shallot! En un local vacío con una copa de vino y una hermosa muchacha, puede ocurrir cualquier cosa. ¡En esa ocasión ciertamente ocurrió! De joven, Isabel fue una chica apasionada. Poseía una sensualidad empalagosa y, como su madre, Ana Bolena, era capaz de montar cualquier cosa (advierto la risita de mi capellán de modo que un rápido golpe en sus nudillos le recordará mantener la boca cerrada y el pensamiento limpio respecto al prójimo).

Ah, el veneno, la sutileza criminal de mis sueños. Bueno, ya he puesto en orden mis pensamientos, sintetizando los recuerdos de aquel verano de hace más de setenta años. ¡Oh, Señor, parece como si fuera ayer cuando nos enviaron a mí y a mi maestro, Benjamin Daubey, sobrino del gran cardenal Wolsey, al castillo de Maubisson, a las afueras de París, para resolver ciertos misterios! ¡Ah, he mencionado su nombre! Benjamin, con su rostro alargado y sombrío, mirada afable y porte de jurista. Cuando pienso en él siempre sonrío. Fue uno de los pocos hombres realmente buenos que me fue dado conocer. Si leísteis mis anteriores memorias ya sabréis cómo me hice amigo suyo. Fuimos a la escuela juntos. Impedí que le dieran una azotaina y él me rescató de ser ahorcado en un par de ocasiones: una en Ipswich, luego otra vez en Mounfaucon, aquel enjambre de patíbulos que se levanta cerca de la puerta de Saint-Denis en París.

Ahora bien, su tío, el gran Wolsey, y su poco claro confidente, el enigmático doctor Agrippa, nos utilizaron a ambos en innumerables misiones en el siniestro mundo crepuscular de la traición, el crimen y la salacidad de las cortes de Europa. ¡Ay de mí, ninguno de ellos es ya de este mundo! Son sólo sombras, fantasmas que danzan bajo la sombra del diseminado bosque de tejos que delimita el confín del césped frente a mi mansión.

Serán fantasmas pero evocan recuerdos de corazones lacerados, juegos sucios, mentes siniestras y almas empañadas con la negrura del infierno. Puedo decirlo lo siguiente ahora que estoy sentado en el centro de mi laberinto y escucho el diáfano canto del tordo: el espíritu criminal que encontré en Maubisson fue el más estremecedor de cuantos conocí.

Capítulo 1

En la primavera de 1520, Benjamin Daunbey y yo éramos los ufanos inquilinos de una amplia mansión a las afueras de Ipswich. En verdad, era más una villa de recreo que una mansión señorial con su blanco listonado de estuco, decorativas caperuzas en las chimeneas, negras vigas redondeadas, habitaciones artesonadas con muebles tallados, y una bodega bien provista con una variedad de vinos. En nuestra propiedad había granjas, cobertizos, un molino, estanques con carpas, campos feraces y fértiles dehesas. Éramos los reconocidos beneficiarios de la generosidad del tío de Benjamin, el gran Wolsey, que, unos pocos meses antes, nos legó los siniestros crímenes de la Rosa Blanca, aún sin resolver.

Aunque el éxito no había cambiado a Benjamin. Seguía vistiéndose de forma desaliñada. Recuerdo bien cómo era entonces, naturalmente, alargado y enteco, su rostro sombrío y solemne enmarcado por el cabello azabachado. Por aquel entonces yo poseía el mismo colorido (hay un retrato mío que cuelga en Burpham). Era cetrino, mi pelo negro brotaba abundante, una hendidura se perdía en uno de mis ojos, y la desfachatez de mi expresión, decían muchos, me mandaría al patíbulo. En cierto sentido estaban en lo cierto pero, afortunadamente, nunca me ahorcaron aunque estuvieran a punto de hacerlo en varias ocasiones. Lo que me divierte es que muchos de los que aseguraban que me colgarían murieron de muerte violenta en el sumidero de alguna callejuela, en el páramo de un campo de batalla o bien en un sangriento patio de ejecución. Yo era entonces mayor granuja de lo que soy ahora, pero era tan distinto de Benjamin como la col de una lechuga. Poseía esa irritante manera de ser según la cual todo tenía que ser correcto y había que fiarse por completo de todo el mundo.

En teoría, Benjamin era el señor de la mansión y yo, auténtico hombre de mundo, su administrador, su fiel servidor y amigo íntimo. Poseía un talento superior al de mis diecinueve años y mantenía un agudo ojo que vigilaba a todas las aves de rapiña y los cuervos humanos que la generosidad de Benjamin atraía. Ya sabéis a lo que me refiero: músicos errantes, copleros, curas llenos de astucia. (Veo a mi capellán cómo crisper sus hombros fastidiado).

Este hatajo hediondo de tunantes fluía a través de los prados a nuestra mansión señorial como ratas hacia un gallinero indefenso. El viejo Shallot hacía lo que podía. Compré los mayores alanos que pude encontrar y ahuyenté aullando a los pordioseros por la arboleda, al menos durante un tiempo. En aquel entonces conocía poco a los perros. Un día me llevé a los animales de cacería y levanté un gamo grande y grueso. No volví a ver al gamo ni a los perros. Dios sabe lo que les pasó. Salieron de estampía, ladrando como demonios. Esos mercenarios de cuatro patas debieron de encontrarse con alguien que tomó mejor cuidado de ellos porque jamás regresaron.

No obstante, mis problemas con la generosidad a mano abierta de mi maestro continuaron. Al final tuve un serio altercado con Benjamin en nuestra gran sala entrepañada de roble; por encima de los artesonados las paredes pintadas de verde claro estaban habilidosamente decoradas y trazadas con escudos de las armas de Wolsey, Daubey y, finalmente, de Shallot. Por supuesto, puse las últimas arriba pese a que sigo estando orgulloso de ellas: un puño de hierro, el dedo mayor extendido y debajo el lema latino *In dubito curre*, que, traducido groseramente, significa: «En la duda, pon pies en polvorosa». Sigo llevando las mismas armas en la actualidad, pero el dedo mayor del puño de hierro no sigue extendido, dado que el heraldista de la reina, RougeCroix, descubrió que en ciertas partes de Francia dicho gesto podía considerarse ofensivo u obsceno. Sin embargo, en aquel tiempo me sentía orgulloso de mi ingenio. Había desarrollado una destreza en la composición de facturas y en la falsificación de firmas, la de mi maestro inclusive. ¡No, no era un ladrón! Tenía que mirar en provecho de nuestra propiedad. Y ello provocaba enfrentamientos con Benjamin.

—Maestro —me lamenté—, no podemos seguir alimentando a todos los granujas de la vecindad. ¡Estoy harto de monjas picaras, frailes fornicadores, monjes mohosos, pillastres descarados y bellacos machistas!

Se arrellanó en su asiento en frente del hogar y comenzó a reírse hasta que las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Tienes un modo de emplear tu vocabulario, Roger —recompuso sus facciones y se enderezó—. Pero sigo insistiendo en que hemos de ayudar a los menos afortunados. De modo que, ¿qué es lo que propones?

—A los niños —respondí sin pensar. (Éste es otro de mis errores, soy demasiado bonachón y a menudo me expreso sin pensar)—. Inaugura una escuela —tartamudeé— para los niños del pueblo. Ayuda a aquellos que requieran tal aprendizaje.

—¡Maravilloso! —exclamó Benjamin—. Pero ¿de qué modo puedo asistirte, Roger?

Miré hacia otro lado, desconcertado. «Me ayudaste de sobra, maestro».

—¿Estás aburrido, no es verdad, Roger? ¿Encuentras a faltar Londres?

¡Dios mío, era maravilloso cómo mi maestro era capaz de leer mi pensamiento! En realidad, raramente nos desplazábamos a la gran ciudad, y cuando lo hacíamos, Benjamin no me perdía de vista y me ajustaba las riendas. Veréis, sabía que era como un perro sujeto por una correa, esforzándose por liberarse para lanzarse a rienda suelta en el primer embrollo. Naturalmente, estuvimos en Londres para visitar a la antigua novia de Benjamin, Johanna, una dulce muchacha a la que él adoraba. Johanna fue seducida por Cavendish, uno de los grandes aristócratas del país, que rompió su corazón y destruyó su juicio. (Ah, por cierto, Benjamin mató al susodicho aristócrata en un duelo a espada en Leicester Fields. Cuidado, no fue ésta la última

vez que se enamoró. ¡Oh, no, en modo alguno! Pero ésta es otra historia). En la actualidad, la muchacha vive al cuidado de las monjas de Syon a orillas del Támesis, mera sombra de lo que fue en su día.

—Debieras ir, Roger —prosiguió Benjamin—, pero quédate aquí hasta Pascua. Necesitaré tu ayuda para adecentar una de las estancias y para acondicionarla como aula. ¿Querrás ayudarme?

Fue innecesario que me lo reiterara y durante las últimas semanas de Cuaresma, al tiempo que Benjamin ayunaba a base de pescado salado y agua, me abstuve de beber vino (hice lo propio durante el día, pero a la noche me escabullía hacia una de las tabernas próximas; me resulta muy difícil ayunar ¡por la terrible sed que me embarga!), trabajé como un troyano: desocupando, limpiando, pintando, y renovando, hasta que el viejo pavimento del piso de nuestra mansión pareciese tan flamante y tan resplandeciente como una de las grandes aulas de Cambridge. (Oh, sí, Benjamin y yo también fuimos a la universidad pero, debido a un pequeño malentendido, a ambos se nos requirió que la abandonáramos antes de recibir nuestros títulos. Bueno, ¿a quién le importa?).

El domingo de Pascua, justo después de misa, Benjamin, como señor de la mansión castillo, anunció la apertura de su escuela a los incrédulos parroquianos. Mi maestro ya esperaba poca receptividad. ¡En ocasiones llegaba a ser el más idealista de los necios! Los campesinos, pese a todo, le tomaron la palabra deseosos aunque sólo fuera por entregarle los desaliñados mastuerzos de sus vástagos entre las diez y las cinco. A Benjamin le traía sin cuidado. Se lanzó al oficio de maestro de escuela como el pato al agua. Se adquirieron abecedarios, plumas, tinteros, un anaquel y rollos de pergamino. El aula fue invadida por legiones de diablillos de narices mocosas, cabellos desgreñados y rostros tiznados. Temí que los pequeños bastardos destrozaran el lugar pero Benjamin fue siempre bondadoso con los niños. Tenía un modo de escucharles como si cada una de sus palabras fuera una perla de sabiduría. En ocasiones compartí con él el aula de la escuela.

Veréis, generalmente, me ocupaba de llevar las cuentas y de administrar la propiedad. Nos dedicábamos a la cría de ovejas, a sembrar maíz y a recolectar cosechas con destino al mercado local y vendíamos derechos de caza a nuestros vecinos. Dichas tareas no representaban un reto arduo para mí. Benjamin siempre supuso que la sencilla manipulación de nuestros asuntos era debida a su justo trato con los demás. ¡No lo creáis! Los mejores guardabosques son ex cazadores furtivos y nadie tomaba el pelo al viejo Shallot.

De cualquier modo, acudía al aula de la escuela. El lugar parecía inundado de porquería, algunos se sentaban en los bancos, otros se acurrucaban por el suelo atendiendo como búhos de ojos redondos cómo Benjamin revelaba los secretos de las matemáticas, las divinas certidumbres de los Evangelios y, para los más espabilados,

la caligrafía cortés, así como los fundamentos de lengua griega, latina, de geometría y geografía. ¿No lo sabéis? Le envidiaba. Aceptad la palabra de Shallot por ello. A la mayoría de las personas les importan un rábano los demás, pero Benjamin era distinto. De todas maneras, pronto me cansaron sus intentos por ayudar a nuestros convecinos. El lunes de Pascua ensillé mi caballo, dispuse mi acémila de carga, me ceñí un cinturón-monedero en torno a la cintura, agarré la espada y la daga y me despedí.

¡Por los dientes de Satanás que lo llevo vivo en la memoria! Hacía una hermosa mañana primaveral. El sol reverberaba sobre los travesaños de los ventanales rielantes de nuestra mansión como en una alberca de luz. El aire estaba saturado por el denso y dulce perfume de la hierba recién segada y las flores silvestres que Benjamin había dejado crecer en frente de la entrada. Mi maestro, con los ojos pesados por el sueño, se levantó para despedirme. Estuvo sosteniendo las bridas de mi caballo y mirándome fijamente con inocencia como uno de los chiquillos de su aula escolar.

—¿Irás con cuidado, Roger? ¿Regresarás si te ocurre algo?

Apreté su mano.

—Iré con cuidado, maestro —mentí—. Tengo una carta para nuestro banquero, el maestro Waller de la Mercery. Si acabo mis monedas de plata ahí encontraré más.

—¿Qué es lo que vas a hacer? —preguntó Benjamin entornando los ojos.

—A hacer fortuna, maestro.

—Pues —sonrió— haz fortuna, Roger, y si mi tío manda a buscarme, iré a tu encuentro en Londres. ¿Dónde te alojarás?

Me mordí el labio y me quedé mirando la desfalleciente neblina que agostaba el sol de las primeras horas. ¡Lo último que me apetecía era la interferencia de su tío! Me tentaba mentir pero, gracias a Dios, rompí con un hábito de toda la vida y dije la verdad.

—Cerca de SaintPaul —respondí—. Hay un impresor bajo una marca roja y al lado un hostel, el Golden Turk. ¿Lo recuerdas? Ahí me alojaré.

Di un apretón de manos a mi maestro y, espoleando mi caballo, cabalgué desafiante bajo los alineados árboles; las pezuñas de la acémila, que iba detrás de mí, levantaban ráfagas de polvo blanco. Me sentí como un caballero andante en pos de una aventura, ignorante de lo necio que era al deslizarme hacia el peligro y la negra sombra del tío de Benjamin, que pronto me atraparía.

El viaje transcurrió sin ningún acontecimiento memorable. Durante mi juventud, Inglaterra presentaba un aspecto de verdor y lozanía en su hora matinal de existencia. No había ejércitos cruzando sus tierras ni grandes señores desplegando banderas de rebelión. El Gran Homicida velaba porque así fuera. Incluso entonces nadie osaba enfrentársele y todavía no había mostrado el lado oscuro de su alma que habría de

probar la profecía de Merlín de que sería «el topo que anegaría su reino en un mar de sangre».

Las abadías y priorazgos que iban apareciendo a mi paso dormitaban gentilmente al socaire del grato verdor de las colinas, ignorantes de la destrucción que iría arrastrándose desde la sima infernal de las incontinencias de Enrique. Los pueblos, caseríos y castillos de tejas rojizas se vanagloriaban de su paz y prosperidad puesto que Enrique aún vivía del tesoro que le legó su progenitor. Todavía no había soltado a su ejército de recaudadores de impuestos, comisarios, proveedores y asesores. Los puentes estaban reparados, se habían colmado los hoyos de los caminos, segado el maíz de primavera, y bien nutridas ovejas herbajeaban por los campos.

Oh, no existían señales de las furias que habían de llegar. En los cruces de los caminos los patíbulo proveían reciente carroña a cuervos y aves de rapiña; hombres sin tierra de labor abandonaban la campiña por cuanto los grandes señores se dedicaban ahora a la cría de ovinos más que a la recogida de cosechas. Algunos eran pordioseros broncos, ladrones y tunantes, pero uno se cruzaba una y otra vez con hacendados honrados, con chiquillería encanijada, de rostros pálidos y esqueléticos, esposas de mirada sombría que vagabundeaban por los caminos en busca de trabajo. Shallot hacía lo que podía. Tengo en mi haber una lista de vicios más larga que vuestro brazo, pero no soy persona menospreciable. Repartía óbolos y cabalgaba como un joven lord a través de Aldgate al centro de Londres.

Ni que decir tiene que siempre amé esa ciudad, su pestilencia, el color, la barahúnda y el bullicio. Había trabajado allí muchos años antes como fámulo en una de las casas de lenocinio de la vieja Mother Nightbird donde ella ponía a la venta cuerpos lozanos y perfumados a los grandes señores y mercaderes de la ciudad. En la actualidad las cosas eran diferentes. A los diecinueve años, Shallot era virtuoso, un hombre bienandante que pronto habría de convertirse en un príncipe mercante que enseñaría tanto al maestro Benjamin como al gran Wolsey que podía prosperar sin su ayuda. Crucé cabalgando Cheapside, sorbiendo codiciosamente perspectivas y sonidos. Advertí con envidia las mansiones de maderamen realzado con oro de los mercaderes, las paradas frente a ellas apilaban empinadas mercancías de todo género: valiosas telas de oro, rollos de seda y raso, botellas de cuero, botas de montar españolas, cordoncillo de oro y doseles, mantas de lana virgen y tapicerías macizas de labor de aguja con plata y filigrana de oro.

Por el aire clamoreaba el vocerío de los aprendices, el estruendo del gentío, las imprecaciones de los carpinteros, mientras por los rincones quincalleros y caldereros voceaban sus artículos. Jóvenes cortesanos, los atelajes de cuyas cabalgaduras refulgían al sol, cabalgaban abriéndose paso llevando gavilanes, halcones y peregrinos, posados sobre sus muñecas, de faz cruel oculta bajo pequeñas capuchas, y pihuelas que resonaban como campanas de una iglesia diminuta.

Llegué al Golden Turk, anidado en una estrecha callejuela, a la sombra de SaintPaul. Un establecimiento agradable, bien regentado, de tres plantas, haciendo el conjunto más acogedor por sus ventanas de cuerno barnizado, las vigas hábilmente pintadas y el blanco del estuque lucía como la nieve recién caída. El hostelero me conocía, puesto que Benjamin y yo nos habíamos alojado ahí a menudo cuando íbamos a Londres. Pensé ir a la Casa de Syon pero recordé las instrucciones de Benjamin respecto a no acercarme nunca a Johanna sin que él estuviese presente dado que ella se cobijaba en un mundo crepuscular en el que todos los hombres, a excepción de Benjamin, se convertían en su seductor.

De modo que me acomodé en el Golden Turk como si estuviera en mi casa; el hipócrita del hostelero me acogió con bastante cortesía, facilitándome una habitación en la segunda planta que tenía una cama con un jergón y unas cuantas piezas de mobiliario. También prometió cambiarme las sábanas y velas por lo menos una vez cada seis semanas, dejar espacio en el establo para mi caballo y proporcionarme, asimismo, una comida por la mañana y otra por la noche. Durante mi primera jornada allí me comporté como un joven lord, echándome sobre la cama con las botas puestas, sorbiendo vino de Canarias de una copa y reflexionando qué pasos debía tomar en el futuro.

Con todo, los negocios son los negocios y el placer es el placer. Bajé a la taberna y encargué algo de comer, si bien me sentía más hambriento de la cantinera de ojos oscuros a la que ya había echado el ojo durante mi última visita con Benjamin.

Era una verdadera Venus de ojos oscuros y cabello ensortijado color azabache derramado sobre sus hombros. ¡Y qué hombros! De la blancura del mármol, y unos senos con la mayor succulencia y redondez como jamás eché la vista encima. (Ahí va de nuevo mi capellán retorciéndose en su taburete. He notado que lo hace cada vez que me refiero a mis «amoríos», cuando cito mis amores pasajeros. El color de su rostro se enrojece como lo hace cuando la gorda Margot, la lavandera, que me provee de copas de vino añejo, se inclina proporcionándome la más generosa de las vistas de la más célebre hendidura de todo Surrey).

Sea lo que fuere, aquel día de primavera de hace tantos años, fui cancanearo tras la muchacha, excitándola y animándola. ¡Ya sabéis cómo se las trae la sensualidad! Una mirada, una sonrisa, una copa de amor compartida, una contrapartida de monedas de plata, luego ¡hala, a la alcoba! ¡Ay, ay, de qué momentos dispusimos! Rebotamos en redondo sobre aquel jergón con tales risotadas y griteríos que el hostelero acudió. Golpeó nuestra puerta arguyendo que estaba dirigiendo un establecimiento honesto, y no un burdel de Southwark. Cuando la cama se vino abajo y los chillidos de la muchacha podían oírse desde la taberna de abajo, el hostelero volvió a subir vociferando denuestos a través de la puerta, pero hice caso omiso. Él sabía lo que la muchacha era cuando la contrató, ¡el deslenguado hipócrita!

A la mañana siguiente decidí comenzar mi negocio. Me levanté, satisfice mi estómago y entregué al hostelero algunas piezas de plata que ayudaron a que su avinagrado rostro adquiriera un aspecto más receptivo y servicial. La sirvienta cuyo nombre creo que era Anna presentaba un aspecto más fatigado y los ojos amodorrados después de sus ejercicios de la vigilia. Yo, sin embargo, me contoneaba como un gallo de corral, calzado con botas y echada la capa, con sombrero de ala ancha en la cabeza del que pendía una pluma blanca y negra. Tenía la impresión de ser una combinación de Héctor y Paris. ¡Dios Santo, los despropósitos de la juventud! Decidí dirigirme a SaintPaul, pasar de largo la tumba del duque de Humphrey e ir por el Mediterranean, sector principal donde la mayoría de los hombres concertaban negocios; allí, las sucias y cilíndricas columnas se hallaban afestonadas de anuncios, de hombres y mujeres que solicitaban trabajo o empleados a la expectativa que exponían sus condiciones. A un extremo, los escribanos profesionales sentados ante sus pupitres, con las plumas y los pergaminos a punto, para redactar testamentos, contratos, facturas, misivas a un amigo, o un *billet doux* a una amante. En el otro extremo, picapleitos, con sus togas armiñadas, iban a la caza de asuntos, juristas asesoraban a clientes, y en la parte exterior del pórtico, librereros y folletistas se libraban con estruendo a su oficio.

Ahora bien, evité a todas estas gentes. Estaba intentando concertar al azar una operación mercantil merecedora de mi plata, alguna alternativa comercial a través de Calais o tal vez con el Báltico. Veréis, durante mi juventud el comercio estaba cerrado. Los Cabots se abrieron paso hasta Terranova, pero fue todo lo lejos que fueron. Los mares a lo largo de la costa occidental africana y las rutas hacia las colinas españolas, cruzando el Atlántico, no estaban aún abiertos a las naves inglesas. No teníamos todavía lobos de mar, ni Frobishers ni Grenvilles que combatesen sus singladuras a través de los galeones españoles. Y, por supuesto, no existía ningún Drake. (Conocí a sir Francis. ¿No os puse al corriente de esta historia? Me encontraba echando una partida de bolos con él cuando la gran Armada fue avistada a lo largo de Lizard Point y las balizas luminosas a lo largo de la costa meridional dieron señales de vida. Seguro que habéis oído contar, imagino, esta cuestión. Cuando el mensajero llegó para informar a Drake de la posible invasión, el viejo lobo de mar anunció que acabaría la partida de bolos, que luego terminaría con los españoles. ¡El bucanero pelirrojo estaba diciendo una mentira! Había apostado una bolsa a que le vencería y Drake no se amedrentaba cuando se trataba de oro. Además, fui yo quien humedeció su dedo para saber la orientación del viento y el que indicó que, si quería dejar la partida, de nada serviría. El viento cambiaría antes de que sus naves de guerra se echaran a la mar contra los españoles. Mi capellán dice que soy un embustero. ¿Qué maldita cosa sabrá él? Bebí con todos nuestros grandes marinos. Naturalmente, el más grande es Raleigh. Él sigue en alta mar con la plata que le di en pos de un tesoro

por descubrir. Dice que puede abrirse camino Orinoco arriba y descubrir las Siete Ciudades de Oro cuyas calles están pavimentadas con metales preciosos, y doncellas morenas de pechos rotundos esparcen gemas y monedas. ¡Tan sólo confío en que el viejo lobo de mar esté diciendo la verdad!). ¡Ay de mí, estoy divagando! En los días del Obeso Harry los negocios no eran tan aventurados. Los mercaderes llegaban a SaintPaul y se paseaban arriba y abajo, con los pulgares hincados en sus cinturones en busca de oro y lingotes de plata que invertir en sus operaciones de riesgo: lana para Flandes, vino de Gascuña, lana de Italia, sedas y valiosos tejidos de Venecia e hilanderías de Florencia. Yo pasaba por alto tales hombres de expresiones cerradas y hocicos respingones. Sus promesas pomposas y grandilocuentes frases no conseguían convencerme, de modo que fui a airearme al camposanto donde todos los rapaces, villanos y falsificadores se ocultaban de la ley. Veréis, SaintPaul solía ser un santuario, un refugio contra los hombres del alguacil y, mientras permanecierais allí, quedabais a salvo. Me preguntaba si alguno de mis compinches del tiempo en que estuve con la vieja Mother Nightbird estaría allí al acecho. Di algunas zancadas furtivas por entre las barracas y las destartaladas viviendas construidas contra el muro. ¡Dios mío, nunca vi tal colección de bribones, miserables y chusma! Sin duda, toda la horda al completo. Mantenía una mano en la empuñadura de la espada y la otra en la bolsa mientras mentalmente fraseaba la carta que tenía intención de mandar al cardenal Wolsey, solicitándole que limpiase el camposanto de tal colección de villanos.

A la larga me cansé y regresé a los regocijos del hostel, tanto de la mesa como de la cama. Lo único curioso que encontré en mi habitación fue un cartel anunciador de un francés intentando solicitar capitalistas para exportar pergamino a Francia e importar vino a Inglaterra. Lo leí con interés, y lo olvide al momento. Al día siguiente volví a SaintPaul y, esta vez, tuve éxito.

Debió de ser a mediodía, a la hora del ángelus, y las campanas de la catedral procedían a repiquetear la interrupción cuando vi por primera vez al individuo. Iba vestido sobriamente, justillo castaño oscuro con sobrecalzas del mismo color que enfundaban unas botas negras de cuero flexible. Su capa gris, de lana virgen, estaba echada hacia atrás, sobre los hombros; no obstante, fue su rostro lo que me atrajo. Sus facciones me recordaban las de Benjamin: afables, honestas y sinceras. Ya sabéis la regla de oro de Shallot: sólo un pillastre conoce a otro, y un auténtico bribón reconoce a un hombre honesto. Este hombre era muy honesto. Llevaba consigo un número de carteles que iba distribuyendo entre los transeúntes que pasaban cerca de él, de modo que recogí con indiferencia uno de ellos, y sus ojos castaños me sonrieron con amabilidad. Tendría una cincuentena de años, sus facciones cobrizas estaban bien dibujadas, su cabello plateado lo llevaba peinado hacia atrás, pero el bigote y la bien recortada perilla aún mostraban trazas de su dorada juventud.

Deprisa y corriendo me metí en una expendeduría de tortas y escudriñé cuidadosamente el cartel que evidenciaba la procedencia de su distribuidor: JeanPierre Ralemborg, de Dijon, con residencia y almacén sitios en Bread Street. Básicamente, esa persona era un vendedor de pergaminos que trataba de localizar dinero contante y sonante u oro para financiar la exportación de pergaminos a Nantes e importar vino. Ahora bien, no quiero dar una tediosa lección acerca de los mercados del día, bastará decir que en 1520 el dinero en efectivo, en su mayoría, estaba invertido en campos, tierras y bienes raíces, de modo que era natural que las gentes como Ralemborg anduviesen a la caza de clientes para sus operaciones.

Era una perspectiva intrigante y mi curiosidad era tanto más aguda por cuanto había encontrado uno de sus carteles en mi habitación del Golden Turk. Por un lado sospechaba una trampa, por otro el hombre era de una honestidad evidente. Me senté en el citado establecimiento golpeándome los talones y ponderando el problema. El hostelero del Golden Turk nada sabía respecto al cartel, ni quién pudo dejarlo ahí. ¿Sería un anónimo de buen augurio o estaba siendo manipulado?

Iba masticando lentamente pequeñas porciones de tortas adobadas de carne con hierbas aromáticas. Aquel francés tenía aspecto de honesto y yo era lo suficientemente sagaz como para reconocer una próspera alternativa comercial con riesgo. El pergamino inglés era requerido en toda Europa, mientras que en Inglaterra los vinos franceses eran de venta segura. Comprenderéis que ninguno de dichos artículos podía estropearse. Sin duda, cuanto más tiempo los conservaseis, mayor sería su calidad. Me encaminé hacia SaintPaul y hallé a Ralemborg apoyado desalentadamente contra una columna golpeando sus carteles contra una pierna. Me dirigí hacia él a grandes zancadas y me saqué el sombrero:

—Monsieur Ralemborg, soy Roger Shallot. He leído vuestro anuncio. Parecéis hambriento. ¿No podríamos tal vez hablar mientras comemos?

—Sois joven —murmuró el francés, la mirada precavida.

—¿Qué diferencia le confiere ello a mis monedas de plata?

—No, en verdad, es vuestro aspecto de pícaro —hizo una mueca.

—Será porque lo soy —respondí—. Sin embargo, mi palabra es buena, si bien mi dinero es mejor.

—¡Un pícaro honesto! —Ralemborg enseñó los dientes al sonreír—. Comeremos y hablaremos. Acepto que me invitéis a comer pero el vino correrá de mi cuenta.

Bueno, allá fuimos a la casa de comidas más próxima y, si no recuerdo mal, compartimos una empanada de codornices, de costra crujiente y dorada, la carne de ave era reciente y bañada en una salsa espesa, y una jarra de Burdeos joven. Nunca me olvido del buen yantar: quiero decir, cuando uno ha pasado hambre como yo en las estepas de Moscovia o en los desiertos del norte de África, siempre recuerda lo que se ha comido. Podría jurar que recuerdo cada torta que engullí, cada copa de

añejo que me eché al colete, las pocas mujeres de bandera que conocí y, con reconocimiento, cada una de las perversas mujeres con las que dormí. Ah, bien, volvamos a nuestra casa de comidas.

Al comienzo, Ralemborg me habló de sí mismo. Sospeché que yacía un misterio tras su trivial descripción como vendedor de pergamino, criado y educado en Nantes de Bretaña; entendido en material para imprimir que sabía manejar las nuevas imprentas de Gutemberg y, por razones que no explicó, se había trasladado con su familia y su negocio a Inglaterra. No le hablé acerca del cartel que había hallado; en realidad, deseché rápidamente que se tratara de una mera coincidencia. Por lo demás, el vino soltó la lengua de Ralemborg y cuanto más hablaba mayor era mi convencimiento de que su aventurada empresa sería el fundamento de mi propio éxito. Tenía, como narró, a su servicio un capitán de confianza con un transporte marino de tres mástiles navegando fuera de Londres. Ralemborg trataba de exportar pergamino a Bretaña, y en el viaje de regreso, su barco traería vino para el mercado de Londres.

—No podría venderlo yo mismo —declaró—. Ni podríais hacerlo vos. No somos miembros del gremio de vinateros. Pero podríamos venderlo directamente a los negociantes de vinos sin dejar de conseguir un bonito beneficio.

Me arrellané en el banco de madera de alto respaldo, apreciando a Ralemborg como un verdadero hombre de negocios que conocía el tejemaneje del mercado londinense. Fue enseguida al grano: la operación que se traía entre manos requería capital, y él había invertido todos sus haberes en su casa. Se refirió locuazmente a los efectos que pagar, a las compras de lonas y pergaminos, al coste de los carreros y al numerario necesario para el pago de la tripulación del barco.

—¿Y qué hay de los almacenes? —pregunté.

—Tengo una casa en las inmediaciones de Bread Street —replicó— que dispone de locales vacíos y de una bodega sin humedad provista de bóveda de piedra. Todo cuanto necesito —reiteró— es dinero en metálico para activar mi negocio.

Así pues, llegó su turno de hacerme preguntas y, naturalmente, sólo respondí lo que quise. ¡No! Mentiras no, la verdad, si bien cortada y trajeada para vestir mis propias conveniencias. Ralemborg fue estudiándome con atención y noté una cierta incredulidad en su mirada. Un auténtico zascandil reconoce a un hombre honesto de modo que, daba por supuesto, un hombre realmente honesto es capaz de reconocer a un zascandil. Mis grandiosas descripciones vacilaron, así que desabroché mi cinturón monedero y vacié uno de sus bolsillos sobre la mesa.

—Ésta es mi garantía —dije—. Podéis hacerlos cargo de ella en prenda de mi buena fe.

(Éste es uno de mis desempeños predilectos, esgrimir mi dinero donde otros sólo esgrimen palabrería y saliva).

Ralemberg rechazó las monedas empujándolas hacia mí.

—¡Quiero ser honesto! —le espeté.

—¿No ambicionamos serlo ambos, maestro Shallot? Si tomase vuestro dinero, no dejaría de ser un ladrón. Pero, vayámonos, dejad que os muestre el almacén por el que preguntasteis.

Nos levantamos y me condujo a la cercana Bread Street. Su casa era un edificio de tres plantas. Las ventanas estaban polvorientas y agujereadas, la pintura, resquebrajada, y la puerta de entrada se abría de mala manera sobre sus goznes. Ralemberg se limitó a alzar los hombros y a sonreír forzosamente por toda excusa. El interior, sin embargo, desprendía un olor agradable y esmerado. (Los franceses son siempre más cuidadosos en estos aspectos que los ingleses). Seguimos por un pasillo hasta una salita entrepañada. La recuerdo con vigas oscuras, altas ventanas y velas de cera ya encendidas. El piso estaba cubierto de alfombras y un perro faldero jugueteaba ante un pequeño hogar. A un lado del hogar una mujer de cabello gris se hallaba absorta en una labor de aguja; al otro, dándonos la espalda, una muchacha agachada sobre un libro leía en voz alta un poema en lengua francesa que entonaba con regocijo y risitas.

Un viejo sirviente, calvo como un tejón, amarillento de rostro y mustio, se apresuró hacia nosotros con la velocidad del caracol; balbuceó disculpas en francés, pero Ralemberg se limitó a golpearle gentilmente el hombro y le dijo que no se preocupara. Naturalmente, nuestra entrada interrumpió el cuadro doméstico en torno del hogar. Ambas mujeres se levantaron alborozadas de alegría. Madame Ralemberg era una verdadera francesa, las facciones oliváceo oscuras, de mirada expresiva, su peinado nítidamente arreglado. Su aspecto era risueño, aunque su mirada fuera cautelosa. Me estudió con suspicacia confirmándome mi suposición de que Ralemberg debía guardar sus propios secretos. La otra mujer, la hija de Ralemberg..., bueno, ¿cómo podríais describir a un poema encarnado? No debería de tener más de dieciséis o diecisiete primaveras, alta y espigada, y sus ojos poseían el azul de un transparente cielo vernal. Tenía un rostro angélico, de pómulos altos, y la nariz y la boca perfectamente dibujadas. De haber sido asidua en la corte, los jóvenes pisaverdes le hubiesen escrito odas y sonetos a sus cejas, sus uñas y a su fragante boca rosada. ¡Dios mío, lo hermosa que podía ser!

Iba ataviada con sencillez suficiente, su túnica castaña ornada por una golilla de encaje alrededor del cuello, y sin embargo, hubiera podido deslumbrar a una reina. Su voz era queda y musical y su dominio del inglés tan sólo subrayado por un ligero acento francés. Algo me dijo dirigiéndose a mí, unas meras palabras de introducción, mas todo cuanto pude hacer fue mirarla de hito en hito, boquiabierto. De pronto soltó una risita y caí en la cuenta de que aún seguía sosteniendo sus dedos. Comprenderéis, era por aquellos ojos, tan azules en su ensombrecido rostro, una de las más hermosas

simbiosis creadas por Dios. Tuve ocasión de conocer luego mujeres semejantes, jóvenes muchachas de Irlanda occidental, pero Agnes Ralemborg se alzaba por encima de ellas.

Creedme, si los ojos son las ventanas del alma, entonces el alma de Agnes era todo lo hermosa que parecía. Era cabalmente inocente, honesta, con un agudo sentido del humor y con un ingenio sardónico. Había adivinado que era un tunante tan pronto como me echó la vista encima y, mientras su padre me invitaba a tomar asiento, pícaramente, como una niña, iba observándome con el rabillo del ojo. Se estaba riendo de mí pero no me importaba.

Ralemborg hablaba y yo era todo oídos. Por lo que de mí dependía, podía arrancarme todas mis piezas de plata con tal de que me permitiese contemplar a su hija. Santo Dios, siento ahora cómo las lágrimas me aguijoneaban. El viejo Shallot, quien estaría ahora bajo las enaguas de una mujer aunque no le dieran más que media oportunidad, se hallaba entonces mudo ante aquella chiquilla. A decir verdad, me hallaba atemorizado por ella o ¿era timidez? (Mi capellán, bobamente, está sonriendo. ¡Debería ir con cuidado! Agnes fue uno de los grandes amores de mi existencia. En verdad, el primero y único. Tal vez amé a las que vinieron después porque fueron pálidas imitaciones suyas). Ah qué decir, Ralemborg garlaba alegremente, y acto seguido me llevó a dar una vuelta por la casa. Yo caminaba como un sonámbulo mientras me mostraba los locales vacíos y una enorme bodega de bóveda de piedra. Luego, mientras hubiera preferido quedarme y contemplar a Agnes, me llevó al Desembarcadero del Rey, cerca de Vintry, y a una pequeña cervecería que apestaba a carpa y sal. Me presentó al corpulento, de rostro bermejo, Bertrand de Macon, el patrón de una nave panzuda y supuesto tercer socio en nuestra operación de riesgo. Nos aposentamos y bebimos, discutiendo las rutas marinas, los costes de puerto, los emolumentos de la tripulación, los mercados vitícolas y el almacenamiento del cargamento. Ni que decir tiene que me sentía confuso, y no obstante la honestidad de ambos individuos saltaba a la vista. De Macon era un marino congénito que se había enfrentado con las tormentas de Vizcaya. Estuvo de acuerdo en efectuar su primer viaje allá y regresar antes de recibir cualquier pago, siempre y cuando Ralemborg se hiciera responsable de dicho viaje, dando su casa como garantía colateral. Yo compraría el pergamino y me ocuparía de su transporte a los muelles, y llegamos a la conclusión de que si vendíamos el vino traído al regreso del primer viaje, obtendríamos un beneficio.

Nos estrechamos todos las manos y bebimos para sellar nuestro acuerdo antes de volver a SaintPaul y a los pupitres de los escribanos donde se redactó la escritura contractual tripartita. Acordamos que se realizarían dos viajes desde el Támesis a Nantes y seguidamente analizaríamos la situación. La responsabilidad de cada cual estaba cuidadosamente perfilada. No obstante, antes de que pusiera mi firma,

Ralemborg me llevó fuera. Creí que deseaba confiarme una información complementaria pero, con la presteza sorprendente de un felino, de repente extrajo su daga, apuntando su punta contra mi cuello.

—Maestro Shallot —susurró—, con respecto a mi hija Agnes, vuestras intenciones deben ser honorables.

¿Sabéis? No estaba atemorizado en lo más mínimo. Fue una de las pocas veces en mi vida que en realidad dije la verdad. Levanté mi mano derecha.

—Monsieur —declaré—, os doy mi palabra como socio vuestro de que mis intenciones hacia vuestra hija son perfectamente honorables.

Ralemborg sonrió, envainó la daga y me dio unos golpecitos sobre el hombro. Volvimos adentro y firmamos las escrituras, el escribano cortó el pergamino en tres y conservó una copia del duplicado. Se redactaron las cartas que debían registrarse en los archivos de la Cancillería, que debía librar la requerida licencia de comercio. Bueno, ¿qué más podría decir? Regresé dando cabriolas al hostel, feliz como un colegial proyectando sus vacaciones.

Ahora bien, había anochecido bastante pero yo era un fornido granuja, en posesión de mi espada y daga; sin embargo, mis asaltantes parecieron justamente salir de las sombras. No me atacaron: me maniataron los brazos, me dieron media vuelta presionándome la cara contra el muro húmedo de la callejuela. Tal vez fuese el vino que había bebido, pero apenas di un breve aullido antes de que me asieran el cabello y mi cabeza fuese zarandeada violentamente hacia atrás.

—¡Monsieur! —silbó una voz—. ¡No os resistáis! Somos cuatro. No tenemos intenciones de haceros ningún daño, pero monsieur Ralemborg no es lo que aparenta. Sería mejor que os buscarais otro socio comercial.

—¿Qué queréis decir? —tartamudeé, evidenciándose ahora mi cobardía acostumbrada—. ¿Ralemborg... quién es?

—Monsieur —la voz se reiteró con lentitud—, no deberíais preocuparos por monsieur Ralemborg, sino más bien de nosotros.

Me asieron de una mano y, con inaudita singularidad, una pequeña vela de cera fue impelida en mi palma.

—La próxima vez que veáis a monsieur Ralemborg, ¡limitaros a decirle que sus viejos amigos, los luciferinos, están a su acecho!

De pronto, el estruendo de una voz desde el extremo de la callejuela se dejó oír:

—¡Caballeros! ¿Qué estáis haciendo?

Golpearon mi cara contra el muro y mis asaltantes desaparecieron. Me agaché sosteniendo mi sien magullada, maldiciendo el penetrante dolor que cual saeta recorría mi rostro. Los que me rescataron eran tres muchachos de los que intimidan, con espadas y dagas prendidas de sus cinturas. Adivináis el tipo: calzón ceñido, escroto protuberante, jubón henchido y capa corta. No salieron en persecución de los

asaltantes, pero me ayudaron a incorporarme, inquiriendo solícitamente sobre mi estado de salud. Dada la oscuridad no me fue posible desvelar sus facciones, pero me sentía aterrorizado de estar cayendo en las brasas al escapar de las llamas. Incluso entonces hubiera debido saber que algo no iba a derechas. ¿A santo de qué tres jóvenes matones habrían ido a socorrer a un desconocido en una oscura callejuela de Cheapside? Con todo, no me causaron agravio alguno, por lo que me dirigí, danto trompicones, de vuelta al Golden Turk y a los tiernos cuidados de la desaliñada cantinera, que me reconfortó con un tazón de sustancioso caldo e innumerables jarras de espumosa cerveza.

Capítulo 2

A la mañana siguiente me desperté angustiado por lo que había sucedido. Clavé la vista, atónito, en la pequeña vela de cera que había arrojado al suelo de mi cuarto. Me olvidé de mis libertadores. Me preocupaban mucho más los luciferinos.

Poseía los suficientes conocimientos de latín como para saber que dicha denominación estaba relacionada con Luzbel, el nombre de Satán antes de su expulsión del Paraíso. ¿Pero quiénes podrían ser estos luzbeles? Intentaba imaginar si se trataba de una compañía competidora o bien de unos enemigos personales de Ralemborg. Sentía mi estómago descompuesto y a mi corazón latir con mayor ritmo. Tenía las manos viscosas, usuales advertencias del viejo Shallot para que empezara a pensar si había llegado la hora de cortar por lo sano y poner pies en polvorosa. El júbilo que sentí la vigilia se había volatilizado hasta que recordé a Agnes, los contratos que había firmado y la básica honestidad de Ralemborg y de Macon. Hice mis abluciones, me vestí, me ceñí la espada a la correa y salí pomposamente a la calle, prometiéndome quedamente que un grupo de degolladores y solapados bribones callejeros no podían amedrentar a este nuevo príncipe mercante. ¡Oh, Señor, los desvaríos de la juventud!

Me fui derecho a la casa de los Ralemborg, ansioso por ver a la sempiterna sonriente Agnes. Mi pobre corazón se encumbró como un pájaro cuando ella accedió a acompañarnos a su padre y a mí a Lothbury al domicilio de un vendedor de pergamino. Nos desviamos de la senda trillada, lejos de aquellos mercaderes que fijaban altos los precios, puesto que Shallot sabía dónde dirigirse, bien fuera a este o a aquel establecimiento, luego, cruzando el puente de Londres, bajo las podridas cabezas de los decapitados traidores, visitamos a un pequeño vendedor de pergamino de Southwark. Los dioses sonríen a los que quieren perder, y a los tres días el pergamino que compramos fue acarreado hacia la nave de Macon y cargado a bordo. El capitán estaba tan contento como un cerdo en el lodazal.

—Mejor será esto —rugió— ¡que mendigar de Westminster el comercio del Muelle de la Lana!

Explicó cómo, desde el cese de las hostilidades entre Inglaterra y Francia, el arrendamiento de navíos había bajado y se había facilitado y, por lo que tenía que vender, el mercado estaba en manos de los compradores.

Dos días después se hacía a la mar y yo, olvidadizo de todos los peligros, me hallaba en el séptimo cielo. (Una de mis pocas virtudes. Cuando me siento feliz, ¡me importa un comino todo lo demás!). Ralemborg era una persona agradable. Me recordaba a Benjamin por la sequedad de su ingenio, sus sardónicas observaciones y su evidente honestidad. Deambulábamos por las calles en busca de posibles futuros proveedores de pergamino y, aprovechando el buen tiempo, cabalgábamos hacia el

norte, donde están los vendedores de pergamino de Oxford, a lo largo de Holywell y Broad Street, y también por los pequeños establecimientos del Turl cerca del Exeter College.

Naturalmente, Agnes siempre estaba en mis pensamientos, viviendo a la espera de las noches cuando me reunía con los Ralemborg para una cena sencilla. El francés me trataba como a un hijo; su esposa se mostraba algo más distante y fría, de modo que me puse a obsequiarla comprándole pequeños regalos, rindiéndome ante ella como si fuera la doncella de la casa. En cuanto a mi amada, ¿qué podría decir? Un recuerdo imborrable siempre permanecerá. Setenta y cinco años después, siempre que siento sobre mi rostro el sol, se renueva en mi mente con la misma lozanía como si de ayer se tratara. Había un pequeño jardín en la parte de atrás de la casa de Ralemborg donde crecían rosas silvestres, sus tallos podían rastrearse por encima de los minúsculos bancos de herbaje. El jardín estaba separado del vecino por una alta pared de ladrillos rojos. Ralemborg solía sentarse junto a su esposa bajo un emparrado florido compartiendo una bebida mientras Agnes y yo andábamos por entre las rosas. Tímida al principio, contaba después acerca de Nantes, de cómo encontraba a faltar sus bosques sombríos y el verdor de la campiña bretona. Me detalló el nombre de todos sus amigos y dijo lo orgullosa que estaba de la vida que le habían proporcionado sus padres. En alguna ocasión la cogería ligeramente por la punta de los dedos tratando de llevar la conversación por derroteros sensibles al corazón, pero ella se sonrojaría y sus hermosos ojos mirarían hacia abajo. Movería la cabeza y haciendo oídos sordos hablaría de otras cuestiones, aunque nunca se referiría al pasado de su padre.

Ahora bien, yo sabía algo de francés. Recordaréis que pasé algún tiempo en París tiempos no de los más agradables, congelándome en la nieve, acosado por lobos y a punto de morir en la horca de Montfaucon. Poseía, por tanto, un conocimiento práctico de la lengua y algunas veces, en la mesa, era capaz de seguir la conversación, si bien cuando los Ralemborg pasaban a hablar su dialecto, me era imposible seguirles. Durante estas conversaciones su actitud se volvía circunspecta, sus rostros adquirían seriedad. Una palabra que repetían una y otra vez era la de «luciferinos», palabra que me recordaba a mis asaltantes callejeros. Sin embargo, seguía creyendo que se trataba de una referencia a una compañía rival y, dado que mis atacantes nunca volvieron a aparecer, el recuerdo de sus negras amenazas menguó. ¿O no? En ocasiones presentía que me estaban siguiendo o que me acechaban mientras me hallaba sentado en alguna taberna o deambulando por los tenderetes de Cheapside. Poseía esta sospecha de amenaza, de esta sorda vigilancia.

Oh, sí, me sentí tentado de interrogar a los Ralemborg. En cierta ocasión le pregunté a Agnes acerca de los luciferinos, pero la muchacha se limitó a empalidecer y agitó su cabeza.

—No volváis a mencionar esta palabra nunca más —susurró.

Quedé harto feliz de poner fin a esta cuestión. Transcurrieron algunas semanas, un mes completo en total. La nave de Macon fue a Bretaña y regresó; al trayecto colaboraron los vientos bonancibles y la tranquilidad de los mares. La nave regresó con la bodega abarrotada de vinos y con excelentes beneficios. Ralemborg insistió en encontrarse con Macon primero, aduciendo que deseaba tratar alguna cuestión secreta, de modo que me reuní con ellos más tarde en una pequeña taberna que hacía esquina entre Vintry y La Reole. Brindamos por nuestro éxito, y Macon nos informó de que el mercado se hallaba próspero. Ralemborg dijo que ya tenía comprador para el vino, un vinatero residente en Trinity. Nos pusimos acto seguido a hacer proyectos para el próximo viaje.

Ya por entonces había empleado la mayor parte de mi dinero y, pese a los beneficios, debía procurarme recursos importantes, incluso pedir en préstamo algo más al orfebre Waller, en su triste y viejo taller de Mercery. Al principio, el miserable viejo marica no iba a dejarme ni un céntimo. (¿No habéis observado esto de los banqueros? Si tenéis dinero, los bastardos os lo quieren prestar; si no tenéis y queréis un préstamo, os dicen que os vayáis al infierno). Con todo, este viejo cicatero redactó una escritura y con ello la disponibilidad del dinero contante y sonante. Adquirimos carros de pergamino en Charterhouse y Oxford, e incluso cursamos pedidos a lugares tan al norte como Norwich y Cambridge.

El día antes de que Macon se hiciera a la mar en su segundo viaje, los Ralemborg me invitaron a una cena formal. Estaba encantado. Mi compromiso matrimonial con Agnes iba desarrollándose con rapidez. Le había comprado pequeños obsequios, besado su mano al paso que el día primero de mayo ayudé a engalanar la casa con verdasca y luego me la llevé a bailar alrededor del árbol de mayo erigido cerca de Catlle Street. No obstante, cuando fui a su casa aquella noche, encontré a los Ralemborg trastornados. Incluso el jovial Macon tenía la cara pálida y la expresión ausente. Agnes se mostraba tímida y pude oír al viejo sirviente lloriquear en el fregadero. Mis anfitriones iban arrastrando los pies y la cena fue desacostumbradamente silenciosa pero, cuando se hizo de noche y las velas de la mesa proyectaron sobre la pared enormes y negras sombras, Ralemborg me llenó la copa hasta los bordes, regresó a su asiento e hizo una señal con la cabeza a su esposa.

—Maestro Shallot —comenzó—, nosotros tenemos nuestros secretos y vos tenéis los vuestros —hizo un ademán con la mano. Voy a deciros por qué abandonamos Francia.

Bajó la vista clavándola sobre el blanco mantel adamascado; tomé un sorbo de mi vino y estudié las expresiones de los demás. Si algo descubrí, me cercioré que en ellas el recelo había ido en aumento.

—¿Qué ocurre? —pregunté con irritación.

—Yo soy la causa de lo que ocurre —respondió Ralemborg—. Nací en Bretaña,

que fue independiente hasta que falleció el duque Francisco, dejando como única heredera suya a su hija Ana. Ésta fue secuestrada, unida en matrimonio a Carlos VIII de Francia, y la Bretaña englobada en una Francia de mayores dimensiones — Ralemborg sonrió baldíamente—. Ahora bien, Bretaña había recibido seguridades del padre del actual rey de Inglaterra de que los Tudor lucharían para proteger la independencia de Bretaña —alzó los hombros—. Lo cual viene a evidenciar que los príncipes son unos embusteros.

(Lo cual no me sorprendía. El difunto Enrique VII, padre del Gran Homicida, fue avaro de nacimiento y un inveterado mentiroso que no admitiría la verdad aunque ésta le saltara encima y le mordiera las narices. Ah, por cierto, Carlos VIII de Francia le iba a la zaga. Era un pigmeo, un degenerado feo y bajito, que acosaba sin cesar a las damas de la corte como si fuera un perro en celo. Creía ser un nuevo Alejandro Magno y manifestó que quería aprender más acerca del Renacimiento en el país vecino, de modo que invadió Italia. Saqueó una ciudad tras otra. También tropezó con la sífilis, la primera vez que esta enfermedad hizo su aparición en Europa. Su soldadesca se contagió a las afueras de Nápoles y, cuando los testículos de aquélla comenzaron a consumirse, ordenó la retirada. ¿Habréis oído sin duda cómo murió Carlos? Se dice que erraba por una estancia oscura y que se golpeó la cabeza contra un aparador. Mis fuentes de información divergen. Fue asesinado. ¡Conocí al asesino que se hallaba encima de dicho aparador!).

—Bretaña se convirtió en una parte de Francia —continuó Ralemborg—. Me fue indiferente tomar partido. Fui a la universidad, y asistiendo a la Sorbona, en París, entré al servicio regio y formé parte de la legión de agentes secretos de la Corona de Francia, los denominados «luciferinos», los Luzbel. Individuos que se mueven en la sombra. Nunca actúan a plena luz del día pero hacen uso de ardidess sutiles, inteligentes estratagemas, asesinatos encubiertos y de toda sucia artimaña demoníaca. Me convertí en uno de sus oficiales de alto rango bajo la jefatura del arcángel, Vauban. Dicho arcángel —se mordió el labio— es un título conferido al líder de los luciferinos. Lo nombra personalmente el monarca francés. Admito que participé en sus tretas durante un tiempo pero en Bretaña los luciferinos comenzaron a eliminar, mediante asesinatos y procesos amañados, a todo aquel que se opusiera a la Corona francesa. Uno de éstos era mi propio hermano, que encabezaba la resistencia en el distrito rural de Nantes —bajó la mirada a sus dedos extendidos—. He de suponer —murmuró— que eso me hizo recapacitar. Empecé a considerar a los luciferinos execrables. Les abandoné y me uní a los rebeldes de Bretaña —echó una mirada al capitán de barco—. Macon era también uno de los nuestros. Cuando la resistencia fue desarticulada, escapé con lo que poseía.

—¿Qué ocurre, Roger? —dijo Ralemborg echándome una aguda mirada—. Creo haberos oído decir que estamos en Inglaterra, los luciferinos no tienen poder alguno

aquí.

—He conocido a los luciferinos —repliqué, y oí gemir a madame Ralemborg mientras describía brevemente a mis asaltantes callejeros y la misteriosa aparición de mis protectores.

—¿Por qué no nos lo dijisteis? —espetó Ralemborg.

—Tenía la impresión de que se trataba de miembros de otra compañía, de adversarios personales. Meras amenazas —continué intrépidamente—, no me amedrentéis. Mas estáis en lo cierto, monsieur, estamos en Inglaterra y los luciferinos carecen de poder real.

—Los luciferinos se hallan en todas partes —replicó Macon—. ¿Por qué creéis que monsieur Ralemborg necesitaba vuestro dinero, oro y plata? No erais el único que se había sentido atraído por sus operaciones de riesgo. Los luciferinos asustaron a todos los demás.

—Inaudito —me quedé pensativo.

—¿Qué cosa?

—Veréis, monsieur, antes de que os conociera en SaintPaul, hallé uno de vuestros anuncios en mi habitación del Golden Turk. ¿Habrían sido los luciferinos los que lo pusieron ahí?

—Sí, ciertamente, es singular —murmuró Ralemborg—. ¿Y decís que otros individuos os protegieron?

Asentí con la cabeza. Él esbozó una sonrisa.

—Debéis tener poderosos protectores, maestro Shallot.

—¿Qué queréis decir?

—Veréis, estuvisteis bajo la amenaza de los luciferinos, pero aparentemente fueron puestos sobre aviso por alguien con mayor poder.

Me quedé helado. Tenía el horrible presentimiento de que mi viaje a Londres y mi encuentro con el francés había sido todo cuidadosamente arreglado por el cardenal Wolsey y el pillo del doctor Agrippa. ¿Fue éste el motivo por el que Benjamin me permitió marchar? ¿Fue éste el motivo por el que encontré el cartel de anuncio en mi habitación? Comencé a rememorar. Todo se había encadenado con tal sencillez... Había estado escribiendo desde aquí a Benjamin, dándome aires acerca de convertirme en un príncipe mercante, y todo había sido fabricado. Hablé de Benjamin a los Ralemborg, pero nada les dije sobre su cercano parentesco con el gran cardenal.

—¿Monsieur —espeté—, os hablaron de mí antes de conocernos?

—No —respondió Ralemborg moviendo negativamente la cabeza—. Todo cuanto sé es que otros que se me aproximaron fueron apercebidos en contra de mí. Al principio, pensé que se trataba precisamente de los luciferinos pero, en cierta ocasión, tengo la certeza de que fue debido a la intervención de la corte inglesa.

—¿Por qué? —pregunté.

—¿Por qué qué cosa?

—¿Por qué la corte inglesa está interesada en vos?

Ralemborg sonrió y arrumbó pausadamente las migas sobre la mesa con la punta de sus dedos. Los demás se mantenían como estatuas congeladas, observando con atención. Tenía la certeza de que Macon tenía la mano puesta sobre la funda de su daga y caí en la cuenta, por todo lo que sabían, que podían sospechar que yo fuera miembro de los luciferinos. Razón por la que Macon se hallaba presente, para el caso en que algo no fuera como era debido.

—Os admití —dijo Ralemborg— porque me parecisteis tratable. También sospeché que teníais poderosos valedores, alguien de elevado nivel en la corte de vuestro monarca —humedeció sus labios—. Se me dio asilo en Inglaterra a cambio de información sobre los luciferinos —agitó los hombros—. Ya sabéis, los detalles usuales: nombres, lugares, agentes, códigos, documentos. Les dije todo lo que sabía, excepto algo que el cardenal deseaba.

—¿Qué era?

—Los luciferinos tienen un espía, un espía de alto rango introducido en la corte inglesa que provee a los franceses de información sobre los proyectos de Enrique contra Francia, incluso antes de que dichos planes se pongan en ejecución. El cardenal Wolsey creyó que conocía su nombre.

—¿Y lo conocíais?

—No, sólo sabía que los luciferinos le llamaban Raphael, pero Wolsey eso ya lo sabía.

—¿Habéis dicho «él»?

—Sí —Ralemborg sonrió fríamente—. Sí, estáis en lo cierto, Roger. Bien pudiera ser una mujer. Todo cuanto sé es su denominación de Raphael.

—¿Pero Wolsey —insistí— y los luciferinos creen que conocéis la identidad de Raphael?

Asintió en silencio.

—¿Por qué entonces los luciferinos no se limitan a mataros?

—Mi querido Roger, en Londres hay espías al servicio del papado, del dogo de Venecia, del Sacro Imperio Germánico, de Fernando de Aragón... y lo mismo ocurre en cada capital de Europa. Son como parásitos. Están tolerados aquí porque Francia tolera a los agentes ingleses en París, mas existen ciertas limitaciones en sus acciones el asesinato con escándalo es una de ellas. Además, mientras los ingleses creen que conozco el nombre de su traidor, estaré a salvo.

Me arrellané en mi asiento y observé la palidez en la cara de Agnes. Sonreí para ocultar mi propia turbación. ¿Estaban Wolsey y el doctor Agrippa manipulándome de algún modo? Me lo preguntaba. ¿Creerían que lograría soltar la lengua de Ralemborg o estimular su memoria?

—Así pues ¿por qué me contáis todo esto ahora? —recriminé.

—Esta tarde —intervino Macon—, los luciferinos han hecho sentir su presencia.

Ralemborg extrajo un paquetito del interior de su jubón. Abrió el trozo de lino. En el centro yacía una pequeña vela de pura cera blanca que llevaba impresa la flor de lis de Francia. La cogí y la estudié con curiosidad. Era idéntica a la que depositaron en mi mano en la callejuela. Su aspecto era tan sencillo, tan puro, y no obstante había levantado el terror entre los Ralemborg y sería el origen de nuevos horrores para mí.

—Deberíais ir con cuidado —murmuró Macon.

Por supuesto, Shallot se lo tomó a la ligera. Bromeé y les jeringué hasta que algo de lo que les abrumaba fue desvaneciéndose. Me tenían sin cuidado los luciferinos. ¡El tío de Benjamin nos protegería! Me tenía más preocupado persuadir a Agnes de que fuera a pasear conmigo bajo los árboles alineados del jardín, y neciamente arrumbé el desasosiego de los Ralemborg.

Al día siguiente Macon se hizo a la mar. Escribí una breve carta a Benjamin, en la que me proclamaba mercader; le preguntaba, sin embargo, si su tío le había escrito recientemente. Hice que la carta diera la impresión de que todo iba bien, y suponía que así era. (Tengo que interrumpir. Oigo que oculta y bobaliconamente mi pequeño capellán se está riendo de mí, ¡el asqueroso mierda! Está murmurando que mi éxito es una fábula como la de Dick Whittington, que se convirtió en alcalde de Londres hace cincuenta años. ¿Por qué habría de reírse el mariconcete? ¿Acaso no puede el viejo Shallot disfrutar de una racha de suerte? Oh, no, este pequeño bastardo está más interesado en ver a su patrón, su generoso valedor, acosado, apaleado y muriéndose de hambre en algún podrido calabozo o enfrentándose a terrores que reducirían a muchos hombres a reclusos de Bedlam. Bueno, el pequeño maricón no tiene por qué inquietarse, antes de que esta sanguinaria narración concluya se verá ampliamente satisfecho).

Cuatro días después de que Ralemborg me informara sobre los luciferinos, me encontraba en el Golden Turk de francachela. Mi compinche me dijo que tenía cuestiones privadas que deseaba atender. Me alcé de hombros y le dejé. A decir verdad, ¿no es singular el modo como comienzan los terrores? Una panda de tahúres vinieron a mi encuentro con un cubilete de dados y bolsas que resonaban alegremente. Porfiados bribones con intención de esquilarme, como yo a ellos. Fluyó el vino libremente, mi pila de plata fue en aumento. La sangre de mis venas se deslizaba a gran velocidad y la usual agudeza de mis sentidos se embotó. Jóvenes que leéis esto, ¡seguid el consejo de Shallot! En primer lugar, nunca bebáis y juguéis al mismo tiempo; segundo, nunca bebáis y juguéis con desconocidos; tercero, si caéis en la tentación, como yo suelo caer a veces, aseguraos de la procedencia del vino. De cualquier modo, me emborraché como una cuba. El ruido aumentó; llamaradas de luz estallaron ante mis ojos. Bailé, canté. Derramé dádivas por la cantina que iba

vaciándose. Rebosaba de alegría ante la perspectiva de ver a Agnes al día siguiente. Al final caí hacia atrás con mi asiento y me sumergí en una total oscuridad. ¡Pero, qué despertar! Sentí como si estuviera al final de un largo túnel donde alguien me diera puntapiés en las piernas. Abrí los ojos y gemí a causa de la luz cenital; seguidamente escudriñé mi entorno.

—El hijo de mala madre vuelve en sí.

Un rostro barbado, pardusco, se cruzó con el mío. Desvié la mirada. Me encontraba en un jardín, mi vestimenta se hallaba humedecida por el relente. Sentía un doloroso aporreo en la cabeza, la boca me hedía. Me circundaba un grupo de hombres, algunos vestían armadura, y reconocí el color azul y mostaza del uniforme de la City de Londres. Forcejeé para incorporarme pero tenía los brazos maniatados. Me arrastraron por los pies. Las muñecas las tenía atadas tras la espalda, una abrazadera de hierro en torno al cuello y una larga cadena que pendía de ella me sujetaban los tobillos.

—¡Por piedad, tened conmiseración! —murmuré.

El soldado cuyo rostro malparecido vislumbré al despertar me dio un puñetazo en la boca. Me di la vuelta y me acometió una arcada. Volví a mirar alrededor. Me hallaba en el jardín de los Ralemborg, donde algo blanco y negro flotaba en el pequeño estanque de carpas. Miré con mayor atención. Se trataba del cadáver del perro de Agnes. La sangre espesa de su degollado cuello parecía sostenerlo. Por encima del emparrado donde Ralemborg y su esposa solían sentarse yacían cuatro cadáveres, cada uno cubierto con un lienzo sucio de arpillera. Desde abajo atisbé los pies.

—¡Por piedad! —chillé—. ¿Qué ha sucedido?

El soldado me asió por el cabello y me arrastró por el jardín. Dio orden de echar hacia atrás los lienzos. ¿Cómo podría describirlo? Ralemborg y su esposa allí tendidos, las gargantas rajadas de oreja a oreja. La sangre derramada había empapado sus vestidos. Agnes se hallaba en una situación diferente. Tenía el cuello roto, de forma cuidadosa y experta. Estaba ahí tendida como si durmiera, con sus hermosos ojos entornados. Junto a ella, el patético cadáver del sirviente, la cuerda del garrote aún en torno a su flaco cuello. Aullé como un perro, pugnando contra mis apresadores, hasta que alguien me asestó un golpe en la cabeza y me sumí en la inconsciencia.

Recobré el sentido en el Little Ease, un calabozo pestilente poblado de ratas, encharcado por los sumideros del río Fleet y las aguas residuales de la prisión que lleva su nombre.

Debí de estar medio loco. Sollozaba como un chiquillo, acurrucado en la oscuridad, gélida y viscosa, hasta que corrieron hacia atrás la reja de encima y un alguacil con la cara de gárgola me azotó con un látigo, antes de bajar un tazón de

agua nauseabunda y un plato de carne rancia plagado de moscas. Acabé por calmarme ante el cabal horror de la tragedia. Agnes ya no era de este mundo. Los Ralemborg habían dejado de existir, y a juzgar por las manchas de sangre en la parte delantera de mi jubón, recaía sobre mí la autoría de los crímenes. Aquellos tahúres en el Golden Turk me habían emborrachado deliberadamente. Habían drogado mi vino antes de transportarme a aquel jardín sembrado de horrores.

Estaba asustado. Permanecí acuclillado, temblando de frío, hasta que fui arrastrado arriba y arrojado dentro de una inmensa jaula sobre un carro pintado charramente, y conducido a través del matadero y Westchepe hasta los magistrados de la casa consistorial. Ahí los alguaciles me empujaron y me llevaron, a través de una entrada porticada, por un largo, oscuro y mohoso pasillo, a la cámara principal del tribunal; me sujetaron a los estrados, tras los cuales tomaban asiento los tres magistrados ante una mesa cuadrada rodeada por funcionarios. Me entraron deseos de vomitar o desmayarme. Sólo el terror por lo que había ocurrido, y lo que pudiera ocurrir todavía, me mantuvo consciente.

Un escribano leyó la relación de cargos.

—Actor del infame crimen y culpable de los más espantosos homicidios..., etcétera.

El ingenio de Shallot volvió a emerger. Sentí la sombra del lazo corredizo y cómo el auténtico peligro de mi situación pervivía. Todos mis bienes en el Golden Turk habrían desaparecido en aquel momento. Aquel villano de hostelero no era de los que mirasen el dentado del caballo regalado. No tenía dinero, carecía de toda seguridad. Macon se hallaba en el mar, tardaría semanas en enviar una petición a Wolsey, y mi maestro se hallaba inmerso en sus buenas obras en Ipswich. ¿De modo que quién hablaría en favor del viejo Shallot? Nadie que no fuera el propio dilecto Shallot, por lo que negué la acusación y procedí a mi propia defensa: era colega de Ralemborg, no tenía agravio alguno contra él. Era rendido admirador de su familia y amaba a su hija. Existían otros individuos, señalé, que pudieran desear la muerte de Ralemborg y yo era su patético chivo expiatorio. El magistrado presidente, con facciones de viejo zorro y crueles ojos de comadreja, atendió lo que exponía. Sus dos colegas, sin embargo, se mofaron tontamente cuando me referí al gran cardenal, a asuntos de Estado y, finalmente, a los luciferinos.

Oh, por supuesto que sí, incluso en aquel momento comprendí torpemente que los luciferinos habían sido los bastardos que perpetraron tan horripilante crimen. Habían decidido actuar sólo en caso de que Ralemborg pudiera decirme algo. Le habían ejecutado a él y su familia asegurándose de que Shallot fuese el pagano. ¿Dónde, me preguntaba, dónde se hallaban mis protectores?

De cualquier modo, tuve un rayo de esperanza. El magistrado presidente estuvo observándome fijamente mientras el fiscal, un letrado desacertado, fue incapaz de

probar el agravio que tenía contra los Ralemborg y no le fue posible establecer el motivo del crimen. Durante el interrogatorio, el fiscal tuvo que confesar que en la investigación de la casa se había puesto en evidencia los contratos de Ralemborg y Macon conmigo, como asimismo mis cartas de amor a la damisela Agnes. Su argumento incidiría en un punto. ¿Había abandonado yo el Golden Turk para cometer el crimen o bien estaba diciendo la verdad de haber sido drogado y trasladado al jardín de los Ralemborg después de que los espantosos crímenes se hubieran cometido? El magistrado presidente siguió manteniéndose en este punto y mi oponente no podía responder. Con todo, tampoco yo tenía pruebas de mi inocencia.

Fui trasladado al calabozo sito bajo la casa consistorial mientras los investigadores oficiales se personaban en el Golden Turk para la investigación pertinente. Se ordenó también realizar indagaciones en el puerto de Londres sobre la nave de Macon.

A empellones me internaron en una fría celda de baldosas de piedra en los sótanos de la casa consistorial que compartí con dos de las mayores ratas que en mi vida había visto. Largas, negras, barrigudas, de mirada rojiza, me observaban hambrientas como si fuera su alimento para el porvenir. Grité y sacudí mis cadenas; se apartaron flemáticamente como indicando que de un modo u otro finalmente se saciarían con mi carne. Luego, por la tarde, los hombres del alguacil volvieron y me arrastraron ante los jueces. Ojos de comadreja parecía no haberse movido, pero los otros dos hipócritas debieron de haber comido satisfactoriamente puesto que estaban cabizbajos, medio dormidos, sobre sus asientos de altos respaldos. La sala del tribunal estaba en silencio a excepción del rasgueo de las plumas de los escribanos que se sentaban en rededor de su mesa entapetada de verde.

—Maestro Shallot —los ojos del presidente parecían estar sonriendo—, hemos hecho indagaciones en el Golden Turk —la sonrisa de su alargado rostro se desvaneció—. El hostelero no puede recordar haberos visto la noche en que estabais allí de parranda.

—¡El miserable embustero! —chillé.

Uno de la escolta me cruzó la boca de una bofetada.

—Maestro Shallot —salmodió el juez—, ¡moderad vuestro lenguaje!

—¿Y si no qué? —vociferé—. ¿Me mandaréis a la horca? Vais a colgarme condenadamente de todos modos, ¡por crímenes que nunca cometí!

Recibí un salvaje golpe en las costillas.

—¿Y qué hay del barco de Macon? —gemí.

—Me temo que más malas nuevas, maestro Shallock. Macon nunca confirmará vuestra historia. Su nave fue apresada y hundida por franceses armados en corso.

Bueno, era lo que era. Shallot sería colgado. El magistrado se colocó sobre la cabeza la pieza negra de seda de tres puntas. El funcionario del tribunal, que se

hallaba tras él, de cara santurrona, pronunció las sonoras palabras de condena.

—Roger Shallot —el magistrado retumbó—, os hallamos culpable de estos terribles crímenes, por los que habéis de pagar con la pena máxima impuesta por la ley. ¡Por consiguiente, seréis conducido al lugar del que vinisteis y, en el momento que señale este tribunal, colgado del cuello hasta morir!

Pensé en muchas cosas a la vez: rezar, rogar, carcajearme, suplicar, intentar fugarme, todas las cosas que el viejo Shallot intenta poner en práctica cuando se halla entre la espada y la pared.

—¡Esperad! —una voz de mujer juvenil gritó desde el fondo de la sala—. Me volví y vi a mi salvadora, la desaliñada cantinera de moreno cabello ensortijado de la cantina del Golden Turk. Junto a ella, el a medias espabilado mozo de cuadra del hostel que ella arrastraba de la mano forcejeando con los guardias.

—¿Qué ocurre? —vociferó el magistrado.

—La prueba —exclamé gritando—. ¡Señor, debéis oírla!

Proporcioné al viejo bastardo lo que suponía, era persona honesta. Creo que él sabía que algo no era correcto. Con todo, ordenó a la muchacha que se aproximara. La chica prestó juramento y aseguró solemnemente que me había visto ebrio. El mozo de cuadra, cuyo acento era prácticamente ininteligible, farfulló que en la noche de autos, había sido trajinado borracho perdido fuera de la cantina y entregado a manos de unos desconocidos que esperaban en el patio. El magistrado, sin dejar de mirar al techo, preguntó por qué el hostelero no había recordado esto. La muchacha, encogiéndose de hombros, musitó sobre él que estaba demasiado atrafagado. ¿A quién le importaba? ¡Era libre! La guardia me echó fuera. La cantinera me estaba esperando en la calle. Se apresuró a ir a mi encuentro.

—Hice acto de presencia, maestro Shallot Sois un bribón, ¡pero nunca matasteis a nadie!

—¿Es que visteis a alguien rondando? —pregunté.

Sonrió y negó con la cabeza.

—Estaba ocupada en la planta de arriba con uno de mis clientes.

—Cometisteis entonces perjurio por sacarme de apuros.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque sois divertido.

—¿Y mis pertenencias? —pregunté.

—Han desaparecido. Las cogió el hostelero.

—¡Mataré a ese bastardo!

—No, no lo haréis —susurró—. Ya está muerto. Le encontraron con el cuello rajado en una de las dependencias.

—¿Sabéis algo de lo ocurrido?

—Hombres que hablaban francés fueron vistos por las cercanías del hostel. Será mejor que no volváis por allá —añadió—. Ea, tomad esto —me deslizó un paño que contenía tiras de carne seca. Luego se puso de puntillas, me largó un beso y se esfumó.

No volví a verla nunca más. Meses después rastree Londres pero nunca di con ella. Fue una de las personas más afables que he conocido. Poseía un alma de lo más delicada, y las más hermosas nalgas que jamás sostuve. Dejad que el viejo Shallot os diga: cuando os encontréis en un verdadero apuro la mujer saldrá en vuestra ayuda; la mayoría de los hombres son unos cobardes. Oh, se pirran por ir pavoneándose con su plumaje de pavo real, pero no dejan de ser mera sombra sin la menor sustancia.

Bueno, así me encontraba en Londres, sin blanca; como el hombre del Evangelio, demasiado orgulloso para volver a casa, de modo que pedí limosna y luché con el resto de los desposeídos por las sucias callejuelas y callejas de Whitechapel, Alsatia, e incluso a través del Puente de Londres entre la chusma de Southwark. Volví a la casa de Ralemborg, pero se hallaba sellada como una tumba, de modo que lo dejé estar.

Pero no me malinterpretéis. Estaba afligido, realmente, y sigo estándolo. Si descendéis a mi cámara secreta y miráis uno de mis cofres encontraréis una flor ajada, una rosa mustia, más ennegrecida que amarillenta en este momento, pero si aspiro su aroma y cierro los ojos (como hice anoche), entonces vuelvo a trasladarme al jardín de Ralemborg y mi sangre fluye libre y el aire se satura con la dulce fragancia de las flores. Atiendo a Agnes, y si realmente lo pretendo, vendrá a mí. Oh, entonces vuelvo a ser joven de nuevo y, en una de las pocas ocasiones de la vida, a estar profundamente enamorado. Abro los ojos y pienso en mis riquezas. Pongo a Dios por testigo, las entregaría todas por poder verla otra vez, ¡sólo por poder tocarla! Por los clavos de Cristo, ¿no hay nadie que se compadezca del pobre Shallot?

Oh, he jurado vengarme pero, creedme, la venganza es un manjar que es preferible servirlo frío y de alguna manera, en lo profundo de mí mismo, estaba convencido de que algún día ajustaría las cuentas con los luciferinos. Por el momento, sin embargo, el viejo Shallot tenía que sobrevivir. Podía haber vuelto a Ipswich, mas no quería regresar como un pordiosero. En mi tercer día de libertad me las agencí para robar algunas monedas y mandé una nota a mi maestro a Ipswich. Un escribano de SaintPaul me la escribió, enseguida me fui a Aldgate y soborné a un mensajero real, portador de la vara blanca y endosé la sobreveste real oro y azul, que viajaba a King's Lynn, para que dejara el mensaje en manos del maestro Daunbey. Supongo que hubiera debido personarme y pedir ayuda, pero Shallot tiene su dignidad. Dios sabe dónde, pero la posee. Un día después tuve un golpe de suerte. Me las ingení para robar algunas vestimentas de un carnicero sujetas en el almacén de existencias. Luego volvió a golpearme la mala sombra.

Me encontraba en las proximidades de SaintAnthony's Hospital, entre Bishopsgate y Bread Street, tratando de apoderarme de una bolsa, cuando mi brazo fue detenido al pronto; era el orfebre, Waller, que me reclamaba su dinero. Estaba sucio y sin rasurar, pero me reconoció. Una vez más fui a parar a prisión, a la custodia de deudores de la Fleet; lugar sucio, destartalado, de angostos corredores, esmirriadas ventanas como labios de cutre, maloliente por los desperdicios urbanos. Me encontraba todavía allí la mañana en que mi maestro vino a rescatarme.

La primera noticia que tuve de ello fue que un macizo carcelero fue arrastrándome desde la sección de arrestos arriba donde el llavero de la cárcel. Maestro Benjamin estaba atendiéndome, sentado sobre un taburete. Me echó una mirada, sonrió y deslizó algunas monedas al custodio de las llaves para comida y vino. Estuve allí sentado durante una hora atiborrándome y explicándole con precisión lo que había ocurrido. Benjamin escuchó. Y esto es lo que me gusta de mi maestro. Nunca juzga, jamás condena.

—Recibí tu carta —dijo—. Vine a visitar a Johanna en Syon e hice indagaciones. ¿Todo nuestro oro?

—Volatilizado, maestro.

—No importa —Benjamin sonrió—. Tengo caballos listos. Mi tío desea vernos en Hampton Court.

Fue entonces cuando me asusté. Cuando el «tío», el gran lord Wolsey, intervenía en nuestros asuntos, siempre significaba algún sinsabor. No me atemorizaba Wolsey. No era más que el hijo de un carnicero de Ipswich que había llegado a lord canciller y cabeza de la iglesia de Inglaterra. En verdad, siempre me inspiró una secreta admiración y creo que le caía simpático ya que, como sabéis, sólo un bribón es capaz de reconocer a otro. Con el tiempo me convertí en amigo de Wolsey, el único hombre que estuvo junto a él cuando cayó del poder y yacía encamado jadeando sobre su vida y echando pestes contra el rey que se había vuelto en su contra. Ni me atemorizaba el diablo familiar de Wolsey, el doctor Agrippa, el negro nigromante de rostro querúbico y singular perfume que siempre le acompañaba.

No, lo que realmente espantaba al viejo Shallot, y convertía mis entrañas en agua, era la bestia a quien Wolsey servía, Enrique VIII, por la gracia de Dios, rey de Inglaterra, Irlanda y Francia. Un obeso, altisonante, de mirada de guarro, traidor hijo de mojón que destruyó los mejores hombres porque quiso meterse entre las piernas de Ana Bolena y, cuando lo logró, no pudo conseguir gran cosa con ello. El Gran Homicida realmente me aterrorizaba. Algunos hombres matan porque tienen que hacerlo pero Enrique pensaba genuinamente que era Dios, con poder sobre la vida y la muerte.

Permitidme que os dé un ejemplo. Cuando destruyó los monasterios y el norte del país se alzó en rebelión al mando de Robert Aske (más tarde os contaré sobre esto;

¡verdadera época de matanzas!), el líder rebelde mandó a Enrique ciertos emisarios a fin de tratar sobre sus mutuos agravios. Enrique despachó su heraldo real, Rouge Croix, a su vez. Este pobre bastardo cometió el error de hacer una reverencia ante el líder rebelde, de modo que cuando regresó a Londres, Enrique hizo que le arrastraran, descuartizaran, destriparan y emascularan. ¡Sólo porque el pobre maricón cometió un error! Así pues, podéis haceros una idea del porqué de los temores del viejo Shallot. No, miento, no estoy atemorizado, tan sólo neciamente aterrorizado.

Capítulo 3

Mi maestro y yo dejamos Londres. Me asee en la posada donde mi maestro se alojaba en Great Mary Axe Street, cerca de Bishopsgate. (Oh, por cierto, no me olvidé de Waller. Compré una botella especial de vino. La vacié a medias, la rellené con orina de caballo y la volví a cerrar otra vez. Seguidamente se la envié. ¡Confío en que el bastardo disfrutara de cada una de sus gotas!). Dos días después llegamos a Kingston y, dejando nuestros caballos en el hostel Robín Hood, fuimos en gabarra a Hampton Court.

El poeta Cavendish describió el nuevo palacio como un paraíso en la tierra y así lo creí cuando contemplé por vez primera sus torres y cúpulas de oro por encima de la arboleda. Wolsey había comprado la mansión de Hampton Court a los caballeros hospitalarios, la mandó enrasar y, empleando artesanos de todas partes de Europa, erigió un palacio de poderoso atractivo por su opulenta hermosura.

Nos fueron facilitados alojamientos en el edificio de portería, donde nos mantuvieron virtualmente prisioneros hasta que el monarca y la corte, como el gran cardenal, no llegasen a la residencia. La servidumbre de este palacio pululaba de un lado a otro; se podía distinguir a los que llevaban las «T. C.» doradas de Thomas Cardinalis de los que llevaban las letras escarlatas de Henricus Rex. En los patios iban descargando carros repletos de valiosas pertenencias; mozos de cuadra, palafreneros y mariscales chillaban y daban voces. Chambelanes con varas blancas de oficio proferían órdenes con viveza; hasta que el rey y el lord cardenal no se hubiesen aposentado en sus respectivas estancias, el vulgo era desalojado de corredores y galerías.

A Wolsey nunca le gustaron las gentes del vulgo. El conde de Shrewsbury me dijo una vez que cuando andaba por el parque, Wolsey no soportaba que se le aproximara alguien a más de un tiro de flecha. Benjamin, su sobrino predilecto, era una excepción y al atardecer del día siguiente de nuestra llegada, Wolsey nos mandó llamar a sus apartamentos privados. Fuimos conducidos a lo largo de corredores embaldosados de blanco y negro, a través de salones de audiencia, vastas estancias; en todos ellos pendían tapicerías que Wolsey había traído del extranjero. Y no se trataba de meras colgaduras cuadradas. Algunas de ellas tenían de cinco a seis metros de ancho por ocho de altura, representando escenas bíblicas o temas de poesía amorosa petrarquista.

Nos introdujeron en una pequeña estancia ostentosamente amueblada. Advertí con diversión que las tapicerías que colgaban de allí ilustraban los siete pecados capitales. Claro es, yo estaba fascinado por el de la Lascivia, una joven de largo cabello dorado, pechos como melones maduros, y largas y estilizadas piernas. (Apostaría que Wolsey también mantendría la vista encima, por su preferencia por los

pecados de la carne. Tenía una amante, no sé si lo sabéis, una insignificante regordeta entrada en carnes, si bien Wolsey la adoraba tanto a ella como a la filiación ilegítima que le había dado). Nos estaba esperando, con un pequeño solideo echado hacia atrás sobre su grasiento cabello negro. Su aspecto era el de un príncipe poderoso, su ensombrecido y atezado rostro el de un italiano, de gruesos labios sensuales, de nariz picuda y lustrosos ojos negros. Iba ataviado de seda y raso de púrpura adornados de oro. Calzaba borceguíes de lana púrpura. A su lado, sobre una mesa, el capelo cardenalicio ornado de borlas.

Por supuesto, mi maestro hizo una reverencia y tuve que hacer otro tanto, sin olvidarme con oculta sonrisa de que Wolsey no era más que un plebeyo y no superior a mí. El piso era de cedro pulimentado y eché una mirada en derredor codiciando aquellos banquillos recubiertos de raso adornados con borlas de plata: «T. C.», el monograma personal de Wolsey, se hallaba por todas partes, en ocasiones a un metro de altura cincelado en oro. El ambiente olía vagamente a incienso y, por supuesto, a ese singular aroma a flores mustias que emanaba de la figura vestida de negro que se acurrucaba al lado de Wolsey: el doctor Agrippa, practicante supremo de la magia negra aunque pareciese la versión disfrazada de fray Tuck de algún baile de máscaras con tema sobre Robin Hood.

La cara de Agrippa era lunar, querúbrica, de facciones diminutas y lozanas como las de un chiquillo, a excepción de sus ojos encapuchinados que observaban todo lo que le concernía. Un hombre extraño, pensé. Algunas personas opinaban que Wolsey le había empleado para defenderse de otros magos y hechiceros. Nadie sabía de dónde procedía. Andaba precavido con él, si bien siempre se mostró bien dispuesto hacia mí. Me dijo una vez que no debía temer a la muerte puesto que ésta me llegaría tarde y vendría de la forma que menos esperaba.

(Advierto a mi capellán rechiflándose de mí así que diré mis temores en voz alta. Sé que agentes y sociedades secretas andan tras de mí. He dado órdenes estrictas a mis incondicionales de que si muero en circunstancias sospechosas, deben ahorcar a mi capellán de inmediato. ¡Ah, bien, eso ha hecho desaparecer la sonrisa de la relamida cara del sodomita!).

No obstante, volvamos a Wolsey. Estaba comiendo fiambres de una bandeja de plata y, mientras Benjamin y yo nos arrodillábamos ante él, siguió engulléndolos, contemplándonos impasiblemente. Miré hacia arriba entre mis cejas y sorprendí la mirada de Agrippa. Hizo una mueca y parpadeó, luego se quedó mirando el anillo de su mano, una piedra de color indeterminado. Agrippa aseveraba que la utilizaba para asegurarse de que el vino no contenía veneno, aunque no creyera posible su propia muerte. Tenía el convencimiento de que era el «judío errante», predestinado a vivir sempiternamente.

Wolsey terminó su plato de fiambres y dijo que tomásemos asiento. No dejó de

sorprenderme que primero se dirigiera a mí.

—Así pues, Shallot, ¿topasteis con los luciferinos? ¿Los llamasteis bastardos, no es verdad?

—¡Podrías haberme protegido! —repliqué con acritud.

—Oh, pero lo hicimos. ¿No lo recordáis, en la callejuela?

—¿Y qué sucedió con mi proceso?

—No os hubieran ahorcado. Os habrían indultado. Esa mujerzuela de posada fue un golpe de suerte, pero acto seguido ¡os esfumasteis!

—Todo estuvo amañado, ¿no es así? —recriminé—. Concedisteis la licencia de comerciar a Ralemborg. Pusisteis el cartel de anuncio en mi habitación. Los luciferinos apartaron a los otros patrocinadores y también a vos, hasta que aparecí yo.

Wolsey sonrió y sacó un pañuelo ribeteado de oro para limpiarse la nariz. Estaba de buenas, de lo contrario nunca hubiera intercambiado una requisitoria conmigo.

—Hubierais podido salvar a los Ralemborg —añadí.

—Lo intentamos —su expresión se endureció—. Ralemborg era de gran utilidad. Pero los luciferinos mandaron a sus esbirros.

—¿Y la nave Macon? —pregunté.

—Azares de la guerra, maestro Shallot —agitó los hombros—. Si Ralemborg hubiera sido más explícito, tales infortunios no habrían ocurrido nunca —vio la enojada mirada que eché a Benjamin—. Mi sobrino no tiene nada que ver con todo ello.

—Pero ahora esa vía se ha cerrado —intervino Agrippa.

—¿A qué vía os referís? —interrogué.

—¡Oh, vamos, Roger. La que nos lleva a los luciferinos, Vauban, los cinco arcángeles, Raphael!

Debió de ver en mi rostro que sabía de lo que estaba hablando. Wolsey jugueteaba con el medallón que colgaba de su cuello y sonrió a Agrippa con aires de protección como si fuera su hijo predilecto. Un gato negro con collar tachonado de joyeles apareció de debajo de una cortina, se encaminó hacia Agrippa y, con la flexibilidad de un bailarín, saltó sobre sus rodillas. Agrippa le pasó cuidadosamente la mano por el lomo. (No sé si sabéis que siempre llevaba guantes negros de cuero. En una ocasión vi su mano izquierda desguantada. Su palma mostraba la cruz invertida y el ojo de Osiris y en el dorso un pentágono de color rojo sangre. Los que entre vosotros conocéis la magia negra sabréis lo que todo ello significa, Agrippa era uno de los lores negros de más alto nivel). De cualquier modo, con ello basta. En aquel soleado atardecer en Hampton Court, Agrippa se hallaba sentado y charlando como si fuera un tío benevolente.

—Vayamos al grano —dijo con viveza.

—Sí —asintió Benjamin. Había permanecido sentado en silencio—. Tío, si tenéis

alguna misión para nosotros, iniciémosla. El maestro Shallot y yo hemos jurado ser de los vuestros tanto en la paz como en la guerra —Benjamin citó la última frase del acuerdo que había firmado con Wolsey—. ¡Tío, debéis confiar más en nosotros!

La dura mirada de Wolsey se suavizó cuando la dirigió a Benjamin. Durante unos segundos aquella expresión pétrea de político adquirió afabilidad y caí en la cuenta de que, dejando de lado a sus amantes, Benjamin era una de las pocas personas que Wolsey estimaba realmente. El cardenal se volvió y acarició el gato de Agrippa.

—Mi sobrino está en lo cierto —dijo suavemente—. Dejadme que os describa la misión.

Agrippa se levantó dejando el gato cuidadosamente en el suelo. Se colocó junto al asiento del cardenal, apoyándose en éste con una mano sobre su dorado respaldo.

—Nuestro noble rey —comenzó— desea ahora frenar el poder de Francia. Puede hacer esto aliándose con el emperador Carlos V y los Habsburgo que controlaban los Países Bajos y España. Nuestra intención es rodear Francia y contenerla como un ejército que sitia a una fortaleza. Desafortunadamente, los franceses conocen con antelación cada movimiento que hacemos. Tenemos espías en París, y los luciferinos franceses están en Londres. La diferencia reside en que los luciferinos poseen a alguien muy cercano a nosotros que nos traiciona en cada paso y giro que damos. Los asuntos han llegado ahora a su clímax. La embajada inglesa en Francia tiene una residencia en la rué des Medeans, pero a principios de primavera se trasladó a un pequeño castillo a las afueras de París, el Château de Maubisson.

»En dicho castillo se aloja un determinado número de funcionarios: sir John Dacourt, nuestro embajador; su primer secretario, Walter Peckle; el doctor Thomas Throgmorton, médico; Michael Millet, ayudante personal y secretario de sir John Dacourt; y la persona responsable de nuestros cuatro agentes... o mejor, el que era, Gilíes Falconer. Tenemos constancia de que existe un espía, bien en Inglaterra o bien en Francia, que está vendiendo secretos a los franceses. Fue Falconer quien descubrió el nombre codificado del espía: Raphael.

—¿Cómo? —preguntó Benjamin sin inmutarse.

—Uno de los agentes de Falconer fue hallado en la rué des Billets. Le habían asestado varias puñaladas pero, antes de morir, usando su propia sangre, grabó en un trozo de pergamino el nombre de Raphael. Ahora bien, el lunes de Pascua pasado (casi seis semanas antes, según calculé) Falconer se retiró a su aposento. Avanzada aquella noche, Millet y Throgmorton le oyeron subir a lo alto de una de las torres del castillo. Millet se asomó fuera de su habitación; Falconer llevaba una copa en la mano, iba sonriendo pero no estaba ebrio. Throgmorton le oyó cantar. El martes por la mañana encontraron a Falconer en la base de la torre, con el cuello roto y la cabeza hecha trizas.

—Pudo haber resbalado... —dijo Benjamin.

—Imposible. La torre tiene en efecto un acabado en aspilleras, pero entre cada una de ellas hay hierros cruzados para prevenir que nadie se caiga. Además, el techo de la torre está espolvoreado de arena a fin de evitar que nadie resbale. Throgmorton, que inspeccionó el área tras hallar el cadáver de Falconer, no encontró trazas de que se hubiera producido un resbalón o, claro está, de que hubiera otra persona con Falconer en lo alto de la torre.

—¿Podría tratarse de un suicidio? —pregunté yo.

—Lo dudo. El resto de la embajada estaba almorzando con Falconer ese lunes. Se sentía contento como nunca. Falconer era un soltero enamorado de la vida. Disfrutaba con su trabajo y fue uno de los mejores agentes que tuvimos —los ojos de Agrippa se endurecieron—. Huelga decir que era amigo personal mío.

—¿Otro seguidor de la magia negra? —sugerí.

—No —espetó—, Falconer ha sido asesinado.

—¿El vino estaba envenenado? —pregunté.

—Tuvimos en cuenta esta cuestión —Agrippa sonrió melosamente—, pero sir John Dacourt, un viejo soldado íntegro, se hallaba con Falconer en su habitación cuando descorchó la botella. Dacourt bebió una copa del mismo vino sin presentar ningún síntoma perjudicial.

—¿Quién pudo ser el criminal? —pregunté.

—Cualquiera de los cuatro a los que nos hemos referido. Oh —añadió—, olvidamos a una persona: Richard Waldegrave, el capellán.

—¿Es vuestro deseo que vayamos a París? —interrumpió Benjamin.

—Sí, por supuesto, ya es hora de que conozcáis a vuestros compañeros.

Wolsey fue a coger una campanilla de plata pero Agrippa alzó la mano.

—Lord cardenal, supongo que vuestro sobrino tendrá todavía preguntas que formular.

Benjamin miró al cardenal, luego a su hombre de confianza.

—Doctor Agrippa —preguntó—, cuando se toman decisiones referentes a Francia, ¿cómo se pergeñan sus determinaciones y se despachan al exterior?

—Mediante el Consejo Privado —replicó Agrippa—, el cual se divide en cancillerías. Hay una cancillería para Italia, una cancillería para los Estados Pontificios, una cancillería para Alemania, para España y otra para Francia. Mi lord el cardenal preside cada una de ellas aunque está asistido por un secretario y por algunos funcionarios, los cuales se reúnen con Su Majestad en sesión secreta, discuten las cuestiones y, empleando una expresión vuestra, se llega a una determinación.

—¿Y luego qué ocurre?

—Se envían misivas en cifra secreta a la embajada inglesa, hasta hace poco a la rué des Medeans, actualmente al Château de Maubisson. Dichos escritos van sellados

con el signáculo personal del cardenal. Signáculo que no puede falsificarse.

—¿Y eso por qué?

—Porque, mi querido sobrino —intervino Wolsey con extrema suavidad—, sólo yo conozco cómo es en realidad dicho signáculo. Nadie está presente cuando se sellan dichos despachos, ni siquiera el doctor Agrippa.

Clavé la mirada en el cardenal. Habríaís visto ondular temerosamente aquellos ojos taimados a fin de daros cuenta de por qué su diabólica eminencia nos necesitaba tanto. Era arzobispo, primer ministro del rey, pero también era cardenal de la Iglesia católica. Si tales misivas eran selladas personalmente por él sería tan sólo cuestión de tiempo para que los enemigos de Wolsey en la corte y el Parlamento comenzaran a levantar el dedo acusador en su dirección.

—¿Qué ocurre después? —preguntó mi maestro.

—Los escritos secretos se meten en una valija *ad hoc*, que se precinta con el sello de la cancillería. Dos mensajeros la trasladan a París entregándola personalmente al embajador.

—¿La valija o los despachos fueron interferidos en alguna ocasión?

—Jamás. Van encadenados a la muñeca de uno de los mensajeros.

—¿Tuvieron dichos mensajeros algún percance?

—Sólo en una ocasión —Agrippa frunció los labios—, justo a las afueras de París. Sabréis que en Francia existen sociedades secretas, campesinos con ideas igualitarias. Se autodenominan *maillotins* o bien *club-wielders*.

(Oh, ya sabía quiénes eran. La última vez que estuve en París me salvaron de morir helado en la calle y de una manada de lobos hambrientos).

—Estos *maillotins* atacaron a los mensajeros y los mataron, pero un destacamento de guardias reales, que afortunadamente se encontraban en las cercanías, persiguieron y apresaron a los malhechores. Las valijas fueron devueltas con arreglo al protocolo diplomático, y se descubrió que no fueron abiertas ni quebrantadas.

—¿Podría estar el espía en Inglaterra?

—Sospechamos que se halla en nuestra embajada en Francia.

—¿Por qué?

—Los franceses no revelan lo que saben hasta que los despachos llegan a París.

—¿Y qué sucede entonces?

—El funcionario jefe de cifra, Walter Peckel, realiza el desciframiento y lo entrega al embajador.

Benjamin golpeó la blanda alfombra con la punta de la bota.

—¿Y qué hay de los mensajeros?

—Son correos profesionales. Hay dos en Inglaterra y dos en Francia. A menudo se cruzan los unos con los otros en sus viajes.

—¿Y dos de ellos fueron asesinados?

—Sí, pero ya han sido reemplazados —respondió Agrippa.

—¿Son personas de fiar?

—No se les puede recriminar nada. Podéis interrogarles a los dos en Inglaterra antes de que salgáis. Tal vez —Agrippa cogió la campanilla— convendría que conocierais ahora a vuestros compañeros de viaje.

Sonó la campanilla de plata. Un sirviente portador de la librea del cardenal apareció en la estancia como una sombra.

—Ah, sí —dijo Wolsey incorporándose—. ¿Sir Robert Clinton?

—Está en el salón de audiencia, Su Gracia.

—¡Hacedle pasar!

Clinton entró. Era una persona de pequeña estatura, de cabello plateado peinado hacia atrás desde la frente, con un bigote nítidamente recortado y barba. Presentaba el aspecto de lo que era, soldado veterano, de rostro bronceado, ojos claros, y jubón y calzas oscuras, con la única concesión a la moda de unos gruesos anillos de plata en ambas manos y una cruz de oro en el cuello. Junto a él se hallaba su secretario, Ambrose Venner, un joven de cabello ralo y rostro obeso y pajarero como el de un estudiante atiborrado. Agrippa hizo las presentaciones, invitándoles a sentarse, golpeando los dedos para que el sirviente les brindara vino y fiambres.

—Sir Robert —comenzó Agrippa— es el secretario jefe de la cancillería francesa del Consejo Privado. Sir Robert, Benjamin Daubey y su servidor, Roger Shallot.

Clinton sonrió y esbozó una reverencia. Parecía un caballero de corte con el aspecto congénito de un diplomático. Venner, al sonreír afectadamente, mostró la carencia de un diente.

—Sir Robert —siguió Agrippa—, el maestro Benjamin y su servidor formarán parte de vuestra comitiva. Se dirigen a Maubisson para esclarecer la verdad sobre la muerte de Falconer y colaborar con vos en la persecución de Raphael.

—Milord cardenal, doctor Agrippa —el rostro de Clinton había adquirido severidad—. Ya conocéis lo que pienso al respecto. Raphael podría encontrarse en Inglaterra. Es la opinión de todos los empleados de la embajada en París. Todos ellos son leales a Su Majestad.

—Por supuesto, por supuesto —interrumpió Wolsey impertinentemente—. Pero damos por sentado que los franceses sólo parecen conocer nuestros secretos después que los escritos y prontuarios del rey hayan sido enviados a nuestra embajada de París.

—Naturalmente, naturalmente, Su Gracia —espetó Clinton sin dilación, revelando la tensión existente entre ambos—. Y también conocéis lo que pienso sobre ello. Su Majestad debería suspender el envío de tales documentos.

—Sir Robert —Agrippa intervino con calma—, ya tratamos esta cuestión con anterioridad. Si nuestra embajada en Francia no puede recibir sus instrucciones, los

asuntos de Su Majestad quedarán interrumpidos.

—¿Desde cuándo dura esta situación? —pregunté.

Clinton me miró sorprendido. Wolsey lo hizo con desagrado como si le molestase que le hubiera interrumpido.

—¡De dieciocho a veinte meses! se apresuró a replicar Agrippa.

Benjamin me tocó el codo para que guardara silencio. Miré hacia otra parte y me entró frío por el pánico. El gato negro de Agrippa se hallaba sentado bajo uno de los recargados tapices incrustados de oro, acuclillado como una pantera, observándome con sus ojos ámbar como si yo fuera un ratón. Sin pestañear, sin variar la expresión. Volví la mirada a Agrippa. Sus ojos se habían vuelto del mismo color y hasta mí llegó una vaharada de ese extraño perfume que en ocasiones emanaba de él, entre dulzón y morboso. También él me observaba, y me estremecí. ¿Qué clase de juego mortal, me pregunté, se estaba gestando?

—Su Gracia —dijo Clinton—, vuestro sobrino y su acompañante serán acogidos muy gratamente en nuestra comitiva, aunque no puedo prometeros éxito alguno.

—¡Como en vuestra última misión! —espetó Wolsey.

Clinton vaciló. Wolsey adelantó una mano y le dio unos golpes gentilmente sobre el hombro.

—Sir Robert —dijo quedamente—, fui ríspido en mi expresión. Retiro lo dicho. Fue merced a vuestra dedicación que se descubrió el nombre de Raphael.

—¿Cómo fue? —preguntó Benjamin.

Clinton sonrió y advertí cuan blanca y uniforme era su dentadura. Un hombre cuidadoso y preciso, pensé al tiempo que me decía: «he aquí alguien que tiene su salud en cuenta».

—Hará cosa de dos meses —Clinton explicó—, mi esposa, lady Francesca, y yo, fuimos a Maubisson justo antes de Cuaresma a fin de saber qué ayuda se podía ofrecer para prender al espía —movió la cabeza—. Creo que fue la semana antes del Miércoles de Ceniza. Falconer quiero decir, Gilíes, ya que ambos éramos buenos amigos planeó que uno de nuestros agentes utilizase a una de las más costosas ramerías de París para tender una trampa a uno de los líderes de los luciferinos. Fue la que transfirió a nuestro agente el nombre de Raphael, aunque sería a costa de su vida. Fue atacada y asesinada mientras salía de París —Clinton agitó sus hombros—. Regresé a Inglaterra después del comienzo de Semana Santa. Seis semanas después Falconer fue descubierto en la base de la torre —lanzó una mirada a Wolsey—. Milord cardenal, ¿habéis puesto a vuestro sobrino al corriente del resto de la cuestión?

Wolsey se pasó la mano por la barbilla como si sintiera crecer gentilmente su barba.

—Ah, sí, la cuestión del rey. ¿Doctor Agrippa?

El mago se volvió, clavó la mirada en su gato y dijo algo en una lengua extraña. El gato se incorporó de inmediato, se deslizó por el suelo como una sombra y saltó sobre las rodillas de su amo. Éste jugó durante unos segundos con el enjoyado collar del animal y luego volvió la vista hacia mí. Me puse a temblar; eran unos ojos desalmados, claros como el hielo.

—La cuestión del rey —anunció Agrippa, y recordé una conversación previa con él en los abruptos eriales de Leicester, de cómo me describió a Enrique como el Gran Príncipe Oscuro, el Topo. Ahora hacía uso de sus poderes para que tuviera presente aquello como si la cuestión de la que tenía que hablar fuese más importante que cualquier espía. Sin duda, nuestro viaje a Francia estaba vinculado a la creciente oscuridad del ánimo retorcido de nuestro soberano—. Nuestro noble soberano —continuó Agrippa—, en su juventud, fue a París y visitó el Château de Maubisson. Hizo amistad con el muy culto cura del pueblo, el abate Gerard. A decir verdad, éste fue su confesor. Enrique le dio un libro que ahora quiere recuperar pero el abate Gerard está muerto, probablemente también fue asesinado. El miércoles siguiente al del asesinato de Falconer, el bueno del sacerdote fue hallado flotando en su estanque de carpas, sin señal alguna de violencia en el cuerpo. Su casa fue registrada, pero no encontraron el libro.

—¿Qué clase de libro es?

—Una copia —Agrippa hizo un visaje— de la obra de san Agustín *Sobre la castidad*.

—¿Creéis —preguntó Benjamin— que los luciferinos se han apoderado de este libro? ¿Por qué es tan importante?

—No, creemos que los luciferinos no lo encontraron. El bueno del abate probablemente lo ocultó —Agrippa hizo una mueca—. En cuanto a su importancia, no deseamos dar explicaciones.

—¿Y mientras estemos ausentes —inquirió mi maestro—, qué será de la mansión, de mi escuela de Ipswich?

—Todo irá sobre ruedas. Un administrador velará por la mansión y a milord el cardenal le ha sido más que grato nombrar un maestro de modo que vuestra egregia institución pueda continuar. Dicho lo cual —Agrippa suscitó—, maestro Shallot, sir Robert, ruego nos excuséis. Milord el cardenal desea hablar a solas con su sobrino.

Clinton sonrió, se levantó, y él y Venner salieron silenciosamente de la estancia. Les hubiera seguido pero Benjamin, con rapidez, me asió por la muñeca.

—¡Maestro Shallot —insistió Agrippa—, os he pedido que os marchéis!

—Roger es amigo mío —replicó Benjamin—. ¡Pondría mi vida en sus manos!

—¡El maestro Shallot es mi amigo! —remedó Wolsey despechadamente—. Mi buen sobrino, si deseas proteger al maestro Shallot, cuanto menos sepa mejor —miró a su alrededor—. Este recinto me pertenece, pero el rey está aquí y ¡Dios sabe quién

puede estar escuchando!

Benjamin me miró con sus turbados ojos oscuros. Suavemente solté mi muñeca.

—Maestro —dije con afabilidad—, es mejor que me vaya.

(Muy diplomático, supondréis. Oh, en modo alguno: el viejo Shallot empezaba a sentir espanto. Si se trataba de compartir una información que pudiera constituir una amenaza para mí, era el momento de poner pies en polvorosa).

Mi maestro no puso objeciones y me retiré quedamente de la estancia. Intenté escuchar detrás de la puerta, pero ésta era demasiado maciza. Así pues, me puse a deambular por los pasillos de Hampton Court. Debo aclarar que éste no presentaba la magnificencia de la que dispone hoy en día. La Sala Mayor no había sido construida aún, como no lo habían sido el campo de tenis y el cortil de torneos. Por supuesto, si ahora vais allí, podréis ver el gran reloj construido por aquellas dos brujas Kratzer y Oursian. Veréis, cuando Wolsey cayó en desgracia y murió en Leicester Abbey, estrujándome la mano y susurrándome: «Si hubiese servido a Dios con la misma premura que serví a mi rey, no me dejaría morir como lo estoy haciendo», Agrippa entonces transfirió su lealtad a Enrique y fue cuando trajo a esas dos brujas para que erigieran este reloj singular. Se trata de un aparato astronómico con una pauta de veinticuatro horas que indica la hora del día, la posición de la luna, las constelaciones del zodiaco. Deberíais ir a verlo. ¡Es una obra de arte!

Sin embargo, incluso en mis bisoños días de inexperiencia juvenil (el maestro Shakespeare me pidió prestada esta frase), Hampton Court no dejaba de ser una residencia diamantina. Paredes enmaderadas, tapices colgantes renovados todas las semanas por criados y responsables del guardarropa. Cubrecamas de seda. Aparadores que cubrían todo un muro, todos atestados de vajillas de oro y plata. El agua potable llegaba a través de cañerías de plomo construidas por artesanos italianos, había incluso excusados, y corrientes bajo suelo que mantenían limpias las cloacas. Deambulé por las cocinas, donde los jefes de cocina de Wolsey se atrafagaban por crear refinamientos, singulares novedades de confitería: torres y castillos de azúcar dispuestos a que valerosos dientes iniciaran el asalto. El maestro jefe francés, endosado en su largo delantal salpicado, se mantenía en su lugar tajando, rebanando, batiendo y mezclando con una energía que le empapaba de sudor mientras renegaba contra sus aprendices por esta o aquella cosa. Huelga decir que con todos aquellos fuegos rugientes semejaba el infierno y su jefe de cocina a Satán, atendido por un ejército de demonios afanándose en hacer girar asadores y brillantando fuentes, mechando los goteantes corderos y cochinitos que se asaban con las gotas de su propio sudor. Supe en aquel momento que el rey residía allí porque sus estandartes áureos y leopardos habían sido instalados en derredor de la entrada. Por azar, fui a parar a los apartamentos reales, a una prolongada y reluciente galería en la que el parquet recientemente encerado, centelleaba a la luz del sol y los muros rielaban con

las exquisitas tapicerías que de ellos pendían. Creí que el monarca se hallaba de caza en compañía de sus lebreles o halconeros flamencos. No había guardias por los alrededores, de modo que avancé de puntillas a lo largo de dicha galería. Pude oír los dulces sonidos del devaneo amoroso: deliciosos «oh» y «ah» intercalados de gruñidos y hondos gemidos procedentes de una voz que reconocí como la del rey.

Bueno, como ya sabréis, soy tan curioso como el diablo. Me arrimé a lo largo de la pared y fisgonee apresuradamente a través de una puerta entornada. El interior de la pequeña estancia brillaba con diversos matices. Vi alfombras blancas sobre el suelo resplandeciente y también vislumbré ropajes de costoso tafetán, encaje y batista, pero mis ojos se encaminaron hacia el gran lecho de cuatro columnas recubierto de pañería de seda. Todo cuanto pude ver fue unas blancas piernas enroscadas a un gran torso chirriante y al fondillo regio subiendo y bajando como un par de fuelles mientras los «oh» y «ah» eran coreados por los gemidos de placentera lascivia de Enrique. Me preguntaba quién podría ser la joven muchacha, actuando de fulana para el cabrón de Enrique, pero decidí no esperar para ver y escapé con prontitud. Con todo, estaba visiblemente excitado por cuanto, al salir Benjamin de la estancia del cardenal, observaría con sospecha mi rostro enrojecido.

—¿Qué has estado haciendo, Roger?

—Nada, maestro, sólo estaba curioseando. ¿Y de qué deseaba informaros vuestro querido tío?

Benjamin sonrió con afectación y trabó su brazo en el mío.

—Asuntos de Estado, Roger, asuntos de Estado —se detuvo, su expresión dilatada y solemne—. Va a dar comienzo una danza —murmuró como si hablara para sí mismo—. Los músicos en la galería están a punto de llevar la flauta a sus labios y de poner los dedos sobre la lira —respiró profundamente—. Una danza siniestra, Roger.

Me puse a temblar y me preguntaba si no había llegado el momento para el viejo Shallot de desaparecer o caer enfermo con fiebre intermitente, pero recordé mi promesa. Era el hombre de Benjamin y me había comprometido, pasara lo que pasara. Suena a muy valiente, ¿no es así? Si hubiera sabido lo que iba a acaecer habría huido como el viento. (Mi capellán se retuerce sobre su pequeño fondillo. Le gustó la descripción que hice sobre el acto amoroso regio, aunque no concordaba con lo que nos teníamos que enfrentar: crímenes ocultos, rebeldes sanguinarios, los relampagueantes colmillos de un jabalí salvaje, y esa persecución letal en el laberinto de la Tour de Nesle. Y a pesar de todo, nada es comparable con la consumada perversidad de los luciferinos y la perfidia de los amos a los que servíamos).

Pasamos el día siguiente haraganeando por Hampton Court. Los escribanos de Wolsey redactaron los requeridos documentos acreditativos, despachos y justificantes para el erario. Palafreneros y mozos de establo nos facilitaron cabalgaduras para el

viaje. Aquella noche asistimos a un banquete real en la suntuosa antecámara de Wolsey. Había tal cantidad de velas que cualquiera habría creído encontrarse a plena luz del día, pues sus llamas encandilaban las piezas de oro y plata acumuladas en lo alto de los aparadores elaboradamente cincelados. Las alfombras en el suelo eran de seda, los tapices que colgaban de las paredes recién llegados de los telares de Flandes, y el ambiente rebosaba con el perfume de las rosas rojas dispuestas en valiosos jarrones por toda la antecámara. De la mesa sobre el estrado a la que se sentaría el rey Enrique colgaba un espléndido mantel de gala.

Nos hallábamos en una de las dos mesas justo debajo de dicho estrado. Recuerdo que Benjamin estaba a mi izquierda y una bonita damisela a mi derecha. Hubiera deseado conocerla mejor pero bebí en exceso. Todos los platos eran de oro macizo y los manteles de seda, perfumada lencería pendían pesadamente con bordados de oro. Los manjares eran deliciosos y los vinos, los mejores de Europa. Se nos dieron dieciocho servicios, siendo los de la repostería los más exóticos. Se contrataron especialmente artistas a fin de preparar estas obras maestras culinarias que presentaban pájaros, bestias y reses con gran realismo, caballeros con armadura en plena justa, soldados batallando armados con ballestas, caballeros danzando con damas; cada una de las figuras fiel y realistamente representada en las áureas confituras que se alzaban a más de un metro de altura en las vociferantes mesas de los invitados. A cada uno de nosotros se nos entregó una tabla de ajedrez con figuras confeccionadas enteramente de fiambres. Se trataba de un obsequio de despedida, pero yo la dejé caer al suelo y los malditos perros se lanzaron sobre ella con la velocidad del rayo, mientras Benjamin, con su acostumbrada amabilidad, la donó al paje que nos sirvió. Muchachitos con voz dulce pertenecientes al real coro entonaron madrigales y, mediada la cena, iluminados por antorchas, presenciemos la representación de una comedia latina de Plauto. Debo ponerlos algo en evidencia. Una enorme araña, durante la cena, trepó por el mantel y cuando iba a aplastarla con un muslo de pollo que estaba mordisqueando, Benjamin me detuvo.

—No debemos —susurró— dañar a estos insectos. Son las arañas del cardenal.

Me explicó entonces con un hilo de voz cómo estos malditos insectos erraban por todos los lugares de palacio. Dios sabrá por qué pero el cardenal se había encariñado con ellas y decretó que nadie debía perjudicarlas. Eran conocidas (y aún lo son) como las arañas del cardenal. Siempre me pregunté si no serían sus daimones o íntimas las que podrían escurrirse por las paredes para oír conatos de traición e investigar eventuales conspiraciones. (¡Lugar singular, Hampton Court!). ¿No sabéis que está embrujado? En primer lugar, por la nodriza del joven Eduardo VI. Se dijo que estaba emparedada en un cuarto de arriba, hilando en su telar de mano por toda la eternidad. Fue una perra traidora que intentó matar al joven monarca, pero esto es otra historia. El otro fantasma es el de Catalina Howard. Después de ser arrestada por sus

abominables juegos bajo cuerda con Culpepper y conmigo, si bien yo no fui sorprendido, aunque también esta cuestión pertenece a otra historia, la guardia real vino a buscarla mientras se encontraba en Hampton Court. Catalina supo que Enrique se hallaba orando en la capilla real, por lo que fue chillando por el corredor, aunque no la salvó. Se enfrentó al tocón con bravura, anunciando a todo el mundo que prefería morir siendo la mujer de Culpepper que la reina de Inglaterra. ¡Lo cual puso realmente furioso a Enrique! ¡Santo Dios, pareció perder el juicio!

—Roger —gimió, deslizándole las lágrimas por su gorda y pastosa cara—, ¿cómo ha podido ella...? ¿cómo pudo?

Muy bien, pensé. Era maravillosa pero no se lo dije al gordo bastardo. De cualquier modo, como dije, ésta es una historia para otro momento. (Pero he visto el fantasma de Catalina. Una blanca forma que chillaba por las galerías bañadas por la luz de la luna).

Ah, bueno, regresemos al banquete de Hampton Court donde me emborraché regiamente. Enrique se hallaba presente, empezaba a engordar algo pero estaba todavía magnífico en su atavío de oro incrustado de gemas y empapado por el perfume preparado por él; tenía que disimular el olor de su pierna ulcerada. Está bien, os diré lo que ocurrió. Me encontraba fascinado por la mujer sentada frente a mí: Francesca Clinton, la esposa de sir Robert Clinton. Era una auténtica belleza, o eso pensaba en aquel entonces. Llevaba su denso cabello azabache suelto y largo. Caía en cascada, libre, hasta más abajo de su cintura. Su tez complementaba su cabello; tenía un cutis aceitunado que resplandecía como el oro bruñido. Sus labios eran rojos, entreabiertos como esperando a ser besados, mostrando unos dientes de la blancura del marfil, pese a advertir uno de ellos ligeramente fuera de sitio con respecto a los otros. Pero, como en Agnes, eran sus ojos lo que más me fascinaba: grandes, oscuros, almendrados. Donde fuera que mirase, dijera lo que dijera, emanaban un atractivo que mantenía mi joven virilidad en vilo. Ella apenas se daba cuenta de mi presencia, pero no dejaba de fascinarme. Escuchaba el tono de su voz, algo hondo pero de gran sensualidad, y me volví hacia Benjamin:

—¿Es francesa?

—¿Quién?

—Lady Francesca —susurré.

Benjamin dirigió su mirada al frente hacia donde se sentaba sir Robert Clinton, cautivado por su mujer.

—Por supuesto que lo es —me respondió en un susurro—. Es la segunda esposa de sir Robert. Llevan dos años de matrimonio.

De repente recordé aquel par de piernas elegantes, ceñidas en torno al real torso.

—¿Qué piensa el rey de ella? —pregunté.

—No le gusta —contestó Benjamin en un murmullo—. No siente simpatía por los

franceses.

Asentí con la cabeza y me puse a contemplar con adoración, a través de la mesa, aquellos oscuros y apasionados ojos. Claro está, pensé, su piel es aceitunada. Las piernas que vi eran blancas. De pronto Francesca pareció percatarse de mi presencia. Sonrió de forma deslumbrante.

—Maestro Shallot —dijo expresándose en su hermosa entonación francesa—, me dice mi esposo que iréis a Francia con nosotros.

Me limité a mirarla de hito en hito. ¡Hubiese ido con ella a Tartaria! Señor, cuando la conocí era exquisita. Allí me hubiera quedado toda la velada contemplándola, pero de repente Benjamin se dio cuenta del móvil de mi mirada así como de mi salacidad y, en el momento oportuno, me cogió del brazo y me sacó de la antecámara. No me resistí. Estaba borracho como una cuba e insistía en aplastar cada maldita araña que encontraba en mi camino de regreso a mi habitación.

Capítulo 4

A la mañana siguiente Benjamin tuvo que zarandearme para que despertase. Me levanté sintiendo la cabeza embotada, la boca pastosa. Pero pronto una ablución con agua fría y una copa de malvasía enderezaron mis espíritus. Tras interrumpir nuestro ayuno en la pequeña despensa, junto a la cocina, Benjamin tiró de mí hacia el exterior, a los jardines.

—¿Hacia dónde nos dirigimos, maestro?

—Vamos a ver a Crispin Hollis y Francis Twynham.

—¿Quién diablos son?

—Los dos mensajeros, los que llevan consigo los documentos a París.

Los encontramos en los establos, atendiendo a los caballos; mozalbetes campesinos cuya sola conversación versaba sobre sillas de montar, bridas, riendas y espuelas; qué era un buen caballo y qué no; lo que debía darse de comer a un caballo y cuándo debía dársele de beber. Benjamin, con su acostumbrado tacto y embeleso, les indujo a conversar, escuchando sus volubles descripciones sobre los caballos que habían montado.

—Así pues —interrumpió, aprovechando el momento oportuno—, ¿lleváis mensajes desde Westminster a la embajada inglesa de París?

Hollis, un paleta de expresión lozana, sonrió afectadamente mientras se limpiaba los intersticios dentales con un afilado trozo de paja.

—Desde Westminster —apostilló—, Greenwich, Sheen... desde dondequiera que se halle la corte.

—¿Y qué ruta tomáis?

—Desde Dover a Calais, cruzando la Normandía, a la Porte de Saint-Denis, o bien a la rué des Medeans a través de París cruzando la Porte d'Orleans al castillo de Maubisson.

—¿Y dónde os detenéis?

—En ciertas tabernas.

—¿En ningún otro lugar?

—En ocasiones en el convento de Saint-Felice.

—¿Por qué ahí?

—¿Os habéis entrevistado con sir Robert Clinton? —dijo alzándose de hombros.

—Sí, por cierto.

—¿Y con su hermosa esposa, lady Francesca?

—Naturalmente.

—Bien —interrumpió Twynham con una sonrisa burlona—. Lady Francesca fue a la escuela con las monjas de dicho lugar. Es un sitio espléndido. De vez en cuando lady Francesca nos pide que llevemos a las buenas monjas obsequios para sus

trabajos de labor.

—¿Y eso es todo?

—A veces una pequeña bolsa de monedas de plata de los cofres de su esposo.

Benjamin hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y se quedó mirando a un mozo de establo, que trataba de tranquilizar a un caballo excitado.

—¿Y vuestros dos compañeros, los de Francia? ¿También se detienen en dicho lugar?

—Por supuesto, algunas veces. Es un lugar ideal.

—Mas, ¿siempre no os detenéis ahí?

—No —respondió Hollis—. Diría que una de cada tres veces —sonrió con afectación—. No deseáramos perdernos una buena y blanda cama por causa de nuestra vehemencia.

—¿Y la valija que transportáis? —pregunté—. ¿Con las cartas y documentos?

El rostro de Twynham adquirió gravedad por su altivez.

—Cuando dormimos, uno de nosotros la tiene encadenada a su muñeca. Nadie podría tocar esa bolsa.

—Pero dos de vuestros compañeros fueron asesinados —añadió Benjamin melosamente.

—Sí, lo sé —Hollis se volvió y escupió un flujo de flema amarillenta—, pero los franceses nos protegen y facilitan toda suerte de ayuda. A esos mensajeros los mataron por malhechores. A veces ocurre. —Benjamin asintió y sin inmutarse dirigió de nuevo la conversación a la calidad de los caballos. De regreso, mientras caminábamos le observé de soslayo. Su mirada distante indicaba que estaba absorto en la resolución de algún problema.

—Maestro —le toqué el hombro—, encuentro extraño que estos mensajeros se detengan en el mismo convento donde lady Francesca se educó. ¿No crees que podría ser la espía?

Benjamin removió su largo cabello negro con ambas manos.

—Lo dudo —dijo en un susurro—. En primer lugar, lady Francesca puede poseer hermosura, ser ingeniosamente aguda, pero carece de poder para obtener y transmitir información secreta a algún director de espionaje. En segundo lugar, carece de conocimientos sobre la información contenida en dichos documentos. Oh, su esposo puede irse de la lengua pero dudo que le vaya soplando la relación de las actividades inglesas en Francia. En tercer lugar, oíste a los mensajeros. Tan sólo se detienen en Saint-Felice una de cada tres veces y, cuando lo hacen, la bolsa queda encadenada a sus muñecas —se rió y me palmoteo el hombro—. Y aunque las buenas de las monjas los sedujeran, tendrían que quebrantar el sello de la valija como asimismo el signáculo particular del lord cardenal en cada documento, descifrar el código secreto y reconstituir el sello de nuevo —sacudió la cabeza—. No, no, eso es imposible.

Avanzado el día recibimos la noticia de que sir Robert y su comitiva saldrían a la mañana siguiente. El lord cardenal deseaba que asistiéramos a uno más de sus interminables banquetes, y en ello estuvo que empeorase la situación. El banquete empezó con la usual algarabía de honores poco fundados, salvo que el cardenal tomó la cena solo sobre un alto sitio cuya mesa estaba engalanada con un mantel de gran prestancia. Las bandejas en las que se amontonaban manjares exquisitos casi ocultaban su cuerpo obeso, en tanto que a su alrededor un grupo de sirvientes le atendía para llenar su copa, facilitarle servilletas o cuchillos limpios. El rey brillaba por su ausencia al igual que, desafortunadamente, lady Clinton. De pronto nos sorprendió el rugido al unísono de las detonaciones de varios pequeños cañones en el exterior de palacio. Dichos cañonazos semejaron el estallido de una tormenta. Los asistentes se pusieron en pie de golpe, pero los heraldos del cardenal requirieron silencio y éste envió a su maestre sala, Henry Guilford, para que viese lo que ocurría. (Oh, por cierto, nunca vi a Agrippa en estos banquetes. En verdad, nunca le vi comer. Raro, ¿lo creeríais?). Bueno, regresó el maestre sala, diciendo que un grupo de nobles figuras enmascaradas se hallaba al pie de la escalinata. Wolsey le mandó para que escoltase hacia arriba a esos extraños asistentes y nos quedamos mirando expectantes a la puerta. Guilford volvió encabezando una numerosa compañía de figuras enmascaradas que penetraron en la sala al son del bronco fragor de tambores y pífanos.

Ahora bien, dichos visitantes iban ataviados con simples túnicas de pastor aunque estuvieran aderezadas con tiras de raso carmesí y paño de oro. Viseras y barbas postizas ocultaban sus rostros mientras una falsa cabellera de finos hilos de oro y seda negra cubría el resto de sus cabezas. Estos enmascarados fueron desfilando solemnemente por parejas hacia la mesa principal. Su líder intercambió unas sosegadas palabras con el cardenal, quien sonrió, dio unas palmadas, y una mesa cubierta con tapete verde y dos sillas fueron introducidas y colocadas en el centro de la sala. El enmascarado que encabezaba el grupo subió a la grada, mientras un heraldo retaba a cualquiera de la sala que quisiera jugar a los dados con el desconocido enmascarado.

Por supuesto, no era más que una pesada mascarada. El obeso de Enrique divirtiéndose con los disfraces y el misterio. Oh, todos sabíamos que se trataba de él por sus robustas piernas y gran trasero; no obstante, todos nos vimos envueltos en la pantomima. En teoría, nadie estaba dispuesto a retar a la misteriosa personalidad y, de hacerlo, se suponía que debía perder. En esa particular ocasión todo sucedió al revés. Para abreviar la larga historia, borracho como una cuba, me puse de pie de un salto.

—¡Acepto el reto! —grité haciendo caso omiso a los furibundos tirones que Benjamin propinaba a mi capa.

El estrépito de la sala se acalló. La figura con antifaz bajó gravemente del estrado,

sentándose a la mesa recubierta de tapete verde, indicándome con su mano enguantada que debía unirme a ella. Acudí titubeando. No sabría decir por qué. Acaso fuera mera malicia por mi parte. ¿O fue algo distinto? Acaso la idea de los dados removiera mis recuerdos de aquel terrible atardecer en el Golden Turk cuando aquellos luciferinos me atraparon. De todos modos, el mismísimo diablo se había cebado en mí. La figura con antifaz batió palmas, apareció con un cubilete de dados. Mi oponente (naturalmente, no era otro que el Gran Homicida) vació sobre la mesa su bolsa, otro tanto hice yo, y comenzó la partida. Jugué como si mi vida dependiese de ello. El resto de los asistentes abandonó su sitio y se congregó en torno de nosotros. Vi la angustiada mirada de Benjamin mas hice caso omiso a su prevención. Jugué a ganar y gané. Gané la primera bolsa de oro, luego la segunda y después la tercera. El deleite y la algazara brotaron en la sala tan pronto como la irritación del jugador con antifaz se hizo patente. Uno de los cortesanos se inclinó y me susurró al oído:

—¡Hombre, por el amor de Dios, perded!

¡En modo alguno iba a hacerlo el viejo Shallot! Fui lanzando los dados y casi en cada ocasión batí a mi contrincante hasta que Wolsey, de pie tras el asiento del monarca, dio la señal a los trompeteros para que dieran por terminada la partida. Mi contrincante se arrancó el antifaz y pude contemplar la arrebolada y sudorosa faz del rey. Ahora bien, el viejo Enrique era actor de nacimiento. Realmente, me preguntaba si alguna vez conocimos al verdadero Enrique. (No sé si sabréis que estuve presente en la cámara del consejo con Thomas Cromwell cuando, años después, los rebeldes del norte hicieron llegar sus peticiones y solicitaron su deposición. El viejo Enrique se sacó el sombrero y públicamente golpeó a Cromwell llamándole miserable y bellaco y diciéndole que lo enviarían a la Torre. Naturalmente, Enrique no hacía sino jugar. Quería ganar tiempo y los rebeldes se lo dieron. El tiempo suficiente para reunir a las tropas y mandarlas al norte para ahorcar, incendiar y saquear. Para cuando acabó con ellos había diez hombres ahorcados en cada patíbulo al norte del río Trent).

Así transcurrió aquella noche en Hampton Court. Enrique sonreía, jugando caballerosamente a ser perdedor. Me golpeó en el hombro, proclamando que era un gran tipo, antes de unirse rápidamente a los que bailaban. Yo tomé mi servilleta, la llené con todas las monedas que había ganado y anudé los cuatro extremos de la misma. Benjamin me llevó a empellones a un rincón, lejos de los demás, lo cual no presentó dificultades, dado que todos se apartaban de nosotros. La picardía que acababa de cometer perdió ímpetu en mis venas cuando advertí el temor reflejado en sus ojos.

—Roger —siseó—, ¡por el amor de Dios! ¡Cuando juegues contra el rey estás obligado a perder siempre!

—Gané —respondí con sarcasmo—. ¡A buena hora mangas verdes!

Benjamin acercó aún más su blanca y angustiada cara:

—No, Roger, todavía no ha acabado la partida. Ahora tendrás que perder.

Con todo, mi prudencia innata se hizo patente en mi conciencia al echar una mirada por toda la sala de banquetes. Oh, estaban bailando, las máscaras, la impetuosidad de la música, hablaban en grupos cortesanos vestidos de vivos colores; no obstante, advertí sus miradas cuajadas de temor y caí en la cuenta de lo que pudiera acaecer. El Gran Homicida odiaba que le ganasen. Nadie que retase a Enrique vencía. El lema del gordo bastardo era: «Cuando juego, ¡o yo gano o tú pierdes!». La servilleta me pesaba ahora como la muerte en mis manos. Mi mente se disparó hacia cómo se desarrollaría la partida. Tenía bien sabido cómo era ese mojón real. Todo podía ocurrir, desde una acusación de traición hasta un accidente avieso. Wolsey atravesó rápidamente la estancia, sus ropajes escarlatas ondeaban en torno suyo.

—Maestro Daunbey, maestro Shallot. ¡El rey desea veros de inmediato!

No me pasó inadvertida la fetidez de terror del cardenal. Una fina capa de transpiración lustraba sus pesarosos y trémulos carrillos. La oscuridad de sus ojos poseía una impasibilidad apizarrada. Clavó su mirada sobre mí. Sabía el motivo por el que estaba atemorizado. Yo era miembro de su facción, formaba parte de su comitiva y, cuando el gran Enrique perdía los estribos, era incluso peligroso hallarse en la misma habitación con un enemigo del rey. Seguimos al cardenal a través de la estancia. Benjamin, furiosamente, no dejaba de darme codazos.

—¡Por el amor de Dios, Roger —siseó—, deja de hacer necedades!

Ya había decidido dejar de hacerlas tan pronto como entré en la cámara oscura donde la bestia regia se hallaba cabizbaja aposentada en una silla. (Había que contemplar los ojos del Gran Homicida. Siempre me evocaban los del jabalí airado, pequeños, ribeteados de rojo y rencorosos, ¡y esto cuando se hallaba de buen talante! Cuando estaba fuera de sí, lo que ocurría a menudo, sus mejillas se ahuecaban y los ojos se contraían en dos pequeños pozos negros sin fondo. Ésa era su expresión cuando penetramos en la estancia). Wolsey fue a escurrirse para tomar asiento tras el monarca. Benjamin y yo no requerimos una nueva llamada de atención. Caímos de rodillas con el oro resonando de forma ominosa en la servilleta que mantenía empuñada.

—Maestro Shallot, sois un buen jugador —su voz tenía la dulzura del azúcar.

—Sí, Su Majestad —murmuré confiando no perder el control de los intestinos o vomitar de puro terror. (Suelo usar siempre calzones castaños).

—¡Jugasteis contra vuestro rey y ganasteis!

Mi pensamiento voló tan veloz cual pulga por el aire:

—Naturalmente, Majestad —tartamudeé—. Como profetizó la mujer insensata.

—¿Qué queréis decir con eso?

Miré hacia arriba a través de mis cejas. El rey se había inclinado hacia delante. Wolsey no dejaba de estremecerse de terror, trémulo como las gelatinas que su

cocinero jefe nos había servido tan recientemente. Benjamin se mantenía de hinojos como esculpido en piedra.

—¿Qué queréis decir? —repitió el rey siniestramente.

—Su Majestad —balbuceé—, en mi infancia, estando en la escuela, en Ipswich, ayudé a una anciana a atravesar un puente —miré de soslayo a Benjamin—. Estabais conmigo, maestro, seguramente lo recordaréis.

Benjamin asintió con la cabeza sin dejar de mirar al suelo.

—La anciana era vidente —continué con atolondramiento—. Agradeció mi cortesía y profetizó que un día jugaría contra el más grande de los príncipes de Europa en una partida de azar, y ganaría. Ése, dijo, sería mi momento de gloria, para ser explicado a mis nietos —añadí lleno de esperanza.

(¡Oh, qué espléndida mentira! ¡Shallot en uno de sus mejores momentos, el cuentista congénito! La única anciana que ayudé en Ipswich fue a Bridget la Antigua. Ciertamente la auxilié a cruzar el río. ¡Empujé a la maldita perra dentro de él después de que me maldijera por no entregarle todas las perras gordas que llevaba encima! Si bien, una vez reflexionado, fue un bonito cuento. Me satisfizo la apostilla sobre los nietos, ¡piadosa esperanza de que la línea Shallot no debía terminar ahí ni entonces!). Bueno podéis haceros una idea de la atmósfera que reinaba en aquella habitación-descansillo, como si alguien hubiera abierto una ventana, dejando entrar la fresca brisa vernal. La boca de Wolsey se crispaba, volvía a ser una vez más la persona más importante después de Dios. Los hombros de Benjamin trepidaron al tratar de controlar el burbujeo de su risa, pero Enrique se arrellanó en su asiento, dando unas palmadas y esbozando una sonrisa afectada de oreja a oreja como si fuera un maldito felino.

—¡Tendréis que contar esto a la corte! —vociferó.

Y, sin añadir otra cosa, fui conducido de nuevo a la sala, subido al estrado, los heraldos haciendo resonar sus trompetas. Repetí mi declaración ante una corte maravillada, atenta a las aclamaciones de alabanza. Durante todo el tiempo, el Gran Homicida se mantuvo junto a mí, su mano sobre mi hombro. Cuando hube concluido me volví, e hincando una rodilla dramáticamente entregué al monarca la servilleta cargada de oro. Me hubiese encantado, con una oscilación, golpearle directamente los testículos con la repleta bolsa pero el nudo se deshizo y todo el oro se desparramó por el suelo de la sala, permitiendo que viese a todos sus cortesanos recogerlo deprisa y confusamente. Creí que el redomado bastardo había terminado conmigo, pero su mano se mantenía firmemente asida a mi hombro. Durante unos momentos contemplamos a sus cortesanos enredarse los unos con los otros, luego me siseó:

—¡Quiero deciros algo al oído, maestro Shallot!

Fui forzado a regresar a aquella retirada habitación, Benjamin y el cardenal nos seguían. Me preguntaba qué iba a acontecer ahora. Enrique se sentó en una esquina

de una mesa, balanceando en el aire una de sus gordas piernas.

—Me agrada vuestro ingenio, maestro Shallot —dijo dedicando una perversa y burlona sonrisa a Wolsey—. Tengo entendido que partís hacia Francia con sir Robert Clinton. Tenéis encomendada la búsqueda del traidor Raphael y, cuando lo halléis, matadlo o traédmelo.

—Sí, Majestad.

—Miradme, maestro Shallot.

Levanté la vista y me quedé mirando aquella demente y podrida cara, la nariz carnosa, el bigote y la barba doradas, pulcramente acicaladas.

—Os hago responsables, maestro Shallot, y a vos maestro Daumbey, de la devolución de mi libro por parte del abate Gerard. Y otra misión más...

—¿Majestad?

El aire de la estancia se había vuelto gélido. Enrique se inclinó hacia delante y me retorció juguetonamente la oreja. En realidad la poderosa mano del bastardo monarca me causó un profundo dolor en aquel lado de la cara.

—Hará tres años, maestro Shallot, estuve en Francia. Llevaba puesta una hermosa sortija, un recuerdo sentimental de oro puro. En dicha gema está representado un cupido de plata, en cuyos ojos hay colocados dos diamantes puros —el rey se lamió los labios—. Mi hermano el rey Francisco y yo hicimos una apuesta sobre una espantadiza damisela de su corte. Él apostó un collar de gran precio de modo que yo ofrecí dicho anillo para aquel que obtuviese primero los favores de la citada dama —aquellos secos, relamidos labios se fruncieron con rencoroso fastidio—. Mi hermano Francisco ganó la apuesta y yo entregué el anillo. Lo lleva constantemente, sin sacárselo nunca, pero dijo que si podía robárselo sin que él se diera cuenta, entonces podría recuperarlo. Maestro Shallot —siseó—, ¡quiero recuperar esa sortija! ¡Vos, con vuestra habilidad en los riesgos del azar, me la traeréis de vuelta! ¿Me habéis entendido?

—¡Por supuesto, Majestad!

(¡Huelga decir que me hice malditamente cargo! El gordo bastardo me había hecho caer limpiamente en su trampa. No solamente tenía que recuperar su maldito libro, sino traerle su sortija. Si fracasaba y los franceses me sorprendían, me mandarían a la horca. Y si fracasaba y regresaba a Inglaterra, me mandarían a la horca. ¡Ya veo a mi capellán con su risita! ¡El pequeño mierda! Cuidado, tiene razón en lo que está diciendo. Cuando echo una mirada hacia mi dorada juventud, lo único que me cabe recordar es a la gente tratando de colgar al pobre Shallot. ¿Por qué motivo? Nada menos que por ser fiel a sí mismo).

Enrique sonrió y nos dio licencia para irnos con un chasquido de sus dedos. Seré sincero, Benjamin y yo apretamos a correr como dos malditas arañas del cardenal. No abrimos la boca hasta que estuvimos en nuestra buhardilla encima de la portería.

—Maestro —aullé—, ¿qué puedo hacer?

Benjamin se sentó a un lado de la cama agitando la cabeza.

—Podrías recurrir a tu buen juicio —respondió cortante—, y mantener el pico cerrado cuando te hallas en presencia de los príncipes. Roger, nos encontramos al borde del abismo. Si no tenemos éxito, nuestros ojos no volverán a ver Inglaterra.

Con tal alegre observación se echó sobre la cama, se cubrió con una manta y pretendió adormecerse. Diré la verdad. Me senté y estuve temblando de terror hasta el amanecer. ¿Y por qué no? Me había arrastrado a una rivalidad mortal, tanto personal como política, la que existía entre Francisco y Enrique. Ambos eran arrogantes, ambos bragueteros, ambos se consideraban la respuesta a todos los problemas de la tierra. Ambos se apropiaban de lo que querían y ninguno toleraba que se le desafiara en nada. La única diferencia era que Francisco lo hacía con mayor encanto. En cuanto a mí, en aquella buhardilla de Hampton Court, me sentía como un conejo que debía escoger entre las fauces de un zorro y las garras de un águila.

Avanzada la mañana siguiente abandonamos Hampton Court. Benjamin estaba deprimido. Se despidió de Wolsey y del doctor Agrippa y se incorporó a la comitiva de Clinton congregada en el patio mayor. Los gritos de los mozos de establo, palafreneros, caballeros, escuderos y otros empleados retumbaron. Ensillaron los caballos, cargaron las acémilas, los maestros de ceremonia imponían orden con sus bandas blancas de oficio. Vislumbré a lady Francesca, resplandeciente en su atavío verdemar, capa y sombrero pequeño del mismo tono, aunque, de momento, mi lascivia había remitido. Todo lo que quería era partir de Hampton Court antes de volver a incurrir en la cólera de Enrique.

Señor, me satisfacía verme libre del lugar, siguiendo el trillado camino blanco de circunvalación por el este de Londres, luego hacia el sur, a través de las lomas, rumbo a Dover. En cabeza los caballeros de campo, a continuación sir Robert, el maestro Benjamin y lady Francesca. Los dos primeros pronto se convirtieron en joviales camaradas: compartían una mutua afición por la alquimia y un consumado interés por la herboristería y la medicina natural que de ella se derivaba. Con frecuencia nuestra cabalgada haría altos de modo que ambos podrían desmontar y estudiar las dedaleras, los hongos sobre la corteza de los árboles o bien los diferentes tipos de setas. Aunque interesado por la naturaleza, seguía amedrentado por las exigencias de la Gran Bestia e iba rezagado, observando, celoso, cómo la coquetería de lady Francesca parecía interesarse en Benjamin y en cambio se mantenía ajena a mi presencia. Venner, el satélite principal de Clinton, se mostraba como un compañero lo suficientemente grato, aunque su conversación giraba en torno a las peleas de osos y gallos y a las virtudes de la cría caballar y de la preferencia de una sobre otra. No había una cara bonita a la vista, de modo que me abandoné a la murria a lo largo del trayecto hasta Dover. Nos deteníamos de vez en cuando en alguna posada y, en una ocasión, en un

monasterio benedictino. Olvidé su nombre. Bueno, ¿qué importa? Ahora ya no es más que un montón de escombros, el Gran Homicida lo destruyó.

No, pensándolo bien, no me había abandonado a la murria. Estuve recordando mucho a Agnes, su muerte violenta y la de su familia. En cierto modo me satisfacía que los luciferinos la hubieran matado, pues me imponía la determinación, dada mi manera de ser cobarde, de recabar un desquite una vez me encontrase en Francia. Algo más atizaba en mi mente y carcomía mi espíritu. Una idea cuya sustancia me eludía. Una vez a bordo del *Mary of Westminster* y ante el espanto del paso de Calais, me olvidé del asunto.

Nuestra nave era un vigoroso buque mercante escoltado por otro pequeño de guerra. Levamos anclas, giramos, efectuamos tres saludos de rigor en honor de la Santísima Trinidad, y seguimos rumbo a alta mar. Dos días después, tras un trayecto sosegado, desembarcamos en Calais, plaza fuerte horrible, última posesión inglesa en Francia, poco más que una fortaleza magnificada, atestada de soldados y ballesteros que trastrabillaban por las calles en sus justillos de cuero descolorido, frecuentando las diversas cervecerías y generalmente buscando líos.

La urbe estaba llena de carros y caballos puesto que el Gran Homicida mantenía Calais siempre bien fortificado. Todo, un despilfarro en aras de su hija, la desafortunada María la Sanguinaria, a quien perdió, pues cayó en manos de los franceses y moriría con el corazón destrozado. (Oh, por cierto, ahí estaba cuando falleció. Sostenía su mano cuando la muerte progresaba a través de su debilitada garganta. «Roger —bisbiseaba—, mi querido, querido Roger. Cuando muera, arranca mi corazón y verás grabado en él la palabra Calais». Incliné la cabeza. Ella creyó que estaba llorando. ¡En modo alguno! Temía que descifrara en mis ojos mi culpabilidad, pues fue por mí por lo que se perdió el Calais inglés. ¡Oh, sí! Yo fui el necio y borracho bastardo que dejó las puertas abiertas permitiendo que entraran los franceses, pero esto constituye otra historia). Pronto nos vimos liberados de Calais y camino de París. La campiña normanda era un horno bajo el sol justiciero del verano. El trayecto fue tranquilo. Incluso los patíbulos y picotas de los cruces estaban vacíos; en verdad incluso vi dos festoneados con guirlandas.

—Lo encuentro extraño —murmuré a Benjamin mientras nos hallábamos en una posada la primera noche fuera de Calais.

—¿El qué, Roger?

—Bueno —respondí contento de que prestara atención—, los dos mensajeros que fueron asesinados por los *maillotins*. Fue en este mismo camino en que nos encontramos ahora.

—¿De veras?

—Pues la calzada parece libre de ladrones y salteadores y muy bien guardada. He visto por lo menos a tres escuadrones de caballería —hice una pausa y Benjamin fijó

la vista en mí sin mirarme—. Fíjate, maestro —me apresuré—. Conozco a los *maillotins*. Atacan por las callejuelas y arroyuelos de París, no planean emboscadas en campo abierto.

Benjamin jugueteó con la copa en la que estaba bebiendo.

—¿Crees que no fueron los *maillotins* quienes atacaron a los mensajeros?

—Sí.

—¿Entonces a quiénes ahorcaron los franceses?

—¡Dios sabrá! —refunfuñé, y me puse a mirar a otra parte. Benjamin me dio unos golpecitos en el hombro.

—Roger, te encuentro malhumorado.

—Oh, no, no lo estoy —repliqué rápidamente.

—¿Te cae bien sir Robert?

—Prefiero a su mujer.

—Extraña pareja —Benjamin rió. Después de rumiar dijo—: A ella le encanta flirtear, pero él está chiflado por ella. Sir Robert la conoció cuando era una pupila en la corte francesa.

—Pues a ella parece gustarle.

—Sobre gustos no hay disputas, Roger —se alzó de hombros, y se rió, acabó su vino y, haciendo oídos sordos, cambió de conversación.

Justo antes de entrar en París abandonamos la calzada, y siguiendo una ventosa senda campestre, nos acercamos al convento de Saint-Felice; el edificio de piedra blanca fulgía al sol entre campos de suave hierba y pequeños matorrales oscuros. Un lugar precioso, uno de esos conventos cuidados por la riqueza, la seguridad y su peculiar serenidad. Todo estaba limpio, y en su lugar preciso. Hasta el patio conventual, justo dentro del portillón de gran arcada, estaba rociado de guijas de piedra blanca, en tanto que alrededor de los muros pequeñas fajas ajardinadas cuajadas de flores desprendían su propio y fragante perfume.

Nos dejaron en el local para invitados, bebiendo vino blanco helado, mientras las hermanas celebraban la bienvenida de lady Francesca y sir Robert Clinton con conmovida alegría por ver a su antigua discípula y protegida. Trataron a lady Francesca como a una hija predilecta, pero sir Robert fue idolatrado, tratado con una deferencia que encontré bastante sorprendente. Hubierais dicho que era un obeso cardenal llegado de Roma. Las monjas se atrafagaron en torno a los Clinton como un grupo de gallinas cluecas. No me fue fácil seguir su charla (conocéis al viejo Shallot, endiabladamente entremetido y a la zaga de chismes), con todo parecían más preocupadas por la salud de lady Francesca. En cualquier caso, nos dejaron solos.

Lady Francesca fue a ver a viejas amigas en tanto que la madre superiora, formidable pájaro viejo con su hábito ribeteado de oro, llevó a sir Robert, su brazo trabado en el de él, a sus dependencias privadas para un intercambio tranquilo.

Permanecimos alrededor de una hora y, tras las saluciones de las monjas resonando en nuestros oídos, nos reunimos con la escolta en el exterior y procedimos a continuar el viaje.

Entramos en París por la Porte Saint-Denis. Resultaba singular volver a encontrarse allí aunque los recuerdos no fueran agradables: la hambruna en lo más crudo del invierno, el apaleamiento que sufrí, el arresto por un equívoco y el haber estado a punto de ser ahorcado en Montfaucon. Aquel patíbulo fue lo primero que vislumbraron mis ojos nada más penetrar en las malolientes calles de París. Los prohombres de la ciudad velaron por mejorarla desde que yo la conociera. Algunos cadáveres se balanceaban en la brisa al extremo de una soga; habían construido una pared de tal modo que cuando los cuerpos se corrompieran y cayesen, su visión, ya que no su hedor, quedase oculta al transeúnte. Seguimos por las angostas y encorvadas calles, la mayoría sin pavimentar y atestadas por un abigarrado personal urbano: monjes, docentes y una legión de pordioseros. Charcas de aguas podridas y estancadas que nos obligaron a taparnos bocas y narices mientras íbamos meneando las cabezas para eludir los símbolos pintados en el exterior de las casas. Nos sobresaltamos continuamente por el resonar de centenares de campanas y por el griterío de buhoneros y pacotilleros mercando de todo, desde una pieza de hierro hasta castañas calientes. Cruzamos uno de los cinco puentes construidos sobre el Sena pasando bajo la sombra protectora de Notre Dame.

Cerca de la Place des Grèves, o mejor la plaza próxima a ésta, se congregaba un gentío inmenso para presenciar una ejecución. Uno de los espectáculos más horribles que jamás he visto. Una inmensa caldera llena de aceite burbujeaba sobre una monstruosa hoguera y, atado de pies y manos, dentro de ella se hallaba el criminal condenado a ser hervido hasta la muerte. Los chillidos, la humareda y el hedor podían ilustrar, tal vez como una profecía, los horrores que nos estaban esperando. Lady Clinton empalideció y se habría desvanecido sobre la silla de montar si Benjamin no la hubiese sujetado, al tiempo que sir Robert lanzaba denuestos a los caballeros, urgiéndoles a seguir adelante. Salimos de París por la Porte d'Orleans y nos encontramos de nuevo entre vegas labradas y molinos de viento que circundaban la ciudad. Los arrabales fueron menguando y, tras una hora de viaje, giramos por una curva del camino y ahí, en lo alto de una cima, recortado contra el arbolado, se erigía el castillo de Maubisson, una grata perspectiva. Estaba rodeado por un muro y protegido a su vez por un foso sobre el que se tendía un puente de madera.

Atravesamos el puente con estruendo para adentrarnos en el patio exterior, donde los pollos picoteaban y los cerdos hozaban. Reinaba la actividad, animada por los rumores del establo, de las fraguas y por las dependencias construidas contra el muro. Cabalgamos bajo otro arco, guardado por gentes de armas que vestían las reales armas de Inglaterra; se abrieron de par en par unas grandes verjas de hierro que

cruzamos hasta acceder al patio interior, deteniéndonos ante la fábrica de cuatro imponentes torres que se encumbraban a los cielos.

Alguien había construido recientemente un apéndice en cada flanco de este inmenso calabozo; no obstante, en cada esquina del edificio principal se levantaba una torre. Clinton comentó que fueron bautizadas con el nombre de cuatro damas: Yolanda, María, Isabel y Juana.

—¿Desde cuál de ellas cayó Falconer? —preguntó Benjamin.

Clinton señaló la más próxima a la derecha. Todos miramos hacia la cúspide de la gran torre que se elevaba seis plantas por encima de nosotros.

—¿De modo que el castillo pertenece a la embajada inglesa? —preguntó Benjamin.

—Sí —respondió Clinton—. Detrás de la torre hay un jardín francés: unos cuantos bancos de hierba, un pequeño vivero de conejos, y unos cuantos centenares de bojés —hizo un ademán airoso con la mano—. Al otro lado de los muros hay algunos viñedos pero el clima los agosta; más allá, un paular, y después, por descontado, el bosque.

Iba a seguir cuando el personal de la embajada comenzó a bajar por la escalinata para recibirnos. Se produjo la acostumbrada confusión de los mozos de caballerizas al llevarse los animales, de los portadores al descargar el equipaje, y un mar de rostros, así como las fortuitas presentaciones que se iban efectuando. Un sirviente nos condujo a Benjamin y a mí, a través de la sala principal y la gran estancia donde se servían las comidas, a la tercera planta encima del helióstato por la escalera en espiral. Nuestra habitación era espaciosa y limpia, con las paredes recién pintadas y el maderamen de los suelos cubierto por alfombras gruesas, aunque de aspecto pulido. Habían colocado dos camas de jergón, antorchas nuevas de cornucopia en las paredes, algunos taburetes, una silla, una mesa y una librería, y un amazacotado armario para nuestro ajuar. Unos gruesos cirios de sebo, jarros y receptáculos completaban el mobiliario. Las ventanas poseían cerrador, excepto una, vidriada de asta y proporcionaban una grata panorámica sobre el jardín de bojés y permitían divisar un extremo del bosque.

Dedicamos esa tarde a orientarnos por el lugar. El castillo era como muchos de su tipo, deslustrado aquí y allá por la guerra cuando los ingleses (o «malditos de Dios» como nos llamaban los franceses) intentaron conquistar la Francia septentrional, de ningún interés. Coincidimos con los funcionarios de la embajada a la hora de la cena.

Digamos enseguida que la sala del castillo carecía de empaque: un gran hogar en el centro con algunos escudos de armas y astas de venado en los muros la decoraban. A un extremo había una pequeña galería para uso de los músicos y, al otro, un estrado y la mesa principal. Una vez terminada la cena y cuando la servidumbre se hubo retirado, se fue pasando el jarro de vino y se hicieron las presentaciones pertinentes.

Sir Dacourt, el embajador, era rechoncho y colorado, con el cabello blanco y rizado, ojos azul claro y con un bigote ensortijado de gran frondosidad como nunca había visto. Su vestimenta era sencilla y a la vieja usanza, endosando una suerte de cota de malla faldera que le llegaba hasta las rodillas. Era un soldado de la vieja escuela que creía que el único francés bueno era el que estaba muerto.

—¡No me fío de las malditas «ranas»! —vociferó—. ¡Volveos de espaldas y los hijos de mala madre os darán la puñalada trapera!

Walter Peckle, jefe de servicio, era un joven envejecido antes de tiempo, de tez lívida e insana, carrillos hundidos, y unos ojos que no cesaban de pestañear. Tenía los dedos manchados de tinta verde azulada y se rascaba constantemente lo que le quedaba del manajo grasiento de su cabello canoso. Thomas Throgmorton, el físico, era delgado como un cayado. De edad indeterminada, tenía húmedos ojos grises enmarcados en un rostro pálido y esmirriado. Su compacto cabello se ocultaba bajo un casquete de fieltro negro. Michael Millet, secretario personal de sir John Dacourt, era sorprendentemente bien parecido: un mancebo de espeso cabello rubio que le nacía onduladamente desde la frente, y cristalinos ojos azules. Muchas mujeres hubiesen pagado una fortuna por tener sus pestañas, espesas, largas y rizadas. Era el clásico petimetre: sus sonrosadas y cremosas facciones las llevaba completamente rasuradas y una perla de plata suspendida de una diminuta cadena de oro se columpiaba del lóbulo de su oreja derecha. Se sentaba como una mujer y hablaba como ellas, lanzándonos a todos nosotros engatusadoras miradas. Waldegrave, el capellán, era bajo, rechoncho y morondo, de facciones bastas y con la reluciente nariz roja de un inveterado bebedor. Para cuando la cena hubo terminado todos habíamos bebido lo nuestro, pero Waldegrave llegó a la comida bamboleándose, borracho como una cuba. Estaba sentado junto a mí y arrugué la nariz ante el maloliente olor a sudor que despedía la larga y negra sotana manchada de comida que llevaba.

Al principio, nuestra conversación de sobremesa versó sobre temas de interés general, pero cuando lady Francesca se retiró dedicándole a Benjamin una sonrisa que me partió el corazón, Clinton la condujo al punto que a todos nos concernía.

—¿La muerte de Falconer —anunció tan pronto como el rumor de los altos tacones de lady Francesca se desvaneció de la sala— fue un accidente, un suicidio o un crimen?

Sus palabras crearon un pozo de silencio. La cordialidad y el regocijo se evaporaron como niebla bajo el sol. Todos caímos en la cuenta de lo mucho que había oscurecido, la llama de las antorchas vacilaba y las sombras tililaban en las frías y blancas paredes. Desde el centro de la mesa, Dacourt miró a su alrededor.

—Si fue suicidio —clamó—, fue un modo vituperable de poner fin a su existencia. Si fue un accidente, entonces no tiene explicación. Comprobadlo vos mismo, sir Robert, conocéis bien la torre. El muro está almenado pero se colocaron

barras de hierro entre los espacios. Falconer tuvo que estar en el mismo borde para resbalar y tener una caída mortal. ¿Por qué haría eso un hombre?

—Lo cual deja la alternativa de un crimen —intervino cortésmente mi maestro.

—¡Imposible! —opinó Throgmorton, el físico.

Benjamin se inclinó hacia delante y le miró al fondo de la mesa.

—¿Por qué, caballero? ¿Por qué lo decís?

—Oh, nuestro físico está al corriente de todo —comentó Millet con agrio sarcasmo—. Es aficionado a entrometerse, en particular a través de las puertas entornadas de las alcobas de las damas.

La observación provocó una risa desanimada y Throgmorton se ruborizó desconcertado. (Bueno, como suelo decir, no confiéis en un médico. No deja de sorprender cuántos son a los que les gusta ver a una hembra desnuda más allá del ombligo). Benjamin, con todo, rehusó que le distrajeran.

—Maestro físico, permitidme una pregunta.

Throgmorton miró con ferocidad una vez más a Millet, se serenó y enumeró lo que había de decir con la punta de los dedos:

—En primer lugar, Falconer tenía la habitación que ahora tenéis vos.

«Oh, muchas gracias», pensé.

—Yo tengo una habitación en la planta de encima. Vi a Falconer subir a la cima de la torre. Tenía el aspecto de estar algo contento, con una copa de vino en la mano. Le deseé buenas noches y él me sonrió. Nadie más subió dichas escaleras después de él y ciertamente nadie le precedió.

—¿Existen otros testimonios? —preguntó Benjamin.

—¿Dudáis de mi palabra? —vociferó Throgmorton.

—¡Caramba, Tom! —se expresó Millet mirando cabizbajo la mesa y admirando los chillones y ordinarios anillos de sus dedos—. Yo también oí a Falconer subir —Millet sonrió deslumbrantemente a Benjamin—. Mi humilde estancia es una buhardilla en la cima de la torre de marras.

—¿Y confirmaríais —Benjamin hizo una mueca— lo que el bueno de nuestro físico ha dicho?

—¡Por supuesto!

—Hay otra cuestión —argumentó Dacourt con violencia llenando de nuevo su copa—. El piso de la torre está recubierto con una fina capa de arena y gravilla. Millet y yo fuimos los primeros en echar un vistazo a dicha torre, después de que el cuerpo de Falconer fuera descubierto por un guardia. Tan sólo había las huellas de las botas de Falconer.

—¿Y el cuerpo? —preguntó Benjamin.

Throgmorton farfulló desde su copa:

—Su cabeza se abrió despachurrada y la cara quedó gravemente magullada. El

cuello estaba tan quebrado que se hubiera podido asentar la barbilla en cualquiera de los hombros. Huelga decir que presentaba magulladuras por todo el cuerpo.

—¿Y el vino que bebió?

—Un buen clarete —vociferó Dacourt—. Al viejo Falconer le gustaba el buen alcohol. El lunes de Pascua, puesto que el ayuno había concluido y no se requería abstenerse de vino, descorchamos una nueva botella. Millet y yo estábamos presentes. Los tres bebimos una copa antes de irnos.

—Es costumbre aquí —añadió Millet—. Durante la Cuaresma, todos, como buenos hijos de la Iglesia, nos abstenemos de vino. El lunes de Pascua, estrenamos el mejor Burdeos.

—¿De modo que no hubo nada fuera de lo normal? —preguntó Benjamin.

Dacourt me miró por el entrecejo como reconociendo mi existencia por vez primera.

—No, Falconer era silencioso y reservado, pero parecía de muy buen humor, riéndose y hablando con bastante desparpajo. Me pregunté si habría estado bebiendo antes de abrir la botella, pero me aseguró que no.

—Estuve examinando su cadáver con el mayor cuidado —intervino Throgmorton—. No advertí en él tufo de cerveza o vino ni de ninguna otra sustancia.

—¿Y en cuanto a la copa de la que bebió? —preguntó Benjamin girando imperceptiblemente la silla para observar a Dacourt al fondo de la mesa.

—Una lástima —respondió el embajador—. Se partió en mil añicos.

—¿Por qué decís que fue una lástima?

—Bien, porque era una de la colección, admirablemente cincelada en estaño. Falconer poseía cuatro; la gente las denominaba copas litúrgicas. Veréis, cada una de ellas es portadora de una imagen de una de las grandes festividades de la Iglesia: Adviento, Natividad, Pascua Florida y Pentecostés.

—¿Y estaba bebiendo en la que estaba representada la Pascua Florida? —pregunté.

—Sí —respondió Dacourt—. Pero ahora está destrozada.

—Falconer era una persona muy religiosa —dijo Waldegrave con menosprecio—. Hablaba siempre de Dios. Los escritos de ese nuevo predicador alemán lo tenían obsesionado. Ya sabéis, ese monje que colgó los hábitos y saltó por encima de las tapias de su convento, Martín Lutero.

(Oh, por cierto, en una ocasión conocí a Lutero y a su mujer Catalina. ¡Persona singular! Brillante sin dejar de ser singular. ¿Acaso sabíais que padecía estreñimiento? Oh, sí, nada malo que una buena purga intestinal no curara).

—¿No discutiría acerca de Lutero? —preguntó Benjamin.

—No, no realmente —baboseó Waldegrave—. Se refería siempre a su salvación. Sobre si merecería la gloria o la condena. Y si no hablaba sobre la vida futura,

hablaba de pájaros.

—¿Pájaros? ¿Qué queréis decir? —pregunté.

Waldegrave se echó hacia delante y me miró con descaro, pitañosamente.

—Lo que os estoy diciendo. Se pasaba la vida observando a los malditos pájaros. Fuese un ánade, un gorrión, un pardillo o un tordo. —Con cuidado se tocó un lado de su carnosa nariz roja—. Pero había otros temas.

El resto de la concurrencia dio un hipido al unísono por tener que oír una historia demasiado conocida.

—Veréis —Waldegrave retorció su grueso fondillo—, fue a confesarse conmigo. Dijo que creía saber quién era Raphael. Al preguntarle yo a quién se refería, añadió por toda respuesta: «Se trata de un grave asunto».

Se oyeron otros gemidos e hipidos ante la reiteración del viejo borrachín de una aparente historia muy conocida.

—Es hora de irse a la cama —espetó Dacourt—. Sir Robert, debéis de estar fatigado —sonrió—. Y lady Francesca está esperando. En cuanto a vos, caballero sacerdote —Dacourt miró ferozmente a Waldegrave—, ¡creo que habéis bebido lo vuestro!

El capellán se limitó a clavar la mirada en el embajador, boquiabierto, como despedido por un golpe de trueno. Dacourt avanzó un paso. El sacerdote se tambaleó sobre los pies y anadeó con un aire de desdeñosa ebriedad.

Dacourt le observó marchar.

—¡Maldito cura! —musitó—. El y sus bromas.

—¡Señor, amparadnos! —exclamó Millet con languidez—. Si no son sus bromas, está relatando constantemente cómo luchó como bandolero en los linderos septentrionales —Millet jugaba con un puño de su camisa de encaje—. El viejo borracho se imagina conocer todo sobre caballos, y está siempre intentando hacerse con el corcel de sir John. ¿Lo habéis visto? —el joven echó una mirada radiante a Benjamin, quien sacudió la cabeza—. Un precioso caballo. Pura sangre, fogoso, con el paso ligero de un danzador.

Benjamin desvió la mirada y examinó sus uñas.

—Sir John, ¿dónde está enterrado Falconer?

—En SaintPierre —interrumpió el doctor Throgmorton—. No nos fue posible mandarlo a Inglaterra. Carecía de familia y su cuerpo no era más que un montón de despojos, de modo que adquirimos una parcela en el cementerio de SaintPierre, en el pueblo de Maubisson.

—¿La misma iglesia donde el abate Gerard fue sacerdote?

—Exacto —dijo Dacourt de manera impulsiva—. Aunque el abate Gerard ya no está entre nosotros. Fue a bañarse en su estanque de carpas y se ahogó.

—Extraño —caviló Clinton. Sentado, se inclinó hacia delante. Hasta entonces

había guardado silencio con la mirada fija en la oscuridad, pero sin dejar de observar cuidadosamente a sir John.

—¿El qué? —preguntó Benjamin.

—Bueno —sir Robert también se puso en pie, desperezándose cautelosamente—, el lunes de Pascua, Falconer muere debido a una misteriosa caída de la torre. Dos días después un viejo sacerdote se ahoga en su propio estanque.

—¿Estáis insinuando que existe relación? —intervino Peckle.

—No —sir Robert se limitó a sacudir la cabeza—. Sólo pienso que es extraño.

Sir John recogió su capa e hizo ademán de irse.

—Una última pregunta —rogó Benjamin—. ¿Dónde se encuentran las pertenencias de Falconer?

Sus efectos personales se guardan en el sótano, bajo esta sala. Su documentación fue entregada a Peckle.

—¿Los conserváis en vuestro poder? —preguntó Clinton.

—Por supuesto —espetó Dacourt.

«Oh, cielo santo —pensé—, ¡aquí no abunda la cordialidad!».

—Tuvisteis la ocasión de verlos ya, sir Robert. ¿Encontrasteis algo en falta?

—¡No, no, en absoluto! —sir Robert esbozó una falsa sonrisa—. De cualquier modo, como habéis dicho, sir John, se ha hecho tarde y es hora de retirarnos.

Clinton dejó su copa sobre la mesa, nos deseó buenas noches y se fue tranquilamente. Benjamin, sin embargo, permaneció sentado mirando el fondo de la sala. Tuvo un escalofrío y se ajustó más la capa.

—¿Maestro?

—Sí, Roger, lo sé, es hora de irse a dormir. Tal vez de soñar.

(Oh, por cierto, siempre guardé en la memoria esa expresión y luego se la referí a Will Shakespeare. La encontraréis en su obra *Hamlet*, la cual ayudé a financiar. Trata de un príncipe danés que descubre que su madre es una asesina y pasa su tiempo vagando de un lado a otro y haraganeando por ese motivo. No soy un entusiasta de la obra, pero id a verla y juzgad por vosotros mismos. El viejo Will Shakespeare no dejaba nunca de preguntarme acerca de los crímenes que investigaba. Nunca le hablé sobre los horrores de Maubisson).

Divagando, ascendimos por la oscura escalinata de regreso a nuestra estancia. Encendí las velas y miré alrededor con curiosidad. Desde aquí Falconer, pensé, se precipitó hacia la horrible caída a través de la noche. Benjamin se dirigió a abrir la ventana, clavando su mirada a través de la espesa oscuridad del bosque. Se estremeció ante el «yip, yip» de un zorro arrastrado por el frío viento de la noche y dio un brinco ante el chillido de los grandes murciélagos que revoloteaban arriba y abajo por los muros del castillo.

—Esto es realmente el valle de los muertos —musitó.

Se sentó en un extremo de su cama y se me quedó mirando fijamente.

—Deberías dormir, Roger. Necesitas descansar. Nos hallamos en compañía de un gran asesino. Atiende a lo que te digo: Falconer y el abate Gerard han sido asesinados, y las cosas aquí no aparentan lo que son —rehusó decir nada más.

Entonces yo era joven, estaba cansado y ligeramente ebrio, de modo que todo me importaba un comino. Me desvestí y, al cabo de unos minutos, me había extraviado en el sueño de los justos.

Capítulo 5

A la mañana siguiente nos levantamos tarde. Benjamin parecía estar de mejor humor y se puso a hablar sobre la historia del castillo mientras desayunábamos en la gran sala. Luego, uno de los sirvientes nos acompañó al sótano abovedado.

—Tenemos que examinar las pertenencias de Falconer —explicó Benjamin—. Tal vez la primera pieza de este rompecabezas se encuentre ahí.

Venner ya se encontraba en el sótano, de pie ante algunos cofres y baúles. Por toda bienvenida nos dedicó una mueca.

—Éstos son los bienes de Falconer —nos explicó—. No hay gran cosa. Ya los hemos revisado. Hace un instante se encontraba aquí sir Robert.

—¿Adónde irán a parar ahora? —pregunté con los ojos puestos en un menospreciable brazalete de plata.

—Bien, dado que Falconer carecía de herederos, serán entregados al rey.

Decidí dejar el brazalete donde estaba; el obeso Harry sería capaz de desollaros vivos por llevaros una miga de pan de su plato. Venner se fue silenciosamente y nosotros nos entregamos a la patética pila de pertenencias: una colcha, tres cabezales sucios, calzones, justillos, botas hechas papilla, joyas de pacotilla, una colección de plumas de ave y una barra de jabón de Castilla. Por lo que a mí concierne, el Gran Homicida se lo podía quedar todo. Lo que atrajo nuestra atención fue la caja con tres copas de peltre, cada una en su pequeño compartimiento de tapete rojo. Las examinamos cuidadosamente, en particular sus hondos tazones decorativamente cincelados con escenas apropiadas: una gran paloma para Pentecostés, la Virgen María en la de Adviento, un niño en un pesebre para Navidad. (Imagináis el estilo, eran bastante corrientes en Inglaterra antes de que el Gran Homicida destrozara los monasterios. Se empleaba cada una de las copas de acuerdo con la estación). Benjamin olfateó cada copa, seguidamente la caja.

—Nada —exclamó—. Aquí no hay nada.

Salimos afuera para tomar el aire en el patio interior y nos quedamos fascinados al ver cómo cuatro mozos de establo forcejeaban con las cuerdas atadas a las bridas de un espléndido caballo de guerra negro. Trataban de introducirlo en el establo pero el magnífico animal se rebelaba con toda su energía. El caballo tenía unos dieciséis palmos de altura, su pelo azabache relucía al sol. Por el enfurecimiento tenía las orejas echadas hacia atrás, los ojos le retemblaban, los labios ensortijados del caballo mostraban la baba entre sus dientes agudos y amarillentos. Cada dos por tres se encabritaba, dando coces con sus puntiagudos cascos, mientras los mozos, en medio de una oleada de juramentos, trataban de introducirlo dentro del establo. Finalmente lo lograron; se apresuraron a asegurar tanto la puerta inferior como la portezuela superior e incluso entonces, pudimos oír al caballo golpear los gruesos recuadros de

roble. Los mozos, empapados en sudor, se alejaron aún murmurando reniegos.

—Éste debe de ser *Vulcan*, el pura sangre de sir John Dacourt —observó Benjamin—. Waldegrave debe de estar loco si cree que puede controlar a semejante animal —y miró el ala construida a la derecha del castillo—. Me pregunto si debiéramos visitar al sacerdote. Tal vez pueda explicarnos las macabras bromas de Falconer acerca de las tumbas —Benjamin me asió por el brazo—. Pensándolo mejor, acabemos lo que nos traemos entre manos.

Retrocedimos y atravesamos la sala siguiendo un largo corredor de piedra hasta la estancia de Peckle. El jefe del secretariado se hallaba allí trabajando, rodeado por un verdadero mar de papel: prontuarios, notas, facturas, cartas y contratos. Estaba sentado de espaldas a la puerta, agachado sobre su escritorio. La estancia olía a aire viciado y mohoso con el acre olor emitido por las gruesas velas de sebo colocadas sobre el escritorio. Todas las ventanas estaban cerradas como si estuviéramos en las profundidades del invierno. Peckle apenas se movió, continuó escudriñando un documento lleno de extrañas anotaciones cifradas.

—Buenos días, Walter —dijo Benjamin en un tono demasiado alto.

El funcionario se giró para mirar impertinentemente.

—¿En qué puedo ayudaros?

—¿Tenéis en vuestro poder los documentos de Falconer?

El individuo, suspirando dramáticamente, se levantó contrariado de su asiento como un progenitor exasperado que ha de tratar con dos niños díscolos. Estuvo rebuscando entre algunos papeles de un rincón y extrajo una bolsa de lona atada por el extremo. Benjamin se dio la vuelta para irse.

—¡No! ¡No! —Peckle voceó pomposamente—. No podéis llevárosla. Debéis examinarla aquí.

Benjamin, a espaldas de Peckle, le sacó la lengua, se hizo sitio en el suelo y acuclillándose permaneció cuando menos media hora inspeccionando el contenido de la bolsa. No había gran cosa: unos cuantos dibujos de pájaros, bastante bien realizados pero lejos de la calidad de los pergeñados por el gran Da Vinci en su cuaderno de notas. (Tuve ocasión de encontrarme con el gran escultor una vez, sabéis, cuando me hallaba escondiéndome de los asesinos del Dogo de Venecia. Pero ésta es otra historia). Realizamos un extraño descubrimiento: trizas de papel con la palabra Raphael en ellas. Falconer por lo visto había estado manipulando con las letras de dicho nombre, rompiéndolas, distanciándolas las unas de las otras. Benjamin lo estudió cuidadosamente, sacudió la cabeza y volvió a meter las trizas dentro de la bolsa. Le dimos las gracias a Peckle pero él no cesó ni un momento de mantenerse impertérrito.

—¿Qué opinión te merece, maestro? —pregunté tan pronto como nos encontramos fuera de la estancia.

—Falconer fue asesinado.

—¿Pero cómo? Estaba a solas en la torre y no estaba borracho.

Benjamin se mordió un labio.

—A Falconer le gustaban los pájaros —replicó lentamente—. De modo que subía a la cima de la torre para estudiarlos.

—¿Crees que descubrió quién era Raphael?

—No lo creo, pero debió de suponer que la palabra «Raphael» contenía el nombre del traidor.

Benjamin se alejó tranquilamente diciendo que deseaba hablar con Waldegrave, de manera que decidí ir a tomar el aire por el jardín trasero del castillo. Me sentí aún más deseoso de hacerlo al vislumbrar a lady Francesca, espléndida en su traje de terciopelo verde oscuro, con un pequeño sombrero del mismo género y color, adornado con plumas de pavo real dispuestas caprichosamente sobre su cabeza. Fui vagabundeando por entre los bojés como si fuera el más anhelante de los jardineros, poniendo especial interés en los bancos de hierba, las plantas perennes y las flores multicolores donde las ansiosas abejas iban en busca de miel. La dama estaba tateando un madrigal. Se giró con rapidez debido al sonido de mis pasos sobre la grava.

—¡Monsieur! —exclamó con burlona sorpresa—. Habéis estado siguiéndome.

—Hasta los confines de la tierra, madame —repliqué fascinado por el repentino ascenso y descenso de su seno. Avanzó un paso, levantando el extremo de su traje para mostrar sus recias, blancas enaguas sobre sus relucientes y negras botas. Fue husmeando aún más de cerca.

—Sois Shallot, el servidor del maestro Benjamin.

—Su secretario particular, madame —repliqué con mayor presunción que la que me había propuesto.

—Claro, claro, secretario, ¡y feo por añadidura!

Bien, me sonrojé y me trabuqué.

—Bueno, bueno, maestro secretario —continuó ella—, ¿en qué puedo ayudaros?

—¿Os satisface encontraros de nuevo en Francia, madame?

—Después de estar casada dos años con un inglés, me siento más que feliz.

—Pero regresasteis hace pocos meses, durante la Semana Santa.

Lady Francesca se quedó con la mirada fija en las flores como si ya estuviese aburrída de la conversación. De pronto, se agitó apretando su estómago como si le doliese.

—Madame —le cogí la muñeca—, ¿os sentís mal?

Francesca alzó su pálido rostro, sin bromear ni reírse con sus ojos oscuros que ahora miraban con fijeza.

—¡Quitadme vuestras manos de encima! —dijo exasperada—. ¡Nunca, entendéis,

nunca os atreváis a tocarme!

Pasó precipitadamente por delante de mí, dejando al viejo Shallot con la fragancia de su perfume y con un más hondo pesar por su auténtica condición. Regresé vagabundeando a la entrada principal del castillo y me encontré con Benjamin, igualmente desconsolado, sentado en uno de los escalones.

—Lady Francesca parecía estar contrariada —observó como de pasada.

Eché un escupitajo contra el polvo a sus pies.

—Para cuando dé por terminada la situación, su contrariedad se habrá ahondado y mi herida se habrá volatilizado.

Benjamin se levantó y, deslizando su brazo sobre el mío, me recondujo al jardín, rebosando buen talante mientras me explicaba cómo halló a Waldegrave borracho como una cuba e insensible como un peñasco en un rincón de su opulenta capilla. Pasamos el resto del día disfrutando de la calidez del sol. Benjamin parecía fascinado por la linde del bosque, comentando que había vislumbrado figuras que se habían deslizado fuera y tras los árboles.

—El castillo es sometido a vigilancia —reparó—. Quizá, Roger, estemos a punto de tropezamos con nuestros amigos los luciferinos.

Esta maldita palabra me devolvió a la cruda realidad de la situación: no sólo para descubrir al traidor o verificar la personalidad de un asesino, sino para vengar la muerte de Agnes y, por supuesto, ¡para realizar la hercúlea tarea que me asignara el Gran Homicida!

Sin deseos de franquearnos pasamos el resto del día, tomando nuestra comida en la despensa y retirándonos pronto dado que ambos estábamos aún exhaustos después del viaje desde Inglaterra. En cuanto oscureció, el tiempo cambió. Se arremolinaron en el cielo nubes de gruesa lluvia negra y, en cuanto me dormí, repiqueteantes gotas de lluvia resonaron contra los postigos de madera. Ese sueño vino a mostrar el principio de nuestros sinsabores.

Fuimos despertados en plena noche, unas horas antes del alba, unos agudos chillidos, órdenes gritadas y el retumbar de pies a la carrera. Tiramos nuestras mantas en torno de nosotros y nos apresuramos a bajar al patio interior, repleto ahora de servidumbre y dependientes que chapoteaban por los charcos y llevaban antorchas. Clinton se encontraba entre los presentes arropado con una capa militar y Dacourt, con aspecto bastante ridículo en su largo camisón de dormir, estaba cerca del establo de *Vulcan*. Tanto la puerta inferior como la superior estaban abiertas de par en par y el gran caballo de guerra aparentemente se había escapado galopando perseguido por los mozos de establo. Peckle, Throgmorton y los demás se reunieron con nosotros, aunque me sorprendió ver a Millet, el funcionario afeminado, vestido como si acabara de llegar de una visita a la ciudad. Nos abrimos paso dentro del establo y vimos lo que parecía un jirón de pingajos empapados de sangre, el cuajaron y el lodo

resplandecían a la luz de la antorcha titilante. Throgmorton se había inclinado, y su cara iba adquiriendo un matiz blanquecino verdusco.

—¡Traed otra antorcha! —ordenó Benjamin.

Un mozo con cara de sueño le puso una en la mano y se echó atrás ligeramente. Benjamin se arrodilló, acercando más la antorcha, y tuve que ponerme la mano en la boca para prevenir una arcada. Waldegrave yacía allí, su cuerpo no era más que un montón de despojos sanguinolentos. El cráneo, destrozado por las coces, manaba sangre oscura que se mezclaba con la masa gris de sus sesos. Un ojo se había salido de su órbita, su pecho era un negro agujero ensangrentado, en tanto que la parte inferior de su cara se había desprendido por la coceadura, dejando al descubierto raigones de dientes amarillos.

—¿Qué ha sucedido, en nombre de Dios? —susurró Benjamin.

—El necio trató de montarse en el caballo. Estaba siempre intentando este manejo. Sólo que esta vez *Vulcan* reaccionó demasiado rápida y agresivamente.

Benjamin se quedó mirando al físico.

—¿Lo intentó en otras ocasiones?

—Sí. Tal como lo describió sir John la otra noche. El viejo tumbacuartillos todavía imaginaba ser un jinete.

—¿Pero es ésta la primera vez que *Vulcan* le ha atacado?

—Sí —Throgmorton se irguió con el borde de la capa sobre la boca y la nariz—. En ocasiones lo intentó al atardecer, pero nunca en medio de la noche.

Benjamin, sin dejarse impresionar por el lance, se aproximó olfateando lo que solía ser la boca de Waldegrave. Incluso desde donde me encontraba podía percibir la fuerte vaharada de vino rancio que desprendía el hedor de su cuerpo destripado.

—¿Qué ha ocurrido en realidad? —pregunté a Millet, notando que el joven era con mucho el peor bebedor.

El pisaverde agitó la cabeza y salió al exterior. Se apoyó contra el establo aspirando el frío de la noche como alguien que emerge de un río profundo.

—Todos estábamos durmiendo en el castillo —comenté—, ¿salvo vos?

—Sí, excepto yo —hizo una mueca—. Tenía compromisos en la ciudad. De todos modos regresé tarde. Llevé mi caballo a la cuadra y me encontraba en la despensa cuando oí los gritos, el estrépito de las coces y los relinchos de *Vulcan*. Volví corriendo. Ya habían acudido al patio los mozos de establo. La puerta superior del establo estaba abierta pero Waldegrave, al parecer, cerró la inferior tras él. Un mozo la abrió. El caballo salió disparado como la flecha de una ballesta.

Millet hizo un gesto con la cabeza hacia la dirección general del jardín.

—A mi entender fue acorralado ahí y el cuidador intentaba calmarlo. Vine —siguió—, y vi lo que habéis visto ahora —se limpió la boca con el dorso de la mano—. Vomité dos veces —comentó—, y creo que volveré a hacerlo.

Con la mano en la boca, encorvándose apenas, se internó en la oscuridad y apresuró el paso. Sonreí pendencieramente al ver cómo se retiraba, eché otra ojeada al establo, vi un globo ocular relucir sobre la paja mojada y de inmediato me puse a vomitar. Miré a mi alrededor: Clinton, Dacourt y los otros se hallaban de pie en la escalinata del castillo, Throgmorton estaba con ellos.

—¡Maestro! —siseé, cerrando los ojos y apoyándome en el dintel del establo—. ¿Qué estás haciendo?

Benjamin salió frotándose la cara.

—No hay nada que podamos hacer, sir John —gritó desde allí a Dacourt—. El cuerpo del pobre hombre debe ser trasladado.

El embajador profirió una orden y cuatro sirvientes con las caras cubiertas con trapos embebidos de vinagre se apresuraron con una sábana de lino.

—¡Lléváoslo a la enfermería! —ordenó Dacourt.

Benjamin y yo observamos cómo el cadáver de Waldegrave era alzado sobre la sábana.

—¡Un momento! —Benjamin alertó.

Los sirvientes miraron con enojo, ansiosos de acabar con la espantosa tarea. Benjamin tomó su antorcha, acercó la llama cuanto pudo y examinó no las heridas, sino más bien la andrajosa y ensangrentada túnica del cura muerto.

—Muy interesante —murmuró—. Sí, muy interesante —sonrió a los sirvientes—. Podéis llevároslo. ¡Roger, ven! La noche no ha terminado y necesitamos nuestro descanso.

Clinton, Throgmorton y los demás trataron de iniciar una conversación con Benjamin mientras subíamos los escalones del castillo.

—¡Ese tipo estaba más loco que un árbol de mayo! —vociferó Dacourt—. ¡La acción de un borracho disparatado y estúpido!

—Sin duda Waldegrave estaba borracho —replicó Benjamin—. Cabe que fuese idiota, pero no creo que haya sido un accidente.

—¿Qué queréis decir? —dijo en son de mofa Peckle.

—Lo explicaré mañana por la mañana —respondió Benjamin—. Sir John, sir Robert, deseo que paséis una buena noche.

Regresamos a nuestra habitación. Mis náuseas habían menguado y bullía de curiosidad. (Veo a mi capellán riéndose bobamente otra vez, probablemente porque vomité. Me gustaría recordarle que esto no significa nada en comparación a cómo hizo el ridículo el último día de los Santos Inocentes cuando vio el armiño muerto que le puse en el púlpito. ¡El resultado de sus arcadas fue una auténtica catarata!). Con todo, el maestro Benjamin no estaba de humor lenguaraz.

—Mañana, Roger —prometió—. Ahora necesito dormir un poco.

Estuve un buen rato recostado esperando a que el castillo se sumiera de nuevo en

el silencio antes de caer a la deriva de un sueño demoníaco repleto de caballos negros de guerra que se lanzaban encabritados contra mí, de hombres volando a través de la oscuridad, y de unos espantosos cadáveres dispuestos ordenadamente, en aquel precioso jardín londinense.

Al día siguiente nos despertamos muy temprano. El estómago de Benjamin parecía recordar lo acontecido porque ahora presentaba una cara blanca y confesó sentirse propenso a las bascas.

—Ese necio bastardo —murmuré.

Benjamin agitó la cabeza y terminó de vestirse.

—No hables mal de los muertos, Roger. Waldegrave fue asesinado. Ven, tengo que ver el cadáver una vez más.

Descendimos a la encalada enfermería, aunque previamente Benjamin hizo un alto en la cocina en busca de paños embebidos de vinagre y hierbas. Los necesitaríamos sin duda. El cuerpo del cura muerto yacía aún tendido bajo la sábana en aquel pequeño cuarto blanco. El estómago había comenzado a abultarse y la estancia hedía por la emanación de los gases malolientes que de él fluían. Aunque ya no podía soportarlo más, me mantuve junto a la puerta mientras Benjamin inspeccionaba una vez más las ropas ensangrentadas.

—Sí —musitaba para sí—. ¡Sí, por supuesto, así es como sucedió!

Salimos de la enfermería y permanecemos unos momentos afuera aspirando el suave aire mañanero. Benjamin llamó a un chico para que se acercase.

—Escucha, muchacho —ordenó—. Mis respetos para sir John, pero dile que el maestro Daunbey agradecería su presencia en el patio.

El chico, confuso, pareció no entenderle. Benjamin se rió.

—Naturalmente —suspiró y tradujo la petición al francés.

Dacourt se reunió con nosotros unos minutos después; las cerdas de su bigote blanco erizadas de propia suficiencia, el rostro presentaba un matiz púrpura castaño. Pude advertir en su aliento el olor de vino reciente.

—Sir John, debo pedirlos un favor.

—¿Cuál es, caballero?

—¿Podrías mandar registrar el castillo, en particular los desperdicios de la cocina arrojados al exterior, para ver si hay restos de aves o de cerdo, de algún animal que se haya sacrificado sin motivo aparente?

Los ojos de Dacourt adquirieron un aspecto bulboso.

—¡Por favor, sir John! —Benjamin insistió—. Tengo buenas razones para haceros esta petición.

Dacourt se encogió de hombros y voceó unas órdenes a un criado, el cual siguió a Benjamin hacia el establo de *Vulcan*.

—El caballo de guerra no está allí —comentó el embajador a la defensiva—. Lo

he trasladado a un lugar fuera de los muros del castillo —dio unos puntapiés a los guijarros sueltos del empedrado del patio—. Algunos opinan que debería ser sacrificado.

—¿Por qué? —preguntó Benjamin—. El caballo no hizo nada malo.

—Pero mató a Waldegrave.

Benjamin dio unas gentiles palmadas en el hombro del embajador.

—No, sir John, él no lo hizo, como explicaré dentro de un momento. Ahora, desearía descubrir algo yo solo.

Se adentró en el establo y cerró la parte inferior de la puerta tras él. Para hacerlo tuvo que agacharse y empujar el cerrojo con firmeza para que quedara en su lugar. Acto seguido cerró la parte superior y, durante unos minutos, permaneció escondido en los establos.

—¿Qué está intentando hacer este demente? —refunfuñó Dacourt.

Benjamin abrió de golpe la parte superior de la puerta del establo y esbozó una mueca maliciosa.

—Sir John, ¿diríais que soy una persona alta?

—Sí, de mayor estatura que la mayoría de hombres.

—¿Sin embargo, Waldegrave era más bien bajo?

—Sí.

—Y para cerrar esta puerta, incluso yo, con mi estatura considerablemente alta, he tenido dificultades.

—Sí, sí —Dacourt gruñó—. Siempre he de ponerme de pie sobre el entrepaño inferior. ¿Por qué me lo decís?

Benjamin descorrió el cerrojo y salió del establo.

—Os diré por qué, sir John, pero primero quiero romper mi ayuno. Os agradecería infinitamente si descubrieseis los resultados de vuestra indagación y convocarais al resto de vuestros colegas en la gran sala.

Dacourt le lanzó una enojada mirada pero, ligeramente atemperado por la afirmación de que *Vulcan* era exonerado de la muerte de Waldegrave, asintió esfumándose.

Nos hallábamos sentados en la sala terminando nuestro desayuno de cerveza ligera, pan recién horneado y tiras saladas de cerdo, cuando los demás se reunieron con nosotros.

—¿A qué se debe todo esto? —Peckle se quejó—. Tengo trabajo que me espera. Las pertenencias de Waldegrave han de ser contabilizadas y evaluadas.

Millet bostezó y se apoyó en la mesa cabizbajo. Throgmorton observaba a Benjamin enojosamente. Venner hizo una mueca amable a su alrededor mientras Clinton, impertérrito como de costumbre, tamborileó ostentadamente sus dedos sobre la mesa. Finalmente, Dacourt llegó en un arrebató.

—¡Tenéis razón! —rugió a Benjamin—. ¡Tenéis condenadamente toda la razón!

—¿En qué tiene tanta razón? —interrogó Peckle impertinentemente.

—Un criado ha encontrado un cochinito, degollado de oreja a oreja, en un pilón de desperdicios en la parte trasera de la cocina. El cocinero no dio orden de sacrificarlo y nadie se hace responsable de ello.

—¿Cuánto tiempo hace que ha sido degollado? —preguntó Benjamin.

—¡Maldita sea si lo sé! —Dacourt carraspeó, dejándose caer sobre una silla en el centro de la mesa—. Puede que en algún momento de ayer. Han acudido las ratas, ya está medio roído.

—¿Qué significa todo esto? —dijo Millet bostezando lánguidamente—. Supongo, sir John, que no estamos aquí para discutir la misteriosa muerte de un cochinito.

Sonrió encarecidamente al murmullo de risas que había provocado. Benjamin dio unos golpes secos sobre la mesa.

—No, no estamos aquí para discutir la muerte de un cerdo, sino la del asesinato de un sacerdote, Richard Waldegrave.

—¡Asesinato! —Throgmorton fue el primero en reaccionar—. ¡Asesinato! —repitió—. Ese necio borracho se metió en el establo de *Vulcan* y recibió su merecido. Todo el mundo sabe que *Vulcan* es un caballo adiestrado para la guerra.

—¿Pero por qué habría ido allí en plena noche? —dijo con sarcasmo Millet—. Después de todo, no se trataba de una alcoba femenina, ¿no es así, maestro Throgmorton?

—¡Oh, cerrad la boca! —espetó el físico—. Es obvio que ese alcoholizado cura probaba fortuna demasiado a menudo.

—Estoy de acuerdo —replicó mi maestro—. No obstante, sir John, ¿atacó *Vulcan* con anterioridad a alguna otra persona?

Dacourt observó a Benjamin con atención, sus ojos ahora no eran tan bulbosos, sino astutos y perspicaces. Creo que sir John era uno de esos hombres a quien le gustaba desempeñar el papel de soldado fanfarrón, atrevido. No en vano era embajador de Enrique VIII en Francia.

—No —replicó con sumo cuidado—. El viejo *Vulcan* es fogoso, puede encabritarse, morder, dar coces, ¿pero golpear un hombre hasta matarlo? No. Continúa, maestro Benjamin.

—Imaginemos —dijo Benjamin levantándose— el trágico suceso otra vez —y, sin esperar réplica alguna, llevó al pequeño grupo fuera de la sala, al soleado patio. Benjamin atravesó la puerta del establo—. Fijaos —exclamó—. Los cerrojos están en el exterior, tanto el de arriba como el de abajo. Waldegrave abre el superior — Benjamin descorrió el cerrojo—. Y luego el inferior —repitió la acción—. Waldegrave, persona achaparrada, entra en el establo. ¿Qué hizo después?

—Al parecer —Millet fue quien respondió—, cerró la parte inferior tras él.

—Así —Benjamin se inclinó por encima de la puerta inferior y echó el cerrojo—. Ahora tengamos en cuenta —habló a través de la puerta cerrada— que Waldegrave estaba ebrio, apestaba vaharadas de vino. También era un hombre de baja estatura; tuvo que subirse a la viga empotrada de la puerta inferior para echar el cerrojo exterior. ¿No es así?

Un coro de asentimiento recibió la deducción.

—Teniendo en cuenta —siguió Benjamin— que estoy evidentemente sobrio, que soy más alto que Waldegrave, y que encuentro dificultad en cerrar, debió de ser arduo para un hombre bajo y borracho en plena noche.

—¡Pero lo hizo! —dijo vituperando Throgmorton—. La puerta del establo estaba con el cerrojo echado.

Benjamin sonrió, abrió la puerta del establo y se reunió con nosotros en el patio.

—Mi buen doctor, estoy de acuerdo. Digamos que estáis en lo correcto y que Waldegrave se halla dentro del establo. *Vulcan* se encabrita, se muestra fuera de control. ¿Qué hubiera hecho Waldegrave entonces?

—Intentaría salir.

—Pero no lo hizo. Es extraño —rumió Benjamin— que ese borracho que fue capaz de echar el cerrojo una vez dentro, fuera incapaz de repetir la acción para escapar del irritado caballo de guerra.

—Tal vez intentó hacerlo —observó Clinton, rascándose la cara con su pesada mano cargada de anillos—, pero fue derribado por *Vulcan*.

—Desearía creerlo, sir Robert. Pero examinad su cadáver. Todas las heridas de Waldegrave se encuentran en el rostro y en la parte frontal de su cuerpo.

En este momento el grupo puso gran atención. Benjamin extendió las manos.

—Ved, no creo que Waldegrave cerrase la puerta tras él. Estaba muy borracho. Era bajo de estatura. Caballeros, todos hemos bebido demasiado alguna vez y hemos visto a otros beber lo suyo. En esa situación somos descuidados, tropezamos con mesas y sillas, dejamos las puertas abiertas. Pero Waldegrave fue muy preciso. Pudo entrar en el establo pero fue incapaz de salir de él.

Me quedé plantado admirando la agudeza ingeniosa de mi maestro. Por supuesto, yo también había llegado a las mismas conclusiones. Lo de mi maestro era el empleo de las palabras. Debería haber conocido a Shakespeare y Burbage. Le hubieran ofrecido desempeñar más de un papel en alguna de sus obras. Tal vez en *El rey Lear*, de Bruto o bien de Marco Antonio. Benjamin era un gran orador. En el patio del temible castillo de Maubisson, captó la arrebatadora atención de aquellos hombres arrogantes.

—Ahora bien —mi maestro continuó con premura—, aunque Waldegrave echara el cerrojo tras él y, digamos, cayera cabalmente desvanecido o en coma etílico, sir John, ¿podríais explicar por qué *Vulcan* golpeó su cuerpo de forma tan cruel?

El embajador se frotó la barbilla.

—No, no podría —replicó—. *Vulcan* solamente está adiestrado para desenfrenarse contra alguien que le amenace.

—¿No contra un clérigo gordo y ebrio?

—¡Vamos, vamos! —Peckle refunfuñó—. Maestro Benjamin, dadnos a conocer vuestras conclusiones.

—Sir John, ¿podría el olor a sangre enfurecer a *Vulcan*?

—Por supuesto. Le evocaría un campo de batalla, el peligro. Benjamin señaló la enfermería.

—Anoche examiné las ropas de Waldegrave. Estaban cubiertas de sangre y el cuajarón era reciente. Sin embargo, su hábito también estaba manchado de sangre seca —hizo una pausa—. Así que, maestro Peckle, os expondré mis conclusiones. Anoche, Waldegrave bebió hasta entrar en coma. Antes alguien destripó un cochinillo, y obtuvo su sangre. Luego se dirigió a la habitación de Waldegrave y con toda la sangre embadurnó el hábito de nuestro sacerdote comatoso. Nuestro criminal entonces arrastró silenciosamente el cuerpo a través del patio, abrió la puerta del establo de *Vulcan*, colocó al sacerdote sin sentido sobre la paja, cerró la puerta del establo tras él y se marchó quedamente. *Vulcan*, inquieto por las oscuras figuras en medio de la noche e irritado por la pestilencia de la sangre, fue impelido a la violencia. Golpeó al desconocido visitante manchado de sangre, en aquel momento yacente sobre su espalda en la paja, bajo el animal. El furor del ataque, cuando menos durante unos segundos, sacó a Waldegrave del coma etílico. Gritó, quizá forcejeó, pero *Vulcan* coceó reiteradamente con sus afilados cascos y destrozó la cabeza del pobre desgraciado —Benjamin se cruzó de brazos—. Sir John, sir Robert, Waldegrave fue bárbaramente asesinado.

Irrumpió un murmullo de protestas, pero nadie pudo negar la lógica de las conclusiones de mi maestro. Detuvo el clamor con un ademán de sus manos.

—Debería interrogar a cada uno acerca de la relación de sus movimientos, pero —esbozó una débil sonrisa—, en general todos dormíamos a solas y carezco de autoridad para preguntar —me palmoteo en el hombro—. Incluso mi buen amigo Shallot no podría jurar que no me deslicé fuera de la estancia para cometer este tórrido acto.

El resto del grupo se limitó a mirar de hito en hito sin abrir la boca. Benjamin se encogió de hombros.

—Sir John, os agradecería que me dejarais a uno de vuestros mozos para que nos muestre el camino a la iglesia del abate Gerard en SaintPierre, en Maubisson.

Dacourt, extraviado en sus reflexiones, gesticuló su asentimiento y una hora después habían ensillado nuestros caballos y seguíamos al mozo fuera del castillo. Benjamin se detuvo unos instantes, clavando la vista en la linde del bosque.

—Nos están vigilando —reiteró—. Nos están observando durante todo el tiempo.

—¿Los luciferinos, maestro?

—Tal vez —torció la boca—, pero el peligro que nos enfrenta a ellos no supone nada comparado al que hemos de afrontar en el castillo. Un criminal anda suelto. Waldegrave fue asesinado por lo que sabía, algo acerca de esa patética broma —mi maestro acarició ensimismado a su caballo—. ¿O fue eso? —continuó como hablando consigo mismo—. ¿O porque fui el primero en mostrar interés? Ya veremos. Ya veremos, ¿eh, Roger?

Capítulo 6

Sonreí para ocultar mis propios temores. Seré sincero, no los causaban precisamente los luciferinos ni ningún maníaco en libertad en el castillo, sino el Gran Homicida en Hampton Court y su deseo de recuperar aquel maldito anillo. Quería comentar la cuestión con mi maestro, pero estaba ensimismado en sus propios pensamientos, de modo que mantuve mis temores escondidos mientras cabalgábamos a sotavento de la colina.

Dejamos atrás los campos abiertos y penetramos en bosques umbríos hasta que entramos en la embocadura de un pequeño valle. Anidado en el fondo, entre las orillas de una corriente indolente, se encontraba el pueblo de Maubisson: una sucesión de barracas de ramajes entrelazados recubiertos de argamasa y con techos de bálago, muy pocas eran de piedra y pizarra, y todas disponían de un jardín vallado. En el extremo del pueblo había una aceña, usada probablemente para moler maíz. En el centro del verde del pueblo se erigía una iglesia de negro campanario, de una sola nave y una torre precipitadamente adosadas la una a la otra, del tipo que puede verse en cualquier villorrio de Inglaterra y Francia. Rodeada por sus propios muros, la flanqueaba el cementerio a un lado, la casa del párroco al otro. Incluso desde donde mirábamos podía vislumbrarse el reflejo del gran estanque de carpas donde se ahogó el abate Gerard. Mujeres ataviadas de gruesa estameña y zuecos de madera salían a congregarse a las puertas de sus casas y nos observaban pasar mientras una chiquillería medio desnuda corría detrás de nosotros, solicitando a gritos en su dialecto una moneda o algo de comer. Unos cuantos ancianos dormitaban en los bancos. En torno de ellos, volatería de cuello flaco picoteaba por el polvo disputándose algo de comer con cerdos de enjutos lomos. Llegamos a la iglesia, y atravesamos por la puerta del cementerio. Benjamin dio las gracias al mozo y le ordenó que regresara al castillo. Atamos los caballos a una pequeña barrera y llamamos a la casa del sacerdote.

Un hombre joven de cara delgada y cabello castaño, nariz afilada y ojos acuosos abrió la puerta. Tenía la piel bastante amarillenta, como si tuviese problemas biliares o una piedra en el riñón. Bastante afable, casualmente nativo de Normandía, por lo que Benjamin pudo conversar con él en tanto que yo seguí el quid general de la conversación.

—Soy el padre Ricard —murmuró—. ¿Vos sois...?

(Estaba seguro de que iba a decir «maldito de Dios»).

—Inglés, del castillo de Maubisson.

—Entren, entren.

El sacerdote nos hizo entrar. Vivía pobremente como sus parroquianos. Disponía de escaso mobiliario y el suelo era de tierra batida, muy frío incluso en verano. Un

fuego ardía en el hogar. Junto a éste una muchacha de quince o dieciséis años estaba acucillada. Su cabello era espeso y zafio, su rostro rudo y despellejado por la excesiva exposición al sol durante el trabajo. Apenas nos miró cuando entramos y continuó removiendo el gran caldero negro que colgaba sobre las llamas, espolvoreando en él de vez en cuando hierbas y echando, ocasionalmente, algún pedazo de carne cruda y grasienta.

—Mi mayordoma —Ricard anunció abochornado.

(Ya, pensé, y apostaría que hace algo más que limitarse a la cocina, ¿pero quién soy yo para juzgar la moral de este pobre hombre? ¡Fijaos en mi capellán! Por lo que he podido colegir, pasa más tiempo en el sobrado del pajar del pueblo con la jovencita Mabel que en la iglesia. ¡Ah, veis, se está riendo bobamente! Cree que soy viejo y senil. Os diré, ni siquiera los condenados gorriones se posan sobre mi césped sin mi permiso). No obstante, volvamos a nuestro mísero sacerdote. Al menos llevo a cabo un honesto día de trabajo. Nos dijo que tomáramos asiento y nos sirvió un vino de sabor avinagrado. Cuando no me miraba lo derramé al suelo.

—Padre —comenzó Benjamin—, ¿vos vinisteis aquí después de que muriera el abate Gerard?

—No, monsieur, estuve ayudándole a él. Pero el obispo todavía no ha tomado ninguna decisión sobre su sucesor.

—¿De modo que estabais aquí la noche en que murió?

—Sí y no. Aquel miércoles después de Pascua me encontraba ausente de la iglesia. El abate me había permitido visitar a unos amigos. Él se quedó y cocinó su propia comida —el cura extendió sus manos— algunos trozos de buey y destapó una pequeña jarra de vino. Al abate le gustaba su clarete y había estado ayunando durante la Cuaresma.

Debió de percibir mi mirada.

—No más de dos copas, sin duda no lo suficiente para emborracharse. Justo antes de anoecer uno de los aldeanos caminaba a través del terruño de la iglesia y vio al abate en el jardín mirando al estanque de carpas. Yo volví después del crepúsculo —miró a la muchacha que removía el caldero—. Simone y yo volvimos. Al abate Gerard no se le veía por ninguna parte. Bajé al jardín. Era un hermoso atardecer. Creí que se encontraría todavía allí —los ojos del cura se llenaron de lágrimas—. ¡Estaba flotando cabeza abajo en el estanque de las carpas!

—¿Y no había señales o indicios de violencia?

—No, monsieur.

—¿Y la copa y la jarra de vino?

—Se encontraron con él en el estanque.

—Pregúntale de dónde procedía el vino —pedí.

Benjamin tradujo mi pregunta. El cura se encogió de hombros.

—Dios sabe. El abate pudo comprarlo. Mas, no olvidéis, monsieur, que era Pascua. Nuestros parroquianos, incluso las gentes de Maubisson, nos envían obsequios. Fruta, flores, vino y fiambres.

—¿Por qué estaría el abate mirando el estanque de las carpas?

Repentinamente, el sacerdote se echó a reír.

—Monsieur, todo el mundo va al borde del agua y clava la vista en los peces, ésta es la razón por la que tenemos tales estanques. Es como preguntar a alguien por qué mira al cielo y observa el crepúsculo.

—Una buena respuesta —Benjamin sonrió—, monsieur. ¿Podemos echar un vistazo al estanque?

Ricard nos llevó al jardín. En verdad, era un pequeño huerto mal atendido, con manzanos, perales y hierbas. Aquí y allá había un bancal fortuito de flores; los lirios y otras flores silvestres tratando de medrar entre zarzales y malas hierbas. En el centro había un amplio y profundo estanque de carpas. Debía de tener unos dos metros de profundidad por tres metros de ancho. Era obra de hombre, vi los grises ladrillos en torno a la orilla, y probablemente alimentado por corrientes subterráneas.

—Decidnos otra vez lo que ocurrió —solicitó Benjamin.

—Bueno, el abate estaba en el agua, flotando cabeza abajo —Ricard se limpió la nariz que le goteaba continuamente—. Simone y yo le sacamos fuera. Debía de estar muerto hacía horas.

—¿Creéis que se ahogó?

—Pudo acometerle una apoplejía. No obstante, el abate gozaba de buena salud. Nunca tuvo síncope ni sufría de epilepsia.

Benjamin se sentó en un pequeño banco cerca del estanque y observó una plateada y vibrante carpa que nadaba a brincos de luz entre los hierbajos lacustres y los frondosos grupos de lirios. Entornó los ojos y se puso a escuchar los diversos sonidos del agua, el croar de las ranas que infestaban el estanque, y el zumbido de las abejas en busca de miel entre las flores.

—¿Tenía el abate Gerard enemigos? —pregunté de sopetón.

—No, era persona compasiva, incluso con todos mis errores.

—¿Mencionó su amistad con el rey Enrique de Inglaterra? Ya sabéis, con nuestro soberano; cuando estuvo en Maubisson visitó a menudo al abate Gerard y solía confesarse con él.

—Otras personas del castillo también lo hacen observó Ricard.

Guiñé el ojo a Benjamin. El abate Gerard, pensé, habría sido el receptor usual de toda suerte de secretos. En una comunidad cerrada como Maubisson, ¿quién habría querido confesarse con un idiota borracho como Waldegrave? Aparte de Falconer, pensé, y murió.

—El abate Gerard —puso en evidencia Benjamin, diciendo en voz alta mis

propios pensamientos— debió de conocer los secretos de muchos corazones.

—El abate a menudo alardeaba —respondió Ricard— de su amistad con el rey de Inglaterra. Con frecuencia le describía como un verdadero príncipe cristiano.

(Lo cual viene a demostrar que Enrique era capaz de embaucar a cualquiera, y así lo hizo invariablemente. Por lo menos, dos de sus esposas y tres de sus principales ministros pagaron caro por ello, sin mencionar una legión de otros muchos cuya recompensa por decir lo que pensaban fue un breve viaje al tocón del verdugo de Tower Hill).

—¿Y el obsequio que le hizo el monarca? —preguntó Benjamin sin ambages.

—Oh, el *abbé* estaba muy orgulloso de ese obsequio. Una copia de *Sobre la castidad* de san Agustín, creo. Me la enseñó una vez. No soy ningún erudito, pero vi que estaba anotado personalmente por vuestro rey. El abate Gerard solía tenerla bien escondida.

—¿Y no la visteis nunca?

—Como he dicho, sólo una vez.

—¿En dónde se encuentra ahora?

—Lo ignoro. Veréis, el abate tenía muy pocas pertenencias. Estuve buscando esa copia, pero nunca la hallé.

Benjamin se quedó mirando al estanque de carpas.

—Padre, desde la muerte del abate, ¿ha ocurrido algo singular aquí?

—No. Por supuesto, hubo manifestaciones de condolencia y de dolor ante su súbita muerte y sus exequias dieron lugar al quebrantamiento del tedio normal de nuestras existencias —la voz del cura se aguzó—. Ah, sí, un incidente. El día después del funeral estuve todo el día fuera, de visita. Simone se había ido con su familia. A mi regreso encontré las puertas forzadas. Alguien había estado registrando la casa minuciosamente de arriba abajo, pero no eché nada en falta. Estuve pensando si estarían buscando el libro. En sí mismo es valioso, al ser recientemente traducido del griego y anotado por el rey.

—¿Dijo alguna vez el abate qué ocurriría con el libro después de su muerte?

—Sí, bromeó y dijo que se lo llevaría al cielo con él. Como merecía ir al Paraíso.

—Pregúntale dónde han enterrado al abate —dije, con una idea en la mente a medio formar.

—En nuestro cementerio —respondió Ricard—. Bajo el viejo tejo. Los parroquianos le compraron una lápida. Podréis verla ahí. En ella se rotuló con sencillez su nombre y la cruz de Lorena.

—¿Podríamos visitar el interior de la iglesia? —preguntó Benjamin.

Ricard asintió y buscó la llave en el aro que llevaba en su cinturón cuando oímos un estrépito de caballos y de gente que gritaba. Seguimos al cura de vuelta a la cocina. Simone se hallaba ante la puerta principal que mantenía entornada, con una

mano en la boca. Ricard la apartó, miró al exterior y volvió hacia atrás, con la cara blanca. Benjamin lo calmó y yo hice otro tanto, no sin cierta reticencia. La senda que conducía al portal del cementerio estaba atestada de hombres armados, soldados con cascos de acero cónicos y recios justillos de cuero. Algunos portaban petos, grebas y otras piezas de armadura, todos llevaban espadas y dagas, con rodela en torno a los cuellos. Gigantescos ballesteros de aspecto temible, mostraban ballestas del tipo que utilizaban los genoveses; en cuanto aparecimos, se desplegaron en un semicírculo. Más allá del portal del cementerio pude ver a sus caballos hormiguar de un lado a otro, levantado pequeñas nubes de polvo amarillo.

—¿Qué sucede? —inquirió Benjamin.

—¡Un maldito de Dios! —replicó uno de ellos con un marcado acento escocés. Atisbé con mayor precisión y mi estómago se comprimió. No tenían el aspecto de franceses y, pese a las libreas reales de Francia que algunos ostentaban, no eran tropas regulares. La mayoría eran pelirrojos, de copiosas barbas y bigotes. Poseían los rostros crueles de los homicidas congénitos. Algunos eran portadores de estandartes, cheurones, gules y escarapelas. Vislumbré a uno exhibiendo el león rojo rampante de Escocia así como la flor de lis de Francia.

—*La Garde Écossais* —dijo Benjamin haciéndose eco de mis pensamientos.

Di un paso atrás. Eran los soldados más crueles y profesionales del ejército francés, exiliados escoceses que servían a la corona de Francia por aborrecimiento a Inglaterra.

(¿Sabíais que cuando los ingleses iban a la guerra contra Francia, nuestros soldados ahorcaban de inmediato a cualquiera de estos mercenarios que capturaban? Enrique V, en verdad, solía quemarlos vivos. Y si cualquiera de ellos capturaba a un inglés, ¡que Dios lo guardase! Oí historias de hombres que tardaron días en morir. A estos mercenarios les inquietaban en particular los arqueros ingleses por su habilidad y precisión. Lo primero que hacían si capturaban a uno de ellos era hacerle trizas el dedo índice de cada mano, los que nuestros arqueros utilizaban realmente para echar hacia atrás un arco de grandes dimensiones. En consecuencia, nuestros muchachos, cada vez que deseaban expresar su satisfacción a los franceses les mostraban los susodichos dedos. Pensé que encontraríais interesante esta pequeña digresión. Mi capellán así la encuentra. Es un gesto que utilizo a menudo con él cuando estoy demasiado ebrio para discutir).

Aquel día en que reinaba un sol de justicia en Maubisson, mantuve mis dedos bien ocultos, sonreí con urbanidad y recé en silencio para que esos lobos hambrientos de carne humana estuviesen buscando otra presa que no fuéramos nosotros. De repente, los grupos se dividieron y la más extraordinaria visión apareció caminando por la senda. Era su líder, un soldado, pero trajeado como un pisaverde, con calzas multicolores, un tabardo ondulado mellado de azul y plata en el borde, una golilla de

vueltas de encaje, guantes de piel ovina y unas botas de montar españolas de alto tacón, afestonadas con campanillas que iban resonando a cada paso que daba. Llevaba una suerte de gorra sobre su pulido pelo negro, teñido en apariencia, y cuatro plumas de un águila grande trabadas en ella. Un collar recargado alrededor de su cuello relucía al sol como las perlas de los pendientes que colgaban de sus lóbulos carnosos en cadenillas de plata pura. Sus facciones eran igualmente extraordinarias, pálidas y fofas, suaves como las de una muchacha, con fruncidos y relamidos labios y, por encima de ellos, una nariz ligeramente aguileña. Los ojos profundos y sombreados. ¿Sería acaso una mujer?, pensé, percibiendo una intensa bocanada de perfume. Veréis, el tipo no caminaba, tenía esa extraña manera de andar melindrosa, de caderas ligeramente cimbreadas. Iba desarmado a excepción de una daga con empuñadura de nácar hundida en un cinturón elaboradamente recamado. Miraba sus facciones y algo se revolvió en mi memoria. ¿Lo había visto con anterioridad? ¿Hubiera debido recordar con toda certeza semejante aparición?

El individuo se detuvo, con una pierna ligeramente adelantada en una actitud que, en otras circunstancias, habría encontrado risible. Sesacó un guante y llamó por señas como una mujer. Ricard acudió dando un traspiés.

—¡Vos no! —la voz era complaciente, bien modulada, su dominio del inglés era perfecto.

Esa voz la había oído yo antes en una callejuela de Londres. La aparición onduló sus blandos y blancos dedos.

—¡Largaos, vos, sucio curita, y cerrad la puerta detrás vuestro!

Ricard se esfumó y deseé poder seguirle. La aparición nos sonrió perezosamente y volvió a llamar con los dedos.

—No te muevas de donde estás —siseó Benjamin, agarrándome por el brazo.

No tuvo que repetírmelo. Había echado raíces de terror allí mismo. Me disgustan los soldados y aborrezco a los que se visten como mujeres y sonríen continuamente.

La aparición volvió a sonreír.

—*Préparez-vous!*

La orden de mando fue lanzada lánguidamente por encima de sus hombros y de inmediato las cargadas ballestas fueron alzadas apuntando a nuestros pechos.

—Pensándolo bien —murmuré a Benjamin—, más vale que hagamos lo que pide. Benjamin me agarró la muñeca.

—Daré un paso —indicó mi maestro—, si tú también lo das.

La aparición se encogió de hombros.

—*D'accord* —murmuró, efectuando un lánguido movimiento con su mano.

Las ballestas dejaron de apuntarnos, él dio unos pasos adelante, nosotros hicimos otro tanto. La aparición dio unos golpecitos sobre el pecho de Benjamin.

—Vos sois Benjamin Daunbey —sus ojos no dejaron de mirarle—. Y vuestro

compañero se llama Shallot —sus ojos fluctuaron fríamente entre ambos—. Próximo, volvemos a encontrarnos de nuevo.

Sus palabras confirmaron mis peores temores. Este sujeto era uno de los luciferinos que me amenazaron en Londres, fue quien llevó a cabo los espantosos crímenes de los Ralemborg haciendo que recayera sobre mí la culpa. (El capellán está pensando ahora que hubiera debido lanzarme sobre el sujeto. De haber amado tanto a Agnes, ¿hubiese arrojado cualquier riesgo dada mi naturaleza apasionada? No conoce al viejo Shallot. Ataca a tu enemigo antes de que él te ataque a ti, ¡aunque asegúrate siempre de que se haya vuelto de espaldas!).

—Mi nombre es ‘Sieur Raoul Vauban. Soy funcionario al servicio de Su Muy Cristiana Majestad, el rey Francisco I. Nos hallábamos de paso por esta aldea y nos enteramos de que el cura tenía visitas.

«Condenado embustero», pensé.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —clavó la vista en Benjamin.

—Somos enviados con credenciales de Su Majestad el rey de Inglaterra y de Su Eminencia el cardenal Tomás Wolsey. Nos alojamos en el castillo de Maubisson y nos hemos llegado a esta aldea para testimoniar las profundas condolencias de nuestro real señor por la inesperada y trágica muerte del abate Gerard.

—¡No! —exclamó con estridencia Vauban—. ¡Sois espías!

—Entonces, monsieur, tenemos mucho en común —Benjamin abrió su capa para que el francés pudiera ver su espada—. ¿Qué hay más? —continuó en tono de conversación—, debéis ser miembro de los luciferinos. Tal vez su principal arcángel. ¿En dónde lleváis esa condenada vela que siempre dejáis tras vuestros crímenes?

Bien, eso acalló al bastardo, y, durante unos segundos, su enfurecedora sonrisa desapareció. Mi maestro se mostró impertérrito como puede suponerse, con los brazos cruzados. Pude advertir que sentía una profunda aversión hacia monsieur Vauban.

—No estabais cruzando la aldea —continuó Benjamin—. Nos habéis estado siguiendo hasta aquí. También habéis estado vigilando el castillo. Como yo, sabéis que el abate Gerard ha sido asesinado, y estáis buscando el libro, un obsequio de nuestro real señor que, por derecho, debe ser devuelto a su legítimo propietario.

Vauban, ofendido por la brusquedad de Benjamin, dio un paso atrás y dejó caer la mano sobre su daga. Una vez más las malditas ballestas nos apuntaron y oí cómo las cargaban de dardos. Me guarecí tras mi maestro, preparado para apoyarle y preguntándome si Ricard habría atrancado la puerta tras él. Entonces, al pronto, Vauban echó la cabeza hacia atrás y se rió como una muchacha.

—¡Monsieur Benjamin! —se adelantó y dio unos golpecitos en el hombro de mi maestro—. ¿Por qué enfrentarnos? Ambos somos agentes de nuestros reales señores. Tenemos mejores cosas que hacer que matarnos el uno al otro —me hizo un visaje

travieso—. Otros hay para hacer esos trabajos.

Bueno, hubiera podido matar al bastardo en el acto, pero me hallaba desarmado. Él lo estaba, y tenía sus sesenta resueltos amigos que le asistían. De modo que sonreí apaciblemente. Vauban se echó hacia atrás, con las manos extendidas, con expresión de presentar sus excusas mofándose.

—Ved, sin deseo de ofender. Os escoltaremos de regreso al castillo.

—No queremos tal cosa.

—No, en absoluto —añadí.

—Insisto —murmuró Vauban—. Campan por aquí rebeldes, los *maillotins*.

Benjamin negó con la cabeza. Las ballestas volvieron a apuntarnos.

—Por supuesto, estamos de acuerdo —dije riendo.

—Estupendo —replicó Vauban—. Pongámonos en marcha.

Nos encaminamos por el lado de la iglesia para recoger nuestros caballos.

—¡No me gusta este pervertido bastardo! —siseó Benjamin.

—Ni a mí, maestro, pero sigue sonriendo por si acaso cambia de modo de pensar.

Montamos nuestros caballos y cabalgamos de regreso a través del pesado sol de verano, con los apelotonados jinetes escoceses tras de nosotros en tanto que Vauban se adelantó y se colocó entre nosotros. Sólo Dios sabe cuánto pensé en Agnes y que pude haberle matado. El bastardo charló agradablemente durante un rato antes de extraer repentinamente una pequeña viola de una bolsa que pendía de su silla de montar. Me pareció increíble. La entonó durante unos segundos y seguidamente irrumpió con un melodioso madrigal conocido tanto por mi maestro como por mí. (Con frecuencia lo cantábamos en SaintMary, en Ipswich; mi voz de bajo contrarrestando bien con la de tenor de Benjamin. Incluso hoy no hay nada que me guste más los domingos por la mañana que sentarme en la iglesia y desgañitarme cantando himnos). Pero en aquel camino polvoriento a las afueras de Maubisson consideré que cantar resultaba macabro. Este homicida trajeado como un pisaverde, cantando dulcemente un madrigal a hombres que sabía que eran sus enemigos jurados. Paró y nos miró a ambos.

—¿Tengo una buena voz, *messieurs*?

—Sólo Dios lo sabe —añadí sarcásticamente.

Vauban entornó los ojos.

—¿Conocéis esta canción? ¿Os uniréis a mí?

Bueno, ignoro quién sería menos cuerdo, si él por cantar o Benjamin y yo por acompañarle. Donde me fue posible sustituí las palabras, haciendo uso de todas las palabras francesas escabrosas de las que tenía conocimiento. (¡Y creedme que no eran pocas!). Pero a Vauban no le importó. Seguimos cabalgando como tres trovadores de algún relato romántico. Concluimos justo antes de nuestra llegada a la entrada principal del castillo.

—He disfrutado mucho —dijo Vauban, inclinándose sobre su caballo—. Quizá podamos repetirlo otra vez. Nuestras voces se complementan bien.

—Me encantaría —repliqué—. Quizás algún día podáis ser de nuevo nuestro huésped en Londres. (¡En las mazmorras de la Torre, pensé, estirado en el potro más cruel que pueda encontrar!).

La expresión de Vauban fue de fulgurante placer, nos despidió como si fuera un amigo entrañable, y desaparecieron él y sus jinetes en medio de una bruma polvorienta.

Una vez que llegamos al patio interior Benjamin dio rienda suelta a su sentir. Arrojó las riendas de su caballo a un mozo y bramando de cólera fue en busca de Dacourt. Fui tras él, todavía con un temblor fruto del temor y el enojo. Benjamin halló al embajador en una pequeña escribanía próxima a la gran sala.

—Tenemos que reunirnos, sir John. ¡Todos, ahora!

—¿Por qué? ¿Por qué? —Dacourt estaba aturdido.

—¡Porque deseo saber la verdad! —vociferó Benjamin.

El embajador temblaba y Benjamin se fue enfurecido, agarró a un asustado sirviente e hizo que nos condujera a donde Clinton y su lady Francesca estaban sentados, una pequeña glorieta adosada al muro del castillo. Lady Francesca sonrió bobamente, pero en cuanto me vio la expresión de su rostro adquirió una rígida expresión. Se levantó con un brinco de impaciencia y sacudió sayas y enaguas, dejando tras de sí una vaharada de fragante perfume. Sacudí la cabeza y bajé los ojos. Tenía la certeza de que había estado sosteniendo una pequeña redoma con las letras SUL escritas en ella. Miré de refilón a mi maestro, pero estaba demasiado enfadado para advertirlo, de pie golpeando el suelo con la punta de la bota, a la espera de que sir Robert terminara de leer una carta.

Por fin, Clinton dobló cuidadosamente el documento.

—Maestro Daubey, ¿qué sucede?

Mi maestro se inclinó hacia delante y en términos breves y claros explicó con exactitud de lo que se trataba.

—¿Qué deseáis hacer? —preguntó sir Robert.

—Deseo convocar una reunión —dijo Benjamin estridente—. Con toda la plana mayor de la embajada. Necesito aclarar y precisar ciertos aspectos. Los franceses se están riendo de nosotros mientras vamos dando traspiés en la niebla.

Clinton estuvo de acuerdo y todos nos reunimos en la gran sala justo antes del anochecer. Los criados que estaban disponiendo las mesas para la cena fueron despedidos sumariamente. Nos sentamos todos en sillas en semicírculo alrededor del hogar. Dacourt, airado porque Benjamin hubiera ido al encuentro de sir Robert, refunfuñó ruidosamente desde su copa de vino, luego echó los posos para que crujiesen en las llamas del hogar.

—Maestro Daunbey —dijo con irritación—, somos personas ocupadas y habéis convocado esta reunión. ¿Por qué?

—Me hallo aquí —respondió Benjamin— como enviado oficial del cardenal Wolsey y asimismo de Su Majestad el rey. Tenemos ciertas misiones secretas que llevar a cabo.

Vi a Dacourt inquieto y enervado por tales palabras.

—Pero nuestra principal misión es descubrir la identidad del traidor Raphael y llevar ante la justicia a los asesinos de Falconer y Waldegrave. Sospecho —añadió Benjamin— que es la misma persona —extendió una mano—. Resumamos. ¿Desde cuándo tenemos constancia de la existencia de ese traidor?

—Desde hace unos dieciocho meses —respondió Clinton—. Pero sólo supimos que se llamaba Raphael hace unas ocho semanas, cuando estuve aquí antes de la Cuaresma —se inclinó hacia delante en su silla—. Vos recordaréis, Benjamin, que trabajé con Falconer y conseguí ese nombre. Aunque nos costase la vida de un agente muy bueno.

—Sí, sí —dijo Benjamin—. Ahora, creo que Falconer fue asesinado el lunes de Pascua.

Un coro de asentimientos saludó sus palabras.

—Bebió algo de vino de la misma botella como hicisteis vos, sir John, mas él no se encontraba ebrio.

De nuevo asintieron.

—Se le vio subir a lo alto de la torre. La Torre María, ¿no es así? A la mañana siguiente lo hallaron muerto al pie de la torre.

—Sí —balbuceó Peckle—. Todos sabemos eso, maestro Daunbey.

—También sabemos —continuó Benjamin, respirando profundamente para contener su enojo— que el miércoles después de que mataran a Falconer, el abate Gerard, del pueblo vecino, también murió en misteriosas circunstancias. ¿Alguien —continuó—, desde Maubisson, envió obsequios de Pascua al abate Gerard?

El grupo se mantuvo sentado en silencio.

—Bien —añadió Benjamin—. ¿Hubo alguien?

Dacourt restregó sus pies.

—Yo le envié algo de vino, el mejor de la cosecha de Burdeos del año pasado, una bandeja de plata de confites y un poco de mazapán.

—¿Y eso cuándo fue?

—El domingo antes de Pascua.

—¿Y qué ocurrió con estos obsequios?

—¡Dios Santo! —rugió Dacourt—. No lo sé. El abate Gerard era persona compasiva, caritativa, pero a quien le gustaba el clarete. Sospecho que daría los confites y el mazapán a la chiquillería del pueblo, vendería la bandeja de plata para

obras de caridad y se bebería el vino. Fue tan sólo una pequeña jarra taponada —el tono de voz de Dacourt fue deteniéndose—: ¿estáis insinuando que el vino...? No obstante, Throgmorton se desplazó para examinar el cadáver del sacerdote.

—Oh, no sabíamos nada de eso —interrumpí.

—Claro está —replicó el físico—. ¿Por qué habríais de saberlo? Fui allá a examinar al pobre sacerdote. No había rastros de veneno. Debió de padecer un síncope, caería al agua y se ahogó.

—Maestro Benjamin —Peckle se levantó—, sir John, somos personas ocupadas. ¿Tenéis más preguntas que hacernos?

—No —respondió irritado Benjamin.

Mi maestro seguía muy enfadado y yo me sentía intrigado dado que era el más afable de los hombres y muy raramente se mostraba sarcástico o punzante, incluso con personas fatuas. (Acabo de propinarle a mi capellán un buen rasponazo sobre los nudillos; lo cual le enseñará a no hacer observaciones como: «¿Y el maestro Daunbey estaba al corriente sobre personas necias, teniéndoos a vos como servidor?»). En cualquier caso, la reunión se disolvió, si bien Clinton y su servidor Venner permanecieron sentados hasta que los demás salieron de la sala.

—Este llamado Vauban —preguntó quedamente Clinton—, ¿sabía el motivo por el que os encontrabais en Francia?

—Objetó que éramos espías pero hasta un chiquillo podría haberlo deducido. También sabía que estábamos interesados en el abate Gerard, pero, insisto, tal cosa no requería de una profunda intuición. ¿Por qué lo preguntáis, sir Robert?

—¿Mencionó en algún momento el nombre de Raphael?

—No, no lo hizo.

—Así pues —dijo Clinton—, los luciferinos aún no saben la auténtica intención de vuestra misión. Veréis —se arrellanó en su asiento—, aquí en el castillo, Dacourt y el resto de su plana saben que deseáis aprehender a un espía pero, hasta el momento, poca información ha sido transmitida a los luciferinos. Lo que significa...

—¿Lo que significa exactamente qué? —interrumpí yo con acritud.

—Que el espía aquí debe de tener medios particulares para transmitir tales informaciones a su superior y hasta ahora habrá fallado al utilizarlos. Si podéis descubrirlos, entonces quizá podríamos averiguar quién es Raphael.

—Sin embargo —replicó Benjamin—, Vauban sabía que estábamos aquí. Creo que estaba vigilando el castillo desde hace días y nos siguió hasta la aldea.

—Lo que nos lleva a mi precisa consideración —respondió Clinton—. ¿Maestro Venner?

El subordinado echó un vistazo hacia la puerta para asegurarse de que no había nadie allí.

—Anoche —preguntó Venner—, cuando se encontró el cadáver de Waldegrave,

¿reparasteis en Millet? Se hallaba formalmente vestido como si hubiese estado fuera del castillo.

—Pudo haber sido una cita entre amantes —observé.

—Tal vez —dijo Venner despreciativo—. Con todo, los gustos de Millet son obvios. Se viste como una mujer, el tipo de cita que mantiene oculta se esconde mejor bajo la capa de la oscuridad.

—He suscitado la cuestión ante Dacourt —interrumpió Clinton—. Ni siquiera sabía que Millet estuviese ausente. Le pedí que guardara la incidencia en secreto. Quizá sea necesario seguir a Millet.

Benjamin se frotó la cara con ambas manos.

—Sí —comentó secamente—. El comportamiento de Millet y su ropa de anoche son sospechosos. Podría ser el propio espía o su mensajero —sonrió a Clinton—. Y lo que decís es lógico, sir Robert. Vauban todavía ignora la verdadera naturaleza de nuestra misión aquí —mi maestro golpeó el lado de su silla—. Naturalmente —respiró—, sólo hace escasos días que estamos aquí. Supusimos que Millet estaba de regreso. Puede que estuviéramos en un error. A lo mejor estaba a punto de irse, pero el estrépito originado por el accidente de la muerte de Waldegrave se lo impediría.

Clinton se puso en pie.

—Esta cuestión os la dejamos a vos, maestro Daunbey. Si lo deseáis, Venner podría seguirle.

—No, no —replicó Benjamin—. Dejad a Millet en nuestras manos.

Observé marcharse a Clinton y a su subordinado y una vez más el asunto de la muerte de Agnes volvió a revivir en mi memoria. (Ignoráis que, hace años, le pregunté a un hombre sabio que vivía en una cueva a las afueras de Alejandría por qué me sucedía esto. ¿Por qué algo nos lleva a maltraer durante mucho tiempo cuando somos incapaces de situarlo o de darle salida? Me respondió que uno no podía saber de qué pieza del rompecabezas se trata hasta que las demás estén colocadas en su lugar).

Benjamin y yo permanecemos en la sala mientras los criados volvieron y acabaron de poner las mesas para la cena. Mi maestro se quedó sentado mirando las llamas del hogar.

—¿Qué ocurre? —pregunté—. ¿Por qué os enojó tanto Vauban?

—Me siento aturullado, Roger —respondió—. ¿Por qué fueron asesinados Falconer y el abate Gerard? ¿Cuál es la relación entre ambos? ¿Cómo transmite Raphael sus secretos a los luciferinos?

—Existe un tema común —repliqué.

—¿Y es?

Fui marcando los puntos con mis dedos.

—Primero, los secretos del Consejo Real no son revelados hasta que llegan a

Maubisson. Ahora bien, sabemos que Dacourt abrió los documentos y Peckle los descifró, pero Millet es el secretario particular de Dacourt y confidente de dicha información. Lo mismo podría ser cierto de Throgmorton. Después de todo, los físicos pueden errar por donde quieran y amañárselas con los secretos de los demás. Segundo, Falconer fue asesinado aquí después de descorchar una botella de vino con Dacourt. Tercero, aparentemente el abate Gerard se ahogó tras haber bebido el clarete que le envió Dacourt, aunque probablemente se lo llevó a la aldea su secretario, el maestro Millet. Cuarto, *Vulcan*, el caballo de Dacourt, mató a Waldegrave.

—Y finalmente —interrumpió Benjamin—, el maestro Millet tiene tendencia a escabullirse del castillo por las noches para encontrarse con Dios sabe quién —mi maestro permaneció sentado meciéndose suavemente en su silla—. El denominador común de todos estos factores, como diría un matemático, son Dacourt y Millet, pero no tenemos la certeza de si el vino enviado al abate Gerard fue en efecto el mismo que estuvo bebiendo la noche en que murió. Segundo, no sabemos si fue Millet quien se lo llevó. Tercero, la noche en que murió Falconer, Dacourt probó del mismo vino que bebió aquél.

—Sólo disponemos de su palabra al respecto.

—Sí, pero Throgmorton examinó el vino después. Dijo que estaba exento de cualquier otra sustancia. También dijo que ni Falconer ni el abate Gerard evidenciaron signos de envenenamiento.

Advertí cómo mis teorías se desmoronaban lentamente.

—Y, por supuesto —añadí impacientemente—, aunque fuera el caballo de Dacourt el que matara a Waldegrave, cualquiera pudo haber arrastrado al cura borracho dentro del establo.

Benjamin sonrió con afectación y me golpeó sobre el hombro.

—No dije que tu razonamiento fuera erróneo, Roger, sólo que era deficiente.

Seguimos en la sala y cenamos con el resto de la embajada. La conversación fue deslavazada, pasando de una trivialidad a otra. Benjamin concluyó que todas las memorias, cartas y documentos enviados desde Westminster eran manejados por Dacourt, Peckle y Millet, mientras que nuestro enigmático joven secretario fue el que llevó los obsequios del embajador al abate Gerard.

Nos retiramos a nuestra habitación con la esperanza de que se hubiese proyectado algún rayo de luz pero, antes de caer dormido, caí en la cuenta de que Benjamin no había contestado a mi pregunta sobre su inquina hacia Vauban, de modo que volví a preguntárselo.

—Duérmete, Roger —replicó Benjamin soñoliento—. Cuando Dios lo disponga te lo diré, así como las secretas instrucciones que mi querido tío me dio en Hampton Court.

Capítulo 7

Dicen que las centellas nunca caen dos veces consecutivas en el mismo lugar, pero sí lo hacen donde se encuentra el viejo Shallot. A duras penas podía creerlo. Nos despertó el más espantoso griterío y unos golpes en nuestra puerta ya avanzada la noche. Salté de mi cama y abrí la puerta de par en par. (En mi juventud fui temerario. Ahora dejo que otro lo sea, ¡en tanto compruebe desde qué ventana podría saltar!). Me encontré ante Peckle, la mirada ceñida por el miedo.

—¡Están atacando el castillo! —gritó—. ¡Los *maillotins* tratan de forzar la puerta principal!

Benjamin y yo cogimos nuestras armas y salimos precipitadamente. Esta vez me aseguré de que mi maestro tomara la delantera y, mientras corría escaleras abajo, me escabullí como un conejo a la cima de la torre, impeliendo hacia atrás la puerta caediza y yendo a parar al mismo lugar donde estuvo el pobre Falconer. Miré hacia arriba. Las estrellas espolvoreaban el cielo; la luna, que beneficiaba al atacante, se deslizaba alevosamente entre las nubes. Escudriñé los combates. El viento agitaba mi cabello mientras el estómago se me encogía de horror ante el terrible espectáculo. Los oscuros campos de enfrente del castillo estaban cubiertos por lo que parecían agujijones de luz hasta que caí en la cuenta de que eran hombres portadores de antorchas, fluyendo en dirección a la puerta principal. Oí el silbido de las saetas y el retumbar de un artefacto como un ariete que golpeaba los tablones tachonados de hierro del portal. El castillo estaba mal preparado. Vi soldados a medio vestir apoderándose de ballestas y de otras armas y oí la voz de Dacourt, que transportaba la brisa, gritando órdenes. La mayoría de los arqueros estaban concentrados en la portería y disparaban contra los que trataban de forzar la entrada.

Sollocé de pavor, pero aun así reflexioné sobre la única cuestión a la que tenía que enfrentarme. ¿Me hallaba a salvo? Me asomé por encima del parapeto. ¿Qué ocurriría si conseguían forzar la puerta? Podía quedar atrapado aquí en la cima de la torre y verme obligado a saltar, o a dejarme matar como una rata acorralada en el granero. Impelí mi cabeza por encima del parapeto. Algunos de los guardias del castillo recogían las escaleras de asalto que pendían de la muralla delantera. Momento para irme, pensé. Dirigí la vista hacia la muralla lateral donde se encontraba la puerta poterna y me quedé helado de terror: innumerables antorchas fluían hacia allí. El ataque a la puerta principal era una mera finta.

—Ha llegado el momento para que el viejo Shallot tome la iniciativa —musité—. ¿Ir en busca de Benjamin? ¿Escapar del castillo, robar un caballo y cabalgar sin parar en dirección a Calais?

Bajé a toda prisa los escalones de la torre, corrí por el patio hasta el otro exterior. El estruendo era terrible. Nuestros asaltantes ahora disparaban flechas incendiarias y

causaban estragos entre los defensores. Un soldado yacía en el suelo como una tea llameante. Otros tenían horribles heridas negras en la cara y el pecho. Dacourt se tenía en pie empuñando la espada como un antiguo héroe de Troya.

—¡A las murallas! —gritaba—. ¡A las murallas! ¡No dejéis que caigan las banderas!

Tengo la seguridad de que el tonto y viejo bastardo había recibido un golpe en la cabeza y creía estar representando el papel de algún romance heroico. Me avistó y me gritó:

—¿Shallot, dónde os habíais metido? ¡No es éste momento para pusilánimes!

—¡A la mierda! —grité perdiendo los estribos—. El verdadero ataque no es éste. ¡Se están concentrando contra el muro lateral!

Blandí la espada como un demente, vociferé a algunos soldados que me siguieran, y me lancé como un carruaje blindado a la puerta poterna. Nada más llegar vimos los extremos de la primera escalera ya puesta contra el muro. Un corpulento sargento me empujó hacia un lado y valerosamente dijo a «sus muchachos» que le siguieran. Me quedé donde estaba, gritando órdenes y lo bastante cerca de la puerta poterna por si las cosas adquirían un mal sesgo. Nuestros arqueros hicieron blanco en los bastardos cuando comenzaban a subir por las escalas de asalto, mientras algunos soldados, provistos de largas pértigas horcadas que se hallaban sobre el vial del parapeto, las echaron abajo. Oí gritos de angustia; acto seguido el ataque se desvaneció tan repentinamente como había comenzado.

Dacourt, Clinton y los demás se reunieron en la sala principal mientras la servidumbre alumbraba antorchas y traía cerveza o vino para los héroes conquistadores. Ensillaron los caballos y salieron exploradores al exterior. Pronto estuvieron de vuelta, e informaron de que los atacantes habían desaparecido, llevándose con ellos a sus muertos y heridos. Cinco soldados del castillo murieron y Benjamin recibió un pequeño corte en la parte superior de la mejilla. Dacourt consideró que habíamos causado grandes bajas entre los asaltantes aunque solamente arrastramos adentro tres cadáveres, todos ellos bajas en las escaleras de asalto que habían sido impelidas fuera del muro exterior. Tenían el aspecto de sabandijas despellejadas y sucias aunque, sorprendentemente, bien armadas. Ahora bien, yo sabía quiénes eran los *maillotins*, campesinos rebeldes que acechaban por callejuelas y arroyuelos de París. Conviví con ellos durante un tiempo. Eran como yo, expertos en emboscadas. Ciertamente, ni bien armados, ni organizados, ni suficientemente valerosos para atacar un castillo en campo abierto.

Dacourt alabó mi espontánea acción heroica y asumí el papel de héroe modesto, me eché al colete su vino y peroré sobre la estrategia de los asaltantes. Sin embargo, cuando puse en duda que hubieran sido los *maillotins* los que lanzaran dicho ataque, Dacourt vociferó su escepticismo.

—¡Conozco a estas sabandijas! —exclamó—. Odian a los ingleses. Se resienten por nuestras victorias en Francia y por nuestra ocupación de Calais. No, no, los *maillotins* estaban tras esto. O, si no, ¿quién estaba? —sus cristalinos y dilatados ojos azules me miraron de tal modo que dejé que el estúpido se guardase su opinión, si bien Benjamin estuvo de acuerdo conmigo.

—Todos ellos están bien nutridos —comentó Benjamin—. Y pertrechados con todas las armas requeridas. Esperemos a mañana por cuanto tengo la seguridad de que monsieur Vauban tuvo que ver con esto.

Las palabras de Benjamin resultaron proféticas. A la mañana siguiente Vauban y su horda de caballería penetraron en los campos del castillo como si fueran el socorro deseado. Mientras conversaba con Dacourt y Clinton, Benjamin y yo nos mantuvimos al margen. Sólo cuando se marchó mi maestro preguntó qué había pasado.

—Dos cosas —vociferó Dacourt alegremente—. Vauban dejará parte de sus jinetes acampados cerca de los muros del castillo contra cualquier ataque ulterior. Segundo, mañana es la onomástica de su Muy Cristiana Majestad. Nos han invitado a todos a los festejos en el palacio de Fontainebleau —el embajador nos dedicó a ambos una sonrisa artificiosa—. En nombre de todos acepté la invitación.

Tanto Benjamin como yo mantuvimos las bocas prudentemente cerradas hasta estar fuera de la gran sala.

—Vauban quiso ese ataque —masculló Benjamin—. Tal vez quisiera matarnos a todos, o a alguno de nosotros —miró hacia abajo y examinó uno de los dardos incendiarios arrojado la noche anterior—, o desearía tener un pretexto para situar a sus hombres cerca del castillo para mantenernos bajo estrecha vigilancia —me sonrió de soslayo—. Con todo, cuando menos, iremos a Fontainebleau. ¡Una oportunidad para entrevistarnos con Su Muy Cristiana Majestad!

—¡Y para examinar su maldito anillo! —repliqué malhumorado—. Maestro, en nombre de Dios, ¿qué vamos a hacer sobre esta cuestión?

—Nada —respondió Benjamin—. En Fontainebleau nos limitaremos a observar y escuchar —me cogió del brazo—. En ningún momento, Roger, daremos un paso en pro de esta cuestión. ¿Qué somos sino simples ingleses? El rey francés está bien custodiado y codicia ese anillo más que la honra de su propia persona. Por muchas tentaciones que se nos presenten, no hemos de reaccionar ante ellas.

—¿Y si fallamos en el intento de recuperarlo? —dije hoscamente.

—En tal caso —Benjamin esbozó una sonrisa falsa—, mi querido Roger, aprenderemos bien el francés y nos amistaremos con monsieur Vauban porque no podremos regresar nunca más a Inglaterra.

Salimos temprano del castillo a la mañana siguiente, cada uno flamante con las galas que pudo encontrar en su guardarropa. En realidad, parecíamos una bandada de cuervos comparados con lady Francesca, que estaba esplendorosa con su túnica de

brocado de oro aderezado con pieles de lince.

Llegamos a Fontainebleau avanzada la tarde, ¿y cómo describirlo? Sus grandes torres redondas, los perfiles saltarines de la precisa y aún hermosa arquitectura italiana, el espléndido campanario rojo de la capilla de SaintHubert, el gran reloj con los perros persiguiendo un venado; en la torre, el ladrido de los canes acompañaba cada repique mientras que el venado se movía para dar el repique final. Trece escalinatas, centenares de habitaciones, estatuas de alabastro de Cupido y Venus conjuntamente con otras esculturas en bronce de aspecto carnal realizados por los artistas italianos del rey de Francia.

Alrededor del palacio los jardines se mostraban sombreados por la frescura de los tilos y cuajados de lirios, violetas y aleluyas; de vez en cuando se abrían atrios columnados de pavimentación rielante en los que alternaban la piedra marmórea blanca y negra. En el interior, las estancias estaban repletas de objetos saqueados por Francisco en sus expediciones a Italia: tapicerías, más estatuas, artefactos de oro y plata, vasos enjorjados, y mullidas alfombras de lana virgen en los tonos más variados.

Los mozos se llevaron nuestros caballos, y validos del rey francés ataviados con tabardos azul y oro guiaron a sir Robert y lady Francesca a otro lugar. Dacourt también fue provisto de su propia estancia, pero nosotros fuimos conducidos a la parte superior del palacio. Un poco más arriba y nos hubiéramos encontrado en el maldito tejado, y achuchados en buhardillas bastante humildes y oscuras. Ahora bien, siempre atento a con quién compartía la habitación pues no hubiera deseado hacerlo con un asesino eventual. También me mosqueaba la forma en que Millet me sonreía bobamente. ¡Llevaba más puntillas que lady Francesca!

Me mantendré apartado de vos, mi galano fantasmón —pensé—, y si dejás caer algo le daré un puntapié hacia la puerta antes que recogerlo. (No, mi capellán yerra. No estoy siendo duro. No hago más que considerar a ese tipo de personas como algo raro, si bien algunas me parecen admisibles, como Marlowe, con el cual fuimos buenos amigos. Lo que estoy tratando de decir es que depende de la persona. Marlowe era cautivador, ingenioso, y muy, muy divertido, pero había algo en Millet que no me gustaba). Peckle refunfuñaba sobre el trato requerido a los de la embajada, pero el bueno del físico, Throgmorton, reía con acritud diciendo que estaba encantado de hallarse lo más lejos posible de las «ranas». La servidumbre nos subió el equipaje, que deshicimos; seguidamente oímos golpear el muro por el exterior. Benjamin, que había estado sentado en el borde de su catre de tijera, se levantó y abrió la puerta. Se asomó fuera y se volvió entre furioso y carcajeante.

—¿Qué ocurre, Daunbey? —preguntó Throgmorton.

—Los franceses acaban de colgar una pintura afuera de nuestra habitación.

—Oh, qué gentil —comentó Peckle sarcástico—. ¿Qué representa? ¿Una pintura

de la derrota francesa en Agincourt?

Benjamin negó con la cabeza.

—*La Belle Jardinière*.

—¿Y qué? —barbotee—. ¿Qué diablos pretenden?

—La pintura es de Raffaello Sanzio —replicó Benjamin—. Nos están tomando el pelo.

Sabéis, ésta fue la primera vez que empecé a interrogarme acerca del nombre de Raphael. ¿Por qué lo emplearía el espía? ¿Por qué no zuzón? ¿O descaro cebado? ¿Por qué Raphael? El nombre de un ángel, un arcángel para más exactitud, y por esta razón vinculado a la abigarrada cuadrilla de Vauban aunque, asimismo, era el nombre de un gran pintor italiano. Nuestra discusión sobre el deliberado insulto por parte de los franceses concluyó sumariamente: un chambelán portador de vara nos dijo que nos reuniéramos en la gran sala de abajo para el encarecido privilegio de una audiencia con Su Muy Cristiana Majestad.

Dacourt y los Clinton nos estaban esperando; sir Robert vestía calzas de seda color crema, caladas bajo la rodilla, y jubón y calzones azul marino oscuro; lady Francesca iba ataviada toda de blanco, un pequeño velo de encaje sobre su precioso cabello, el cuello ceñido por perlas. Emití sonidos entrecortados ante su hermosura y, como todos los demás, lancé envidiosas miradas a su muy afortunado esposo. Dacourt, sin embargo, iba trajeado como si no le importara un comino, con un justillo y calzones chapuceros que hubiesen avergonzado a un inteligente gañán. Millet se estaba riendo entre dientes y, susurrando al viejo soldado que no había acabado de ajustarse su atavío, le preguntó si deseaba sorprender a los franceses con su aparente proeza. Dacourt rió ceñudamente y se apartó subrepticamente para ajustarse el traje.

El hocicudo chambelán golpeó con su vara en el suelo y nos condujeron a lo largo de corredores de mármol, a través de estancias que se estaban preparando para el gran banquete, pasamos entre nobles personajes engalanados con ropajes de terciopelo y paño de oro, entre asistentes con libreas azules, violetas y escarlatas, todos garlando bulliciosamente en francés. Se iban apartando a medida que pasábamos, si bien pudimos oír las risitas y risotadas provocadas por sus breves chirigotas. Nos detuvimos ante una gran puerta cincelada en oro y el chambelán se volvió.

—Os conducirán —anunció en inglés— ante la presencia de Su Muy Cristiana Majestad.

(Muy Cristiana Majestad... ésa era la mayor de las mentiras, teniendo en cuenta que Francisco estaba aliado con los turcos otomanos, encarnaciones del diablo. Esperad a leer mis diarios ulteriores. Aún me desvelo temblando por las noches por la angustia sufrida en la corte repleta de horrores del engalanado Soleimán). Con todo, en Fontainebleau, las puertas nos fueron abiertas de par en par y recreamos nuestra vida ante este Más Cristiano de los reyes. Penetramos todos por parejas como si

fuéramos los animales que iban hacia el arca de Noé. En la estancia la luz rielaba, una cámara de tesoro, valiosos tejidos y hermosas joyas. Al fondo vislumbré un reducido apiñamiento que dejó de conversar y nos franqueó el paso al aproximarnos. Advertí un dosel de gala bajo el cual dos figuras estaban aposentadas en tronos, y entonces apareció el demonio de Vauban.

Su aspecto era suntuoso, ataviado con un ropaje de seda rosa y un cordón adornado de borlas en torno a la cintura. Llevaba polainas azules y calzaba borceguíes de piel. Su pecho relucía como un espejo cuando su gruesa y charra bisutería que de éste pendía era capturada por la luz del sol. A lo largo de sus brazos brillaban aquellas malditas campanillas que tintineaban cada vez que se movía. Nos sonrió efusivamente, se inclinó con sorna y fue junto a uno de los tronos.

—Permitiréis que os presente —anunció—, sir Robert Clinton y su esposa lady Francesca, sir Dacourt y los otros enviados ingleses.

En aquel momento había olvidado a Vauban y estaba, mirando subrepticamente a las dos figuras sentadas. Francisco y Claudia, su real esposa, inmóviles como dos figuras de cera bajo el dosel de gala de seda roja, la oriflama. Los tronos sobre los cuales se hallaban aposentados eran acanalados y profusamente decorados con apliques de nácar en el respaldo y los brazos.

Todos hicimos la reverencia; acto seguido Dacourt comenzó su usual y tedioso discurso diplomático en el que transmitía mensajes del hermano de Francisco, el rey de Inglaterra. Advertí una fluctuante sonrisa a través del rostro del soberano francés ante las acostumbradas hipocresías floreadas; Francisco aborrecía a Enrique y el rey inglés le correspondía del mismo modo. En cierta manera prefería a Francisco. Era un narizotas de mala madre con pesados párpados sobre los ojos, frente despejada y una boca insegura que ocultaba tras el bigote y la barba. Llevaba un atuendo de paño en oro de pies a cabeza, una corona sencilla en la cabeza, y pude ver que estaba tan aburrido como yo por las insípidas agudezas de Dacourt.

Veréis, a Francisco se le consideraba el Rey Salamandra, esa pasmosa criatura mágica siempre circundada por las llamas que nunca le alcanzaban. Alguien le apodó así más como un insulto que como un cumplido pero Francisco se aficionó a dicho apelativo, por lo que encontraréis salamandras esculpidas en todos los rincones de sus palacios. No sé si sabéis que no iba para rey. Fue lo bastante afortunado como para casarse con la hija única de Luís XII, por lo que se convirtió en su presunto sucesor. ¡Y qué cambio! El viejo Luís, raquíto y achacoso, se ahogaba al expectorar. Enrique VIII le vio irse de este mundo; con mayor exactitud, fue su hermana María quien le vio partir. Veréis, ella era fogosa en los placeres de la cama igual que su hermano, el Gran Homicida. Estuvo casada tres meses con el pobre Luís antes de que decayera y muriese de consunción y María regresó a su patria para casarse con el amor de su vida, Charles Brandon, duque de Suffolk. Si se hubiese casado con Francisco, puede

que María lo hubiera pasado peor dado que él era un consumado artífice sobre el lecho. Como uno de sus cortesanos después me susurraría al oído: «Con prontitud sabe deslizarse en el jardín de los demás y bebe del agua de todas las fuentes». Oh, sí, Francisco fue ardiente, tenía su propia *petite bande*, un grupo de jóvenes rubiales conducido por madame D'Estampes, que había hecho extravagancias sobre las sábanas de raso negras del monarca francés. No sé si sabréis que en Fontainebleau montó un sistema de espejos mediante el cual podía observar las actitudes de las damiselas e inspeccionarlas desde todos los ángulos, en tanto que sus palacios estaban sembrados de pasadizos secretos con mirillas en cada alcoba puesto que a Francisco le interesaban profundamente las proezas sexuales de los demás.

(¡Pobre Francisco! Sí, digo «pobre». En Fontainebleau estaba repleto de ardores primaverales, pero esto fue antes de coger la sífilis y que sus partes pudendas comenzaran a declinar. Le contagió *La Belle Fertoniére*: su esposo sabía que tenía la sífilis y permitió que Francisco la sedujera. El monarca francés llegó a estar tan podrido que cuando llevaron su cadáver a Saint-Denis tuvieron que meterlo en un ataúd de plomo. Pero seguía apestando y sus nobles manifestaron tal vehemencia en evitar la pútrida pestilencia que enviaron figuras de cera representativas de sí mismos a la iglesia. ¿Podéis imaginarlo? ¿Una iglesia llena de estatuas de cera llevando luto por otra imagen de cera?).

¡Ah, el transcurso del tiempo! Cuando vi a Francisco por vez primera en aquella sala del trono, la vida no se había agriado para él. Era todavía un gran seductor, y las mujeres en torno suyo fueron el motivo de su constante galanteo. La reina Claudia — o «Clod» como la llamaban los cortesanos— era gorda, paticoja y repugnante. No obstante, ¡sus sentimientos eran tan tiernos! (Ah, ahí va mi clérigo, el necio listillo: «¡No sois mejor que Enrique VIII! —chilla—. ¡Vos también consideraréis a las mujeres como objetos de lujuria!». ¿Qué diablos sabrá este hipocritilla? No os inquietéis, algunas de las mujeres que conocí demostraron ser las adversarias más formidables. Como la pequeña Catalina de Médicis desposada con el hijo del rey Francisco, Enrique. Practicaba la magia negra. Oh, sí, estoy al corriente sobre la secreta caja de metal que poseía; su torreada estancia en Blois con su espejo mágico que le predecía el futuro; y el empleo que hizo de aquel terrible profeta Nostradamus que profetizó el fin del mundo. En otro momento os hablaré de la cuadrilla especial de damiselas, el *Escadron Volant*, que utilizó para seducir a sus oponentes. Con ello concluiré la cuestión de las mujeres: ¡constituyen los mejores amigos y los peores enemigos! El hombre perdona y olvida. La mujer puede perdonar, pero nunca olvida. Recordad las palabras de Shallot).

Ahora bien, en aquella sala de Fontainebleau hace tantos años, observé a Francisco pero mis ojos se desviaron hacia aquella maldita sortija que destellaba en el cuarto dedo de su mano izquierda. Sabía que era la que Enrique quería recuperar. El

soberano francés, con los codos apoyados en los brazos del trono, no dejaba de jugar con ella, se la sacaba y se la ponía, y la giraba mientras nos lanzaba miradas, con los párpados caídos y una pizca de malicia, a Benjamin y a mí. A su vera Vauban parecía compartir la broma; ese extraordinario bastardo se inclinaba contra el brazo del trono como si fuese el hermano del monarca, bostezando con afectado descaro a las ponderadas frases de Dacourt.

El embajador, con todo, seguía discursando. «Señor, pensé, ¿no callará nunca?». Tomé incluso en consideración fingir un síncope con el propósito de evadirme de la sala cuando, de repente, se abrió de par en par una puerta secreta, tras el trono, y de ella emergió la visión más increíble: un hombre negro como la noche, de más de dos metros de estatura. Llevaba arrollado a la cabeza un turbante acarminado y con la parte superior del cuerpo desnuda a excepción de unas tiras de oro alrededor de brazos y muñecas. Sus pantalones eran blancos y bombachos que ondeaban como velas de seda, calzaba zapatillas de terciopelo rojo, de tacón alto y punteras enroscadas y adornadas. Dacourt enmudeció y boqueó como una carpa. El corpulento y negro mameluco era una visión sorprendente, pero los felinos que le precedían, encadenados con cadenas de plata, resultaban alarmantes. Dos enormes felinos, de ojos ámbar, orejas copetudas y piel moteada de un dorado bruñido daban pasos acolchados, suaves como la muerte, sobre el piso reluciente. El monarca francés se agitó de pronto, rió y batió palmas.

—¡Akim, llegas con retraso!

El mameluco rió mentecatamente enseñando los dientes con la boca abierta, semejante a una gran caverna roja. Cerré los ojos con repugnancia. Donde debiera tener la lengua no había más que un jirón de piel.

—Monsieur Dacourt —anunció Francisco en un inglés perfecto—, disculpadnos por esta tardanza y por la interrupción de vuestro elocuente discurso por causa de Akim y sus leopardos. Por cierto, les ha dado los nombres de Gabriel y Raphael. Son un regalo del bajá de África del Norte.

El rey movió la mano para que el mameluco tomara asiento en un taburete próximo a la reina, que seguía allí sentada como esculpida en piedra.

Fue entonces que caí en la cuenta de algo sospechoso. En ningún momento el monarca francés ofreció asiento a lady Francesca, quien no dejaba de mirar al soberano con una expresión despavorida de miedo sobre sus hermosas facciones. Lo que realmente me intrigaba era que Francisco siempre reverenciaba a las mujeres, aunque en esta ocasión desdeñó a lady Francesca premeditadamente. En verdad, las únicas personas en las que el monarca francés parecía interesarse eran Vauban y ese estúpido mameluco sonriente.

—Asseyez —exclamó Francisco—. ¡Sentaos! ¡Sentaos!

El mameluco obedeció, riéndose aún bobamente, si bien sus ojos poseían la

dureza del mármol y capté el brillo de la gran cimitarra que pendía de su costado. Hizo que se sentaran aquellos malditos felinos uno a cada lado de él, al tiempo que se desperezaban y bostezaban, mostrando sus dientes blancos y afilados. Huelga decir que el mameluco se había retrasado deliberadamente; Francisco lo había planeado para impresionarnos o para aterrarnos, no sabría decir cuál de las dos cosas. Por fin, Dacourt concluyó su tedioso discurso y dejó de aburrir a todo el mundo. Vauban arropó las manos en las voluminosas mangas de su túnica y se adelantó. Adquirió el aspecto de un padre confesor que está por revelar alguna triste noticia.

—Monsieur Dacourt —empezó—, os expresáis con la elocuencia de un arcángel —se detuvo y esbozó una amplia sonrisa.

Oí a Clinton sisear furioso acerca de la añagaza sobre un espía francés en la corte inglesa.

—Un discurso que hasta el arcángel Raphael hubiese envidiado —continuó Vauban—. San Pablo dijo que quizá tuviera la lengua de un ángel. Monsieur Dacourt, vos ciertamente la poseéis. Sin embargo —su sonrisa desapareció—, nos preocupa el contraste entre las palabras de vuestro regio señor en Inglaterra y sus secretos preparativos para la guerra.

—¡Es mentira! —interrumpió Clinton.

—Monsieur —Vauban extendió sus manos—, ¿por qué mentiría? Estamos informados de que el soberano inglés tiene intención de levantar un gran espejo en la costa meridional para ver qué barcos zarpan de los puertos franceses.

—¡Bobadas! —murmuró Benjamin.

—No, monsieur, no son bobadas. Vuestro tío, Su Eminencia el cardenal, está ordenando grandes cantidades de trigo, malta y lúpulo, organizando cohortes de panaderos, cerveceros y sus ayudantes para que colaboren, grandes cantidades de forraje para los caballos y cecina para los soldados, mientras hierro, plomo, cobre y salpêtre, sin mencionar seis mil herraduras, trescientos mil clavos de herradura, seis mil libras de cuerda y veinte mil armaduras están siendo trasladados a Calais —Vauban se mantenía de pie, una pierna ligeramente avanzada hacia delante enumerando los puntos con los dedos de la mano como una ama de casa pasando revista al almacén.

Miré de soslayo a Dacourt. Su rostro había adquirido una palidez mortal y estaba recubierto de una fina capa de sudor.

—Aunque —Vauban dio una palmada— tal vez Enrique de Inglaterra quiera ayudarnos contra nuestro enemigo. No obstante, para asegurarnos sobre sus buenas intenciones —suspiró profundamente—, sería necesario que bajase un arcángel de los cielos —miró de reojo a su real soberano, quien esbozó una sonrisa—. Monsieur Dacourt, monsieur Clinton —siguió Vauban—, esta audiencia ha terminado, pero Su Muy Cristiana Majestad solicita vuestra presencia en el banquete de esta noche así

como en los festejos de mañana.

Bueno pues, Dacourt salió como una flecha de la sala del trono. Hasta sus orejas parecían erizarse de furia. Clinton ofrecía un aspecto humillado mientras el resto del grupo, salvo Benjamin, estaba francamente asustado. Una vez alejados de la sala, Clinton despidió sucintamente a lady Francesca, que se fue precipitadamente en un ondear de encajes perfumados.

—Vayamos al jardín —murmuró—. ¡Es el único condenado lugar donde los espías no pueden acecharnos!

Avanzada la tarde, todos nos sentamos cerca de una pequeña fuente, bajo la sombra que nos protegía del cálido sol tardío. Un sirviente nos trajo unos vasos de vino blanco frío que saboreamos y nos recuperamos de la reciente audiencia con el rey.

—¡Ese hijo de mala madre nos hostiga! —profirió Dacourt bruscamente—. ¡Todas esas referencias a los ángeles, arcángeles y Raphael! Vauban nos demuestra que tiene a alguien muy cerca del cogollo del consejo inglés.

—Sí, y lo han demostrado —dijo Millet con voz aflautada.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Benjamin cautelosamente.

—¡Por el amor de Dios, Daunbey! —replicó agriamente Throgmorton—. ¿No visteis a esos condenados felinos, los collares enjorjados en torno a sus cuellos? Son parte del regalo de Enrique al mismo bajá de África del Norte. Lo del navío sólo llegó a oídos de los franceses. Galeras que zarparon de Marsella lo capturaron tan pronto cruzó el estrecho de Gibraltar.

—Hay más sobre la cuestión —intervino Peckle—. Se enteró de los preparativos de guerra de nuestro soberano, incluso del detalle de los clavos para herraduras de caballo.

—¿Quién pudo conocer dicho detalle? —interrumpió Benjamin.

—El rey, su consejo en Londres, y nosotros en la embajada.

—¿Y el asunto del espejo? —pregunté.

—Oh, eso es correcto —dijo Dacourt soltando un resoplido—. Pero el tipo que lo propuso cogió el dinero y huyó.

—Una cosa está clara —insistió Benjamin—. Los franceses, merced a Raphael, controlan este juego y nos están hostigando abiertamente. Sugiero, caballeros, que mantengamos las bocas cerradas y los ojos y oídos abiertos —se levantó—. Sir John, sir Robert, debemos cambiarnos para el banquete —me indicó con la cabeza que le siguiera.

Cuando nos habíamos alejado y ya no nos podían oír, me empujó hacia la sombra que formaba una pared.

—¿Qué has sacado en claro, Roger?

—El monarca francés se está riendo de nosotros.

—¿Y aparte de esto?

—Raphael está involucrado en las muertes de Falconer y el abate Gerard.

Benjamin apretó los labios.

—Estoy de acuerdo. ¿Y qué más?

—Al rey de Francia no le gusta lady Francesca. Parece existir una cierta tensión entre ellos.

Benjamin se rascó detrás de la cabeza:

—Sí, sí, también me he dado cuenta. Me preguntó sobre dicha señora. En ocasiones parece no sentirse bien del todo. Es reservada, flirtea abiertamente, pero en realidad no dice nada.

—Cuando la sorprendí en el castillo, llevaba en la mano un frasco o algo similar.

—¿Qué quieres decir?

—Alguna suerte de medicina. Vi las letras SUL. Luego está la cuestión de la sortija.

Benjamin hizo como si me sonriera enseñándome los dientes:

—¡También ése es problema tuyo! —añadió—. Me pregunto acerca de esa sortija.

—Benjamin se quedó mirando hacia un grupo de cortesanos que se habían detenido en la fuente, hablando entre ellos en tonos de voz muy altos, al punto que ahogaban los chillidos estridentes de los pavos reales.

—Maestro, ¿qué ibas a decir?

—Bien, existe una historia sobre que Agrippa hizo surgir un demonio que trabajaba para Wolsey y este demonio está controlado por una sortija mágica —se rió—. Precisamente me preguntaba si la sortija que tiene Francisco es la de la leyenda popular. O si es un obsequio del hermano fallecido de nuestro Enrique y, aunque hable en clave, el hermano del rey sea la causa de nuestros actuales problemas...

(Advierto a mi capellán resoplando a carcajadas sobre la sortija mágica. No sabe de lo que están hablando. Puede que vivamos días de mayor ilustración, no obstante, uno de los enemigos de Wolsey, el duque de Norfolk, contrató a un brujo para que le confeccionase una capa que lo hiciera invisible, de lino y zangala, tratada con huesos de caballo, tiza y polvo de vidrio. Oh, ignoro si funcionó. Si creyera que fue viable me hubiese provisto de una para ir al sobrado de heno y ver por qué mi capellán lleva a Mabel, la pechugona de carrillos de manzana, para instruirla).

Ah, sí, en Fontainebleau. Me encontraba más preocupado por las realidades prácticas. Benjamin y yo volvimos a nuestra habitación para prepararnos para la gran efeméride. Mi maestro me instruyó para que tomara buena nota del resto de nuestros compañeros y vigilara si alguno trataba de escabullirse.

¡El banquete fue memorable! La sala en la que se celebró era un mar de luz y seda; miles de antorchas, diez veces su número de velas de cera, vajilla de plata, cristalería veneciana, y toda clase de manjares: cachalote, buey y perejil, faisán

sazonado con jengibre, y confitería sutil con formas de figuras y pájaros. ¡No faltaría más, se nos ofreció el arcángel Raphael esculpido en azúcar y cera! Dacourt, Millet y los Clinton fueron invitados a la mesa de honor sobre el estrado. A nosotros se nos indicó un lugar al fondo de la sala cerca de la puerta bajo la galería, donde un conjunto de músicos tañían violas, sacabuches y tambores, mientras muchachos de la escolanía de Saint-Denis cantaban dulces villancicos hasta que algunos de los asistentes empezaron a arrojarles peladillas y bizcochos. Hubo las acostumbradas mascaradas y torneos de bebidas pero, por una vez, me mantuve sobrio, vigilando escrupulosamente a mis compañeros.

Hacia el final de la velada, el rey y su consejo se aproximaron a nosotros. Vi a lady Clinton en profunda conversación con Vauban, mientras sir Robert se encontraba enredado en una bravía discusión con un físico sobre ciertos elementos químicos. Benjamin no dejó de estar sombrío, observándolo todo a su alrededor. De pronto, apareció Vauban entre nosotros, posando sus manos sobre nuestros hombros. Mi maestro vaciló, pero Vauban se mostró extremadamente amistoso.

—¿Le gusta París, maestro Daubey?

—No —mintió Benjamin, y presionó su pierna contra la mía.

Seguí su mirada: Millet había desaparecido. Vauban, con todo, parecía intentar distraernos.

—Oh, por supuesto que le gusta París. Tiene que venir a mi casa cerca de la rue des Moines, detrás de la catedral de Notre Dame. Se halla en su mismo terreno. La denomino La Pleasaunce.

—¿Vivís solo? —preguntó mi maestro.

—Oh, no, monsieur. Tengo familia.

Capté el tono de orgullo en la voz de Vauban.

—Angelitos —murmuró.

En aquel momento ya tenía bastante con su manera de hostigar, de modo que le lancé una mirada de enojo.

—Monsieur Shallot, ¿os sorprende que tenga una familia?

—No, Vauban, no me sorprende. Incluso Nerón tuvo una. ¡Lo que me sorprendería es que tuvieseis progenitores!

Su sonrisa se volatilizó, y su mano se deslizó hacia la empuñadura de su daga.

—Algún día, monsieur, pagaréis por vuestra observación.

—También vos —refunfuñé.

Le observé marcharse mientras Benjamin trató de calmarme volviéndome a llenar la copa de vino.

—Maestro, ¡detesto a este hombre!

—También yo, Roger, y por la misma razón —los ojos de Benjamin se dulcificaron—. Sé lo de Agnes —dijo afablemente—. Vauban está involucrado en su

muerte. Pero es una persona peligrosa, Roger. Le has insultado y se vengará.

—¡Me importa un rábano! —repliqué—. Desearía poder situarle. Estoy seguro de haber visto antes su cara.

—Bueno, naturalmente, en Londres.

—No, no, a quienes vi fueron a sus asesinos a sueldo. Quizás oí su voz pero nunca puse mis ojos en él, que recuerde, hasta el día en que lo encontramos a las afueras de la iglesia del abate Gerard. Lo que importa ahora —continué— es la desaparición del maestro Millet. Me pregunto dónde estará y por qué se ha ido.

Nos sentamos y esperamos. Debió pasar más de una hora antes de que volviera Millet. Le seguía un joven cortesano francés que de inmediato se reunió con Vauban, ahora junto al rey, y le susurró calurosamente al oído. Vauban simuló sonreír, y no fue la primera vez que me pregunté si nuestro maestro Millet no sería en realidad Raphael.

Capítulo 8

Los festejos y bailes de máscaras debieron de prolongarse durante horas, pero nosotros nos retiramos temprano y por la mañana nos reunimos con nuestros compañeros para desayunar ligeramente en los jardines, vino aguado y pan recién horneado. Nuestra conversación versó en gran parte sobre los festejos de la vigilia. Throgmorton y Peckle habían bebido en exceso, Clinton contaba, a un Dacourt aburrido, la discusión que había sostenido con un físico francés. El maestro Millet parecía preocupado, por su rostro exangüe y sus ojos enrojecidos. Lady Francesca se hallaba con nosotros, fría y hermosa como una mañana primaveral. Benjamin la lisonjeó por el perfume que llevaba, lo que provocó una carcajada en Throgmorton.

—Todos los perfumes huelen igual —dijo con un sonsonete de befa—. Por lo que a mí respecta lo mismo me da que sean de azufre o mercurio.

Lady Francesca le propinó una mirada de venablo sangriento y estaba por replicarle cuando un heraldo real llegó al jardín y nos convocó al patio mayor para presenciar cómo se llevaba a término la justicia del monarca. Sir Robert se giró hacia su esposa.

—Tú, querida, estás eximida —su expresión adquirió un tinte severo—. Insisto. Mejor será que regreses a nuestro aposento para ver si todo está en orden.

Me sorprendí. Nunca había visto a sir Robert tan enojado, ni a lady Francesca irse tan sumisamente. Sir Robert murmuró algo a Venner, luego nos miró a todos a su alrededor.

—Lo que vamos a presenciar —anunció— no tiene nada de agradable. Pero nos hallamos en Francia —hizo una mueca— y debemos seguir sus convenciones. Si la justicia real ha de ser ejecutada, entonces todos los varones mayores de dieciocho años que se encuentren al servicio del monarca están obligados a presenciarla.

No tenía ni idea de lo que estaba hablando, más bien estaba pasmado por la repentina marcha de lady Francesca; sin embargo, los demás presentaban un aspecto tenso y enervado y sorprendí al maestro Benjamin respirando con ansiedad. Volvimos a entrar en palacio, recorrimos corredores inundados de sol hasta salir a un gran patio. Por fin nos hallamos en una tribuna sobre un pórtico columnado; a nuestros pies se extendía un patio enlosado en blanco y negro. El rey, rodeado por sus personalidades más eminentes, semejaba un emperador romano a la espera de presenciar un espectáculo de gladiadores. El resto de la corte emitía murmullos enervados salpicados de risotadas en forzada credulidad, claramente sobrecogida por lo que iba a acontecer.

Sinceramente, era una pesadilla. Un heraldo profirió un agudo sonido de trompeta. Abrieron una pequeña puerta del patio por la que salió una breve procesión conducida por el verdugo jefe vestido de negro de pies a cabeza; tras él seguía un

macero real y otros auxiliares. De nuevo otro agudo sonido de trompeta y apareció una hilera de condenados; su aspecto era el de todos los condenados del mundo: sucios, desgredados, macilentos, descalzos, esposados por las muñecas y los tobillos. El macero leyó la lista de crímenes. No entendí todo lo que dijo, pero la palabra *trahaison*, traición, fue repetida. Ahora bien, nuestro Gran Homicida en Inglaterra se aficionó a enviar esposas y amigos al tajo pobre John Fisher, obispo de Rochester, tuvo que presenciar la erección de su propio patíbulo, pero Enrique siempre procuró mantenerse alejado del lugar de ejecución. Se hallaba bailando cuando Ana Bolena murió y de caza cuando a empellones arrastraron a la pobre Catalina Howard a la muerte en la Tower Green. Pero Francisco quería presenciar cómo se ejecutaba su justicia. Su corte era así, oscilando entre la más refinada erudición literaria hasta los más descarnados horrores de la Edad Oscura. (Oh, digamos de paso que la cosa fue de mal en peor, hombres enfurtidos en pieles de reses eran acosados y mordidos a muerte por una jauría de perros. Los palacios franceses se convertían en campos de juego del criminal. Uno de los hijos de Francisco murió debido a un extraño veneno desleído en el agua. El asesino fue descuartizado por cuatro caballos. Otro de sus hijos murió mientras jugaba a tirar bolas de nieve y alguien arrojó por una ventana un pequeño mueble encima de él y le aplastó el cráneo. A Catalina de Médicis, nuera de Francisco, le gustaba que le trajeran los despojos de sus adversarios apenas muertos en el patíbulo a fin de inspeccionarlos y se entretenía en encerrar a sus prisioneros en jaulas de madera suspendidas de vigas. Sé de qué se trata. Pasé una condenada semana en una de ellas. Pero esto ya es otra historia).

En aquella soleada mañana en Fontainebleau, sin lugar a dudas, pude observar el lado oscuro de la corte de Francisco. Dos hombres fueron apresuradamente sometidos al garrote vil; sus últimos estertores se oyeron como un resonar de truenos en el silencio del patio. A otros dos les rajaron las narices y los desorejaron, mientras que a un quinto, al pobre infeliz le cosieron los labios y los párpados, seguidamente lo metieron en un gran saco junto con dos perros mestizos y lo arrojaron al río más cercano. Las sentencias fueron llevadas a cabo en un silencio mortal interrumpido solamente por los estremecimientos y gemidos de las víctimas, los gruñidos del verdugo y los sollozos reprimidos de algunos de los cortesanos. Benjamin se volvió de espaldas, pero yo me mantuve en mi sitio como si hubiera echado raíces fascinado por los horrores que se perpetraban.

Era consciente ahora del motivo por el que sir Robert Clinton había despedido a lady Francesca, o cuando menos, así lo creía. Finalmente, el macabro espectáculo acabó; la trompeta resonó estridente, el verdugo auxiliar y otros auxiliares limpiaron el patio, hicieron desaparecer la sangre y los cuajarones hasta que quedó como si los estrangulamientos y las mutilaciones no fueran más que una pesadilla. Los heraldos nos anunciaron que debíamos volver al mismo patio para presenciar otro espectáculo.

El monarca francés se puso en pie y dio unas palmadas. Los cortesanos, en su mayoría como yo, pálidos, a quienes su aspecto traicionaba, se reintegraron a sus ocupaciones. Muy pocos manifestaron deseos de comer o beber algo. Benjamin me agarró por la manga y dejamos a Dacourt y a los demás murmurando sobre la crueldad de los franceses comparada con la clemencia de nuestro soberano inglés. ¡Lo que me pareció realmente irrisorio!

Benjamin me llevó de nuevo a los jardines.

—¿Qué opinas, Roger? —preguntó.

—Una salvajada —repliqué.

Benjamin miró fijamente al cielo azul.

—Nadie debería ser tratado como esas víctimas —entornó los ojos—. Francisco debe de haber leído a Maquiavelo. Esas ejecuciones tienen el sesgo de una advertencia, por muy hermoso que sea el palacio, por más generoso que se muestre Francisco, por espléndido que sea este jardín, el rey no puede tolerarlo.

—¿Tú crees que nos dirigía una advertencia, maestro?

—Tal vez. Debe intuir que deseamos apoderarnos de esa sortija. Naturalmente, en general podría tratarse de una amenaza. Me pregunto quién puede ser nuestro espía —murmuró cambiando de asunto.

—Millet se ausentó anoche.

—Sí, y me di cuenta de que se escabulló durante las ejecuciones. Le musitó a Dacourt que se sentía mareado. Pero nuestro buen amigo Vauban también acabó por ausentarse, y lo encuentro extraño porque no me sorprendería que a Vauban le guste presenciar cómo mueren otros.

—Ya sabemos una cosa, maestro.

—¿Qué es?

—El espía y el asesino son una única persona.

—Sí. Puedo concebirlo perfectamente. Debe de haber sido alguien del castillo la noche en que murió Falconer y alguien que llevaría la botella envenenada de vino al abate Gerard —Benjamin se mordió el labio—. Al parecer, también Vauban y sus luciferinos revelarían su conocimiento de los secretos ingleses cuando los documentos llegasen a Francia.

—Esto excluye a Robert Clinton, a su esposa y a su colaborador.

—¿Por qué?

—Bueno, porque se encontraban en Inglaterra cuando Falconer y Gerard murieron.

—Cierto, cierto —musitó Benjamin—. Sin embargo, me pregunto acerca de lady Francesca. ¿Por qué los mensajeros reales llevaban obsequios a dicho convento?

—¿Y por qué el espía utiliza el nombre de Raphael? —pregunté—. Oh, ya sé que es el nombre de un arcángel, aunque Falconer parecía fascinado por esta

denominación y me pregunto si dicho nombre no contendrá una pista sobre este misterio.

Conversamos durante unos momentos en una tranquila glorieta del jardín. Examinamos nombres y reflexionamos sobre la identidad del traidor y asesino hasta que llegó Venner.

—¡Sir Robert Clinton requiere vuestra presencia! —dijo en voz alta apenas nos descubrió—. El rey de Francia ha preparado otra mascarada —rió enseñando los dientes—. No creo que sea una repetición de los horrores de esta mañana.

Seguimos a Venner y departimos alegremente sobre un jabalí que había visto enjaulado en otra parte de palacio.

—Un animal magnífico —murmuró—. Fue el rey en persona quien lo capturó. Se siente tan obsesionado por la caza como por las damas. ¿No sabíais que cuando murió su lebrél predilecto mandó despellejarlo y hacer unos guantes con su piel especialmente modelados para él que estuvo usando durante meses en memoria de su can?

—¡Confío que no trate de desollarnos a nosotros! —repliqué—. ¿Qué intenciones tiene, ponernos a luchar contra el jabalí?

(¡Todo cuanto puedo decir es que muchas de las palabras veraces son en ocasiones pronunciadas en son de broma!).

Encontramos a los demás cortesanos congregados en la galería que daba al patio. Millet se había reunido con nuestro grupo. Seguía pálido y llevaba la parte delantera de su jubón manchada de vómitos. Los demás charlaban alegremente, bebiendo y comiendo de unas bandejas que pasaban unas muchachas ataviadas con paño de oro. Lady Francesca también se hallaba entre nosotros, importunando a Dacourt por su bigote, mientras sir Robert disertaba a Throgmorton acerca de la veracidad de la ciencia alquímica. Se volvió e hizo un gesto para que nos uniéramos a ellos, arrastrando a Benjamin en la discusión, en tanto que yo me mantenía allí observándolo todo.

El rey francés estaba aposentado en su trono, su obesa consorte a un lado, mientras en el otro se hallaba Vauban musitando quedamente al oído de su señor. Miró hacia arriba y captó mi mirada, esbozó una sonrisa afectada y movió su mano como si fuéramos viejos amigos. Dirigí la vista hacia otro lado. Abajo, el patio había sido aseado, y en él se habían colocado unas figuras de madera de tamaño natural. Ahora, dejadme que os explique con detalle lo que ocurrió. Estaba de pie mirando hacia abajo al patio, desde una altura de unos tres metros, protegido por una sólida empalizada de roble que sobrepasaba mi cintura. A mis espaldas el resto del grupo estaba de palique mientras una serie de sirvientes deambulaba de un lado para otro. Sonó una trompeta, y una vez más se abrió la puerta de abajo, de la que salió un gigantesco jabalí, el mayor que jamás había visto expuesto en el recinto de un patio.

Parecía salido del mismísimo infierno: de tronco macizo, donde se engibaban sus músculos, una larga ristra de cerdas encrespadas recorría su espina dorsal; sus patas traseras eran negras y poderosas y su rostro era tan feo como pueda serlo el de mi capellán. Lo más sobresaliente eran su enorme y húmedo hocico y sus crueles y blancos colmillos, curvados como cimitarras. Incluso desde donde me encontraba podía advertir cómo resplandecía el furor en aquellos ojos y palpitaba en cada uno de los músculos de aquel cuerpo feroz.

La bestia estuvo piafando en el suelo, con la respiración entrecortada, y capté una bocanada del hedor que despedía. Un silencio mortal descendió cuando todos se agolparon sobre la empalizada, los cuellos tensos, los ojos puestos sobre la bestia terrible. Durante unos cuantos segundos, se mantuvo ladeando la cabeza ligeramente de un lado para otro, luego advirtió las figuras engualdrapadas de vivos colores y cargó contra ellos con furia. Desplazó sus macizas dimensiones con la celeridad y la gracia de un lebel, astillando las figuras, retornando seguidamente contra ellas para acabar de destrozarlas con esos crueles colmillos. La multitud coreó sus movimientos con un escarceo de aplausos. La bestia se detuvo mirando con furia a los que le atormentaban.

Yo estaba fascinado. Me encontraba apoyado hacia delante como todos los demás, cuando alguien me propinó un empujón malintencionado en medio de la espalda y basculé cabeza abajo del parapeto. Se suponía que debía caer de bruces al patio aunque el miedo suele aguar la habilidad del viejo Shallot. Aun cayéndome logré aferrarme a un saliente de piedra que recorría por debajo del parapeto. Fui consciente del griterío que se formó. Benjamin me llamó. Busqué un mejor asidero aun percibiendo el impulso atacante del jabalí, que se detuvo justo debajo de mí, con el cuello erguido, la cabeza oscilando de un lado hacia otro, y sus peligrosos colmillos casi rozándome los talones de las botas.

—¡Roger, coge mi mano! —exclamó Benjamin inclinándose por encima del parapeto y extendiendo el brazo.

Magullado y bamboleante, solté mi asidero para asir su mano y se me escurrió. Aunque se trataba de una distancia de pocos metros, me pareció que caía desde una altura de varios kilómetros. El jabalí, asustado, se alejó trotando, se volvió y se me quedó mirando fijamente. Bajó la cabeza hurgando con las pezuñas, y de repente se lanzó contra mí, furiosamente. No había dónde escapar. Me quedé mirando aterrorizado a la enorme bestia negra que venía cargando sobre mí. De pronto zumbó un dardo de ballesta y el jabalí paró en seco, como desmedrado. Vi su hocico que volvía a bajar para volver a la carga, y fue entonces cuando el jabalí se derrumbó por uno de sus costados. Solamente entonces me di cuenta del dardo profundamente hundido por encima de los ojos de la bestia. Oí el aplauso, los gritos de «¡Bien hecho!» y miré hacia arriba. Benjamin estaba allí en pie sosteniendo la ballesta,

probablemente arrebatada a uno de los guardas próximo a él. Vauban me dirigía una sonrisa falsa, enseñándome los dientes.

—¡Monsieur Shallot! —gritó—. ¡Se suponía que estabais viendo el espectáculo, no formando parte de él!

Observación que fue traducida al francés y provocó un rugido de risotadas. Me limité a agacharme sin osar erguirme. Me hallaba sumido en un estado de amedrentamiento, temeroso de orinarme o caer desplomado como un montón de escarnio.

—Monsieur —grité—, os agradezco vuestro interés.

Vauban se encogió de hombros.

—Cada uno de nosotros tiene un ángel de la guarda que vela por él —replicó—. ¡Tal vez el vuestro sea el maestro Daunbey!

Se abrió la puerta del patio y por ella salió Benjamin. Me puso en pie aferrándome de un brazo como si fuese un niño, llevándome afablemente y apartándome de todos los que me expresaban sus parabienes y felicitaban, del grupo de Dacourt y los demás, hacia una pequeña habitación. Hizo que me sentase y me dejó durante algunos minutos; a su vuelta trajo una gran copa de vino llena hasta los bordes.

—Bebe esto —ordenó—. Pero bébelo despacio.

—Vauban y sus condenados ángeles —gemí—. ¡Me empujaron! ¡Me empujaron deliberadamente! Por el amor de Dios, maestro, ¿quién fue?

—No lo sé. Todos nos encontrábamos al borde de la galería, inclinados sobre el parapeto. Había sirvientes que iban y venían. Yo me hallaba mucho más adelante, a tu izquierda. Pareció como si te hubieras deslizado del parapeto. Creí que te había dado un síncope.

—Algún hijo de mala madre me empujó —repetí—. Pero ¿por qué?

Benjamin se limitó a mirar por la ventana sacudiendo su cabeza.

—Por lo que parece, tú sabes algo, Roger. Me pregunto, ¿el qué?

Nos interrumpió una llamada en la puerta, y entraron Clinton y Dacourt.

—Shallot, ¿estáis restablecido? —preguntó Clinton.

—Oh, sí, tan bien como una flor en primavera —gruñí—. Me sentiré incluso mejor cuando mis intestinos dejen de agitarse y mis piernas recobren algo de su vigor. Sir Robert rió enseñando los dientes.

—Fuisteis empujado —observó en un susurro.

—¡Tonterías! —interrumpió Dacourt.

—No, no, le empujaron —repitió Clinton—. Por quién o por qué motivo, lo ignoro, aunque ya es hora de que dejemos este lugar. ¡Ya presenté mis respetos a Su Muy Cristiana Majestad! —las palabras fueron pronunciadas como si las escupiera—. Y creo que es ya el momento de que nos pongamos en camino.

Clinton se detuvo ante la puerta y miró hacia atrás.

—¿Sabéis quién os empujó, Roger?

—No, pero si lo supiese, ¡el bastardo estaría yaciendo sobre el condenado jabalí!

Clinton hizo una mueca. Dacourt echó una mirada por encima de mí y salió fuera siguiéndole.

—Anda, vámonos, Roger —murmuró Benjamin—. Tengo la impresión de que no han concluido los horrores.

Abandonamos Fontainebleau justo cuando el gran reloj ornamentado tocaba las doce y media del mediodía. Los enervamientos debidos al accidente habían menguado. Venner se mostró de lo más solícito, mientras Benjamin se mantenía reservado, el colaborador de Clinton iba cabalgando a mi lado, ofreciéndome generosamente su bota, que había birlado en la cocina. Dacourt y Clinton iban a la cabeza mientras unos cuantos jinetes de Vauban, bergantes pelirrojos en armadura, realizaban la vigilancia en vanguardia y a retaguardia. Seguimos por los blancos y polvorientos caminos. Hacía un sol de justicia y por el ardor del día hasta los pájaros guardaban silencio buscando el frescor en el oscuro verdor de los bosques circundantes. Tras cabalgar dos horas, nos detuvimos. Clinton comentó que su caballo cojeaba bastante y pidió a Throgmorton que lo examinase. Venner extendió unos manteles al pie de algunos árboles y esparció pasteles y pan recién horneado, envueltos en paños de lino que su maestro había encargado en las cocinas reales. Fueron distribuidas pequeñas copas de asta vidriadas y Clinton extrajo un frasco de vino precintado.

—Un obsequio de monsieur Vauban —comentó por lo bajo—. El mejor clarete del primer año del reinado de Su Majestad.

Arrancó el precinto y medio llenó su copa. El sol rielaba sobre los numerosos anillos de sus dedos. Nos hallábamos sentados en semicírculo. Lady Francesca llevaba un sombrero de alas amplias con un velo de puntilla que protegía su piel del calor y el polvo.

—¡Id con cuidado, sir Robert! —gritó de pronto Benjamin.

Clinton se detuvo, la copa a media distancia de los labios, mientras todos se quedaban mirando fijamente a mi maestro.

—Lo que le ocurrió a Roger esta mañana —continuó— no fue ningún accidente. Falconer murió después de haber bebido vino, lo mismo que el abate Gerard. ¿Cómo sabemos que el obsequio de Su Muy Cristiana Majestad no está envenenado?

Miré hacia atrás. Los jinetes de Vauban también se habían detenido. La mayoría había desmontado y estaban echados a la sombra de los árboles hablando quedamente con la cantinela de sus extraños acentos. Una punzada de temor me recorrió la espina dorsal. A pesar del vino que había bebido en Fontainebleau, seguía sintiéndome amenazado, hostigado por alguna silenciosa furia vindicativa. Clinton entornó los

ojos y olfateó el vino.

—El precinto estaba intacto —comentó—. No creo que a Su Muy Cristiana Majestad le gustase dar explicaciones a su hermano de Inglaterra del por qué sus enviados murieron después de beber un poco de su vino, particularmente donado por el rey de Francia —sir Robert sonrió, dio un sorbo y chasqueó los labios—. Si esto es veneno —anunció—, entonces lo beberé todos los días.

La tensión remitió, y repartieron el vino, Clinton lo escanciaba mientras Venner distribuía los vasos. Se reunió con nosotros Throgmorton notificando que el caballo de Clinton no tenía nada de cuidado. La comida fue servida y puntualmente ingerida. El comentario de Clinton desvaneció nuestras suspicacias y nos entretuvimos chismorreando sobre lo que habíamos visto en la corte de Francia. Lady Francesca, no obstante, guardó silencio, sorbía su vino, pero rehusaba todo alimento. Continuamos nuestro viaje, y habríamos cabalgado durante una hora más cuando Throgmorton detuvo su caballo sujetándose el estómago, dando boqueadas, mortalmente pálido y con el cabello empapado en sudor.

—Estos dolores —gruñó—. ¡Oh, Dios mío!

Nos congregamos a su alrededor. De repente Throgmorton vomitó, y sus facciones adquirieron un tinte azulado.

—Me han envenenado —murmuró—. ¡Esto es veneno!

Extendió una mano hacia Benjamin y, antes de que pudiéramos impedirlo, se deslizó de su montura y se estrelló contra el suelo; su caballo, amedrentado, salió huyendo de miedo. Desmontamos y lo rodeamos. Durante unos breves segundos, Throgmorton se revolvió como un pez fuera del agua, dando agudas y cortas convulsiones, vomitando, boqueando y tratando de respirar. Se encogió como un perro, arqueando la espalda, y acto seguido falleció con la boca y los ojos abiertos.

Lady Francesca se dio la vuelta, empujando con su mano enguantada el velo de puntilla hacia la boca como si también ella quisiera sentirse enferma. Peckle, Millet y Venner se mantenían allí como chiquillos asustados. Dacourt profirió una maldición en voz alta mientras Clinton ayudaba a mi maestro a encontrar el pulso del ahora postrado físico.

—Ha muerto —comentó Benjamin—. Sir John, os agradecería que mantuvierais alejados a los jinetes de Vauban. Decidles que el bueno del físico ha sufrido un ataque al corazón.

—¿Lo ha sufrido? —preguntó Clinton.

Benjamin dio la vuelta al cuerpo y olfateó su boca entreabierta.

—No se trata de un ataque cardíaco, sir Robert. Fijaos en la lividez de su piel y en el azul de los labios. Throgmorton ha sido envenenado, probablemente con arsénico blanco o rojo. Si hubiese vomitado antes, tal vez habría sobrevivido.

—¿Actúa el arsénico con tal rapidez? —inquirió Clinton y recordé el vivo interés

que tenía por estas cuestiones—. Con seguridad no, maestro Daunbey, tendría que haber sido una gran dosis. Sospecho que debió de estar mezclado con alguna otra cosa, algo que afectaría al corazón de Throgmorton.

Mi maestro se mordió el labio y tocó suavemente el húmedo carrillo del hombre muerto.

—Tal vez esté en lo cierto, sir Robert.

—Sé que lo estoy; arsénico y quizá digital o bien belladona. ¿Pero cuándo? Todos hemos bebido del mismo vino, ¿y quién podría adivinar qué porción de comida eligió Throgmorton?

Clinton tenía los cestos que contenían la comida y el vino sin desempaquetar. El resto de las sobras fue cuidadosamente examinado, la botella de vino inclusive y las copas, aunque éstas hubieran sido lavadas con esmero en un riachuelo cercano; no se halló ningún rastro de veneno. Clinton miró el cielo, rojo sangre en el crepúsculo.

—Debemos proseguir —ordenó—. Deberíamos recogerlos antes de que anochezca. No falta más de una hora para llegar a Maubisson.

Pusimos el pobre cuerpo de Throgmorton sobre su caballo y nuestro sombrío viaje continuó como surgido de un sueño macabro. Cabalgamos por la senda campestre a través de bosques oscuros y exuberantes campos verdes, dejando atrás caseríos sólo delatados por tenues espirales de humo. Los jinetes de Vauban, de brillante colorido, se arracimaban en torno nuestro. Lady Clinton disimulaba; sir Clinton y mi maestro, sumidos en profunda conversación; los demás, cabalgaban en silencio; y, a retaguardia, conducido por el pobre Venner, el horrible cadáver de Throgmorton, atado a su caballo como si la propia Muerte nos estuviera empujando hacia Maubisson.

Encontramos el castillo perezosamente adormilado bajo el cálido sol vespertino. Los hombres de Vauban volvieron a su campamento fuera de las murallas mientras nosotros cruzábamos el puente levadizo y Dacourt vociferaba pidiendo sirvientes. El cuerpo de Throgmorton fue amortajado y trasladado junto al de Waldegrave a la pequeña capilla, con estrictas órdenes de Dacourt de que ambos cadáveres fueran llevados al cementerio del pueblo y recibieran sucinta sepultura.

Entonces el embajador nos ordenó a todos que pasáramos a la sala, donde fueron colocados sobre la mesa los cestos de comida; mientras Clinton nos mandó situarnos en el mismo lugar que ocupábamos cuando la última y horrible comida de Throgmorton. Se hizo traer una botella de vino, e imitando siniestramente nuestra merienda, se sirvió el vino. Con todo, nada pudo aclararse.

—¿Era la comida —inquirió Benjamin— o el vino lo que estaba envenenado? Si era la comida, entonces ¿cómo sabría el asesino qué porción iría a tomar el pobre Throgmorton? Todos bebimos del mismo vino y nadie sabía de qué copa bebería.

La discusión continuó. ¿Podiera ser un artículo de la vestimenta de Throgmorton?

Peckle y Venner fueron enviados a examinarlo, pero regresaron sin saber más.

—Pudieron haberlo hecho los franceses —comentó Clinton—, antes de que Throgmorton abandonase Fontalnebleau.

—No —se opuso Benjamin—. Throgmorton no empezó a transpirar hasta que dejó de comer y beber con nosotros. Alguno de nosotros es el envenenador.

Las palabras de mi maestro acallaron todo clamor y discusión. Lady Francesca se inclinó hacia delante con los trazos de su pálida cara, marcados.

—¿Pero por qué? —preguntó—. ¿Por qué el pobre Throgmorton? ¿Cómo podemos saber —continuó— que él era la víctima propiciatoria? Tal vez su muerte fuese un error y el veneno estuviera destinado a otra persona.

La perspicaz observación de lady Francesca hizo mella en todos nosotros. Recelamos unos de otros. Hubo murmullos y disculpas y la reunión se deshizo. Benjamin y yo regresamos a nuestro aposento y mi maestro se echó sobre su lecho mirando fijamente al techo.

—Lady Francesca pudiera estar en lo cierto —empezó—. Tal vez la muerte de Throgmorton no fuera más que un error —siguió mirando a las vigas—. Hasta ahora —dijo—, Vauban y sus luciferinos controlaban el juego. Todo lo que hacemos es brincar como marionetas pendientes de sus hilos. Quizá sea el momento de que cojamos la cuestión entre nuestras manos.

—¿Y hacer qué? —pregunté—. ¿Atacar el palacio del Louvre, apresar a Vauban y torturarlo hasta que nos lo diga todo? Conociendo a ese sádico bastardo —añadí—, ¡probablemente le gustaría!

Benjamin sonrió desmañadamente.

—Una sugerencia que vale la pena, Roger, pero deberíamos dejar de lado a Vauban, él solamente recibe información. Nosotros vamos tras el hombre o la mujer que le suministra tal información y va tras nuestras sospechas.

—¿Como quién?

—Bueno, el maestro Millet para empezar. Se escabulle de aquí por la noche. Desaparece durante el fastuoso banquete del rey de Francia —Benjamin balanceó sus largas piernas fuera de la cama y se me quedó mirando—, y, por cierto, ese banquete me dio una idea. De todos modos, Millet es nuestro objetivo. Dudo que salga de Maubisson esta noche, pero mañana, Roger, te deslizarás entre los hombres de Vauban; te quedas esperando en el bosque, y le sigues por París.

—Oh, gracias —repliqué—. ¡Justo lo que necesita el viejo Shallot! ¡Deambulando por las pestilentes calles de París con Vauban y sus condenados luciferinos yendo tras de mí!

—París ya lo conoces.

—Sí, ¡conozco el maldito París! —gemí—. ¡Porque allí estuve durante meses, muriéndome de hambre y de frío, antes de que medio me ahorcaran en Montfaucon!

—Escúchame —Benjamin se levantó y me puso una mano sobre el hombro—. Quiero que vayas a París. Tenemos que saber dónde va Millet y con quién se encuentra. Tú conoces los lugares que frecuentan los *maillotins*. Conociste a uno de sus líderes, Broussac. Primero intenta enterarte de si él o sus camaradas estuvieron mezclados en el ataque que tuvimos aquí. Segundo —su larga cara se deshizo en una amplia sonrisa—, quiero que contrates a la cortesana más costosa de París, alguien nuevo, desconocido, alguien que atraiga al monarca francés.

Me quedé completamente perplejo.

—¿Qué vamos a hacer, maestro? ¿Enviarla a la alcoba de Francisco para que le pida la sortija?

—¡No, no! Dentro de una semana vamos a celebrar la festividad de san Juan Bautista, santo patrón de Inglaterra. Voy a persuadir a Dacourt y a Clinton para que abran los cofres y ofrezcan un suntuoso banquete en el que el rey Francisco sea nuestro invitado de honor. Nuestra chica se hallará presente —se encogió de hombros—. El resto lo dejamos al azar.

—¿Y si no surte efecto?

—Si no surte efecto, mi querido Roger, intentaremos otra cosa. Pero Francisco acudirá, y con él Vauban. Tendremos ocasión de observar a los franceses y de ver si ocurre algo. Por lo demás —abrió un pequeño cofre, sacó un rollo de pergamino, un tintero y una pluma, y se sentó ante una pequeña mesa, pluma en ristre—, intentemos hacer una lista —dijo— de lo que sabemos. Durante dieciocho meses un espía en la corte inglesa ha estado vendiendo secretos a los franceses. Él o ella utiliza el nombre de Raphael. Hace dos meses, justo antes de Cuaresma, Clinton y lady Francesca vinieron aquí, y sir Robert, junto con Falconer, intentó descubrir quién era Raphael. Falconer perdió a uno de sus mejores espías en París aunque antes le fuera facilitado el nombre de Raphael. Entonces Clinton y su esposa marcharon a Inglaterra.

»Los mensajeros que iban y venían de la corte inglesa se detenían normalmente en el convento donde se había educado lady Francesca. No hay nada sospechoso en ello. Por lo que puede apreciarse, lady Francesca estaba encariñada con dicho convento. Le enviaban obsequios y ella hacía otro tanto —Benjamin hizo una pausa mientras su pluma rasgaba sus conclusiones por el pergamino—; ahora bien —alzó la mirada hacia mí—, esos correos también tienen interés para nosotros. Dos de ellos fueron asesinados fuera del convento, de camino a París, aunque las valijas diplomáticas de que eran portadores no fueron violentadas sino devueltas intactas a la embajada inglesa. Nada ocurrió hasta después de Pascua. Falconer compartió algo de vino con Dacourt. Seguidamente subió alegremente a la cima de la torre pero luego se le encontró muerto a los pies de ella. El vino no estaba envenenado, Falconer no estaba ebrio, y estaba solo en la torre. ¿De modo que cómo murió?

Benjamin se me quedó mirando, yo agité la cabeza.

—Sobre la misma hora —continuó mi maestro—, un respetado sacerdote, el abate Gerard, fue hallado flotando cabeza abajo en su estanque de carpas. El abate Gerard había sido en su momento el confesor de nuestro soberano Enrique y éste le regaló una copia de *Sobre la castidad* de san Agustín, libro que ahora ha desaparecido, aunque a Vauban y a sus luciferinos les gustaría encontrarlo.

»Finalmente, tenemos el asunto de la sortija. Enrique ha hecho nuestra tarea más dificultosa al requerir su devolución. Pero aunque hasta el momento hemos tenido poco éxito con esta cuestión o con cualquier otra, Raphael sigue entregando nuestros secretos a sus superiores. Tú estuviste a punto de perder la vida en Fontainebleau, mientras que tanto Waldegrave como Throgmorton murieron en misteriosas circunstancias —Benjamin hizo una pausa soltando un hondo suspiro—. ¿Qué más sabemos? Que Millet está actuando sospechosamente. ¿Alguna otra cosa?

—Sabemos —dije— que el asesino es alguien de la embajada. Que los secretos sólo son revelados en cuanto llegan a Maubisson o a nuestra embajada en París. Pero tienes razón, maestro, la única pista que poseemos es el comportamiento sospechoso de Millet.

Capítulo 9

Temprano al día siguiente, me amarré al talle un monedero cinturón, me armé con una temible espada y una daga. Ensillé mi caballo, pasé por la poterna y me las arreglé para dar la vuelta a los hombres de Vauban, siguiendo las sendas campestres hacia el camino principal de París. Millet debería tomar la misma ruta para su viaje nocturno y yo, cuanto debía hacer era abandonar aquel camino, quedarme acechando tras los árboles y atender a su llegada. Naturalmente, eso significaba realizar una tediosa espera, que interrumpía con el consuelo ocasional de un sorbo de mi bota y pensando en mi querida Agnes. Me sentía bastante sensiblero y ensimismado en mi desgracia, de modo que casi me pasó por alto el trotar del caballo por la senda guijarrosa. Mi larga espera fue recompensada: Millet, ataviado de punta en blanco como un cortesano, cabalgaba hacia París sin cuidados y con la mayor tranquilidad.

Dejé que se adelantara, siguiendo las instrucciones de Benjamin, esperando un cuarto de hora antes de comenzar su lenta persecución. En cuanto nos aproximamos a la Porte d'Orleans la tarea se facilitó por cuanto las vías públicas se obstruyeron con frailes deambulantes, buhoneros, mercaderes, patanes, escolares itinerantes e incluso algunos gitanos con sus caravanas pintadas de vivos colores y su oso domesticado que danzaba al son de una flauta estridente. Era sencillo mantener a Millet bajo vigilancia. Metió a su caballo en un establo justo al lado de la puerta de entrada. Yo hice otro tanto y, acto seguido, seguí sus pasos a través de las sinuosas calles de París.

La ciudad rebosaba de ruidos y griteríos. Todo malhechor de la cristiandad parecía estar congregándose con sus compinches como un enjambre de moscas sobre un mojón: músicos, estudiantes con sus apretados calzones que ponían en evidencia su escroto; vendedores de reliquias, traperos con sus carretillas llenas de harapos; caballeros; porteadores; sacerdotes; quincalleros y pordioseros; jóvenes nobles con halcones en sus muñecas, cabalgando a través de toda esta barahúnda, que adiestraban a sus aves rapaces para que no se excitaran o agitaran por cualquier ruido. Los ahorcados colgaban de la picota. Cerca del Grand Pont, la cúspide de una iglesia se había derrumbado y estaba rodeada por una muchedumbre de mirones. Carros llenos de provisiones intentaban abrirse paso desde el Sena y se cruzaban con enormes carruajes conducidos por dos palafreneros, cada uno de ellos con bancos con cabida para seis personas. A última hora del atardecer repiquetearon las campanas procedentes de una docena de iglesias que rivalizaban con el griterío de los pilluelos que apedreaban un carro repleto de criminales, cada uno con una argolla alrededor del cuello, mientras iban de camino hacia la prisión de la ciudad.

En ningún momento quité la vista de encima del vistoso justillo del maestro Millet cuando éste se introdujo por las fétidas calles, correteando elegantemente por entre los montones de desperdicios y agachándose cuidadosamente para soslayar los

letreros pintados que colgaban de las casas, en ocasiones tan juntos los unos a los otros que obstruían la luz del sol. Atravesamos el Petit Pont en la isla de la Cité. Durante un tiempo mi perseguido correteó por debajo de las torres de Notre Dame cuyas gárgolas de piedra parecían gruñir por encima de nosotros. Se detuvo ante una expendeduría de vinos. Esperé afuera, comprendiendo que el maestro Millet estaba ganando tiempo. Cuando salió se dirigió directamente al cercano cementerio de la iglesia de los Santos Inocentes.

El camposanto tenía la amplitud de una gran pradera, circundado por un alto muro de ladrillos. Era uno de los lugares predilectos de encuentro para los parisienses; los amantes se tendían sobre la alta hierba mientras los buhoneros exponían sus mercaderías encima de las lápidas carcomidas por la intemperie. ¡Extraño lugar, este cementerio! El barro allí era tan fétido que algunos aseguraban que estaba mezclado con azufre, y se había convertido en el lugar preferido para los entierros porque los cadáveres que allí se inhumaban se descomponían rápidamente. Un guasón decía que se descomponían solamente en nueve días. Se enterraban los cuerpos a unos cuantos centímetros de la superficie y vi a dos perros disputándose un hueso de un recién fallecido. La mayoría de las lápidas, desgastadas por la intemperie, se habían derrumbado y contadas cruces de madera todavía se erguían ladeadas de mala manera. En el centro se erigía una gran luminaria de vigilancia, un grueso cirio de sebo colocado sobre un elevado zócalo de piedra, protegido por una caperuza de metal, cirio que se encendía todas las noches para resguardarse de los malos espíritus. En el muro del cementerio se habían construido pequeñas bóvedas donde las personas más acomodadas enterraban sus despojos con la piadosa esperanza de que sus huesos no se convirtieran en pasto de los perros carroñeros. Por encima de estas bóvedas había un enorme sobrado o buhardilla. Con cierta frecuencia se procedía a limpiar el cementerio de todos los despojos mortuorios con el fin de dejar sitio para los nuevos cadáveres. Los huesos recogidos eran arrojados a dicha buhardilla y, cuando la vi, la pila amontonada tenía cuando menos unos dos metros de altura. Lo cierto es que los franceses habían acuñado un chiste: ¡para un cristiano, el paraíso era el cielo, pero para un can el paraíso era el osario de los Santos Inocentes!

Millet estuvo deambulando por este macabro lugar. Le vigilé cuidadosamente. Tenía la seguridad de que no me había visto, pero al mismo tiempo me sentía intranquilo. Presentía que me estaban vigilando, pero cuando me volvía de pronto o me ocultaba en las esquinas nunca advertí nada inquietante. Al final Millet entró en la iglesia de los Santos Inocentes. Le seguí y me quedé admirando la Danza de la Muerte esculpida sobre piedra. (Creedme, si rebozáis de los regocijos primaverales, esa escultura pronto os recordará que en medio de la vida nos hallamos con la muerte. El escultor debió de poseer su propio espíritu genial, por cuanto la Muerte y su escuadrón de demonios danzan en un pétreo frenesí a lo largo del friso recogiendo

monarcas, emperadores, papas, obispos y supongo que, a su debido momento, incluso al viejo Shallot). Se oyó el repiquetear de una campana, su hueco sonido fue propagándose por encima del camposanto, entonces vi a Millet salir de la iglesia, de modo que me escondí entre las sombras y le dejé que siguiera su camino. Advertí a otras personas en el cementerio que habían comenzado a agitarse y me pregunté si aquel sonido de campana no sería el toque que indicaba el cierre del cementerio.

Millet, sin embargo, seguido por otros gomosos y petimetres, dejó el cementerio por una pequeña puerta poterna y se dirigió hacia arriba por una callejuela, a una taberna de aspecto deslustrado con una hoz de oro en su parte superior. En el interior, el lugar era amplio, espacioso, limpio y bien aseado. Cada mesa estaba oculta en un privado sombreado y el vino era servido por jóvenes muchachos que llevaban calzones prietos y justillos cortos y cuyo aspecto, corte de pelo y andares eran los de una descarada mujerzuela. Sus labios estaban pintados de carmín y el que me sirvió llevaba más polvos en la cara que cualquier pundonorosa ramera de Londres hubiese usado. Pedí vino y vigilé cuidadosamente el otro extremo del local, donde Millet estaba sentado.

Ahora bien, durante mi juventud puede que estuviese falto de experiencia, pero no me llevaban a engaño alguno esa hoz de oro ni la presencia de Millet en dicho lugar. Aquello era un establecimiento para homosexuales o de este modo los vecinos de Southwark lo hubiesen calificado: un establecimiento de bebidas donde chicos o personas mayores, a quienes les gustaban otros hombres, podían encontrar varones de gustos parejos a los suyos en un local, acogedor e íntimo, a buen recaudo. Creedme, ¡tenían que andar con cuidado! Las leyes contra la sodomía y el vicio contra natura eran tan crueles en París como lo eran en Londres. De sorprender a un culpable, éste podía verse ante la horca, el destripamiento y la castración; aunque supongo que al tiempo de llegar a lo último ya debía importar bastante poco. Ahora bien, no trato de emitir un juicio. Me limito a relatar las cosas tal como son, no como debieran ser. En realidad, expresándome con toda sinceridad, siempre me apiadé por los que eran como Millet: sus existencias no eran sino una eterna pesadilla, temiendo al traidor o al informador a sueldo que los perdiera.

Deseaba saber con quién se había citado Millet. Ciertos hombres se habían aproximado a su mesa pero fueron sumariamente desechados. (Mi capellán volvió otra vez a intervenir. «¿Hubo alguien que se os aproximara?», dijo despreciativamente. Bueno, nunca me tuve por un Adonis. Sí, se acercó uno, y, contrariamente a la opinión de mi capellán, no era un cegato, ¡sino que estaba más borracho que una cuba!). Transcurrió una hora. Tenía que ir con cuidado si no quería achisparme demasiado, puesto que el vino era fuerte y tenía cuerpo.

Al final entró un hombre joven, cubierto de pies a cabeza con una larga y negra capa, y con la capucha medio cubriéndole el rostro. Dirigió sus pasos hacia Millet.

Nuestro joven Horacio le sonrió y el extranjero se sentó. Se echó la capucha hacia atrás. Emití sonidos entrecortados. Veréis, tengo una memoria excelente, soy fisonomista y tuve la certeza de que había visto a este hombre entre los que estaban en el entorno de Vauban en Fontainebleau. Millet y dicho individuo hablaron durante un rato, luego se levantaron y dejaron la taberna. Les seguí durante unos minutos pero, cuando llegué a la oscura callejuela de al lado, habían desaparecido y, pese a mis maldiciones y a las carreras que me pegué de uno a otro lado, les perdí de vista. Estuve dando traspiés alrededor de la iglesia de los Santos Inocentes durante un buen rato, pero mi búsqueda resultó infructuosa, de modo que tomé la determinación de llevar a cabo la segunda parte de las instrucciones de mi maestro.

Ahora bien, si con anterioridad leísteis la primera entrega de mis memorias, recordaréis que el año anterior pasé algún tiempo en París como invitado forzado de los *maillotins* u «hombres del garrote», como a sí mismos se llamaban. Individuos de los bajos fondos de la sociedad parisiense que estaban en constante conspiración para provocar una revolución sangrienta que trajera el reino de Dios sobre la tierra, en la que la justicia y la prosperidad reinasen y fueran los humildes los que sin duda la heredaran. Por supuesto, no eran más que idiotas y soñadores. A lo que veo, la única tierra que los humildes heredan es un hoyo vacío como los del camposanto de los Santos Inocentes e incluso entonces, los perros procurarán que no permanezcan en él por mucho tiempo. Yo había hecho alguna amistad con los *maillotins*, especialmente con dos de sus líderes, Capote y Broussac. Capote había muerto ahorcado en el patíbulo de Montfaucon. Confiaba en que Broussac no hubiese recibido aún su justo merecido mientras iba deslizándome por las oscuras y pestilentes callejuelas de París de camino de la taberna, donde él y su comitiva de rameras siempre solían reunirse.

No me llevé chasco alguno. Broussac se encontraba en el mismo rincón bebiendo neciamente, rodeado por algunas de las arpías más vociferantes de la ciudad. En un principio no me reconoció, ¿pero no son maravillosas las monedas de plata? Saqué dos de ellas y la cara de Broussac enrojecida, abotargada por la cerveza y oscuramente velluda rompió a reír mostrando su boca desdentada y aquellos ojos malvados bailaron de felicidad.

—Pero, claro —vociferó echándome al cuello su maloliente brazo y depositando un beso empapado de vino en cada una de mis mejillas—. Señoras —gritó—, dejadme que os presente al maestro Roger Shallot, el único maldito de Dios, ¡el único hombre que fue ahorcado en Montfaucon y sobrevivió para contar su historia!

Le dije al ruidoso bastardo que cerrara el pico puesto que no quería ser arrestado por los prebostes por espía. Extraje otra pieza de plata. Broussac se volvió más sobrio que un cura, ordenó una nueva jarra de vino, dos de las copas más limpias del establecimiento y una mesa lo bastante alejada de cualquier presunto fisgón.

—Escucha bien, Broussac —empecé—, olvida los viejos tiempos. Aquí tienes

una moneda. Respóndeme a una pregunta: el asalto a Maubisson, ¿lo organizaron los *maillotins*?

Broussac agarró la moneda.

—No —respondió—. No lo organizamos. Nunca dejamos las calles de París. Pero por otra moneda puedo decirte quién lo hizo.

Dejé rodar otra pieza de plata por la mesa. Broussac la cogió al vuelo y desapareció en un abrir y cerrar de ojos. No sé cómo lo hizo, era como si dispusiera de bolsillos en las mangas: ahora la tenía en su peluda manaza y segundos después, la pieza había desaparecido.

—Vamos, suéltalo —inquirí—. ¿Quién demonios lo hizo?

—Mirad en torno vuestro, monsieur.

—Eso no es una contestación.

Vio mi mano irse en dirección a mi cuchillo.

—Vamos, vamos —ronroneó como un gato solicitando caricias—. Vamos, viejo amigo, ¿qué vas a hacer? ¿asestarle un golpe al pobre Broussac? Si lo haces, nunca dejarás esta taberna con vida. ¡Tal como se han puesto las cosas acaso podrías dejar tu piel aquí incluso ahora mismo!

Miré alrededor. A la luz deficiente que daban las pestilentes candelas de sebo, todos los clientes allí reunidos parecían ratas de dos piernas. Sus delgadas, pálidas o amarillentas caras de avariciosa mirada y la aguda forma de mirar ratificaron lo que Broussac había dicho y me maldije a mí mismo. Me encontraba en el mismo antro del demonio y todas esas caras eran las de sus compinches: jugadores con dados cargados, trajinantes de moneda falsa, rateros, proxenetas, prestidigitadores (en su mayoría frustrados), salteadores de caminos y noctívagos. Ciertamente, en cualquier otra circunstancia, me hubiera sentido mucho más a mis anchas pero había sido tal mi deseo por ver a Broussac que había cometido un dislate y ahora me estaba preguntando cómo saldría de allí. Broussac se inclinó hacia mí y me cogió por la muñeca.

—No os preocupéis —me susurró como si leyera mi pensamiento—. Sois amigo de Broussac. Os he dado el beso de la amistad.

—¡Ya, también lo dio Judas!

Broussac echó la cabeza hacia atrás y rió ruidosamente hasta que sus ojos desaparecieron por el abombamiento de sus músculos faciales.

—Escuchadme, Broussac —continué—. ¡No tengo el menor deseo de pendencia, pero os hice una pregunta y la pagué en plata de ley!

—Y yo os di una respuesta honesta. Estos picaros participaron en el ataque a Maubisson. Fueron controlados por unos matones y organizados por una persona importante, ignoro quién.

Adiviné que no recibiría más información.

—Hay algo más —me apresuré a añadir—. Necesito una ramera.

—¡Y quién no, amigo mío!

—No. Quiero una cortesana de clase y que me la traigan a Château Maubisson dentro de tres días. Tiene que asumir un nuevo nombre y no revelar a nadie su verdadera identidad. Si lo hacéis seréis recompensado generosamente.

La sonrisa de Broussac se amplió casi como si oyera el sonido de las monedas cayendo en su bolsa. Se levantó haciéndome señas para que le siguiera.

—Venid, aquí no podemos hablar.

Subimos al piso de arriba, a un cuartucho lleno de polvo, donde Broussac ordenó traer unos taburetes y buen vino, gritando que fuera el mejor, no el agua avinagrada que había estado sorbiendo abajo. Una cantinera, después de dar luz a las velas, se apresuró a traer lo que se le pidió. Broussac, con expresión seria de padre confesor, se inclinó hacia mí.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Para vuestros gastos, doscientas libras.

—¿Esterlinas?

—No, libras de Tours o cincuenta libras esterlinas de acuñación reciente.

—¿Y para la cortesana?

—Cuatrocientas libras de Tours o cien libras esterlinas.

—¿Dónde está el dinero?

Vacíé el contenido de una bolsita en su mugrienta manaza.

—Ahí van veinticinco libras. Antes de que os dé el resto, la muchacha debe encontrarse con nosotros, convenientemente vestida y que traiga consigo un vestido nuevo. Tiene que ser —continué— hermosa y agradable en conjunto. No como una de tus queridas —añadí—. Quiero una cortesana, alguien diestro en el arte y el gracejo social.

El viejo tunante no perdió ni una sílaba.

—Y para terminar, una cosa más —añadí—. Quiero marcharme de aquí y llegar a Maubisson sin ningún impedimento. He advertido abajo la panda de comadreja. No quiero que se me siga y se me golpee en la cabeza silenciosamente.

Broussac sonrió y levantándose señaló el esmirriado catre en un rincón.

—Esta noche os quedaréis aquí. Mañana —cogió la jarra de vino y la copa— volveréis sano y salvo a Maubisson.

Se fue cerrando sigilosamente la puerta tras él, y oí cómo ajustaba los cerrojos de la puerta. Esa noche dormí el sueño de los justos. Como comprenderéis, me fiaba de Broussac. Haría el viaje a Catay de ida y vuelta si veía que ello le rendía lo suficiente. A la mañana siguiente me despertó con modos y gestos serviles. Rompí mi ayuno con pan y vino, y Broussac, haciendo honor a su palabra, me condujo a través de las calles de París hasta la Porte d'Orleans sin dejarme hasta que las torrecillas de

Maubisson se asomaron entre la arboleda.

Mi retorno incitó poco interés. Benjamin escudriñó mis facciones y de inmediato me fue empujando hacia un lugar apartado del jardín donde me dejó hablar con entera libertad.

—El rey estará aquí dentro de cuatro días. ¿Tenemos ya a la señora adecuada, amigo mío? —me preguntó.

—Llegará dentro de tres días.

Benjamin asintió y se mordió nerviosamente uno de los labios.

—Estupendo. Eso nos dará tiempo para prepararnos. ¿Y en cuanto a lo demás?

Le describí con exactitud lo referente a Millet. Benjamin meneó la cabeza.

—¿Tienes la seguridad de que era uno de los hombres de Vauban? —me preguntó.

—Tan seguro como estoy sentado aquí.

Benjamin se puso en pie y medio irguió su cabeza escuchando el zureo de una paloma torcaz.

—Demasiado sencillo —murmuró—. Excesivamente simple. Oh, te creo, Roger. El maestro Millet es un hombre que quiere lo mejor de ambos mundos, pero dices que fue a la taberna y que despachó a los otros.

—Sí.

—Tal vez —continuó Benjamin— estemos pensando solamente en lo que se supone que debemos estar pensando —sonrió y me golpeó el hombro—. Por lo que se refiere al castillo, no ha ocurrido nada que fuera adverso —se encorvó y cogió una florecilla silvestre, se la llevó a la nariz y olfateó su suave fragancia—. A pesar de todo —dijo medio distraído—, estuve reflexionando.

—¿Sobre qué?

—Sobre el abate Gerard. Acaso sea el momento para que hagamos una visita a su iglesia.

—¿Regresó Millet? —pregunté.

—Oh, desde luego. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, si ese bastardo puede descansar —gemí—, ¿por qué no puedo yo?

—Vamos, vamos, Roger, estamos perdiendo tiempo. Dacourt acaba de recibir cartas de Su Majestad y del cardenal Wolsey. Tanto Enrique como mi querido tío están esperando resultados y hasta este momento no podemos darles ninguno. — Benjamin se puso a contemplar el cielo azul—. Los guardias de Vauban siguen aquí —dijo—, diseminados alrededor del castillo, pero son comilones y bebedores y Dacourt les ha provisto generosamente de una barrica de malvasía. Todos deben de estar o bien borrachos o durmiendo la mona, de modo que nos iremos ahora.

—Estoy hambriento —me quejé—, sediento y fatigado.

La sonrisa de Benjamin se desvaneció. Aproximó su alargado rostro muy cerca

del mío.

—Roger, atiende a lo que voy a decirte: si no tenemos éxito en estas cuestiones, ¡las preocupaciones que se nos vengán encima serán más graves que el comer y beber!

Bueno, ya me conocéis, aclarado de esta manera, las opciones que me quedaban eran mínimas. Volví a ensillar mi caballo y en menos de una hora salíamos por la puerta poterna, siguiendo la senda a sotavento que bordeaba el cerro y en dirección a la iglesia del pueblo de Maubisson. El cura Ricard no se alegró demasiado al vernos. El desgraciado individuo apenas se había recuperado del susto de las visitas de Vauban. Oh, nos invitó a entrar, pero el sonido de la bolsa de Benjamin fue lo que hizo de él un cordial anfitrión. Su ama de llaves nos sirvió dos tazones de sopa abundantemente aderezados con pimienta y guisantes, y cerveza aguada que debió de haberla hecho el propio Ricard.

—¿He de suponer —comenzó el cura de piel amarillenta— que no es ningún crimen conversar con las personas que favorecen a nuestra iglesia?

—¿Qué queréis decir?

—Bueno, me refiero a los enviados ingleses, sir John Dacourt y sir Robert Clinton. A menudo venían a oír la misa que celebraba el abate Gerard. Le hacían donativos y al viejo sacerdote le entretenía oírles hablar sobre los comadros de la corte inglesa.

—¿Preguntaron alguna vez sobre el libro de Su Majestad?

—¿Queréis decir acerca de la obra de san Agustín *Sobre la castidad*?. No, nunca preguntaron.

—Pero Vauban sí que lo hizo.

—Sí, claro —balbuceó Ricard—, me lo preguntó, pero puedo deciros, maestros, que dicho libro no puede hallarse. Así os lo digo tal como siempre lo he sostenido. El abate Gerard afirmaba que se lo llevaría a los cielos, que estaría con él en el Paraíso.

El cura miró nerviosamente por encima de su hombro a la muchacha silenciosa, que estaba acucillada junto al hogar como esculpida en piedra.

—El abate era así —continuó medio musitando—. Le gustaba hacer pequeñas bromas.

—¿Qué actividades realizaba el abate? —pregunté con curiosidad—. Quiero decir, tenía a su cargo la cura de almas, las tareas de la parroquia, pero ¿en qué estaba interesado? Después de todo —miré taimadamente a la muchacha—, cada cual necesita una tregua en el tedio de la vida.

Ricard dio un bufido y señaló unos gruesos volúmenes de la Biblia, que se hallaban encadenados a un recio atril en un rincón del fondo.

—Estudiaba las Sagradas Escrituras. Afirmaba haber oído las disertaciones de Erasmo y Coelet. No dejaba de traducir sin descanso diversos pasajes de los

Evangelios.

—¿Era luterano?

—¡Naturalmente que no! —gruñó Ricard—. Pero tenía sus teorías.

—¿Sobre qué?

—Sobre los milagros. Estaba fascinado por los milagros de Jesucristo y especulaba sobre si Jesús los hizo porque era Dios o porque era un hombre perfecto.

—¿Puedo echar una mirada? —preguntó Benjamin y, sin esperar contestación, se levantó y fue a abrir la gran Biblia.

—El Nuevo Testamento —gritó Ricard—. No dejaba de estudiar el Nuevo Testamento.

Benjamin asintió con la cabeza y encontró el punto con bastante facilidad; las páginas estaban muy manoseadas con huellas dactilares del dedo pulgar. Durante un rato estuvo estudiando el libro en silencio, luego sonrió e hizo un gesto para que me acercase.

—Mira —susurró.

Benjamin estaba mirando un capítulo del Evangelio de san Mateo, en el que se narra cuando Jesucristo se puso a caminar sobre las aguas durante la tormenta en el mar de Galilea. Ahora bien, mi maestro era un erudito en cuestiones bíblicas, de ahí su rapidez y destreza en encontrar el pasaje, si bien fue ayudado por el abate Gerard, quien había subrayado cuidadosamente cada palabra y garabateado su propio comentario al margen. Benjamin se fijó en éste y me lo tradujo.

—¿Caminó Jesús realmente sobre las aguas? —había escrito el abate—. ¿O bien fue porque el mar de Galilea tiene bajíos?

—¿Qué significa? —pregunté.

Benjamin hizo una mueca.

—Algunos eruditos —susurró volviéndose de espaldas para que Ricard, que estaba estirando el cuello, no pudiera oírle— mantienen que ciertos milagros del Nuevo Testamento pueden explicarse mediante fenómenos naturales. Por ejemplo, el que Jesús caminase sobre las aguas es uno de ellos: afirman que el mar de Galilea está lleno de bajíos y lo que los apóstoles vieron fue a Jesucristo andando sobre un banco de arena.

—Muy interesante —respondí—. Pero ¿explican también cómo Jesucristo aplacó la tormenta? ¿Y puedes decirme, maestro, qué tiene que ver esto con nuestro problema presente?

Benjamin sonrió y cerró la Biblia.

—Maestro Ricard, ¿podríamos dar un vistazo al estanque de las carpas otra vez?

—Ya sabéis dónde está —agitó su mano airosamente—, no faltaba más.

Nos dirigimos hacia allí. Bajo el sol de aquel atardecer el jardín, atestado de plantas, exhalaba un zumbido de abejas. Benjamin me llevó al borde del estanque de

carpas.

—¿No te parece extraño? —dijo por lo bajo—. El pobre Giles Falconer, interesado por los pájaros y su vuelo, se cae desde una torre. El abate Gerard se interesaba por los milagros, particularmente por el que trata de Jesucristo caminando sobre las aguas, y muere ahogado. Waldegrave, un sagaz conocedor de caballos, fue coceado a muerte por un caballo. ¿Adviertes la relación, Roger?

—Todavía no —refunfuñé—. Pero concédeme otro decenio, ¡y la advertiré!

Benjamin me dio con el codo gentilmente, y dijo:

—Ven. Vayamos a ver la iglesia del abate. Tal vez nos desentrañe algún que otro secreto.

El cura estaba más que deseoso de acompañarnos y mostrarnos el lugar. La iglesia era amplia y solitaria; la circundaban y le daban sombra unos olmos de grandes dimensiones que dominaban el cementerio y extendían sus majestuosas ramas como bendiciendo el sueño de los muertos. El amplio y bajo pórtico estaba resguardado por una puerta normanda, recia y de madera de roble tachonada. Ricard la abrió y le seguimos adentro. A pesar del sol, era lóbrega y el cura tuvo que encender alguna antorcha de pared. Allí de pie estuvimos contemplando el entorno. Arcos romos se introducían en la oscuridad, entre ellos unas ventanas asaetadas, sin vidrios ni astas, deslumbraban a causa del sol. Al fondo se hallaba el presbiterio, en el que las ventanas poseían buenas vidrieras; el sol ponía en evidencia su rico colorido que iluminaba el oscuro roble del altar y otros detalles del santuario. Era una iglesia sencilla. Sus muros estaban sin pintar. El madero de la cruz no estaba tallado, no era más que un panel de madera. Ricard señaló los dos aspectos más sobresalientes de la iglesia: la piedra esculpida de la pila bautismal y el trabajado artesonado del coro sobre nuestras cabezas. Benjamin lo miró todo con atención como si tratara de explorar el escondrijo del abate Gerard.

—No puede haber escondido el libro por aquí —dije—. Esto es a duras penas el Paraíso —me entró un escalofrío—. El lugar espantaría a un fantasma.

Benjamin sonrió distraídamente y miró con fijeza hacia arriba, al sobrado del coro.

—La iglesia es un primor —murmuró—. ¿Y es dónde está enterrado el abate Gerard?

—Ya os lo dije —respondió Ricard enojado—. En el camposanto de la iglesia, al pie de uno de los tejos.

Le seguimos de nuevo bajo el cálido sol, a lo largo del muro de nichos y a través de un herbazal donde una sencilla lápida blanca se erguía junto a un encanijado tejo; la piedra sepulcral llevaba marcada la cruz de Lorena. Leímos la sencilla inscripción. Benjamin esbozó una afable conversación, preparándose acto seguido para irse. Dimos la mano a Ricard, recogimos nuestros caballos y nos encaminamos hacia lo

que yo suponía que era nuestro regreso al castillo. Sin embargo, ya a las afueras del pueblo, de repente Benjamin abandonó el camino y llevó a su reticente caballo por entre la arboleda.

—Maestro, ¿es que has perdido la mollera? —grité.

Benjamin se limitó a hacer un gesto para que siguiera adelante y yo le seguí por entre la oscuridad del bosque. Dios sabe que este lugar no ha cambiado en mil años. Era como penetrar en alguna vasta catedral verde: los árboles se alzaban como columnas y su exuberante follaje se expandía para ocultar el sol vernal. Hasta que no entramos en un pequeño calvero, silencioso a excepción del rumor de un riachuelo que serpenteaba por la oscura verdura, Benjamin no desmontó y desenganchó las pesadas alforjas que había colocado sobre el cuello de su caballo.

—¡Por Dios santo! —murmuré, con miedo casi de levantar la voz y vulnerar aquella quietud—, ¿no habrás perdido los sesos, maestro?

Benjamin se despezó contemplando los alrededores.

—Descubrí este lugar mientras estabas en París —comentó—. Está retirado y cerca del camino, y hay agua para beber.

—¿Y pues?

—Pues, Roger, aquí nos quedaremos hasta que oscurezca. Entonces volveremos a la tumba del abate Gerard. Su ataúd no estará enterrado a mucha profundidad. Lo desenterraremos para ver qué secretos nos revela su tumba.

—¡Maestro, estás loco! —gemí—. Estamos en Francia. Los hombres de Vauban están por todas partes y la pena por saqueo de tumbas es, he de suponer, la misma que en Inglaterra, ¡morir en la horca!

—¡Venga, Roger, nadie va a vernos!

—¿Y qué se supone que vamos a utilizar —chillé—, nuestras manos y nuestros dientes?

Benjamin dio un puntapié a una de las alforjas.

—Aquí hay palas y azadones pequeños. Bastarán.

Mi maestro era así; en cuanto tomara una determinación durante una actividad, en cuanto su cara alargada adquiriese resolución y la placidez de su mirada se endureciese, no habría modo de hacerle cambiar. Permaneceríamos en aquel condenado bosque y desenterraríamos al pobre y desventurado abate Gerard, cualesquiera que fuesen las consecuencias. Había traído algo de comer, pan y fruta, y bebimos agua del riachuelo mientras esperábamos que se pusiera el sol. Las horas parecían transcurrir con lentitud. Benjamin me informó sobre las diversas clases de plantas y árboles que había a nuestro alrededor hasta que comencé a dar cabezadas y me dormí.

Cuando desperté, el sol se estaba poniendo; Benjamin tenía la mirada fija en las aguas burbujeantes del riachuelo y murmuraba algo acerca de los hombres que

caminaban sobre las aguas. Ambos guardamos silencio cuando al final el sol se puso y el bosque adquirió un aspecto diferente; el silencio se hizo más depresivo, tan sólo interrumpido por el crujir de los animales en la maleza, el ulular de los búhos al acecho de víctimas y los chillidos de los murciélagos, que provocaban un hormigueo en la sangre, revoloteando entre los árboles. Surgió una luna para cazadores, deslizándose por entre blancos celajes, bañándolo todo con su luz fantasmal. Me senté y por lo bajo maldije a los príncipes y prelados que me habían traído a esta tierra boscosa y embrujada para acechar como cualquier animal mientras hacía preparativos para el saqueo de una tumba.

—No está bien —declaré reverentemente.

—Sí lo está —replicó Benjamin—. Todo pecado, mi querido Roger, se fundamenta en la voluntad. El abate Gerard no me inspira más que respeto y veneración, pero el rey exige dicho libro.

—¿Por qué? —espeté—. ¿Por qué razón infernal lo querrá el gordo bastardo?

—Cuando lo sepa, te lo diré —me prometió Benjamin—. Anda, ya es tiempo de que comencemos a movernos.

Atamos y tranquilizamos a nuestros caballos, sacamos nuestras palas y azadones de las alforjas y regresamos a la senda. Cada paso que dábamos no hacía sino incrementar mis temores, pues al aplastar las ramitas que crujían como truenos bajo el peso de nuestras botas las aves nocturnas emitían horribles chillidos por nuestra injustificada intrusión. Encontramos la senda de vuelta a la iglesia, saltamos por encima del muro y nos quedamos helados cuando oímos el aullido de un perro. Nos fijamos bien en la casa del cura. No ardía luz alguna, de modo que fuimos en dirección al cementerio, orientándonos por el perfil de la iglesia, dando brincos y comenzando cuando los pájaros que anidaban en los aleros remueven sus plumas y meten la cabeza bajo ellas. Cruzamos el camposanto silenciosamente y nos detuvimos cuando un plumoso búho planeó a poca altura para apresar una víctima que gemía entre la hierba alta. Al final llegamos a la lápida del abate y empecé a cavar como si fuera un topo desquiciado.

«Cuanto antes terminemos esta espantosa tarea —razoné, ¡más pronto me encontraré en el calor de mi cama!».

De vez en cuando, Benjamin alumbraba una yesca para asegurarse de que íbamos por buen camino. Finalmente, mi azada rascó la tapa del ataúd. Volví a darme prisa y pude oír el bienvenido golpe del metal contra la madera.

—No necesitamos sacarlo fuera —musitó Benjamin.

De modo que seguimos cavando alrededor, extrayendo la tierra de ambos lados del largo y oblongo féretro. Luego, tanto Benjamin como yo, cada uno trabajando a cada lado, nos inclinamos hacia abajo y empezamos a sacar las clavijas de madera que chirriaron como si fuesen espíritus quejándose de que les despertasen de su sueño

eterno. Eché una maldición entre murmullos. Pareció su sonido de tal estridencia que tuve la seguridad de que podría oírse en Maubisson. Extrajimos las clavijas con mayor rapidez de lo que esperaba.

—Veamos —dijo Benjamin. Veamos. Me pregunto...

—¿Qué pasa? —exclamé.

—Nada —susurró—. Levanta la tapa.

La retiramos con facilidad y se confirmaron las sospechas de Benjamin. No éramos los primeros en destapar el ataúd. Pese al calor estival, habían removido la tierra, habían sacado las clavijas del féretro sin dificultad. En el interior, el deteriorado esqueleto, puesto en evidencia, yacía al buen tuntún; la cabeza y el cuello, a los que aún había adheridos trozos de carne desecada, se hallaban arrumbados a un lado, mientras que la podrida gasa blanca que había recubierto al cadáver estaba apelotonada en el fondo del ataúd.

—Vauban —murmuró Benjamin—, ese hijo de mala madre estuvo aquí antes que nosotros —hurgó con tesón en el féretro, y lanzaba una exclamación cada vez que sus dedos rozaban fragmentos del desdichado. Golpeó el fondo y los lados—. Nada —dijo en conclusión—. Pero, cuando menos, dediquemos al abate un último gesto piadoso.

Pese a mis protestas, Benjamin insistió en que volviéramos a colocar el esqueleto en una posición más reverente y de que recitáramos el réquiem.

¡Señor, a punto estuve de echar un reniego! Allí nos encontrábamos en plena noche dentro de un solitario cementerio francés, removiendo los despojos de un sacerdote muerto, sólo para asegurarnos de que su esqueleto estuviese convenientemente acomodado y recitar una oración por su alma. Y es que mi maestro era así. Seré sincero: por poco que hubiese podido, habría abandonado la tumba tal como estaba, dando un salto por encima del muro, y me hubiera puesto a correr como huyendo del diablo en dirección a Maubisson. Con todo, presté mi colaboración. Cerramos convenientemente el ataúd, volvimos a echarle la tierra encima, aplanándola a conciencia, aunque nadie medio sensato podría verlo sin alterarse. Seguidamente fuimos a recoger nuestros caballos en el bosque.

Oh, Señor, sentí alivio al verlos. Metimos las palas en las alforjas y montamos, y cuando estábamos a punto de abandonar el bosque, detrás de nosotros crujió una ramita. Me quedé petrificado como una estatua.

—¡Monsieur Daunbey, monsieur Shallot! —la voz ronroneó desde la oscuridad que nos envolvía—. ¡Cuánto tiempo despilfarrado, nunca encontraréis ese libro!

Capítulo 10

Me limité a lanzar mi caballo al galope dejando a Benjamin sin otra alternativa que seguirme. Sólo os diré que si aquello hubiera sido una carrera contra los caballos más raudos de la cuadra del rey Enrique, habría ganado ¡por cuerpo y medio! Y no lo detuve hasta que mi caballo golpeó con sus herraduras los maderos del puente levadizo del castillo y chillé a la guardia que nos dejaran pasar. Por supuesto, nuestra dramática llegada causó un cierto alboroto, pero Benjamin suavizó las apariencias ante Dacourt y el capitán de la guardia. Acto seguido fue empujándome en dirección a nuestro aposento.

—¿Quién sería ése? —musité enronquecido.

Me había acuclillado en la cama, transpirando sudor por la cara y el cuello. Benjamin me ofreció una copa rebotante de vino que cogí con las manos temblorosas.

—Vauban, supongo —respondió—, aunque no me quedé para cerciorarme. Sospecho que estuvo vigilándonos desde que salimos de aquí esta tarde —se sentó sobre un extremo de la desvencijada mesa—. Estoy cansado —continuó—. Estoy cansado de proporcionarle a Vauban tanta diversión como le estamos dando.

—Interroguemos a Millet —solicité—. Llevémonos al bastardo abajo a las mazmorras y ¡apliquémosle unos cuantos hierros candentes!

Benjamin sacudió la cabeza.

—¿De qué serviría eso, Roger? Si me torturaran, sería capaz de confesar que soy Raphael, de que he asesinado a Falconer, a Waldegrave, a Throgmorton. Sin duda, confesaría cualquier cosa con tal de poner fin al dolor —esbozó una tímida sonrisa—. No, Roger, como ya dije alguna vez, tres factores resolverán la cuestión: ¡observación, deducción y comprobación!

—¡Y suerte! —intervine.

—Sí, Roger —replicó cansinamente; tiró su capa al suelo y se quitó las botas a golpes—. Suerte o fortuna —sonrió con fulgor—. Y, claro está, nuestros adversarios también pueden incurrir en un error.

Dedicamos los dos días siguientes a considerar a los posibles responsables desde todos los puntos de vista, pero no llegamos a ninguna conclusión. ¿Los Clinton? ¿Por qué habrían de ser traidores? Por otra parte, Falconer y el abate Gerard murieron mientras el matrimonio se encontraba en Inglaterra. ¿Dacourt? Por lo mismo, ausencia de motivos, y esto podía aplicarse a Peckle, dejando tan sólo a Millet como única probabilidad. Por lo que se refería al paradero del famoso libro del abate Gerard parecíamos tahúres desventurados que constantemente jugaban la carta desacertada, con todo seguíamos confiando en nuestros planes de robar la sortija del rey Francisco.

En Maubisson, todos los demás estaban ocupados en los frenéticos preparativos de la visita del monarca francés: se barrían los cuartos, limpiaban las colgaduras y se colocaban nuevas candelas; se mandaba a la servidumbre en busca de provisiones de harina, carne, azúcar, sal, nuevos botijos de vino, y las cocinas del castillo se hallaban atestadas de galopines sudorosos, probando, preparando y asando lo que iban trayendo cazadores y monteros. Como era de esperar, Broussac se presentó en Maubisson. Era como para carcajearse. Llegó limpio, bien afeitado y vestido con el sobrio atavío de un escribiente, birlado, he de creer, a algún desventurado que debió de cometer la torpeza de ir a beber a la misma taberna que él. Su compañera iba encapuchada y con capa. No se dio a conocer hasta que Benjamin y yo nos apresuramos a conducirlos arriba, a nuestro aposento. Ahora bien, tengo que deciros que si Broussac era un animal (y era un auténtico cerdo), su compañera era la cálida encarnación de la belleza. De pequeñas proporciones como si fuese una miniatura de Venus. Con el cabello plateado, ¿o era dorado? Ya no recuerdo. Pero sé que brillaba, rielante a la luz de las velas de la habitación. Con la figura perfectamente formada, y los ojos de color violeta, ¿o eran verdes? Santo cielo, mi memoria desvaría, aunque su boca estaba creada para besar. Su piel era de la calidad del alabastro con un matiz rosáceo en las mejillas y, al sonreír, expresaba el júbilo de la encarnación diabólica.

—Messieurs —anunció Broussac pomposamente—, permitidme presentaros a mademoiselle... —se puso a tartamudear— Beatrice. Sí, Beatrice de Cordelière.

—¿Es éste su verdadero nombre? —pregunté.

—No, no lo es —respondió la chica en perfecto inglés. Aquellos preciosos ojos no dejaron de mirar a los míos. Con sólo una mirada supe que estaba viendo un espíritu familiar, a un Shallot con faldas.

—Mi nombre no es de vuestra incumbencia —continuó ella en el mismo tono—. Y si deseáis interrogarme, preguntadme a mí directamente. Me encuentro aquí a petición de monsieur Broussac y porque seré bien retribuida. Pero si no me gusta lo que veo u oigo, me iré antes de una hora.

Benjamin cogió la mano de la joven y se la llevó a los labios besándosela con suavidad.

—Mademoiselle —dijo disculpándose—, hemos pasado tanto tiempo sin tan hermosa compañía que olvidamos nuestras buenas maneras —el sutil adulator me lanzó una aguda mirada—. Así que —continuó— voy a exponeros el motivo por el que os han invitado aquí, pero antes, monsieur Broussac —una bolsa de monedas de plata apareció repentinamente en la mano de mi maestro y desapareció con la misma rapidez por la parte superior de la manga de Broussac—, ya no tenemos por qué entreteneros por más tiempo. Sois persona ocupada y Roger velará para que salgáis sin tropiezos por el otro lado del portal del castillo.

Broussac captó la indirecta, sonrió malvadamente a la joven, a quien dejamos con

Benjamin, y salí tras él, mientras yo corría a escoltar al animal hacia el portal del castillo.

—¿Dónde encontrasteis a una mujer como ésa? —susurré.

Broussac se dio unos golpecitos en su nariz carnosas.

—No hagáis preguntas, maestro Shallot, y no obtendréis mentiras.

Y, sin darme la mano ni echarme una mirada, el viejo granuja se lanzó al trote por el puente levadizo. Salí pitando como un lebrél de vuelta a nuestro aposento, y me paré tan sólo ante la puerta para recuperar la respiración y mi habitual porte sereno. En el interior, Benjamin y Beatrice estaban sentados al borde de su cama, conversando tranquilamente en latín como si se conociesen desde hacía años.

—Ah, Roger.

—Ah, Benjamin —respondí y me senté al borde de mi cama, decidido a no moverme.

—Ya le he dicho a Beatrice para qué la necesitábamos y está de acuerdo, con tres condiciones. Primero, se le permitirá quedarse con cualquier vestido o joya que le demos. Segundo, se le pagará la mitad antes de encontrarse con el rey y la otra mitad después.

—Y tercero —sugerí estridente mirando la carita de la pécora.

Sus facciones eran angélicas, pero sus ojos parecían los de un recaudador de impuestos.

—Y en tercer lugar —continuó Benjamin en el mismo tono tratando de ahogar la risa—, la señora Beatrice ha declarado que ambos somos jóvenes bien parecidos con los que está dispuesta a pasar los limitados próximos días, pero ¡que las noches se las reserva para sí misma!

Contemplé a la joven sin abrir la boca con la expresión de un joven púber y la pillería mental de un mercader.

—No tiene que preocuparse por eso —mascullé—. Y si se acerca a la menor distancia de mi habitación —añadí groseramente—, recibirá su correctivo.

Beatrice inclinó la cabeza, sus ojos tenían la nitidez de la inocencia.

—Oh sí, por favor —murmuró ella—, ¡esgrimiendo tal autoridad!

Seguidamente se echó hacia atrás y rompió a reír.

Benjamin se contagió de la risa y se unió a la suya, y, si he de ser sincero, pronto me di cuenta de lo ridículo de la situación. Ella no trataba de insultar. Estaba allí para llevar a cabo una tarea, y nada más. En cierto modo, su sinceridad me infundía respeto y al hacerlo quebrantaba la segunda regla de oro de Shallot: no debe juzgarse un libro por sus cubiertas.

(Ya estoy viendo a mi capellán removiéndose sobre su taburete, bamboleando su fondillo a placer. ¿Queréis decir que no la sedujisteis nunca?, chilló lascivamente. Si no se anda con cuidado, sus posaderas serán las que recibirán mi correctivo.

Creedme, para cuando acabe esta historia, tendrá un condenado punto de vista más atento y reflexionará bastante más antes de entregarse a las lujurias de la carne con la joven Mabel en el sobrado del pajar).

De todos modos, Beatrice, Benjamin y yo pronto nos hicimos íntimos amigos y camaradas. Por supuesto, su llegada al castillo dio pie a innumerables preguntas y a una gran consternación. Los varones biqueaban y lady Francesca se mostraba amenazante ante una eventual rival de su propia belleza. Todo ello me proporcionó cierto regocijo y pasaba la mayor parte del tiempo dedicando las más artificiosas cortesías a nuestra señora Beatrice. Benjamin, no obstante, seguía adelante con nuestros planes. El día anterior a la llegada del monarca francés, se llevó a toda prisa a la joven a Les Halles, en París, para adquirir túnicas, faldas, camisones, un velo de encaje, perfumes y joyas (me garantizó que eran de imitación). Yo, reticente, me quedé en el castillo, donde Dacourt y Clinton me obligaron a colaborar en los preparativos para recibir al rey. Benjamin y Beatrice volvieron tarde y la joven tunanta se mantuvo reservada en la habitación que le había habilitado Dacourt. Estuve tentado de ir tras ella y exponerle la ardiente verdad de los sentimientos que me inspiraba, pero Benjamin me previno formalmente contra tal comportamiento.

—Roger —insistió—, Beatrice se encuentra aquí tan sólo para realizar una tarea. Será la compañera del rey Francisco y debe ser seducida como mademoiselle Beatrice de Cordelière, hija de un comerciante de la localidad. Debe llegar a ser la compañera del monarca, embaucarle con sus carantoñas y, conseguido este propósito, apoderarse de la sortija.

—¿Cómo lo conseguirá? —pregunté en tono de chunga—. ¿Solicitando al viejo narigudo que se la entregue?

—No, le proporcionaré una réplica exacta de la que Francisco lleva. O, por lo menos, la más parecida, según creo. De todos modos, será lo suficientemente exacta para crear la adecuada confusión a fin de que la chica pueda robarla —los hombros de Benjamin se contrajeron—. Y, si el monarca francés llega a descubrirlo, diremos que la señora Beatrice se ha marchado: somos los representantes de Enrique de Inglaterra y no nos es posible garantizar la honradez de los súbditos de Francisco.

¡Un proyecto brillante! Mi maestro había recurrido a toda su ingenuidad y sutileza para concebirlo y todo ello auguraba éxito. La vanguardia de la comitiva del rey francés llegó temprano en la mañana de la festividad de san Juan Bautista. Los caballerizos de campo, trompeteros y heraldos fueron los primeros, luego los portadores de estandartes azul, plata y oro de los Valois agrupados en torno a la sacra oriflama, estandarte personal del soberano. Tras ellos, desplegados y chasqueados por la brisa matinal, se advertían los gallardetes multicolores de otros nobles de su comitiva. Fueron agrupándose al cruzar el puente levadizo, seguidos por chambelanes, aposentadores de palacio, dependientes de las reales despensas, cocina

y auxiliares de las mismas. Todos inspeccionaron los locales preparados para Francisco y efectuaron una indagación a fondo de la cocina, la bodega y los pasillos para garantizar que todo estaba a salvo. Desembalaron barricas y arcas, nos abastecieron de nuevas colgaduras para las paredes e insistieron en que el rey de Francia solía andar sobre alfombras, no sobre esteras. Dejamos que todos estos paniaguados se las compusieran, incapaces de comprender sus continuas peticiones, aunque Dacourt fue lo bastante oportuno para colocar gentes de armas en su cancillería, secretaría, librería y los otros lugares de despacho.

—No queremos —dijo un resoplido de risa— ¡espías que hurguen en busca de alguna minucia de interés!

—Es innecesario —replicó la seca voz de Peckle, mientras apartaba su sucio cabello con los dedos manchados de tinta—. Parece que los franceses conocen nuestros secretos antes que nosotros.

Sus palabras aplacaron el alboroto de nuestras conversaciones. Habíamos estado tan ocupados con la visita del rey francés que habíamos olvidado las recientes muertes de Throgmorton y Waldegrave. Observé detenidamente a Peckle. Era el único que se mantenía apartado de todos nosotros; pasaba todo el tiempo en su escribanía, excepto para comer y los breves paseos que dábamos por el jardín. ¿Sería él el espía? El aplicado escribiente guardaba para sí los secretos. Contemplé a Millet, su rostro blanco lánguido no traslucía emoción alguna. Tanto Benjamin como yo nos habíamos mantenido reservados con las sospechas que nos suscitaba; mi maestro había llegado a la conclusión de que, por el momento, ganaríamos muy poco enfrentándonos a él. ¿Pero y sobre el superior de Millet? ¿El militar de gran fanfarronería? ¿O incluso Clinton, con sus maneras corteses y su misteriosa mujer francesa? ¿O el omnipresente y siempre campechano servidor, Venner, que comía como un caballo pero bebía tan escasamente, insistiendo invariablemente en aguar su vino?

Cualquier otra especulación sobre la identidad del asesino cesó en cuanto sonaron débilmente las trompetas y alguien de la servidumbre prorrumpió, en la entrada de la sala salpicada de sol, que ya habían avistado a la comitiva real francesa. Salimos para ver llegar a Francisco (o el viejo narigudo) precedido por alabarderos, arqueros y miembros de su *Garde Écossais* con sus yelmos emplumados y brigantinas ligeras. Me mantuve deliberadamente fuera de la vista. Vi la alargada cara del monarca bajo su gorro escarlata y, junto a él, con una sorprendentemente sobria vestidura gris, los ojos de pesados párpados y el enigmático rostro de monsieur Vauban. ¡No había olvidado aquella extraña voz en el bosque que nos llamaba y, pese a la jornada soleada, me puse a temblar!

Se pronunciaron los tediosos discursos habituales; la comitiva francesa, incluido Vauban, se dirigió de inmediato a los departamentos habilitados para ellos en una de

las alas del castillo, mientras que yo, siguiendo las instrucciones de mi maestro, no dejé de vigilar el sector de la embajada, tratando de advertir cualquier incidente enojoso. Mi vigilancia resultó infructuosa. Dacourt y los Clinton partieron al encuentro del monarca francés; Peckle, murmurando entre dientes, regresó a su despacho, mientras que Millet y Venner, tras revolotear brindando asistencia, cada cual a sus respectivos superiores, se pusieron a jugar una ruidosa partida de bolos en uno de los corredores. Esta actividad semejava una tragicomedia dado que ahora el castillo se encontraba atestado de franceses, a quienes, si carecían de sangre aristocrática, se había abandonado a su propia suerte para encontrar un lugar donde alojarse. El juego sería interrumpido por la soldadesca francesa, que no cesaba de protestar. Así, ambos se dieron por vencidos y se encaminaron hacia la relativa paz del jardín, seguidos por mí.

Antes del crepúsculo, un extraño silencio inundó el castillo mientras cada cual se preparaba para asistir al gran banquete. Dacourt consiguió enorgullecemos. La vieja sala fue convenientemente aseada y pulimentada, y los nuevos tapices colgaban de sus muros. Lucía la blanca mantelería en las tablas sobre caballetes y el alargado local estaba alumbrado por miles de velitas de cera. Cuando lo vislumbré forcé una sonrisa falsa porque tales candelas eran una réplica exacta de las que solían utilizar los luciferinos, pero entonces Agnes me vino a la memoria y toda mi diversión se esfumó. Benjamin y yo nos mantuvimos en el umbral esperando que Beatrice se nos uniera. Por fin, antes de que llegara el monarca francés, apareció ella dando trompicones con un aspecto deslumbrante en su recatado atavío de damasco rosa adornado de encaje en el cuello y los extremos de las mangas, en tanto que un níveo velo de gasa ocultaba el brillo de su cabello. Diversas sortijas destelleaban en sus dedos. Y lo que se suponía que era una amatista pendiente de su garganta ofuscaba la mirada, atrayéndola a un tiempo hacia sus mórbidos y maduros senos.

Oh, era una pécora. A través de sus párpados entornados, nos miramos fríamente con aire de inocencia, nos hablamos suave y quedamente como si fuera una joven novicia. Sus largas pestañas parpadearon. Incluso advertí un débil rubor sobre aquellas mejillas ebúrneas. Sonaron las trompetas y nos apartamos levemente cuando Francisco y su corte entraban en la sala. El rey vestía un jubón y unas calzas de oro molido. Sus cortesanos no vestían con menor extravagancia, ataviados con jubones de estilo alemánico de satén color carmesí y púrpura, o de terciopelo rojo, abiertos y trencillados con cadenillas de plata. Otros llevaban capas forradas de piel echadas sobre los hombros, y sombreros adornados con plumas de faisán, colocados airosamente sobre sus cabezas. No les acompañaba mujer alguna. (Luego supe que el rey Francisco guardaba su harén en palacio y en sus desplazamientos tomaba cualquier hembra que captara su mirada).

Este grupo se dirigió hacia la mesa principal, donde Clinton y Dacourt les

esperaban. Vauban estaba con ellos. Con el cabello untoso y perfumado, iba vestido de terciopelo negro guarnecido de martas cebellinas, mientras los gemelos y botones de su jubón debían de ser de nácar. Un hombre bien recompensado por su soberano. Reflexioné sin dudarle. Los luciferinos habían recogido el mayor de los éxitos aplastando disidentes en el interior y averiguando secretos de otras potencias en el exterior. Una vez que el rey francés y sus cortesanos se hubieron sentado en torno a la mesa en forma de herradura colocada sobre una gran plataforma, los mortales de inferior categoría tomamos asiento. Benjamin lo había arreglado todo para que Beatrice estuviese colocada entre nosotros y en el lugar oportuno para que atrajera la mirada del rey francés. Me incliné hacia un lado y soplé:

—Maestro, ¿saben los demás el motivo de la presencia de Beatrice aquí?

Benjamin negó con la cabeza.

—No. Les dije que me encapriché de ella —me murmuró raucamente—, y ya conoces a los ingleses, Roger. ¡Preferirían morirse de curiosidad antes que hacer una pregunta!

Observé el rostro de Vauban preguntándome si sospechaba alguna cosa. El bastardo nos dedicó una gran sonrisa, levantando ligeramente su mano como si estuviera saludando a unos viejos amigos y entrañables camaradas. Aparecieron de nuevo los heraldos, dando a conocer títulos nobiliarios; las trompetas sonaron, y el lujoso banquete dio comienzo. Buey, chorlito, faisán, codorniz, lucio, carpa, fuentes de verduras y enormes cabezas de cerdo fueron servidas en deslumbrantes bandejas ordenadamente dispuestas mientras el vino fluía como el agua. Supongo que bebí para mitigar mis temores, aunque el plan de Benjamin se iba desarrollando según lo previsto. Terminado el festejo se desmontaron las mesas y tuvo lugar la habitual mascarada estúpida, representándose farsas sobre Jorge y el dragón y Robin Hood. Luego los músicos hicieron sonar sus instrumentos y comenzó el baile con soltura y alegremente. El rey Francisco, naturalmente, fue en busca de la joven Beatrice como un halcón hacia una plumosa paloma. Parecía cautivado y tuvimos que quedarnos en nuestro asiento y observar cómo actuaba el viejo narigudo con su endemoniado proceder.

Al final Benjamin me arrastró a la cama, aunque parecía haber bebido tanto como yo. Ambos nos sentamos en el suelo de la habitación, cantamos un madrigal a dos voces y pronto caímos dormidos. A la mañana siguiente me despertaron muy pronto unos golpes en la puerta.

—¡Maestro Shallot! ¡Maestro Shallot!

Me cubrí con una capa y abrí la puerta de par en par.

—¿Qué ocurre, hombre?

—La joven dama Beatrice. Se ha marchado del castillo. Me pidió que os entregase esto.

Me dio una bolsa sellada de piel.

—No contiene monedas —manifestó el insolente individuo—. Sólo una sortija.

La expresión de mi mirada era de máxima alegría al mirar el contenido, abrí la bolsa y, pese a la gran resaca que me oprimía el cerebro, bajé las escaleras y atravesé corriendo el patio donde las nuevas del sirviente me fueron confirmadas por un guarda.

—¿Ella sola? —pregunté—. Es muy peligroso —el individuo me dedicó una tediosa sonrisa.

—Exactamente fue como os dije —me replicó—. Pero dijo también que otras personas irían a su encuentro.

Regresé con rapidez a mi habitación para despertar a Benjamin.

—Maestro —le soplé—, maestro, ya tenemos la sortija.

Abrió los ojos imantados por el sueño y extendió una mano.

—Enséñamela.

Benjamin abrió la bolsa, ojeó su interior y cayó de espaldas lanzando un gran gemido.

—Mujer estúpida —gimoteó—. ¡Lo único que ha hecho es devolver la que le di!

—¡Es imposible! Se ha marchado. ¡No le has pagado la segunda parte de lo convenido!

Benjamin se sentó.

—Sí, le di la otra parte de la suma. Me la pidió anoche antes del banquete porque me manifestó que de lo contrario rehusaría seguir adelante —se encogió de hombros—. De manera que le entregué su dinero.

—Y ahora ¡la gorruncilla ha desaparecido! —sollocé—. Y nos hemos quedado como dos conejos en campo abierto.

Nos aseamos, nos vestimos y bajamos al patio, donde el soberano francés, con aspecto más fatigado que la noche anterior, estaba listo para partir; a su alrededor revoloteaban los paniaguados de su séquito. Vauban, envuelto en una capucha monacal, deambulaba por allí.

—Buenos días, *messieurs*.

El bastardo presentaba un aspecto más fresco que una rosa.

—En nombre de mi señor, os doy las gracias por la comodidad y el solaz al que contribuyó la señora Beatrice —miró pícaramente por encima del hombro a su soberano—. Tengo entendido que fue muy habilidosa en sus artes —se aproximó un poco más y agitó la cabeza con solemne expresión en el rostro. Una vez más traté de recordar en dónde le había visto previamente—. Mas deberíais ir con cuidado —continuó en un murmullo burlón—. No es lo que afirma ser. Uno de mis hombres la reconoció como miembro de los temidos luciferinos que trabaja por cuenta de un truhán, de nombre Broussac. ¿Le conocéis, Shallot?

Tentado estuve de propinar un puñetazo en aquel rostro endiablado cuando lo exagerado de su engañifa me resultó evidente. El bribón se volvió murmurando: «Mal haya, mal haya sea, ¿de quién podrá uno fiarse?».

Dio unos pasos atrás para reunirse con su señor, quien irguió su mano desenguantada para mostrar la maldita sortija resplandeciendo al sol. Permanecimos como dos idiotas y contemplamos cómo se marchaban. Dacourt, Clinton y Peckle se acercaron fanfarroneando enhorabuenas a Benjamin sobre el éxito de la efeméride. Mi maestro se limitó a mirarles ceñudamente, me cogió del brazo y ambos nos alejamos.

—¡Basta de tanta payasada! —gruñó.

Seguimos mirando la cabalgata francesa mientras cruzaba el puente levadizo y la vimos desaparecer tras una nube de polvo.

—¡Nos han engañado! —anunció con amargura Benjamin—. Vauban ha estado jugando con nosotros todo el tiempo. Broussac debe de ser miembro de los luciferinos. Probablemente, es su espía entre los *maillotins* y podría haber sido el oculto espíritu organizador del reciente ataque al castillo. Lo mismo cabe aplicar a la señora Beatrice.

—Maestro, ¿regresamos al punto de partida?

Benjamin se volvió y me lanzó un guiño.

—No exactamente, Roger. Anoche se me avivó la memoria con el vino —miró fijamente la lejanía—. Volvamos otra vez donde el abate Gerard.

—¿Tenemos que hacerlo? —refunfuñé—. ¿Por qué?

—El abate se interesaba por las nuevas doctrinas. Era amigo de Enrique VIII de Inglaterra, quien le obsequió con un libro. El abate afirmó que se lo llevaría con él al Paraíso. Ahora bien, murió inesperadamente, de modo que no pudo quemarlo, sino ocultarlo de tal modo que nadie pudiera encontrarlo. Pensamos que pudiera estar enterrado con él —me sonrió timoratamente enseñándome los dientes—. No hallamos absolutamente nada. Ahora bien, anoche recordé el sobrado con el coro, por dos motivos. —Fue apuntando con sus dedos—. Primero, en argot la palabra galería es Paraíso. Segundo, ¿caíste en la cuenta de la talla que hay en la celosía del coro?

—¡No, estaba todo tan oscuro! —rezongué.

—Ahí están esculpidos Adán y Eva en el Paraíso.

—Dicho de otro modo, ¡el Paraíso! —exclamé.

Benjamin se giró y me dio unos golpes en el hombro:

—Así que, mi avisado amigo, vamos a volver a la iglesia. Vauban y su real señor estarán desternillándose de risa durante el trayecto de su regreso a París, creyendo que aún estamos medio intoxicados por el vino para emprender cualquier cosa.

No fue necesaria una segunda incitación y dos horas después nos hallábamos ante el cura Ricard, en su embaldosada cocina.

Benjamin le mostró dos monedas de oro procedentes de nuestra menguada provisión de dinero suministrada por el cardenal. Los ojos del sacerdote se combaron de avidez.

—Éstas serán vuestras —comenzó Benjamin— con ciertas condiciones. Si nos permitís ir a vuestra iglesia, dejarnos hacer lo que debamos, y después de que nos vayamos, reparad cualquier estropicio que causemos. Os garantizo que no será mucho. Finalmente, si estimáis vuestra vida, no explicuéis a nadie lo ocurrido.

Qué duda cabe, el individuo accedió: nos hubiera vendido la iglesia y la casa por el dinero que se le ofrecía. Benjamin cogió las llaves y salimos atropellándonos por abrir la puerta, una vez dentro la cerramos cuidadosamente y subimos por la escalera de madera en espiral. Ahora bien, la mampara del coro era en realidad una balaustrada con paneles de roble a ambos lados. Benjamin había traído consigo una daga y unos alicates y, en menos de una hora, habíamos desmontado uno de los lados de la mampara y allí, detrás de la talla de Adán y Eva en su Paraíso, alojado entre dos tablillas apareció un pequeño libro encuadernado en piel. Benjamin lo cogió y se lo metió dentro del jubón; montamos la mampara lo mejor que pudimos. Cogimos nuestros caballos y salimos galopando de regreso a Maubisson como almas perseguidas por el diablo.

En el castillo todos trataban de recuperarse de las exigencias de la víspera. Sólo después de entrar en nuestro aposento, Benjamin sacó el libro para examinarlo con atención. Por fin lo cerró y lo acunó sobre sus rodillas.

—Te prometí, Roger, que, cuando halláramos este libro, te explicaría por qué tiene tanta importancia y qué secretas instrucciones me dio mi tío en Hampton Court. Esto —Benjamin hizo una pausa y suspiró profundo— es la obra de san Agustín *Sobre la castidad*. En su interior hay anotaciones a mano de nuestro soberano; una de ellas es muy reveladora. —Benjamin abrió el libro y señaló donde la regia mano había garabateado en el margen: «*Quando Katherina devenit uxo mea, virgo intacta est*».

—Cuando la reina Catalina se convirtió en mi esposa —traduje— era virgen —me alcé de hombros—. ¿Y qué?

Benjamin volvió su mirada hacia el libro.

—Me advirtió mi tío que su regio señor desea divorciarse de su mujer, Catalina de Aragón.

Miré con perplejidad y recordé el oscuro y triste rostro de la esposa española de Enrique.

—¿Con qué fundamentos? —farfullé.

Benjamin esbozó una mueca.

—Quizá recuerdes, Roger, que Catalina estuvo formalmente prometida y desposada con el hermano mayor de Enrique, Arturo, en diciembre de 1501. Éste

moría cinco meses después en el palacio de Ludlow. Arturo fue siempre un muchacho enfermizo, y nuestro real señor se convirtió en su presunto heredero. Ahora bien, el viejo Enrique VII no quería renunciar ni a la alianza con España ni a la generosa dote de Catalina.

(Dicho sea de paso, sabía que mi maestro no me mentía. El viejo monarca era un auténtico agarrado, hombre de gran avaricia que contaba el céntimo y que nunca satisfizo una factura. He visto sus libros contables en la cámara acorazada de la Torre. Solía revisar cada una de sus páginas y firmarla. Podía controlar hasta la última ventosidad, cuánto tenía su ministro de Hacienda y cuánto era debido. Puedo decir confidencialmente que fue la única vez en la historia de nuestro reino que dicho real ministro realizaba más entradas que salidas. La gran Isabel, cuando viene a visitarme, me explica cómo descubre todavía los escondrijos de oro ocultos por su miserable abuelo en compartimientos secretos de los palacios a largo de todo el país).

De cualquier modo, en aquella polvorienta habitación de Maubisson, las semillas de la codicia empezaron a germinar. La abertura de una herida que envió a centenares de hombres a una muerte sangrienta provocó la rebelión de los señores septentrionales y condujo a la supresión de conventos, monasterios y abadías en Inglaterra. Arrebató al viejo Tomás Moro de su hogar en Chelsea, de sus paseos a orillas del río con su zorro domesticado, perseguido y acosado y enviado al bloque del verdugo. Tuve la premonición de todo ello y temblé al recordar la famosa profecía del doctor Agrippa de cómo Enrique se convertiría en el Topo, el Oscuro, que sumergiría a su reino en un mar de sangre.

—¿Cómo puede divorciarse de Catalina? —farfullé—. ¡Le ha proporcionado descendencia!

—Sí, pero sólo ha sobrevivido la niña María —replicó Benjamin—. Nuestro soberano quiere un heredero varón y todos los varones de Catalina murieron a la semana de nacer.

(Oh, por cierto, eso es correcto. En cierta ocasión en la que me perseguían unos asesinos venecianos por las calles de Londres, me escondí en la cripta de la abadía de Westminster. Gateé entre la derrumbada mampostería y penetré en una oscura y misteriosa tumba en la que pequeños ataúdes yacían sobre tablillas como horribles objetos de regalo de una espantosa tienda. Luego descubrí que eran las criaturas no natas de Catalina de Aragón. Dios les conceda la paz. Pude contar que había al menos unas seis).

—Con todo —siguió Benjamin—, Enrique cree que la muerte de sus hijos fue una decisión divina por haberse casado con la viuda de su hermano contradiciendo al Levítico, capítulo 20, versículo 21: «No desposarás la viuda de tu hermano».

(A la Gran Bestia le encantaba citar este versículo. Para los interesados en estas cuestiones hay otro versículo en el mismo libro que dice que deberías desposarte con

la viuda de tu hermano. Lo que viene a demostrar ese viejo adagio es que incluso el diablo es capaz de citar las Sagradas Escrituras. Confío en que mi capellán tome nota de esto. Es aficionado a adornar sus sermones con versículos de la Biblia).

—Sí, ¿pero era virgen Catalina cuando contrajo matrimonio con Enrique?

—Naturalmente que lo era —replicó Benjamin—. Arturo fue un muchacho enfermizo; sufría constantemente de un flujo intestinal, y de expectoraciones amarillas. A la mañana siguiente de su noche de bodas, gritó para que le trajeran una copa de vino, declarando que permanecer en España la noche entera era un trabajo agotador, pero fue sólo un alarde. Estaba incapacitado para el acto sexual. Catalina siempre mantuvo su virginidad, y su segundo esposo —Benjamin agitó el libro ante mis narices— lo ha corroborado. De modo que ahora...

—Ahora —continuó—, nuestro regio embustero cambió de modo de pensar. Va a obtener un divorcio y, naturalmente, quiere recuperar el libro.

Benjamin esbozó una mueca diciendo:

—Exactamente. Ésta es la única prueba que demuestra que Enrique era conocedor de la virginidad de su esposa. Destruyendo este libro, puede presentar su caso a Roma para una anulación.

—¿Y qué sucede con España?

—Los padres de Catalina han muerto y Enrique quiere abandonar la alianza con España.

—¿Y el bueno del cardenal? —pregunté.

Benjamin miró al suelo.

—Se opone al divorcio.

Miré fijamente a mi maestro poniendo atención.

—¿Por qué? —pregunté—. A Wolsey poco le importan tanto el uno como la otra.

Benjamin se aclaró la garganta.

—Mi tío siempre creyó que perdería el poder y su influencia sobre el rey por causa de una mujer. Cita un antiguo proverbio: «Cuando adviertas que una ternera guía a un toro, clérigo pon atención y preserva la seguridad de tu testa». Pero tendrá que acceder.

—¿Hay alguien más?

—¿Qué quieres decir?

—¿Nuestro real toro conoció ya a dicha ternera?

—Aún no, que yo sepa.

Benjamin decía la verdad. Enrique tenía una colección de amantes: Bessie Blount, María Bolena y las ocasionales cortesanas que lograban captar las miradas del monarca. Si bien, al tiempo que tuvo que colocarse el cadáver, ya en estado de putrefacción, del Obeso Enrique, dentro de un féretro especial recubierto de plomo en su interior (no sé si sabéis que sus despojos habían explotado y que los tuvieron casi

que ir vertiendo dentro del ataúd), Enrique ya había asesinado a tres de sus seis mujeres y estaba intentando dar muerte a la última cuando murió inesperadamente. En aquel mohoso aposento de Maubisson, de hace tantos años, los primeros actos de ese espantoso proceso iban a dar comienzo.

Benjamin recogió el libro y lo ocultó tras el *lavarium* de madera.

—Ahora ya sabemos por qué el rey quería recuperar dicho libro. Y por qué lo deseaban los franceses, naturalmente, a quienes les hubiera encantado poseerlo. Sospechan de las intenciones de nuestro monarca. ¿Imaginarías a Enrique alegando la nulidad de su matrimonio en tanto que sus oponentes podrían ofrecer pruebas irrefutables escritas de la mano del propio Enrique de que Catalina era «virgo intacta»?

Ambos nos quedamos mirando ante la ruidosa llamada a nuestra puerta.

—¡Adelante, adelante! —exclamé de sopetón.

Suponía que fuera un sirviente o bien Dacourt, pero el benevolente doctor Agrippa entró en el aposento caminando como si se columpiara y arropado con su habitual capa negra; su rostro era alunado y sonriente como el de un fraile cordial.

—Buenos días, caballeros. Vengo de Calais para llegar al castillo como si fuera el Valle de los Muertos.

Se desabrochó la capa y fue a sentarse a mi lado, tomando a bien nuestras expresiones de perplejidad. Estiró sus cortas y gordas piernas. El cuero de sus botas de montar estaba cubierto por una fina capa de polvo.

—Bien —exclamó—, ¿no os alegráis de verme?

Naturalmente que no lo estábamos, pero no se lo dijimos:

—¡Por el amor de Dios! —gritó cordialmente—, ¿no me ofrecéis una copa de vino?

Me apresuré a satisfacerle mientras Benjamin, recuperando sus buenos modos, se inclinó para dar la mano al doctor.

—¿Por qué estáis aquí? —preguntó Benjamin.

—Me ha enviado el cardenal —Agrippa tomó la copa rebotante y sonrió con agradecimiento—. Así, ¿qué progresos se han realizado?

—Ninguno.

—¿Sabéis quién es Raphael?

—No.

—¿Y el asesino de Falconer y los otros?

—Sí y no —Benjamin sonrió fatigosamente.

—¿Y eso qué significa?

—La buena noticia es que tenemos la certeza de que el asesino es Raphael.

—¿Y las malas? —Agrippa concluyó desvaneciendo la sonrisa de su cara—. ¿Serán que desconocéis quién es Raphael? —dio un sorbo a su copa de vino—. ¿Y en

cuanto a la sortija?

—Me temo que no.

—¿Y el libro del rey, su regalo al abate Gerard?

—No —mintió Benjamin lanzándome una mirada de advertencia.

Agrippa se agitó desasosegadamente; sus ojos cambiaron de color volviéndose dos pequeñas guijas negras y su fragante perfume a base de almizcle y ámbar gris se cubrió por ese olor ardiente y fundente que en ocasiones sorprendemos en la cocina cuando una sartén vacía se ha dejado demasiado tiempo sobre el fuego. El cuerpo del buen doctor se tensó con enojo.

—Todo lo cual no es agradable —rechinó—. Su eminencia el cardenal está perturbado en sumo grado y alguien —miró hacia donde yo estaba— será víctima de la ira real —sonrió como si tratara de sacudirse su irritación—. El cardenal está muy ansioso —continuó cansinamente—. El rey no puede hacer sus necesidades hasta estar seguro de que los franceses no saben nada. ¡Sólo Dios sabe lo que podrá ocurrir!

—¿Como qué? —preguntó Benjamin.

Agrippa se encogió de hombros.

—Hablemos con claridad. Todos conocemos a nuestro real señor. No va a tolerar nada fuera lo que fuese. Si tiene el convencimiento de que el espía se encuentra aquí, mandará tropas desde Calais. Todos serán arrestados, acusados de traición y juzgados en juicio sumarísimo.

—¡Pero todos podríamos ser inocentes! —gemí.

—El rey Enrique dejará en manos de Dios el decidirlo.

Me quedé mirando la luz del sol a través de la ventana y temblé.

Agrippa estaba en lo cierto. Enrique poseía la malicia para hacerlo. (Siempre recordaba sus instrucciones, al viejo Tomás Cromwell, sobre el abad de un gran monasterio que se resistía a la real opresión. «¡Incoadle un juicio honesto! —espetó Enrique—. ¡Acto seguido, colgadle sobre su portal principal!»).

—¿Os incluye también a vos, mi buen doctor? —preguntó Benjamin.

—Dejadme que os lo diga de este modo —sonrió Agrippa falsamente—, maestro Daubey. Tened la seguridad de que no voy a regresar para dar vuestros informes fracasados. Si acontece lo peor que pueda suceder, ensillaré mi caballo, saldré silenciosamente por alguna puerta poterna y me marcharé —alzó su cabeza y oprimió mis ojos con su mirada—. Sí, podría seguir la ruta del sol y recalar en Italia para embarcarme rumbo a Bizancio.

—Bizancio ya no existe —observé—. Los turcos se apoderaron de ella hace ya setenta años.

Agrippa me observó ahora con unos ojos de una extraña y clara transparencia.

—Lo sé —replicó—. Me encontraba allí.

Devolví mi mirada con incredulidad.

—Estaba allí —insistió— cuando los turcos encontraron una puerta abierta y entraron intempestivamente. Me hallaba junto a Miguel el Paleólogo, el último emperador bizantino. Murió inundado en su propia sangre y en la de sus atacantes.

(Dicho sea de paso, sólo creí a medias lo que dijo Agrippa. Tan sólo hacía dos años, cuando me encontraba en Londres, vi a Agrippa que me saludaba con la mano desde lo alto de una ventana; no había envejecido lo más mínimo pero, cuando volví a mirarle, había desaparecido).

—¡Día aciago! —musitó Agrippa—. Nos queda poco tiempo. El rey ha escrito a su capitán de Calais con sello secreto. Tenemos un mes para poner en claro todas estas cuestiones.

—Pero Dacourt y Clinton son amigos suyos —farfulló Benjamin—. Sin duda alguna el rey no intentará perjudicarles. Dacourt luchó con él en la batalla de Spurs, y Clinton y su primera esposa fueron a menudo anfitriones de Enrique en su mansión de Hampstead.

—El rey Enrique VIII tiene un solo amigo —respondió Agrippa—. Y se llama Enrique VIII. No lo olvidéis, maestro Daubey —se levantó—. Si hacéis como los demás, pagaréis con vuestra vida. Os dejo con vuestras maquinaciones, caballeros. Si hay algo que pueda hacer para ayudaros... —dejó sus palabras flotando en el aire, cogió su capa y salió de nuestro aposento.

—¿Es Clinton uno de los amigos del rey? —pregunté.

—Por supuesto. Me lo contó mi tío.

—¿Y su mujer?

—Sir Robert la amó con locura. Ella murió de un tumor, un absceso maligno, hace algunos años. Nuestro problema —siguió Benjamin— es, ¿ahora qué vamos a hacer?

—Podríamos acorralar a Millet.

—Y no obtener prueba alguna —Benjamin se humedeció los labios—. Hay un cabo suelto —dijo.

—¿Qué es?

—Lady Francesca. Cuando visitamos el convento de camino a París advertimos cómo las monjas daban muestras de adorar a sir Robert y sentían la mayor estima hacia su antigua alumna.

—¿Qué hay de sospechoso en ello?

—Nada, exceptuando que le hicieron un regalo justo antes de que partiéramos. He hablado con los mensajeros. No solamente llevan regalos de lady Francesca a las monjas, sino que transportan los de éstas a lady Francesca.

—¿Crees que hay algo irregular en esta actividad?

Benjamin restregó los pies.

—No lo sé. Me gustaría saber más sobre ella.

(El corazón se me encogió. Ya sospechaba lo que iba a ocurrir).

—¿No querías ir, Roger?

—¿Ir adónde?

—Al lugar de origen de lady Francesca, a SaintGermainenLaye. Se encuentra tan sólo a unas millas al sur de París.

—¿Para hacer qué?

—Para hacer unas cuantas preguntas sobre ella. —Benjamin se encogió de hombros—. ¿Quién sabe? Tal vez esa mujer que conocemos no sea la misma lady Francesca que vivió allí.

—Eso es imposible —espeté.

—Cosas más extrañas han ocurrido —Benjamin se echó hacia delante—. Debes ir. De momento es todo lo que tenemos, esto y el libro.

—¿Y en cuanto al maldito anillo? —pregunté.

Benjamin me devolvió una mirada vacía y mi desesperación aumentó.

Capítulo 11

Tras un viaje anodino llegué a Saint Germain al atardecer del día siguiente. Era un lugar extenso y serpenteante, con una iglesia de alto campanario en el centro, rodeada de casas y casuchas según la prosperidad de los campesinos. Cada una de ellas estaba erigida dentro de su propia parcela de tierra, bien delimitada por vallas destartadas. Las calles eran polvorientas, llenas de chiquillería vociferante, algunos de ellos iban casi desnudos, y las mujeres vestían de forma tan similar, con túnicas grises que uno hubiera pensado que eran miembros de alguna orden religiosa. La mayoría de los hombres estaba trabajando en los campos, pero el *auberge*, o posada, un edificio de dos plantas con su ramo de hostel que colgaba por debajo de su alero de bálago, realizaba un próspero negocio.

Entré en su maloliente oscuridad; no había más que dos ventanas y el lugar apestaba a boñiga. En el suelo de tierra batida, lleno de desperdicios, tres cerdos escarbadores se nutrían a placer. Desde siempre supe que los viejos con desparpajo son la mejor fuente de chismorreos, por lo que me hice pasar por estudiante, hijo de francesa y de padre inglés, de vacaciones en la Universidad de la Sorbonne, en París, donde continuaría mis estudios de leyes. Como todo extranjero, fui acogido con evidente hostilidad, pero las monedas de plata engendran una cordialidad universal. Mandaron traer bebidas, se compartieron chistes e historietas divertidas sobre los «malditos de Dios», y cuando lo consideré oportuno cambié de conversación refiriéndome a la gran mansión que había visto al penetrar en el pueblo.

Mi maestro me había informado ya de que el nombre de soltera de lady Francesca era Sauvigne, y puedo aseguraros que al igual que Dios hizo el milagro del pan y los peces, aquellos vejetes me describieron a la hermosa hija que un día habitó allí.

—Una gran familia —afirmó con ponderación un desdentado anciano.

—¿Siguen viviendo en la localidad?

—Bueno, los mayores ya han fallecido.

—¿Y Francesca?

—Oh, la enviaron a un convento a las afueras de París.

—¿Y quién es ahora la cabeza del señorío?

—Bueno, al faltar un heredero varón, el título fue a parar a un primo lejano.

—¿No a Francesca?

El anciano agitó la cabeza.

—Nunca hubiera heredado el título —se volvió y escupió—. Ya conocéis los usos entre los grandes. Los hijos van a la guerra o a la corte, y las mujeres o se casan o entran en un convento. Mas tened en cuenta que era una muchacha muy hermosa.

—¿En qué sentido?

El anciano me hizo una detallada descripción de lady Francesca y sentí una pizca

de desencanto por una de las teorías de mi maestro al ser hecha añicos tan brutalmente: la mujer que el anciano me describió no podía ser otra persona que la esposa de sir Robert Clinton.

—Es raro que no contrajera matrimonio con anterioridad —inquirí—. Quiero decir que una mujer de tal hermosura...

—Oh, ¡pero lo estuvo!

—¡No, no lo estuvo! —interrumpió otro de los presentes—. Contrajo nupcias con un joven militar, el señor de Gahers.

—¿Y qué sucedió?

—Bien, De Gahers partió a Italia con el ejército real, y se distinguió por su gran valor durante la invasión de Nápoles.

—¿Y le mataron allí?

—Oh, no, regresó cubierto de honores, pero falleció al cabo de un año de alguna enfermedad atroz. A lady Francesca se le partió el corazón. Rehusó ulteriores ofrecimientos de matrimonio. Debía de tener dieciséis abriles en aquel entonces, de modo que sus progenitores la despacharon a un convento.

El anciano se volvió para escupir un flujo de flema amarilla que fue a parar directamente entre sendas orejas de uno de los cerdos. La bestia gruñó furiosamente y dio media vuelta. (¡Luego, los franceses tienen el rostro de acusarnos a los ingleses de sucios!). Bueno, no había nada más de lo que pudiera enterarme. Había gastado bastantes monedas de plata y los viejos comenzaban a recelar, de modo que me fui a dormir a un bosquecillo de las afueras del pueblo, y me encaminé después de regreso a Maubisson.

El castillo se había recuperado de la visita del monarca francés. Peckle estaba sentado en el patio con unas hojas de papel entre las manos; Millet y Dacourt, el primero tan pálido como de costumbre, se hallaban secreteando en la gran sala, mientras que Clinton y el doctor Agrippa se hallaban sumidos en una profunda conversación. Me pregunto, en verdad, si el bueno del doctor había advertido a todos los demás sobre la inminente ira del soberano. Mi maestro estaba examinando fragmentos de pergamino en nuestro aposento, cada uno de ellos portador de un nombre, como si tratara de extraer una lógica de todo lo que había pasado.

—¿Fue afortunado tu viaje, Roger?

Le puse al corriente de lo que había aprendido. Hizo un signo de desesperación, tiró su pluma sobre el escritorio y fue a echarse sobre su lecho, mirando fijamente al techo.

—¿Percibiste algo —preguntó— en cuanto entraste en el castillo a tu regreso?

—No. ¿Por qué?

Benjamin se irguió apoyándose sobre el codo y comenzó a rizarse el cabello con los dedos, uno de sus hábitos favoritos cuando reflexionaba.

—Vauban ha retirado a sus hombres —replicó—. Indicio seguro de que el bastardo está más que confiado en que no llegaremos a saber nada nuevo —Benjamin se echó en la cama y se limitó a seguir así, observándome cómo desempaquetaba mis alforjas y descansaba del viaje.

—Dijiste que lady Francesca estuvo casada con el señor de Gahers.

—Sí.

Benjamin saltó de la cama.

—Roger, quédate aquí. Necesito hablar con nuestros mensajeros. Me pregunto si querrán ganarse algunas monedas de plata suplementarias.

Pensé que regresaría pero no lo hizo, de modo que me puse a buscar algo para leer. Inspeccioné lo que Benjamin había estado escribiendo, pero había usado alguna cifra secreta conocida sólo por él. Me acordé del libro del abate Gerard, así que lo saqué de su escondrijo, cerré la puerta con llave, y perezosamente fui pasando página tras página, más interesado en las anotaciones del rey que en otra cosa. Me reí por lo bajo. Si el obeso Enrique pensaba divorciarse de Catalina de Aragón, entonces este libro probaría que era un embustero sin lugar a dudas. No me hacía ilusiones de lo que sucedería una vez que el gordo bastardo lo tuviese en su poder. El libro sería quemado y Enrique quedaría libre para decir cuantas mentiras se le antojaran. Revisé las hojas sueltas del final, que, como era costumbre, el abate Gerard había utilizado para sus propios comentarios. Vi lo que el difunto sacerdote había anotado allí: misas cantadas para las almas de los recién fallecidos. Como era de esperar se incluían los nombres de los familiares de los miembros de la embajada inglesa. Algunos no los reconocí, otros eran muy recientes: una hermana de Millet, la esposa de John Dacourt, Catherine Stout, así como el de la primera mujer de sir Robert Clinton, Clare Harpale. El retorno de Benjamin interrumpió mi actividad. En cuanto abrí la puerta me cogió el libro.

—¿Qué has estado haciendo, maestro?

—Oh, una y otra cosa.

Se echó sobre la cama hojeando las páginas del libro, dejándome con mis pensamientos.

Los días siguientes transcurrieron sin pena ni gloria. Benjamin afirmaba que estaba esperando noticias y retornó a su escritura secreta pero advertí, por su desánimo, que estaba realizando muy pocos progresos. La presencia del doctor Agrippa no hacía sino ahondar en su melancolía y en la de los demás. Dacourt mostraba abiertamente su enervamiento; Peckle se parapetó en sus tareas y Millet era uno de esos jóvenes estúpidos que pensaba que la música era la solución a cualquier problema. Hasta sir Robert Clinton estaba agitado, como si cayera en la cuenta de que su amistad con el rey no le salvaría de su ira. El viejo Dacourt, con el fin de alegrar los ánimos decaídos, contrató a una compañía de acróbatas, los típicos actores de

farsas y payasos que entretenían a importantes damas y caballeros en sus salas de recibo y en sus glorietas. Si algo consiguieron estos idiotas fue agravar nuestra melancolía, sus risas y jolgorios resonaron a hueco en la hosca atmósfera de la sala.

Pero ¿no será cosa extraña que pequeños incidentes puedan ser causantes de los más devastadores cambios? Recordé aquellas rimas infantiles:

Por requerir un clavo
se perdió una herradura.
Por requerir una herradura
se perdió un caballo.
Por requerir un caballo
se perdió un jinete.
Por requerir un jinete
se perdió una batalla.

En este caso fue un perro bastardo, un inteligente y pequeño can, el cual, con arreglo a lo que le había enseñado, podía sacar letras pintadas de un cubito y formar palabras como «hueso» o «carne». En ocasiones se confundía con las letras, lo cual producía una insospechada diversión, pero me hizo recordar la obsesión del desventurado Falconer con el nombre de Raphael. Algo se me ocurrió, pero lo despaché hasta que me hallé solo con mi maestro. Se lo comuniqué y él se sentó como si le hubiesen dado un mazazo.

—¡No puedo creerlo! No —al final tartamudeó—, es imposible.

Se puso en pie y caminó de un lado a otro del cuarto.

—¿Qué ocurre, maestro?

—Cállate, Roger, y deja que piense.

Continuó su deambular. Fue a sentarse a su escritorio y empezó a garabatear demencialmente sobre cualquier trozo de pergamino disponible. Estaba todavía con su garabateo cuando me quedé inesperadamente dormido.

A la mañana siguiente, un Benjamin de ojos enrojecidos me despertó de una sacudida.

—Oye, Roger —me dijo casi arrastrándome fuera de la cama—, tienes que vestirme, bajar abajo y reunirte con los demás; desayuna con ellos en la sala. Deberás incitarles a conversar y preguntar a John Dacourt si el nombre de su difunta esposa era Catalina Stout, pero observa a Millet y le preguntas si tuvo una hermana de nombre Gabriel, fallecida recientemente.

—Pero ¿cuál es el objetivo? —pregunté.

—¡Oh —Benjamin tartamudeó—, él se llama Michael, nombre de un arcángel, su hermana llevaba el nombre de Gabriel, nombre de otro arcángel y Raphael es el

nombre del tercero!

—Pero...

—¡Chitón! —Benjamin se llevó un dedo a los labios—. Por favor, Roger límitate a hacerlo. Pero procura que estén todos presentes.

Bajé divagando a la gran sala, me senté e inicié una conversación ociosa hasta que los demás vinieron a unirse con nosotros y dirigí el tema hacia el abate Gerard.

—Cuando estuve en su casa —mentí—, pude leer su lista de misas de difuntos, sir John, ¿su difunta esposa era lady Catalina Stout?

Bueno, los ojos del viejo Dacourt se llenaron de lágrimas.

—Sí, sí —barbotó introduciendo su nariz dentro de la copa de vino aguado—. Falleció hace cinco años. El difunto abate y ella eran amigos.

—¿Y vos, Michael? También vi que disteis unas limosnas para que se rezaran misas por vuestra hermana Gabriel.

Millet parecía satisfecho de sí mismo.

—Sí, ella murió hará unos ocho meses, cuando se declaró la malaria en Lincoln.

—Michael y Gabriel —sonreí—. Los nombres de dos arcángeles.

Oh, tengo que confesaros que fue como si hubiese echado un lazo corredizo al cuello del joven. Se mostró profundamente inquieto. Dacourt levantó la vista con agudeza, Clinton estaba visiblemente perturbado, mientras que Peckle entornaba los ojos. Advertí cómo la nube de sospechas iba en aumento.

—Fue un capricho de mis padres —profirió Millet bruscamente como si no pudiera soportar el silencio y las no formuladas acusaciones. Se rió—. No podemos ser responsables de lo que hagan nuestros padres, ¿eh, Shallot?

Pasé por alto el sutil insulto y cambié de conversación. No obstante, cualquiera que fuese la intención de mi maestro, su venablo hizo diana. Abandoné la sala y acudí para informar de lo que se había dicho. Benjamin estaba terminando de afeitarse, se lavó las manos cuidadosamente en la jofaina de estaño sita sobre el *lavarium* y sonrió abiertamente mientras se secaba.

—Pronto, mi querido Roger, comenzará un nuevo juego. O, como decimos en Ipswich, hay que sacudir el árbol para ver lo que cae de él.

El primer cambio real fue la exclusión de Millet por el resto del personal de la embajada, como si ya estuviera marcado. Dacourt le encargó tareas más serviles y, cuando las finalizaba, el acicalado defraudador pasaba la mayor parte del tiempo en su habitación. El auténtico juego, sin embargo, no empezaría hasta dos días después cuando Dacourt nos hizo llamar a Benjamin y a mí a su despacho. El viejo soldado nos miró con ferocidad acusadora.

—Parece que —empezó— habéis trabado grandes amistades en la corte de Francia.

—No tenemos amigos en la corte francesa —respondió Benjamin sin inmutarse.

—Bien, caballero, parece que los tenéis —Dacourt agitó un pequeño trozo de pergamino blanco con un sello púrpura al final—. Una invitación de Su Muy Cristiana Majestad despachada con su signáculo regio, invitándoos a su palacio de Tour de Nesle, en París, para discutir la cuestión de cierta sortija —Dacourt se quedó mirando el pergamino—. Naturalmente, esto no ha sido escrito por el rey sino por su paniaguado, Vauban.

Benjamin le arrebató el pergamino de la mano y, conmigo atisbando por encima de su hombro, lo leímos cuidadosamente. Dacourt no nos había dado el mensaje completo. El rey Francisco decía querer discutir la cuestión de la sortija «como, asimismo, otras cuestiones relativas a ella que pudieran facilitar el pronto retorno a su real hermano, el rey Enrique de Inglaterra».

—¿Qué significa esto? —espetó Dacourt.

Benjamin le devolvió el pergamino.

—Sugiero, sir John, que mantengáis esto para vos. Y mientras estemos fuera, id con el mayor cuidado con lo que ocurre aquí en Maubisson.

Dejamos al embajador de pie, boquiabierto. Benjamin fue empujándome a lo largo de corredores de regreso hacia nuestro aposento.

—¡Haz el equipaje en el acto! —me espetó—. Nos vamos a París de inmediato. E iremos bien armados. Roger, te conmino a que no comas ni bebas nada, ni a tocar nada y a mantenerte junto a mí hasta que estemos fuera del castillo —se llevó un huesudo dedo a los labios—. Confía en mí, Roger, y pon el mayor cuidado porque hemos de hacer frente al más despiadado y sagaz de los enemigos.

—¿Entonces por qué vamos? —pregunté.

—Mi querido Roger, no tenemos otra opción. Si nos quedamos, corremos gran peligro. Tienes que hacerte cargo. ¿Y cómo podríamos enfrentarnos a nuestro propio soberano, si existe una carta archivada en poder del embajador inglés en París en la que el rey Francisco ofrece negociar sobre la sortija del rey Enrique y que nosotros le rehusamos?

Benjamin descolgó nuestras alforjas de la clavija en la pared.

—Una trama inteligente —musitó—. No controlamos sus hilos aún, Roger, de modo que la debemos bailar al ritmo que se está interpretando —empezó a meter ropas dentro de una de las alforjas.

—¿Crees que el rey Francisco desea negociar?

Benjamin hizo una mueca.

—Dios lo sabe. Tal vez se lo proponga. Francisco es como nuestro soberano, en el que prima la hipocresía. Por una parte, declara a Enrique ser su hermano. Por otra, lo sé por mi tío, el monarca francés ha consultado incluso a un astrólogo sobre cómo matar a Enrique. Francisco ya ha enviado asesinos a Inglaterra, quienes, mediante hábiles e industriosos medios, intentaron asesinar al rey, pero fueron sorprendidos y

colgados tras un juicio sumarísimo —Benjamin tiró la alforja sobre la cama—. Esto tal vez sea una artimaña o bien Francisco podría intentar salvar a su jefe de espías, Raphael —apenas esbozó una sonrisa—. Ve bien armado y recuerda, Roger, cuando vayas a cenar con el demonio, ¡elige la cuchara más larga!

Entramos en París justo antes del toque de queda; atravesamos las calles, que apestaban más que después de una violenta tormenta veraniega, hacia una acogedora posada cerca del Barrio Latino. Cenamos en silencio; Benjamin en uno de los talantes que ya había abandonado, murmurando para sí como si yo no estuviera presente. Al día siguiente, mientras las campanas tocaban a laudes, nos presentamos ante la ornamentada verja del palacio real en Tour de Nesle, en la orilla derecha del Sena. Un edificio singular, torres y torrecillas se remontaban hacia el cielo, era entre una fortaleza y un palacio con extensos jardines y huertos, todos ellos circundados por un elevado muro de ladrillos y festonado de almenas. (Un lugar maldito o algo por el estilo, me dijo Benjamin, porque fue donde, doscientos años atrás, las tres nueras de Felipe IV se citaron secretamente con sus amantes. Quiero decir que ya es bastante raro que una princesa le ponga cuernos a su marido, pero estas tres bellezas engañaron sucesivamente a cada uno de los hijos de Felipe con sus secretas transgresiones con jóvenes caballeros de la corte. Pero al final Felipe lo descubrió y las princesas fueron emparedadas en celdas donde se las dejó morir de hambre; los jóvenes fueron descuartizados por caballos salvajes en el mismo patio que estábamos atravesando).

Iba pensando en la historia que me susurró Benjamin mientras seguíamos a un arrogante chambelán, por dentro de palacio, a lo largo de corredores tapizados de seda, hasta una pequeña estancia de audiencia donde, como era de esperar, el maestro Lucifer en persona, monsieur Vauban, nos aguardaba. Iba vestido con su usual y ostentoso refinamiento: con encaje en cuello y puños, botas de alto talón, una corta túnica que le llegaba por debajo de las rodillas y con esas malditas campanillas que resonaban cada vez que se movía. Tenía el cabello ondulado. Estoy seguro de que se había aplicado algún cosmético en el rostro y despedía olor de perfume. Aunque era de cuidado, podía caer simpático. Se puso en pie detrás de su escritorio y nos dio la mano.

—Monsieur Daunbey, monsieur Shallot, me alegra tanto. ¡Venid, venid!

Con la mano nos hizo signos de que cruzáramos otra puerta, pensé que íbamos a ver al rey. En vez de eso nos llevó a una pequeña estancia, cuyas paredes y techo estaban completamente pintados de azul y decorados con lunas en cuarto creciente y estrellas. Sobre una pequeña plataforma al fondo estaba dispuesto un verdadero banquete para nosotros. Un refrigerio de fiambres, blancos de ave, lonjas de cordero, jaleas, dulce de membrillo y una jarra de vino blanco frío. A semejanza de un demonio invitándonos a la tentación, Vauban hizo una inclinación y gesticuló en son

de mofa:

—Venid, *messieurs*, sois nuestros huéspedes.

Oímos un ruido. Me di la vuelta y me quedé helado de terror: sentado en el rincón más alejado del cuarto se hallaba el enorme y negro mameluco. Allí se encontraba acurrucado sobre un taburete y, a sus pies, con las cadenas de oro arrolladas a una de sus musculosas manos, estaba aquel maldito par de felinos, de ojos de frío ámbar que nos observaban perezosamente.

—¿Qué está haciendo aquí? —murmuré.

—No le había visto —me contestó Benjamin murmurando.

—Oh, siempre se sienta ahí —replicó Vauban—. Siempre en un rincón justo tras la puerta. A menudo las personas entran y salen gritando de terror cuando advierten su presencia. Pero es inofensivo. ¡A donde voy yo, va Akim! —Vauban señaló nuestros talabartes—. Por favor, *messieurs*, tenéis que despojaros de ellos. En presencia del rey no está permitido llevar armas.

—¿Dónde está Su Muy Cristiana Majestad? —preguntó Benjamin agriamente.

—En breves instantes, *monsieur* Daunbey —dijo Vauban encogiéndose de hombros—. Por favor, sacaos los talabartes.

No tuvimos otra opción que desabrochárnoslos. Vauban los recogió con el cuidado de un sirviente adiestrado y los depositó sobre una cómoda. Con certeza no sabréis que, puestos a recordar, no creo haber asistido nunca a banquete tan estrafalario. Comimos y bebimos tan sólo lo que Vauban comía y bebía; aquel arcángel de los luciferinos nos servía con deferente mofa; y durante todo el tiempo la cruel expresión del mameluco y sus felinos depredadores no dejaron de observarnos sin pestañear. Vauban fue la cortesía personificada.

—¿Desea *monsieur* probar este plato? Maestro Roger, ¿un poco de vino?

Y durante todo el rato pasaba de un tema trivial a otro. Benjamin se mantuvo impassible pese a las gotas de sudor en su semblante y el titilar de pavor en sus ojos. Yo estaba atemorizado. Allí nos encontrábamos en medio de nuestros enemigos, inermes ante su malignidad, teniendo por anfitrión a un hombre que escondía su crueldad bajo una refinada apariencia de buenas maneras cortesananas. Transcurrió la tarde sin el menor indicio del monarca, aunque miré, y pensé que quizá fuese reflejo de mi temor, un retrato colgado de la pared y tuve la certeza de que sus ojos se habían movido. Cuando volví a mirarlo, sólo vislumbré la mirada vidriosa de un cortesano muerto hacía mucho, encuadrado para siempre en aquel óleo polvoriento.

—*Monsieur* Vauban —interrumpió Benjamin la charla irrelevante del arcángel—, se nos convocó aquí para discutir la cuestión de la sortija. Y el tiempo pasa.

—Ah, sí, la sortija —Vauban sonrió—. ¿Conocéis su historia?

Y sin esperar respuesta, se lanzó a detallar una larga historia sobre la amistosa rivalidad que había existido entre los dos soberanos y cómo Su Muy Cristiana

Majestad deseaba que se le devolviera. Finalmente, hasta él se fatigó de estar perdiendo el tiempo.

—Venid —nos invitó—. Demos una vuelta por el jardín. Nos condujo por un oscuro pasadizo y me di cuenta de que casi había anochecido. Tras nosotros, desplazándose como tres figuras de la muerte, nos seguían el mameluco y los dos grandes leopardos balanceándose al ritmo de las cadenas.

Los jardines de la parte trasera del Tour de Nesle estaban fríos y fragantes bajo el cielo serpenteado de rojo. Vauban nos llevó por estrechas sendas ventosas entre bancos de flores cultivadas a un pequeño huerto. Al principio creía que las piezas de ropa que pendían de los árboles no eran más que una sutil decoración, pero husmeando de cerca, casi me desmayé de pavor. El huerto era pequeño y estaba cercado, los árboles estaban muy agrupados entre sí, y de las ramas de muchos de ellos colgaban numerosos cuerpos; el único alivio era que sus rostros estaban cubiertos por capuchas de cuero negro. Vauban se limitó a prescindir de ellos siguiendo su irrelevante charla, pero Benjamin se detuvo y se quedó mirando aquel bosquecillo de condenados.

—¿Qué es esto? —murmuró.

Vauban miró detenidamente con sorpresa la copa de los árboles como si fuese un ufano hortelano.

—Oh, éstos —aclaró—. Éstos son los frutos, la cosecha de mi duro trabajo. Fueron miembros de la casa de Su Muy Cristiana Majestad que creyeron poder robar a costa del tesoro real o conseguir beneficios vendiendo secretos a agentes de potencias extranjeras —observó las piernas de uno de los cadáveres y las golpeó juguetonamente de tal modo que los despojos se balancearon grotescamente y la rama de la que pendían crujió y gimió—. Éste era Reynard —siguió Vauban—. Era un distinguido funcionario de la Cancillería, pese a lo cual obtuvo algún beneficio dando a conocer lo que sabía a unos espías venecianos —Vauban retrocedió un paso como si esperase nuestro aplauso.

No hice más que mirar hacia otro lado tapándome la nariz con los dedos, ya que bajo el suave olor del manzano percibí el nauseabundo hedor de la corrupción.

—El mariscal de la real casa siempre los ahorca aquí —continuó Vauban—. Cualquiera que sea culpable de lesa majestad ve su final en este huerto.

Seguimos caminando, el mameluco y sus felinos siempre tras nosotros. Llegamos al borde de unos escalones, y, extendiéndose a nuestros pies, a más de un kilómetro de una parte a otra, se hallaba un intrincado laberinto.

—¿Os parece bonito? —preguntó Vauban—. Los setos son arbustos de alheña y boj. Fue construido por Luís XI, a quien vosotros los ingleses llamáis el Rey Araña. ¿Conocéis la historia del laberinto?

Benjamin negó con la cabeza sin pronunciar palabra.

—Luís deseaba cruzarse para ir a Tierra Santa —Vauban extendió las manos—. Pero podéis suponer las cargas de su burocracia. Fue incapaz de cumplir con su voto, y en su lugar hizo construir este laberinto y todos los Viernes Santo se arrastraba de rodillas hacia el centro donde realizaba sus devociones. Venid, dejadme que os lo enseñe, y luego veréis al monarca.

Le seguimos escalones abajo y penetramos en los túneles angostos del laberinto. A ambos lados, los setos se iban estrechando con una altura de unos tres metros. Los senderos eran estrechos, de menos de un metro, así nos vimos obligados a seguir a Vauban en fila india. Mi terror se acrecentó cuando oí las blandas pisadas del mameluco a nuestras espaldas y el ronroneo de los grandes felinos al arrastrar sus cadenas. Sin dejar de hablar, Vauban nos fue introduciendo, esquina tras esquina hasta que perdí todo el sentido de la orientación; encima de nosotros, el cielo oscurecía y el sol empezaba a ponerse. Benjamin ojeó a su alrededor y me echó una mirada angustiada. Compartía sus temores. Nos encontrábamos ya en lo más hondo de la traición de Vauban.

Por fin llegamos al centro del laberinto. Un pequeño círculo con el suelo esparcido de guijas y en cuyo centro había una sencilla cruz de madera y dos bancos de piedra. Vauban se sentó en uno de ellos y se secó delicadamente el sudor de sus facciones con un puño de seda que se sacó de la manga. Miró hacia arriba aspirando el aire del atardecer.

—Me encanta venir a este lugar —dijo quedamente—. Sólo yo sé cómo entrar y salir de aquí.

Benjamin se sentó junto a él mientras yo contemplaba nuestro entorno. No había indicios del mameluco y sus felinos.

—¿Y no intentaréis dejarnos aquí, verdad, monsieur Vauban?

El francés sonrió y vi cómo su mano iba donde tenía oculta su daga.

—Mi real señor quería que se os matara inmediatamente —respondió, su expresión había adquirido gravedad—. Pero os asemejáis a mí, maestro Daunbey. Trabajamos a la sombra de los grandes. Nuestro juego es de fortuna y azar —se levantó dirigiéndose a una de las entradas—. Esto no es más que un juego —se inclinó ligeramente—. *Bonne chance, messieurs!*

Y antes de que pudiéramos responderle, se deslizó por el oscurecido sendero. Corrí tras él pero desapareció como por ensalmo. Todo cuanto pude oír fue una débil y burlesca risotada y el retintín de aquellas condenadas campanillas.

—Ven aquí, Roger —murmuró Benjamin.

—¡Nos han tendido una trampa! —gemí.

—Así es, Roger, estamos atrapados. Pero si salimos de ésta sabremos quién es el asesino, si bien sigo algo confundido por desconocer cómo se cometieron esas muertes —miró de soslayo al cielo que iba ensombreciéndose—. Fuimos invitados

aquí porque Raphael ha descifrado nuestra pequeña charada de Maubisson. Vauban nos ha abandonado para que muramos. Probablemente esté redactando el borrador de la carta a nuestro real señor, diciendo que nos fuimos del palacio sin novedad y que no puede responder de nuestros movimientos a partir de ese momento. Se supone que hemos de desaparecer, ¿pero cómo?

Ahí estaba yo plantado temblando de miedo porque no se me había ocurrido antes. ¿Cómo podíamos correr peligro en el centro del laberinto? Vauban podía estar tratando de ponernos en ridículo y nosotros podríamos pasar casi toda la noche intentando encontrar la salida, pero debía de haber algo más que eso. Oí el atemorizante grito de los pavos reales desde los céspedes y seguidamente una ráfaga de brisa vespertina aventó la pestilencia de aquel siniestro huerto y su pútrido fruto humano. El coraje del viejo Shallot menguó algo más. Benjamin jugueteaba con la punta de su bota.

—Maestro, ¿qué vamos a hacer?

El crujido de una rama hizo ponerse en pie rápidamente a Benjamin, que me empujó hacia un sendero. Hizo caso omiso de mis protestas y me siguió empujando, yendo arriba y abajo por los senderos del laberinto. Estaba haciendo uso del sol poniente como indicador, intentando establecer la mayor distancia posible entre nosotros y el centro del laberinto. Al final, faltos de respiración, nos detuvimos y Benjamin me tapó la boca.

—¿Qué otra persona entró en el laberinto? —musitó. Benjamin advirtió el terror en mi mirada y sonrió débilmente—. Claro, por supuesto, el mameluco —musitó—. Él y esos condenados felinos. Roger, ¡somos objeto de una cacería!

—Pero ¿cómo? —siseé—. Necesitan oler nuestro rastro.

—¿Dónde está tu talabarte, Roger? Están en posesión de nuestro rastro como de nuestras armas.

De pie, esforzándonos por oír en la oscuridad, escuchamos un débil chasquido acompañado por suaves y sedosos sonidos y el bajo y profundo ronroneo de uno de los felinos.

Ahora bien, me acosaron los lobos en un París gélido y en las afueras de Moscovia; perros asesinos en las catacumbas de Roma; y asesinos venecianos en las viejas cloacas romanas de Londres. Sin embargo, nada fue tan macabro como aquella cacería de un fragante atardecer vernal a lo largo de un laberinto verde oscuro bajo los cielos nocturnos de París. Una y otra vez podíamos oír el sonido de voces jubilosas en la brisa vespertina y, cada vez más a menudo, las pisadas vacilantes de un calzado de suela blanda sobre ramas y guijas y los andares de las patas con zarpas y el profundo rugido gutural de los leopardos que iban a la caza. Y lo que era peor, no sabíamos hacia dónde echar a correr. No había donde ir. No existía lugar donde resguardarnos. Y esto es lo que había en la intención de Vauban: que corriéramos

hasta caer esperando ser capturados por el mameluco y sus leopardos. El sudor estriaba sin cesar nuestros rostros. Mi corazón empezó a latir como si fuera un tambor y mi terror aumentaba al darme cuenta de que estábamos recorriendo sendas ya recorridas. Los setos de alheña verdes se juntaban como los muros más gruesos de una prisión. Presentía que mi presencia confería a mi maestro alguna forma de valor porque, cuando miraba su cara embargada de sudor, sus usuales tranquilas facciones se contraían enfurecidas.

Hicimos una pausa, recuperamos la respiración y corrimos hacia delante. Dimos la vuelta a un rincón y allí, con toda su piel agazapada, se encontraba uno de los leopardos, con los ojos flameantes, las orejas echadas hacia atrás, sacudiendo su gran cola. Durante unos breves segundos permaneció sentado, con los ambarinos músculos de su lomo ondeantes, luego se irguió y el ronroneo se convirtió en un gruñido. Benjamin me cogió por la espalda y nos pusimos a correr. Llegamos a una encrucijada del laberinto.

Benjamin se deshizo de su capa tirándola al suelo.

—¡Déjala! —me ordenó entrecortadamente—. Demorará al felino.

Seguimos hacia delante, la sangre aporreándonos los oídos; el corazón no era más que un latir a martillazos, la respiración nos llegaba como breves accesos de tos, hasta que nos vimos forzados a detenernos, boqueando y con síntomas de basquear.

—Pensemos un momento —murmuró Benjamin—. Tenemos armas —deslizó su mano empapada en sudor hacia una de las botas, y extrajo un largo y afilado estilete italiano que llevaba.

—¿Algo más? —pregunté.

Benjamin negó con la cabeza.

—Eso es todo, Roger, y nuestros cinco sentidos —miró hacia arriba a la cima del seto—. Anda, ¡encármate!

—Maestro, los leopardos nos seguirán.

—No, no lo harán. El seto sostendrá nuestro peso, sus ramas están entrelazadas. Échate en él como si lo hicieras sobre un lago helado.

Benjamin ahuecó las manos en forma de taza para aguantar mi bota, boqueando y jadeando. Brinqué seto arriba y me puse boca abajo. El puntiagudo ramaje recién cizallado se clavaba en mi cuerpo. Tuve que protegerme la cara con las manos, mientras pulgada a pulgada avanzaba por el seto. Bajé mi mano, Dios supo cómo, y tiré de Benjamin hacia arriba para que yaciera justo detrás de mí. Durante unos segundos nos mantuvimos echados, recuperando nuestra respiración. Me hallaba demasiado aterrorizado para moverme, pero Benjamin medio se incorporó y pudo observar por encima del laberinto.

—Somos afortunados, Roger. Este lugar es algo más elevado que los restantes. Si pudiéramos avanzar en dirección del vuelo del cuervo, manteniendo al sol como guía,

podríamos alcanzar la cima del laberinto próxima a la pared del palacio —miró alrededor y esbozó una risita ahogada—. Lo que resulta más placentero —dijo entrecortadamente, dejándose caer sobre el vientre— es que el mameluco está justo detrás de nosotros, ¡aunque Dios sabe dónde están los leopardos!

Capítulo 12

No tardamos en saberlo. Las bestias habían perdido nuestro rastro y estaban desorientadas pero, casualmente, una de ellas nos avistó bordeando el seto y se lanzó en nuestra persecución rugiendo con furia. No obstante, los arbustos eran demasiado altos y los senderos tan angostos que el felino carecía de espacio para poder saltar. Todo cuanto podía hacer era estrellarse contra el punzante ramaje del seto. Renunció al salto pero se mantuvo al acecho a nuestra vera, con las orejas tiesas por la furia, gruñendo y emitiendo ese extraño rugido que hiela la sangre. Benjamin, blandiendo su arma blanca, me urgió a seguir adelante.

—Sácate el jubón, Roger —dijo entrecortadamente.

Jadeando por el esfuerzo, rasgado por las ramas del laberinto, tiré el jubón abajo y el leopardo se entretuvo lo suficiente en rajarlo y hacerlo añicos. Debimos de estar una hora arrastrándonos hacia la pared. De vez en cuando uno de los leopardos nos avistaba y yo o Benjamin nos desprendíamos de alguna de nuestras prendas de vestir. Esta estratagema quizá nos salvara de los leopardos, pero nos dejaba inermes ante las afiladas puntas de las ramas de los arbustos de alheña. Ya teníamos las manos, el pecho y el estómago plagados de arañazos, punzadas y cortes, en tanto que Benjamin mostraba un pernicioso corte justo bajo el ojo derecho.

—¡A Dios gracias! —murmuró Benjamin.

—¿De qué? —gruñí.

—Gracias a Dios que el mameluco soltó los leopardos y no se unió a ellos en la cacería.

Por fin alcanzamos nuestro objetivo, el límite del laberinto y nos derrumbamos en el suelo, no éramos más que dos piltrafas ensangrentadas y empapadas en sudor.

—Ven, Roger —musitó Benjamin—, ¡la pared!

Apenas habíamos comenzado nuestra carrera cuando el mameluco se deslizó, como la sombra de la muerte, desde uno de los senderos del laberinto, con su enorme cimitarra-mandoble asomándole por detrás del hombro. Fue acercándose a nosotros de puntillas cual bailarín. Benjamin me empujó hacia delante, se arrodilló y, sacando de nuevo el estilete, lo lanzó con todas sus fuerzas. Me volví hacia él, resbalando, y vi cómo el arma blanca acertaba en el mameluco justo bajo la garganta y se le clavaba profundamente en el hombro izquierdo. No fue un golpe mortal, pero el mameluco cayó de rodillas con la mirada paralizada, la boca abierta, mientras se le resbalaba de las manos la gran cimitarra. Benjamin corrió hacia él, recogió la cimitarra y antes de que aquél, embargado ya por el dolor, pudiera reaccionar, le dio un tajo que le separó limpiamente la cabeza de los hombros.

Oí el sordo golpe de ésta al caer al suelo, como una pelota, y me volví de espaldas al rojo arco de sangre que irrumpió en el aire a varios metros. Acto seguido,

Benjamin me imprecaba por no seguir apresurándome. Llegamos a la pared. Su enladrillado estaba mal conjuntado y nos lastimaba las manos y las rodillas mientras trepábamos. Sorprendentemente no había guardias por allí. Vauban debía de confiar plenamente en el mameluco y los leopardos. Me giré para contemplar ese horrible laberinto y, justo antes de saltar al suelo, vi salir del laberinto al primer leopardo y dirigirse como un fantasma hacia el lívido y decapitado cadáver.

(Ah, lamento la interrupción de mi capellán. No puede creerse que nos arrastráramos por la superficie de los arbustos de alheña. Si fuera lo bastante joven podría demostrárselo ahora; y, si no se le mete en la mollera que debe usar siempre una expresión civil, le obligaré a que demuestre a todos y a cada uno que fue posible. «¿Ésta es la razón por la que os aposentáis en el centro de un laberinto?», me pregunta. Pues sí, supongo que sí. Alguna cosa aprendí de aquella espantosa jornada de verano. Si uno quiere protegerse, estar realmente a salvo, debe sentarse en el centro de un laberinto. Incluso si nuestro enemigo llega a entrar en él, puede que no salga vivo. Los mayores villanos de la historia se aposentaron en el centro de un laberinto, fuera éste un jardín o un palacio. Catalina de Médicis, Madame Serpiente, convirtió su palacio de Chambard en un laberinto de falsos pasadizos, túneles secretos y corredores de suelo movedizo que se abrían a mazmorras sin salida en las que sus desventuradas víctimas desaparecían).

De todos modos, ya basta con esto. Benjamin y yo estábamos con el cuerpo magullado y ensangrentado, y con los nervios tensos como cuerdas de una lira, pero teníamos una ventaja que sintetiza muy bien una oración irlandesa: «Oh, Señor, haz que nuestros enemigos sean arrogantes». Vauban lo era; estaba seguro de que moriríamos en el laberinto y que, llegada la mañana, nuestros cadáveres ensangrentados y descuartizados serían metidos en sacos llenos de piedras y arrojados al Sena. Ése es el motivo de que no hubiese guardas, ningún testigo que pudiera ser comprado por Inglaterra. Puedo imaginar cuan alegremente había ido Vauban a Maubisson para presentar sus más profundas condolencias a su Muy Cristiana Majestad por la súbita y misteriosa desaparición de los dos enviados ingleses.

Fuese como fuese, regresamos a Maubisson por los pelos. Perdimos armas y caballos, en tanto que una bota de Benjamin y las dos mías se encontraban en aquel momento en la ufana posesión de los malditos felinos de Vauban. Tuvimos que hacernos pasar por pordioseros, cruzando la Porte de Saint-Denis justo antes del toque de queda, y mendigando el trayecto a un carretero alcanzamos Maubisson entrada la mañana del día siguiente. Un centinela apostado fue en busca de Dacourt, quien descendió resoplando, si bien Benjamin se mantuvo extrañamente silencioso, rehusando ponerle al corriente sobre nuestra maltrecha apariencia. Dacourt masculló alguna cosa acerca de Venner, pero Benjamin le interrumpió bruscamente.

—Sir John —dijo con estridencia—, deseo ver al doctor Agrippa

¡inmediatamente!

Algo en el tono de voz de mi maestro hizo que el viejo soldado obedeciera con celeridad y apenas hubimos llegado a nuestro aposento cuando el doctor Agrippa se reunía con nosotros. Vestía de negro, como siempre, aunque la jovialidad de su sonrisa no concordaba con la dureza y la reserva que reflejaban sus ojos. Benjamin cortó en seco sus alegóricas muestras de salutación.

—Doctor Agrippa, poseéis autorizaciones del rey y de mi tío. No me mintáis —advirtió Benjamin—. Conozco a mi tío y os conozco a vos. Poseéis autorizaciones en blanco que os otorgan poder sobre la vida y la muerte, como asimismo autoridad sobre todos los súbditos del rey. Así, quiero que este castillo sea sellado, verjas y puertas deben cerrarse y los arqueros apostarse en los parapetos. Nadie debe entrar ni salir sin vuestro permiso. ¿Regresaron los mensajeros?

Agrippa asintió con la cabeza entornando la mirada.

—Deben permanecer aquí, pero enviad a alguien de confianza a Calais con mensajes secretos. Pedid al comandante de la guarnición que tenga a punto tropas de infantería y caballería y que las agrupe cerca de las murallas.

—He de comunicaros una cuestión —replicó Agrippa.

—Ahora no, doctor, por favor. Os lo ruego. Si cumplimentáis lo que os he dicho, prenderemos a Raphael.

Agrippa se encogió de hombros y se fue andando parsimoniosamente.

Benjamin atendió hasta que el sonido de sus pasos desapareciera.

—Vamos, Roger, veamos a esos mensajeros. Anda, ve a buscarlos. Que vengan aquí y traigan cualquier respuesta o paquete que les hayan entregado en el convento.

Encontré a los dos hombres tomando el sol en un campillo próximo a los establos. Parecían poco dispuestos a interrumpir su descanso, pero cuando hice resonar mi bolsa de dinero, se levantaron de inmediato, desaparecieron y regresaron trayendo una pequeña bolsa de arpillera sellada. Los conduje ante mi maestro, quien cerró con llave la puerta en cuanto estuvieron dentro y casi les arrancó de las manos la bolsa de arpillera para sorpresa de ellos.

—¿A qué tanta prisa, maestro? —gruñó uno de ellos.

Benjamin me hizo un signo con la cabeza. Saqué dos monedas de plata y se las di a ellos.

—¿Os entregaron esto en el convento?

—Sí, para lady Clinton.

—Pero ¿por órdenes del rey no dijisteis nada sobre ello? —interrumpió bruscamente Benjamin.

—No, maestro, lo mantuvimos oculto. Nadie sabe dónde fuimos ni lo que trajimos de vuelta.

Benjamin sonrió.

—¡Estupendo! Entonces dejemos las cosas tal cual están, ¿entendéis? Bien. Podéis marcharos.

Tan pronto como salieron, Benjamin abrió la bolsa y sacó de ella un pequeño paquete. Desgarró por las buenas el grueso pergamino amarillento y ambos contemplamos, sin poderlo creer, un pequeño cojín acolchado rojo y dorado. Mi maestro lo recogió, sopesándolo cuidadosamente con las manos.

—Roger, tu cuchillo.

Lo cogió y abrió con él de un golpe el cojín, tarareando jubilosamente ante la pequeña redoma que halló oculta.

—¿Qué es, maestro?

Benjamin la levantó al trasluz.

—Oh, creo que ya lo sé —susurró—, aunque de momento, Roger, más nos vale dejarlo —escondió la redoma bajo su colchón—. Lo primero es lo primero, Roger. Procedamos a lavarnos para sacarnos de encima la peste de los leopardos de Vauban y de ese condenado laberinto.

Fue requerida la servidumbre, que subió cubos de agua caliente y nos lavamos a conciencia. Benjamin me aplicó vino corriente sobre las desgarraduras y excoriaciones de mis manos, piernas y brazos hasta que me sentí como si me hubiesen pinchado con agujas por todas partes. Después comimos, y dormimos tal vez una hora. Me hallaba sumido en un hermoso sueño sobre lady Francesca cuando mi maestro me sacudió para despertarme. El doctor Agrippa estaba sentado y sonreía benevolentemente al pie de mi cama. Benjamin, por lo visto, le había explicado lo que nos había ocurrido en el Tour de Nesle. El bueno del doctor nos dio la enhorabuena por nuestra huida, antes de contarnos la noticia que había intentado darnos con anterioridad.

—Venner ha muerto.

—¡Venner! —exclamó mi maestro—. ¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Cómo?

—Envenenado. Al parecer, sir Robert y lady Francesca siempre comparten un vaso de vino blanco antes de retirarse. Venner se lo escanció; dejaron la jarra en su habitación y alguien debió de verter en ella el suficiente arsénico blanco como para matar a todos los residentes del castillo. Venner debió de probarlo. No bajó para la cena. La servidumbre le encontró más tieso que un clavo —Agrippa hizo una mueca—. Millet ha sido arrestado por dicho crimen.

—¿Por qué Millet? —pregunté.

—Encontraron en su habitación una redoma de arsénico blanco.

—Pero pudieron haberla colocado allí.

—También lo pensé yo, pero se hallaron otras cosas en un compartimiento secreto

de uno de sus cofres; un mensaje cifrado dirigido a la corte francesa, una pequeña vela blanca de cera, el símbolo de los luciferinos, y más oro del que Millet pudiera ganar durante toda su vida.

—¿Dónde se encuentra ahora? —preguntó mi maestro.

—En la mazmorra.

—¿Y qué decía ese mensaje cifrado?

—Que no se fiaba de vosotros, ni de mí, ni de sir Robert Clinton, y que estábamos a punto de descubrir su verdadera identidad.

—Por lo que supongo —grité— que envenenó el vino de Clinton.

—Aparentemente, pero Millet no había tomado en consideración que Venner tomaría un sorbo de dicho vino.

Nos interrumpió una ruidosa llamada en la puerta y sir John entró lentamente.

—Se cumplimentó lo que ordenasteis —vociferó de mal talante mirando a Agrippa, ese cortesano sin identificar que había usurpado sus poderes.

Benjamin le sonrió con falsedad.

—Os lo agradezco, sir John. Pero mantened a Millet estrechamente vigilado. Esta noche traeré la prueba de que es un traidor y un asesino. Tal vez trate de suicidarse. Ordenad que sólo se le dé pan y agua, ambos alimentos deben ser probados antes de entregárselos —hizo una pausa—. Presentad a sir Robert y lady Francesca el testimonio de nuestro sentido pésame por la muerte del maestro Venner, pero decidles que se mantengan en suma alerta. No dejéis de vigilar al resto del personal porque demostraré que Millet tiene un cómplice.

La cara de Dacourt se volvió blanca como el yeso. Balbuceó unas palabras y se fue con más silencio del que había llegado. Agrippa miró a Benjamin con curiosidad.

—¿De modo que la máscara encubre dos caras?

—Así es. Pero ahora, doctor, ¿no os importaría dejarnos a solas?

Agrippa sonrió, me guiñó un ojo y salió del aposento.

Mi maestro dedicó el resto del día a hurgar entre los papeles de su escritorio, hablando solo, a hacerme preguntas repentinas sobre esto o lo otro como un abogado que redacta un escrito de acusación y a ordenar sus argumentos para poder exponerlos detalladamente. Avanzada la tarde, dormimos un rato hasta que un sirviente nos avisó de que la cena iba a ser servida. Encontramos al resto del personal de la embajada muy tenso dado el enervamiento y las expectativas y, por deseo de Benjamin y del doctor, no se permitieron referencias a Millet ni a Raphael.

La cena terminó pronto. Benjamin pidió que se quitara la mesa y que se pusieran guardias en las puertas. Abatido, Dacourt accedió, y nos sentamos como el tribunal de Star Chamber en aquella mal iluminada sala a la luz de las velas. Benjamin, que había comido y bebido escasamente durante la cena, se sentó en el asiento de Dacourt, en el centro de la mesa, y extrajo un pequeño rollo de pergamino. Suspiró

profundamente.

—Nos encontramos aquí —empezó— para determinar la identidad del traidor Raphael manchado de sangre, responsable de las muertes de Giles Falconer, del abate Gerard, de Richard Waldegrave, de Thomas Throgmorton y de Ambrose Venner.

Benjamin hizo una pausa y yo observé a los reunidos en asamblea. Lady Francesca vestía un traje de brocado azul marino ajustado en el cuello; un denso velo blanco de gasa, sujeto por una fina cadena de oro alrededor del cabello, le caía por los hombros. Tenía el talante ansioso y estaba pálida, unas ojeras oscurecían la parte baja de sus ojos. A su vera, sir Robert iba ataviado como un clérigo con jubón negro, con una única traza de blanco de puntilla de encaje que asomaba por el cuello. La expresión de su rostro era fría, impassible e inescrutable. Sir John parecía deprimido, humillado, al saber que su secretario sería el probable traidor. Peckle se sentía fatigado y nervioso, moviendo constantemente sus huesudos dedos salpicados de manchas azul verdosas. Agrippa, sentado silenciosamente, nos contemplaba como una negra sombra; a su lado, mi maestro, con su alargado rostro, tan duro y blanco como el mármol (una de las escasas veces que le vi rebullendo de furia). Su aspecto era tan cruel y frío como el de cualquier magistrado de lo criminal en Westminster.

—Hemos apresado al criminal, maestro Daunbey —dijo de pronto lady Francesca—. Supongo que estaréis de acuerdo. El maestro Millet intentó asesinaros como hizo con los otros desgraciados que habéis mencionado.

Benjamin hizo una mueca.

—Ah, sí, el maestro Millet. Sir John, que sus guardias le traigan aquí arriba.

Seguimos en silencio. Dacourt se acercó a la puerta y musitó unas instrucciones al capitán de la guardia. Poco después el joven secretario fue empujado adentro. Había dejado de ser el presumido engominado. Tenía el cabello enmarañado y sucio, estaba sin afeitar y presentaba gruesas magulladuras bajo sus ojos oscuros. Su bonita camisa estaba ahora mugrienta y sus calzones parecía que no se los hubiera cambiado en semanas. Llevaba las manos bien maniatadas por delante y, cuando los guardas le soltaron los brazos, cayó al suelo como un pingajo doliente. Benjamin se limitó a contemplar sentado a aquel patético joven abogando por su inocencia. De repente se irguió, sacó su daga e, inclinándose junto a él, cortó de golpe con su arma las ataduras del prisionero.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Dacourt.

El joven se acuclilló en el suelo y lloroso miró hacia arriba. Benjamin le dio unos golpecillos en los hombros y regresó a su asiento.

—Liberó a Michael Millet —explicó sin inmutarse— porque es culpable tan sólo de preferir los muchachos a las muchachas, como también de haber tenido una relación desafortunada con uno de los espías de monsieur Vauban. —Benjamin dio un sorbo a su copa. Yo me puse tenso por el drama que iba a comenzar—. Michael

Millet no es el asesino —continuó Benjamin—. No es Raphael, ¿no es cierto, sir John?

Dacourt se limitó a sacudir la cabeza.

—¿Cómo sabéis vos eso, sir John?

—¡Qué he de saber!

Benjamin dirigió su mirada a Peckle.

—¿Lo sabéis, Walter? ¿Creéis que Millet es un asesino y un espía?

—¡No lo sé! —fue su refunfuñada contestación.

—¿Lady Francesca?

Ella se limitó a mirar al vacío.

—¿Y cuál es vuestra opinión, sir Robert? ¿Sabéis que Millet no es Raphael, verdad?

—¿Por qué habría de saberlo yo?

—Porque, sir Robert, ¡vos sois Raphael!

La acusación, expresada con tal tranquilidad, causó consternación y violencia inmediatas. Clinton se puso en pie de un salto con la mano en dirección a su daga, pero Agrippa golpeó la mesa con la mano.

—Manteneos sentado, sir Robert, como lo harán todos los demás. Cualquiera que salga de esta habitación sin mi autorización, sea sobrino del cardenal o amigo del rey, será muerto en el acto.

—¿Cómo podéis decir tal cosa? —los ojos de sir Robert eran la viva expresión del furor—. Ni tan siquiera me encontraba en Francia cuando el abate Gerard y Falconer murieron. ¡Eran mis amigos!

—También lo era el rey —replicó Benjamin.

—Examinemos la cuestión cuidadosamente —interrumpió Agrippa—; maestro Daunbey, por favor.

Mi maestro se inclinó hacia delante.

—Describamos cómo ocurrieron los hechos —empezó—. Y solamente después explicaré el porqué. A lo largo de dieciocho meses —continuó—, ha habido un espía de nombre Raphael en el núcleo del consejo inglés. El maestro Falconer, mediante uno de sus más leales agentes, descubrió que su nombre era el de Raphael. Esto sucedió durante la Semana Santa cuando, sir Robert, os encontrabais aquí en Maubisson —movió su mano a lo largo—. Os lo ruego, no aleguéis que estabais trabajando con Falconer. Por supuesto, él os informó acerca del espía. Después de todo, sois amigo del rey y jefe de la cancillería que trata de los asuntos relativos a Francia. Vos transmitíais la información a vuestros superiores del palacio del Louvre y monsieur Vauban planeó la muerte del agente de Falconer.

»Ahora bien, Falconer sospechó inmediatamente sobre todo ello y se concentró en el nombre de Raphael. Antes de que partierais para Inglaterra, probablemente os

disteis cuenta de su cambio de actitud hacia vos y decidisteis de forma muy inteligente sacaros de encima a este peligroso funcionario. Recordad que era Semana Santa cuando os marchasteis: Falconer, como los demás, guardaba el ayuno dictado por la Iglesia absteniéndose de comer carne y beber vino. Pero terminada la Cuaresma, lo celebraría. Emplearía su copa litúrgica, la copa de Pascua, y vos la untasteis con un veneno singular.

Benjamin miró hacia el fondo de su propia copa y agitó las heces ahí depositadas.

—Tuvo que ser un tipo de veneno único en su especie, aunque fuera una hazaña muy sencilla para vos dada vuestra afición por los productos químicos y la alquimia. Sospecho que fue zumo de ergotina o lo que los herboristas denominan *claviceps purpurea*. Veréis, tanto el cornezuelo del centeno como la mandrágora causan la muerte, pero con bastante lentitud. Su efecto primario es provocar alucinaciones a la víctima. Se siente increíblemente jovial y cree poder hacer cuanto se le antoja — Benjamin miró fijamente a Dacourt—. El vino que compartisteis con Falconer, sir John, no estaba emponzoñado, pero la copa de Falconer sí lo estaba. Después de despediros de Falconer, éste cayó bajo el efecto del enérgico brebaje untado en su copa. Le encantaban los pájaros, le encantaba observarlos volar. Hacía una cálida noche de primavera, de modo que subió a la cima de la torre — Benjamin se encogió de hombros—. ¿Resbaló o tal vez incluso intentó volar? Fuera lo que fuese, con la copa aferrada a las manos, cayó hacia su muerte — mi maestro sonrió—. No es demasiado imaginativo. Todo aquel que ha bebido demasiado vino sabe cómo la mente puede engañarle.

—¡Tonterías! — Clinton, con la cara blanca como una sábana, se puso en pie de un salto y miró atentamente a su alrededor—. ¿Qué tonterías son éstas? Incluso si hice lo que estáis diciendo, ¿cómo podía saber que Falconer caería y se mataría?

—Oh, eso no fue más que un beneficio inesperado — replicó Benjamin—. Si no hubiese caído y permanecido en su estancia, el efecto delirante se habría agostado. Hubiera entrado en coma y fallecido durante su sueño sin dejar rastro visible alguno del veneno. Su muerte hubiera sido atribuida a causas naturales. De cualquier modo, el vino no estaba envenenado y, ¿quién habría pensado en examinar la copa? — Benjamin observó la superficie de la mesa durante un rato—. Sí, fuisteis muy listo, sir Robert. Oh, por favor, sentaos, aún no he terminado.

Clinton se derrumbó sobre su silla. Mantuvo la mirada sobre lady Francesca. Sentada junto a su esposo, con la cabeza inclinada, abría y cerraba las manos.

—Muy listo — murmuró Benjamin—, envenenar a alguien y aprovecharse de sus fantasías. Muy sutil vos, planeándolo a millas de distancia.

—¿Y el abate Gerard? — vociferó Dacourt, que ahora había recuperado algo de su arrogancia.

Benjamin levantó una mano.

—Tan sólo puedo decir que la muerte del abate fue fácil de planear. Estábamos en Cuaresma; también el abate guardaba ayuno. Recibió regalos, entre ellos, un frasco de vino de sir Robert enviado justo antes de que él y lady Clinton regresaran a Londres. Ahora bien, el bueno del abate descorchó el frasco después del día de Pascua, concluida ya la Cuaresma. Era tan sólo un pequeño frasco, tal vez para dos o tres copas como máximo. Bajo los efectos del vino envenenado, el mismo que ingirió Falconer, el bueno del abate se enfrascó en su absorbente interés por los milagros de Jesucristo, especialmente aquel que se refiere a su caminar sobre las aguas — Benjamin miró fijamente a Clinton—. Como amigo del abate sabría todo al respecto, ¿no es cierto, sir Robert? —Benjamin no esperó a que le contestase—. El bueno del abate, bajo los efectos de la alucinación, salió afuera, se fue a su estanque de carpas, y trató de andar sobre el agua. Era ya mayor y la impresión del agua fría, sin mencionar la acción del veneno que había ingerido, le mataron en pocos minutos. Luchó, pero estaba débil y se ahogó silenciosamente. Su muerte no despertó sospechas, y el cadáver fue enterrado. La copa cayó al agua con él y quedó limpia, en tanto que el frasco de vino fue arrojado a la basura como cualquier desecho. Una vez muerto, Vauban y los luciferinos fueron en busca del libro —Benjamin hizo una pausa y sonrió para sus adentros—. Pero el viejo sacerdote era hombre astuto. Realmente valoraba ese libro, de modo que lo escondió —Benjamin miró directamente a Clinton—. Oh, sí, sir Robert, el libro está en mi posesión y bien salvaguardado.

No sé si sabéis que me he enfrentado a muchos asesinos, hombres y mujeres que se ensuciaron con la sangre de otros. Todos poseen la arrogancia de Caín, que pudo desafiar a Dios y declarar ufanamente que ignoraba dónde estaba su hermano. Sin embargo, existe un momento en que dicha arrogancia se derrumba repentinamente, cuando el asesino cae en la cuenta de que ha perdido el control de su juego. Así fue con Clinton, que miró a Benjamin con la boca entreabierta igual que un hombre débil mental y senil desprovisto de juicio y raciocinio.

—Encontré el libro —repitió Benjamin— y he leído lo que en él estaba escrito. El apellido de vuestra primera esposa era Harpale y manipulando las letras de dicho apellido, como Falconer debió de hacer, puede llegar a formarse la palabra Raphael —Benjamin sonrió con frialdad—. Tengo la certeza —continuó— de que si efectuara un escrutinio de las cartas y papeles dirigidos a vuestra difunta esposa, daría por resultado que usasteis como anagrama dicho término por vuestro cariño hacia ella — tuvo un acceso de tos y bebió un poco de vino—. ¿No es así, Roger?

—Por supuesto, por supuesto —confirmé aunque sin dejar de observar a Clinton, y especialmente sus manos—. Una vez que Falconer estableció que el espía hacía uso del término Raphael, vos decidisteis silenciar al abate Gerard. Teníais conocimiento de la existencia del libro. Sospecho que él debió de mostrároslo con el nombre de

Harpale escrito en el dorso. ¿Quién sabe? Puede que recordase que llamabais Raphael a vuestra primera esposa.

Lady Francesca comenzó a llorar silenciosamente, sacudiendo todo su cuerpo a causa de los sollozos.

—Naturalmente —seguí sin remordimientos—, hubo que silenciar a otros. Al alcoholizado Waldegrave, que pudo haber sido informado por Falconer en mayor grado de lo que suponíais. Fue una muerte que no presentaba dificultades. Fuisteis a verlo una noche cuando se hallaba postrado en coma etílico y rociasteis sus ropas con sangre de cerdo. El embotado sacerdote no opuso resistencia. Tal vez se hallaba incapacitado por algo más poderoso, como algún narcótico. Una vez empapadas sus ropas en sangre, os lo llevasteis al establo de *Vulcan*, abristeis la puerta y lo arrojasteis dentro cerrando el establo con cerrojo. El caballo de guerra, feroz por naturaleza y adiestrado para matar, se alarmó por la abrupta intrusión y el olor a sangre, coceando al desgraciado Waldegrave hasta matarlo.

—¿Y Throgmorton? —intervino Dacourt repentinamente.

—Enseguida —continué, sin dejar de observar dónde se hallaba Millet, que aún continuaba acucillado en el suelo cual borrachín incapaz de moverse—. Creo, sir John, que deberíais desposeer a sir Robert de su daga y ayudar al maestro Millet a incorporarse. Quizás un poco de vino mitigaría su malestar.

Dacourt obedeció con celeridad. Clinton no opuso resistencia a que le desarmaran. Se limitó a mirar fijamente hacia el fondo de la sala, perdido en sus propios pensamientos, mientras el viejo soldado ayudaba al todavía lloroso Millet a sentarse en una de las sillas vacías.

—Throgmorton —declaré— era un metomentodo. Un buen médico, pero le agradaba espiar a las muchachas y a cualquier mujer con la que se encaprichara, lady Francesca incluida.

La esposa de Clinton alzó su mirada penetrantemente. Su rostro se hallaba devastado por el temor y las lágrimas; tenía la piel blanca e hinchada y los ojos, enrojecidos por los bordes. Miré a Benjamin, ya que habíamos acordado no revelar ciertas cuestiones a los presentes.

—En Fontainebleau —continué—, Throgmorton vio algo singular en la estancia de lady Francesca y, como metomentodo que era, trató de propalarlo a los cuatro vientos. En nuestro viaje de regreso a Maubisson, sir Robert pidió a Throgmorton que examinara la pata de su caballo mientras Venner y él distribuían el vino y la comida.

—¡Pero si todos bebimos de aquel vino! —exclamó Peckle.

—Naturalmente que lo hicimos —replicó Benjamin—. Como recordaréis, sir Robert llenó cortésmente cada una de las copas, y las fue distribuyendo.

—Ahora bien —Benjamin cogió su propia copa por el borde—, sir Robert las iba entregando de este modo. Si os fijáis en su mano derecha advertiréis las gruesas

sortijas que la adornan. Sospecho que una de ellas posee un resorte en miniatura que puede abrirse hacia atrás con el pulgar, dejando al descubierto una cavidad en la que secretamente se aloja el veneno. Así fue como emponzoñó la copa de Throgmorton. Unos cuantos granos de veneno mortal y Throgmorton moriría en pocas horas.

Benjamin se levantó y se dirigió al otro lado de la mesa. Extrajo su daga y pausadamente agujeró por detrás el cuello de sir Robert.

—Sir Robert, su mano derecha, por favor.

Con la colaboración de Dacourt, Benjamin cogió la mano de Clinton, forzándola sobre la mesa con la palma hacia arriba. Las sortijas de plata de tres de los dedos relucían a la luz de las velas. Benjamin tocó la sortija del dedo meñique diciéndole a Dacourt que aproximase la vela.

—¡Veis, sir John, el pequeño resorte! Si lo apretáis hacia atrás, ¡he aquí!

Clinton forcejeó para liberar su mano apresada, pero Dacourt sostuvo su muñeca fuertemente y le sacó la sortija. La fue pasando alrededor para que todos la examinaran. Su formato tenía un hueco que, cuando se presionaba hacia atrás con el pulgar, liberaba una porción ínfima de veneno letal. Clinton habría vertido el veneno justo antes de pasar la copa a Throgmorton.

—¡Pero claro! —exclamó Dacourt—. Ésta es la razón por la que pidió a Throgmorton que fuese a examinar su caballo. ¡Clinton quería asegurarse de que todos estuviéramos servidos antes de entregarle la copa de vino al médico!

Clinton, con el rostro ceniciento, miró descaradamente a su alrededor.

—¡Todo esto carece de sentido! —farfulló—, ¡es de una total insensatez!

Pero el tono de su voz ya no era el de antes y se derrumbó en su asiento como si le hubieran apaleado. Lady Francesca sollozó; entonces la actitud de Clinton cambió repentinamente. Miró de soslayo y mostró sus dientes, como si riese recordando algún chiste secreto.

—¿Y qué fue de Venner? —gruñó Millet tendiendo su mano en dirección a Clinton—. ¡Ese bastardo me acusó de su muerte!

—Oh, ése fue el crimen más zafio de sir Robert —observé—. Veréis, antes de partir para el Tour de Nesle, bajé aquí, a esta sala, y declaré conocer los nombres tanto de la esposa de Dacourt como de la difunta hermana de Millet. Clinton empezó a sospechar que también habíamos descubierto el apellido de su difunta primera esposa, tal vez incluso del propio Raphael, de modo que lanzó dos ataques defensivos: un mensaje secreto fue enviado a Vauban para que dicho bastardo nos invitara a morir en el Tour, mientras Clinton arreglaba los acontecimientos para que Millet resultase inculpado. No resultó difícil. Los viajes nocturnos de Millet en busca de jóvenes engominados, su persecución de jóvenes dandis en la corte francesa, la coincidencia de que ambos, él y su hermana, llevasen nombres de arcángeles... —hice una mueca—. El resto fue sencillo. Algunas cosas fueron colocadas en el cofre

de Millet; a Venner le fue administrada una bebida emponzoñada; y el vino de sir Robert y lady Francesca estaba envenenado. Pero Venner no bebió lo que se le ofreció. Había sido envenenado con anterioridad y su cadáver fue abandonado en la estancia de Clinton.

—¿Cómo sabéis —preguntó Dacourt abruptamente— que Venner no bebió el vino que se le ofreció?

—Porque el desventurado muchacho siempre bebía vino aguada. Pero a sir Robert no le importaba ese detalle. Confiaba en que muriéramos en el Tour de Nesle, y Millet sería inculpado por ello, mientras él seguiría cultivando su imagen de noble inglés que escapó por los pelos de la muerte.

Agrippa, que apenas se había movido a lo largo de toda la explicación, de pronto se inclinó y golpeó la mesa con el mango de su pequeño puñal.

—Ahora —dijo al enmudecido grupo— llegamos a la cuestión del porqué —se puso en pie—; de todos modos, caballeros, no puede ser oído por todos. Sir John, maestro Peckle, maestro Millet, debéis retiraros.

—¡De ninguna manera! —replicó con enojo Dacourt.

—Sir John, si no os retiráis —replicó tranquilamente Agrippa, nunca abandonaréis este castillo con vida. No os pido que os vayáis, os lo ruego, ¡por vuestro bien!

El viejo soldado suspiró profundamente, se alzó de hombros y abandonó la sala, seguido por Peckle y Millet. Agrippa se aseguró de que la puerta se cerrase tras ellos.

—Ahora, sir Robert —anunció—, os diremos por qué sois espía, traidor y asesino como asimismo el motivo que os hizo sonreír hace unos momentos. ¿Maestro Daubey?

Benjamin se sentó junto a Clinton como un sacerdote dispuesto a escuchar en confesión.

—Os voy a relatar una historia, sir Robert —empezó—, sobre un joven cortesano, soldado y erudito amigo del rey. Ahora bien, este cortesano amaba a su soberano y le sirvió fielmente. Fue enviado a cumplimentar diversas misiones. A su regreso, él y su esposa estaban con frecuencia en la corte real. Lo que este diplomático desconocía es que su real señor había puesto su mirada en ella, en sus hermosas facciones, no con un sentimiento amistoso, sino con imperiosa lascivia que debía ser satisfecha. El rey sedujo finalmente a la esposa de su amigo y la trató como si fuera una furcia, una ramera de la City y el cortesano lo descubrió. Toda la lealtad, toda la amistad se vino abajo, y de la sordidez surgió un negro odio y un profundo deseo de venganza.

Clinton de repente se cubrió la cara con las manos. Cuando las retiró, sentí un atisbo de piedad ante la espantosa expresión de sus ojos. No había en ellos detestación, nada excepto un silencioso e imponente vacío de vida, como si su propia alma se hubiera marchitado dentro de él.

—Este diplomático —continuó Benjamin— planeó un espantoso desquite. Mandó a su esposa a casa de su familia, tratándola con la máxima solicitud; no obstante, la estaba envenenando secretamente a fin de que tuviese una muerte prolongada dolorosa y no a causa de un absceso o tumor, sino debido a los granos de veneno esparcidos por los platos y las copas. Una vez fallecida, o tal vez antes de que muriese, dicho diplomático se fue a visitar a los enemigos franceses de su soberano y les ofreció traicionar cuanto secreto le fuera posible. Se llamaría a sí mismo Raphael, empleando en son de mofa el apellido de soltera de su mujer como asimismo la denominación que un día le diera a ella, puesto que Raphael es un ángel de extrema hermosura. —Benjamin miró al fondo de la sala, siguiendo la mirada de sir Robert, como si el asesino pudiera vislumbrar los fantasmas de sus víctimas deambulando hacia él en la oscuridad.

»Ahora bien, sir Robert, la mayoría de los hombres hubiesen considerado su venganza colmada, pero nuestro diplomático era persona erudita con conocimientos de medicina y de los estragos que causan las dolencias. Mientras se encontraba al servicio de sus superiores franceses, este hombre conoció a una joven aristócrata en un convento. En apariencia había sido internada allí para ser educada, pero también ella ocultaba un horrible secreto. Hija única de una pareja mayor, tuvo la desgracia de enamorarse de un joven aristócrata francés que combatió en Italia. Como otros muchos, regresó sin saber que había contraído una devastadora enfermedad venérea, la sífilis. Infección de tal virulencia que centenares de ellos murieron a su vuelta, no sin antes contagiar a sus mujeres o queridas. El joven aristócrata francés murió tras una prolongada agonía y su cónyuge presentó síntomas de estar también contagiada, por lo que fue enviada al cenobio, no solamente para su educación, sino por el caritativo y experto cuidado que las monjas ejercían sobre los enfermos —Benjamin hizo una pausa—. ¿Sir Robert?

Clinton se volvió y se quedó mirando de hito en hito como el hombre marcado por la muerte que era.

—Sir Robert, vos sois el diplomático, Enrique de Inglaterra es el rey, y lady Francesca, la muchacha del convento.

—¡Es la verdad! —gritó ella—. ¡Es verdad! Mi cónyuge volvió de Italia ardiente de amor hacia mí —levantó la vista, las lágrimas agolpadas en sus ojos aunque sus labios se curvaron con enojo—. Murió, pero yo ya había sido contagiada por la enfermedad. Sir Robert fue amable. Optó por no hacer caso de ello, y se casó conmigo, pero dijo que no viviríamos como marido y mujer —arrugó con sus dedos el oscuro tejido de su traje—. Al principio, mi matrimonio con sir Robert mitigó mi furor por lo injusto de toda la situación, pero sólo momentáneamente —se secó los ojos—. Estáis completamente en lo cierto, maestro Daunbey, sobre la conclusión vindicativa de sir Robert. Me llevó a la corte y me presentó al rey, que retozó

conmigo. Me sentí halagada —frunció los labios—. Hicimos el amor —vociferó—. ¿Y por qué no? Gastón no habría muerto si no hubiera estado al servicio de las ambiciones y las codicias de los monarcas —recuperó la respiración—. Sospechaba que sir Robert no era lo que afirmaba ser, puesto que consentía los retozos de su real señor conmigo —cayó hacia atrás en su silla, riéndose histéricamente—. En este momento Enrique de Inglaterra tiene lo que yo tengo. ¡Que su corpulento corpachón se pudra!

Me quedé cabalmente traspuesto de incredulidad ante el cambio de esta hermosa joven mujer, por su faz lívida y ojerosa, la expresión de su mirada saturada de odio y furor. También me di cuenta de las terribles cosas que nos infligimos los unos a los otros. Soy un bribón, un villano de nacimiento, pero pienso que el mismo Satán debe derramar lágrimas por las crueldades que nos causamos los unos a los otros. Por supuesto, era lady Francesca la que vi bajo Enrique en la cama en Hampton Court. Las piernas de la mujer me parecieron blancas cuando las de lady Francesca eran de matiz rubio. Me sonreí ante mi ingenuidad. Ella había llevado medias de color carne y nuestro real homicida no era un caballero en ningún caso. (Ana Bolena en cierta ocasión me confesó ¡que apenas le dejaba tiempo para desvestirse!).

—¿Cómo lo supisteis? —preguntó lady Francesca gesticulando con malicia hacia su marido—. ¿Os lo dijo él?

Sir Robert se limitó a ningunearla, perdido en sus propios pensamientos, moviendo los labios sin articular palabra.

—No —replicó Benjamin volviendo a mirar a Agrippa, quien de pronto sacó un rollo de pergamino de debajo de la mesa—. No, lo deduje por fragmentos de información, fragmentos de un rompecabezas que finalmente coincidieron los unos con los otros. Primero: las buenas monjas del convento se mostraron solícitas por vuestra salud y muy consideradas con sir Robert. Segundo: la actitud del rey Francisco me hizo suponer que le disgustabais, pues era conecedor de vuestra enfermedad. A sus ojos, simplemente, no existíais. Tercero: Shallot aquí presente os vio llevando una botellita marcada con las letras SUL. Frasco que contenía sulfuro, el cual mezclado con mercurio es uno de los remedios para detener el progreso de dicha dolencia. Tengo la certeza de que esto fue lo que Throgmorton vio cuando husmeaba en vuestra estancia. Os acosó por ello justo antes de abandonar Fontainebleau. Se lo comunicasteis a vuestro marido y Throgmorton fue sentenciado a muerte.

Lady Francesca me lanzó una mirada feroz y me entró un escalofrío viendo la oscura oquedad de sus ojos.

—Querido Roger —murmuró—, incluso consideré seduciros, pero sois demasiado perspicaz. Hasta escapasteis de la conjura luciferina que había determinado mataros en aquel foso del jabalí, en Fontainebleau. Un día, maestro Shallot, os lastimaréis —ella volvió a mirar a Benjamin de refilón—. Me gustáis,

maestro Daubey, sois afable y sensible. Le dije a sir Robert que sospechabais de mi dolencia.

Sonrojado, Benjamin miró hacia otro lado.

—Fuimos a vuestro lugar de origen —dije yo—, donde nos facilitaron información complementaria sobre vuestro casamiento con Gastón, y vuestra repentina marcha al convento. A mi maestro le intrigó el modo en que los mensajeros de los enviados ingleses, aquí en París, se detenían regularmente en el convento. Sabíamos que enviabais obsequios al cenobio y nos preguntábamos si Raphael podía utilizar dichos obsequios para enviar mensajes. Naturalmente, estábamos en un error. Aquello que os interesaba no era lo que los mensajeros llevaban al convento, sino lo que traían de regreso de él: medicamentos para vos.

»Éste es el motivo por el que fueron muertos aquellos dos mensajeros — Benjamin se interrumpió—. Ignoro cómo ni por qué, lady Francesca, pero sospecho que se inmiscuyeron de algún modo en vuestro secreto. Tengo la certeza de que las buenas monjas siempre guardaron los medicamentos bien escondidos en cualquiera de los obsequios que mandaban. Dichos mensajeros, sin embargo, se jactarían en demasía, debieron de hacer preguntas antes de abandonar el convento. Las monjas, por órdenes estrictas de monsieur Vauban, pasaban esa información y los mensajeros tuvieron que morir —Benjamin se aferró a la parte superior de la mesa con la mano—. Para comprobar mi tesis, mandé dos mensajeros pretendiendo recoger un obsequio para vos. Instruí a uno de ellos para que se mostrase locuaz y dijera que vos no os sentíais bien. Las bondadosas monjas cayeron en la trampa. Mandaron de vuelta un cojín acolchado. Cuando lo desgarré para abrirlo, encontré una redoma que contenía una mezcla de mercurio y sulfuro.

El doctor Agrippa se inclinó hacia delante surgiendo de las sombras.

—Sir Robert, ¿negáis estos cargos?

Clinton no hizo el menor movimiento, seguía mirando hacia el fondo de la sala.

—Sir Robert —repitió Benjamin, sois Raphael, sois el artífice de los asesinatos. No os interferisteis en los despachos y cartas. Os limitasteis a pasar la información a los agentes de Vauban en Londres, con instrucciones estrictas de que los franceses sólo debían entrar en acción una vez que la documentación hubiera llegado a la embajada inglesa en París. Ésta es la razón por la que las alforjas y los despachos de los mensajeros muertos fueron tan prestamente devueltos. Vos y Vauban deseabais mantener la apariencia de que tan sólo después de que los documentos llegaban a manos de Dacourt eran filtrados a los luciferinos.

Clinton de repente se desperezó, sacudiéndose.

—Sí, estáis en lo cierto —murmuró. Miró de soslayo a Benjamin—; maestro Daubey, sois brillante. Lo dijo Vauban. Os quería a vos y a vuestro paniaguado — Clinton me miró descaradamente—. Quería mataros a ambos de inmediato —dio

unos golpecitos amables sobre la mano de su mujer, pero ésta, apenada, retrocedió—. Ella es inocente, involucrada pero inocente. Hice uso de ella. Amé a Clare, pero el rey abusó de mí, y ahora ¡vivirá en el infierno redivivo que yo he creado!

Agrippa se levantó lentamente.

—Sir Robert Clinton —entonó—, os habéis confesado espía, traidor y asesino de buenos amigos del rey y sus vasallos. Sois —continuó— culpable de las muertes siguientes: del agente muerto en las calles de París, Giles Falconer, del abate Gerard, de los dos mensajeros muertos de camino a París, de Richard Waldegrave, de Thomas Throgmorton, físico, y de Ambrose Venner, vuestro propio servidor. Traicionasteis a vuestro rey colocándole tanto a él como a su reino en grave peligro. Sois responsable de otras muertes y desventuras.

—¡Alto! —grité.

Agrippa miró sorprendido.

—¿Maestro Shallot, no estáis de acuerdo con lo que se ha dicho?

Bordeé la mesa y me apoyé en ella para mirar de hito en hito los desalmados ojos de sir Robert Clinton. Era un momento que estaba saboreando y que había estado esperando.

—Sir Robert, sois culpable de otras muertes; por ejemplo, de la de Bertrand de Macon, capitán del buque que fue interceptado por corsarios franceses. Peor, por encima de todo —le aferré el hombro hasta que vaciló—, sois culpable de la muerte de monsieur y madame Ralemborg, de su criado y de mi amada, Agnes Ralemborg —miré de refilón a Agrippa—. Oh, sí, mi buen doctor —di la espalda a Clinton de modo que no viese mis lágrimas—. Siempre me he preguntado —dije por encima del hombro—, ¿cómo aquellos asesinos luciferinos pudieron entrar en la casa de los Ralemborg? Él era una persona perspicaz y hubiera atrancado su puerta ante visitantes extraños, pero alguien debió de llamar a la puerta, alguien con autoridad, en quien podía confiar. ¿Y quién mejor que uno de los ministros del rey? —me giré y apunté con mi dedo a Clinton—. ¡Vos dejasteis entrar al asesino, vos, bastardo! Oh, podéis quedaros sentado y vuestra hermosa mujer puede seguir sollozando, ¡pero a ambos os veré danzar en Tyburn! ¡Os veré a ambos acuchillados aún en vida y vuestros cuerpos partidos en pedazos todavía humeantes!

(En realidad, no hubiera sido capaz de hacerlo. No soporto las ejecuciones, pero esa noche en Maubisson me sentía tan enfurecido que hubiese llevado a cabo yo mismo ese acto tan espantoso).

—No habrá ejecuciones —replicó Agrippa oyéndose su voz por encima de los sollozos de Francesca.

—Mi mujer es inocente —repitió llanamente Clinton.

—Sir Robert, tenéis una alternativa —Agrippa se levantó sobre la plataforma y se encaró directamente a Clinton—. Puede que no podamos llevaros vivo a Calais. No

es imposible que Vauban se interponga, aunque existe la oportunidad de que lo logremos. En cuyo caso, regresaréis a Inglaterra y se os juzgará como traidor en Westminster Hall, donde sufriréis la peor de las muertes. O bien podemos resolverlo en Maubisson, mañana al alba. O bien... —Agrippa hizo una pausa y se quedó mirando a mi maestro.

—O bien —siguió Benjamin—, podemos dejar la cuestión en vuestras manos.

—Mi mujer —reiteró Clinton— es inocente de todo, excepto de su propio deseo de venganza y de su enfermedad.

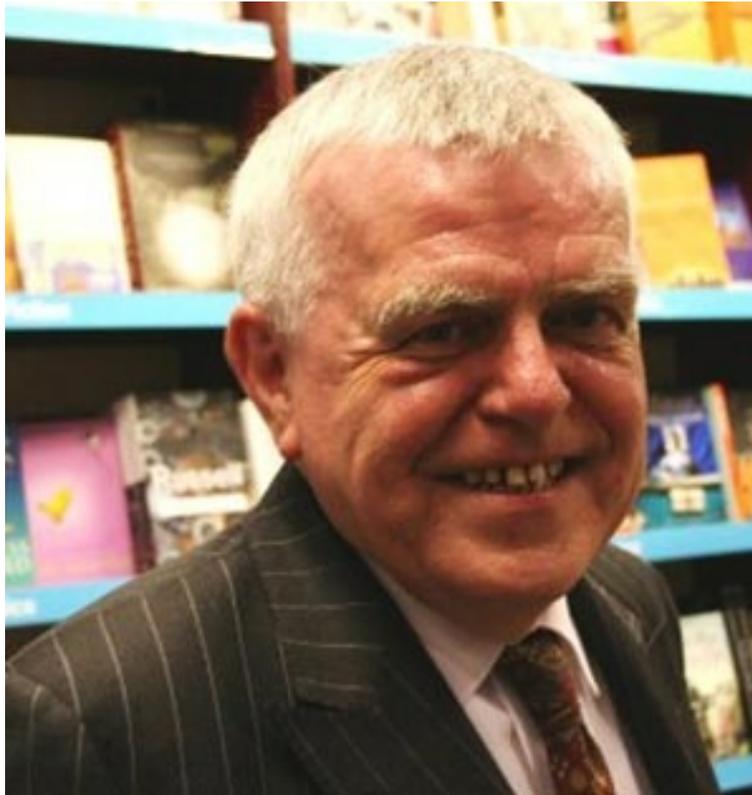
—Lady Francesca puede retornar a su convento —afirmó Agrippa—, pero si alguna vez pone pie en tierra inglesa, ¡será arrestada, procesada y condenada! —Agrippa detuvo su mirada en la goteante candela encendida—. Sois un envenenador, sir Robert. Sospecho que lleváis con vos la muestra de vuestra profesión. Os dejaremos durante un rato —le acercó el jarro de vino—. Tal vez lo necesitéis para refrescaros más adelante.

Epílogo

Bien, ya conté mi historia. Mi viejo amigo Will Shakespeare puso recientemente en escena una de sus obras, creo que se llamaba *El cuento de invierno*. Una sutil creación de celos e intriga. El rey en dicha obra me recordaba al Gran Homicida, mientras otro personaje, Autólico, era sin lugar a dudas mi propia persona: «Un narrador de historias, alguien que echa la zarpa sobre meras fruslerías». Mi capellán se ríe entre dientes y piensa que otra cita de Will Shakespeare es más apropiada para mí: «Con gran estruendo y furia, para quedar en nada». Ah, condenado, ¿pero qué sabrá él de lo ocurrido? Muerto Wolsey, muerto el Gran Homicida, ya todos no son más que sombras, polvo del ayer. Pero en su momento controlaban la escena y dominaban el juego. Wolsey les pagó a los franceses con la misma moneda mientras la real bestia comenzó a cercar a su esposa Catalina con una telaraña de embustes. Sin embargo, lady Francesca había causado un perjuicio: la sífilis yacía latente en el obeso corpachón de Enrique durante años antes de exteriorizarse como llamas infernales, ennegreciendo la úlcera abierta en su pierna y sumiendo cada vez más en la demencia la mente de la real bestia.

Sí, todos han desaparecido, incluso Benjamin. ¿Y qué soy yo? Un anciano sentado en el centro de su laberinto, narrando su historia, y bebiendo un añejo que va convirtiéndole en estúpido. No obstante, si cierro los ojos y cojo con una mano los agostados y oscuros pétalos de rosa y, con la otra, la piedrecita roja de una muchachita... Bueno, entonces soy capaz de soñar. Si me olvido de mi cuerpo resquebrajado y me limito a seguir sentado escuchando al zureo de la paloma torcaz, y entreabro mis ojos, la rosa en mi mano está en máxima eclosión y a través del césped veo a Benjamin caminar, llamándome alegremente para que me reúna con él. Si capto el perfume de las rosas, vuelvo a ser joven, erguido en la primavera de mi existencia en un jardín londinense, el profundo aroma de las flores en el aire y la joven Agnes de pie ante mí. Mas cuando abro los ojos, los sueños se desvanecen y sé que las llamas del fuego más ardiente acabarán en nada, salvo en humo.

Mi capellán me dice que no soy más que un bribón y un villano, que tengo que disfrutar de las cosas de la tierra puesto que no encontraré ningún cielo en el otro mundo. ¿Pero qué sabrá ese montón de mierda? Pongo mi confianza en manos de Jesucristo y de su santísima madre, puesto que sé que no nos juzgan por lo que somos, sino por lo que quisimos ser. Oh, sí, soy un bribón. Por eso llamo a la gorda Margot y hundo mi cara en mi gran copa de añejo. Tal vez fue así como lo quise, porque cuando estás dándole al añejo y llorando por una mujerzuela, nadie puede ver lágrimas en tus ojos. Oh, y el bendito Señor sabe que podría asesinar por una copa de añejo.



PAUL C. DOHERTY. Nació en Middlesbrough en 1946. Ha escrito con varios seudónimos (Michael Clynes, C. L. Grace), utilizando últimamente su nombre original. Durante 3 años estuvo en un seminario católico en Durham pero finalmente no se ordenó. Es doctor en Historia por el Colegio Exeter de la Universidad de Oxford. Durante muchos años, ha sido director de la Trinity Catholic High School de Essex, una de las más prestigiosas escuelas de Inglaterra, y compagina su faceta de profesor con la de escritor. Es autor de aproximadamente 60 libros.

En 1987 empezó a publicar series de novela histórica de misterio: la Edad Media, el Antiguo Egipto, Roma y Grecia. En total ha superado las 12 series de novela histórica, 11 novelas y 7 libros de historia. Sus obras están bien ambientadas y documentadas, con desenlaces imprevistos. Paul Doherty utiliza un lenguaje sencillo y comprensible que hace de la lectura un ejercicio placentero.